

WOLFINGTON
HEATRE

JOSEPHINE TEY

NOVA
DE
LATA



El hombre en la cola

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUÑO

WOLFINGTON
HEATRE ★

Don't you know?

Ray Marcella ★



**«UNA DAMA DEL MISTERIO
SINGULARMENTE DIFERENTE.
INGENIOSA, ESTIMULANTE Y
MUY ENTRETENIDA.»**

The Sunday Times





Josephine Tey

(Inverness, 1896-Londres, 1952) es el seudónimo principal de Elizabeth Mackintosh, célebre escritora y dramaturga escocesa. Pese a pertenecer cronológicamente a la llamada Edad de Oro de las novelas británicas de intriga, las narraciones y los personajes de Tey se alejan de los estereotipos que comparten los títulos clásicos de suspense.

En 1929, su novela *El hombre en la cola*, publicada bajo el seudónimo de Gordon Daviot, cosechó un éxito notable e introdujo a su personaje más famoso, el inspector Alan Grant, de Scotland Yard, que protagonizaría destacadas novelas como *Un chelín para velas* (1936; Hoja de Lata, 2019), *Amar y ser sabio* (1950, HdL, 2021) y *La hija del tiempo* (1951; HdL, 2020), considerada en 1990 la Mejor Novela de Misterio de todos los tiempos por la Asociación de Escritores del Crimen del Reino Unido.

Al margen de la serie de Alan Grant, otras de sus obras más celebradas son *La señorita Pym dispone* (1946; HdL, 2015), *El caso de Betty Kanè* (1948; HdL, 2017) y *Patrick ha vuelto* (1949, HdL, 2018). Todas ellas ponen de manifiesto la gran capacidad de análisis psicológico de la autora y su propensión por las tramas abiertas de final sorprendente.

A su muerte, Josephine Tey legó toda su obra a la National Trust for Scotland.

EL HOMBRE EN LA COLA

JOSEPHINE TEY

EL HOMBRE
EN LA COLA

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO



Título original: *The Man in the Queue*

Primera edición en Hoja de Lata: junio del 2022

© The National Trust for Places of Historic Interest and Natural Beauty, 1929

© de la traducción: Pablo González-Nuevo, 2022

© de la imagen de la portada: Helena Toraño, 2022

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-18918-12-4

Depósito legal: AS 00436-2022

Impreso en Sgraf, Meicende, A Coruña [España]


La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

*Para Brisena,
que realmente lo escribió.*



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

ÍNDICE

I. Asesinato	11
II. El inspector Grant	21
III. Danny Miller	39
IV. Raoul Legarde	55
V. Otra vez Danny	71
VI. El Dago	85
VII. El caso avanza	97
VIII. La señora Everett	123
IX. Grant obtiene más información de la esperada	143
X. Viaje relámpago al norte	167
XI. En Carninnish	185
XII. La captura	201
XIII. La espera	225
XIV. La declaración	237
XV. El broche	253

XVI. La señorita Dinmont colabora	269
XVII. Solución	287
XVIII. Conclusión	305

CAPÍTULO 1

ASESINATO

Er an entre las siete y las ocho de una tarde de marzo y por todo Londres los bares se vaciaban dejando escapar a sus clientes hacia las plateas y las galerías de los teatros. ¡*Paf, zas, pum!* Sonidos desagradables que anunciaban diversiones nocturnas. Sin embargo, ni las trompetas del juicio final habrían conseguido animar a la exhausta concurrencia del Thespis y Terpsícore, que aguardaba pacientemente formando una cola cuádruple frente a las puertas de la tierra prometida. Por supuesto, en algunos teatros no había gente esperando. En el Irving había cinco personas desperdigadas por los dos escalones de la entrada principal, renunciando al calor a cambio de un poco de comodidad. La tragedia griega no tenía demasiados adeptos. En el Playbox no había nadie. El Playbox era muy selecto e ignoraba la existencia de las localidades más populares. En el Arena, donde la temporada de *ballet* duraba ya tres semanas, había diez personas esperando para subir al gallinero y una larga cola para el patio de butacas. Frente al Woffington, sin embargo, las dos hileras de seres humanos parecían extenderse hasta el infinito. Hacía ya un buen rato que un empleado del teatro se había acercado a la cola de pla-

tea y, con un simple movimiento de su brazo extendido que asemejaba el corte de una guillotina, había dicho: «A partir de aquí todas las plazas son de pie». Habiendo separado a las ovejas de las cabras con un simple movimiento de su músculo deltoides, regresó con actitud altanera a la entrada del teatro, donde tras las puertas de cristal había calor y cobijo. No obstante, nadie abandonaba la larga cola. Los que estaban condenados a seguir esperando a la intemperie durante tres horas más parecían indiferentes a su martirio. Reían y charlaban e intercambiaban nutritivas onzas de chocolate envueltas en papel de aluminio. «Ha dicho que solo quedan plazas de pie, ¿verdad? Bueno, quién no aguantaría de pie, y gustosamente, la última semana de *¿No lo sabíais?*». La comedia musical más londinense llevaba representándose casi dos años y este era su canto del cisne. Las butacas de patio y los palcos habían sido reservados semanas atrás, y muchos ingenuos neófitos, poco acostumbrados a colas e inacabables esperas, habían pasado a engrosar la multitud que aguardaba frente a las puertas cerradas tras comprobar que el soborno y la corrupción fracasaban en la taquilla. Parecía que todo Londres intentaba entrar a codazos en el Woffington para disfrutar del espectáculo por última vez y comprobar si Golly Gollan conseguía un nuevo éxito después de toda una vida de penurias en la carretera —Gollan había sido rescatado inesperadamente por un agente atrevido y al ver la oportunidad la había aprovechado—; y para deleitarse una vez más con la belleza y la chispa de Ray Marcable, ese cometa que dos años atrás había salido de la oscuridad deslumbrando a propios y extraños y ocultando con su brillo a estrellas más conocidas y rutilantes. Ray bailaba igual que una hoja mecida por el viento y su sonrisa discreta y algo distante había disparado las ventas de dentífricos en cuestión de seis meses. «Su inefable encanto», lo llamaban los críticos. Aunque sus seguidores lo expresaban de formas más extravagantes, al

tiempo que agitaban las manos y gesticulaban cuando no eran capaces de expresar con palabras lo que sentían al contemplar su etérea belleza. Ahora se marchaba a Norteamérica, como todas las cosas buenas; y, después de los dos últimos años, Londres sin Ray Marcable iba a convertirse en un inconcebible desierto. ¿Quién no estaría dispuesto a pasar horas de pie solo con tal de verla una vez más?

Había estado lloviznando desde las cinco y de cuando en cuando una ligera y fresca brisa interrumpía el calabobos barriendo la cola de principio a fin de forma casi juguetona. Pero nadie se desalentaba. Esta noche ni siquiera las inclemencias del tiempo podían tomarse en serio y el frío no pasaba de ser un conveniente aperitivo antes de que llegara el momento de abonar la entrada. La cola se aburría y la sabiduría *cockney* aprovechaba al máximo cualquier clase de entretenimiento que se dignaba a aparecer en el oscuro cañón en que se había convertido la calle, ya de por sí estrecha. Primero habían llegado los repartidores de periódicos, criaturas menudas de cara flaca y ojos cansados, que recorrieron la cola de principio a fin como un fuego fuera de control antes de desaparecer dejando atrás un reguero de conversaciones y revoloteo de papeles. Después, un hombre con las piernas más cortas que el cuerpo extendió sobre el húmedo pavimento un trozo de alfombra hecho jirones y empezó a contorsionar su cuerpo hasta adoptar la apariencia de una araña pillada por sorpresa, mientras sus lastimeros ojos de sapo brillaban desde lugares distintos de la masa serpenteante, logrando que incluso el espectador más indiferente sintiera un escalofrío recorriéndole la espalda. A continuación, apareció un hombre que interpretaba al violín tonadas populares, felizmente ignorante de que la primera cuerda de su instrumento desafinaba medio tono. Luego llegaron al mismo tiempo un cantante de baladas sentimentales y un trío de *swing*. Después de mirarse mal

mutuamente durante unos instantes, el solista trató de sacar ventaja apoyándose en el principio de que la posesión es de quien la ejerce y acometió una plañidera versión de *Because you came to me*. Pero el líder del trío, entregando la guitarra a su teniente, procedió a encararse con el tenor con actitud amenazante. El tenor intentó ignorarlo mirando por encima de su cabeza, lo que no le resultó nada fácil, pues el músico le sacaba varios centímetros y parecía estar en todas partes. No obstante, perseveró declamando otros dos versos y después la balada se fue diluyendo hasta convertirse en una suerte de protesta muy poco melodiosa. Dos minutos después, el pobre tipo desapareció por la calle oscura murmurando amenazas y quejas, y la orquesta tocó para la concurrencia un éxito reciente de las pistas de baile. Siendo estas melodías más del gusto de los modernos que la inapropiada sensiblería ejecutada por el desgraciado tenor, los espectadores no tardaron en olvidar a la desdichada víctima de una fuerza mayor y empezaron a mover los pies siguiendo los vivaces compases. Después de la orquesta, y de uno en uno, fueron llegando un prestidigitador, un evangelista y un hombre que pidió que lo inmovilizaran con una cuerda atada con gordos nudos de la que consiguió liberarse con asombrosa facilidad.

Todos ejecutaban su numerito y se marchaban a actuar en algún otro lugar, pero antes de irse recorrían la cola para pasar su inoportuno sombrero sin demasiada convicción entre la nutrida concurrencia al tiempo que decían «¡Gracias! ¡Gracias!», en un vano intento de alentar su generosidad. Entre actuación y actuación hacían su aparición vendedores de caramelos, vendedores de cerillas, de juguetes e incluso de postales; y la multitud se desprendía afablemente de su calderilla dando por bueno el entretenimiento.

Entonces un temblor recorrió la fila de principio a fin, un temblor que para los experimentados en la materia solo podía

significar una cosa. Los taburetes fueron devueltos, las sillas se plegaron, la comida se esfumó y aparecieron las carteras. Las puertas estaban abiertas. El ameno y excitante juego comenzaba. Pero aún había mucho terreno que ganar o perder hasta llegar a la entrada. En la parte delantera de la cola, donde el orden era menos matemático que en campo abierto, por así decirlo, la emoción de la apertura había logrado echar a perder durante unos instantes el habitual instinto de los ingleses de mantener la compostura —y digo ingleses deliberadamente, pues los escoceses carecen por completo de él—, lo que había dado lugar a algunos suaves empujones y reajustes antes de que la cola volviera a convertirse en un ente inamovible formado por una masa que se apretujaba sin aliento ante la taquilla, situada justo antes de la puerta de acceso a la platea. El tintineo de monedas anunciaba las continuas y apresuradas transacciones que liberaban del guirigay a los más afortunados. Su mero sonido hizo que los que estaban detrás empujaran hacia delante inconscientemente, hasta que los que ocupaban los primeros puestos comenzaron a protestar de manera tan audible como sus oprimidos pulmones les permitieron y un guardia se puso a recorrer la cola reprendiendo a la gente.

—Vamos, vamos, retrocedan. Hay tiempo de sobra. No conseguirán entrar a base de empujones. Cada cosa a su tiempo.

Cada cierto rato la cola al completo avanzaba unos centímetros, a medida que los afortunados entraban por fin apresuradamente hacia la platea en parejas o tríos, como cuentas que escapan rodando de un collar roto. Entonces una mujer gorda interrumpió el proceso revolviendo su bolso en busca de más dinero. Desde luego la muy necia podía haber buscado antes la cantidad exacta para no hacerles esperar a todos de esa manera. Como si fuera del todo ajena a la hostilidad de cuantos la rodeaban, se volvió hacia el hombre situado tras ella y dijo enfadada:

—Oiga, le agradecería que dejara de empujar. ¿Es que una señora no tiene derecho a buscar su monedero sin que el mundo entero pierda las formas?

Pero el hombre al que se dirigía no se inmutó. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y la indignada y brillante mirada de la mujer se topó únicamente con la copa de su sombrero. Ella soltó un bufido y se apartó de él colocándose de nuevo frente a la taquilla, donde depositó el dinero que había estado buscando. Al hacerlo, el hombre cayó lentamente de rodillas —de tal modo que los que se encontraban detrás a punto estuvieron de caer sobre él—, permaneció en la misma posición un instante y después siguió deslizándose aún más despacio hasta apoyar la mejilla en el suelo.

—Ese hombre se ha desmayado —dijo alguien.

Durante unos segundos nadie se movió. Que la gente hoy en día se ocupe de sus propios asuntos en una multitud tiene tanto de instinto de supervivencia como la versatilidad de los camaleones para cambiar de color. ¡Ah, ya aparecerá alguien que se ocupe de ese pobre tipo! Pero nadie lo hacía. Hasta que un hombre, quizá dotado de un mayor instinto social o de más prepotencia, se acercó para socorrer al caído. Estaba a punto de agacharse sobre el bulto inerte cuando de repente se detuvo como si acabara de recibir un picotazo y retrocedió.

Una mujer chilló horriblemente tres veces, y la impaciente y jadeante cola se paralizó por completo.

Bajo la luz blanca de la bombilla desnuda de una farola, el cuerpo del hombre, abandonado a su suerte tras la instintiva retirada de cuantos lo rodeaban, yacía expuesto hasta el más mínimo detalle. Sobresaliendo en ángulo agudo del *tweed* gris de su abrigo, había un pequeño objeto plateado cuyo brillo parpadeaba malévolamente bajo la funesta iluminación.

Era la empuñadura de una daga.

Un instante antes de que se escuchara el grito de «¡Policía!», el agente había regresado tras su tarea pacificadora desde el final de la cola. Al escuchar el primer grito de la mujer se había dado la vuelta. Nadie chillaba de ese modo salvo ante la súbita visión de la muerte. Permaneció de pie un momento contemplando la escena, se inclinó sobre el hombre, giró su cabeza suavemente hacia la luz y la soltó dirigiéndose al taquillero:

—Llame por teléfono a una ambulancia y a la policía.

Miró hacia la cola evidentemente conmocionado.

—¿Alguno de los presentes conoce al caballero?

Pero nadie afirmó conocer aquel cuerpo inerte en el suelo.

Detrás del hombre estaba una pareja de aspecto acomodado y provinciano. La mujer gemía constantemente, aunque sin demasiada vehemencia:

—¡Oh, vámonos a casa, Jimmy! ¡Oh, vámonos a casa!

En el lado opuesto, cerca de la taquilla, estaba la mujer oronda de antes paralizada por tan inesperado horror, sujetando con fuerza su entrada con guantes negros de algodón, aunque sin hacer ningún esfuerzo por asegurarse una butaca ahora que las puertas permanecían abiertas para dejarla pasar. Más adelante, en la acera, la noticia de lo sucedido se extendió entre la gente como el fuego entre la broza —¡un hombre había sido asesinado!—. Y dentro del teatro la multitud reunida en el vestíbulo, presa de la confusión, comenzó a moverse inquieta mientras algunos trataban de huir de aquel suceso inesperado que echaba por tierra cualquier afán de entretenimiento. Algunos trataban de abrirse paso a codazos para ver qué sucedía, y los más contrariados luchaban para conservar el sitio por el que tantas horas habían estado aguardando.

—¡Oh, vámonos a casa, Jimmy! ¡Oh, vámonos a casa!

Jimmy habló por primera vez.

—No creo que podamos, querida, hasta que la policía decida si nos necesita o no.

El agente de policía escuchó sus palabras y no tardó en responder:

—Está usted en lo cierto. No pueden irse. Ustedes, los seis primeros, permanezcan donde están. Y usted, señora —añadió, dirigiéndose a la mujer gorda—. El resto circulen.

Y comenzó a hacer indicaciones como lo habría hecho para dirigir el tráfico junto a un coche accidentado.

La esposa de Jimmy rompió a sollozar histéricamente y la mujer oronda junto a la taquilla comenzó a protestar. Ella había ido a ver el espectáculo y no tenía la menor idea de quién era aquel hombre. Las cuatro personas que hacían cola detrás de la pareja provinciana parecían igualmente reacias a verse implicadas en un asunto del que nada sabían y cuyas consecuencias nadie podía prever, y también protestaron declarando su total ignorancia.

—Puede ser —respondió el policía—, pero igualmente deberán explicarlo en comisaría. No tienen nada que temer —añadió intentando tranquilizarlos, aunque sin demasiado éxito, dadas las circunstancias.

Y así el resto continuó haciendo cola. El portero trajo una cortina verde de algún lugar del edificio y cubrió el cuerpo. El automático tintineo volvió a comenzar y siguió su curso, tan indiferente como la lluvia. La difícil situación de los presentes, o quizá la esperanza de una recompensa, hizo que el portero saliera de su habitual ensimismamiento cuasi divino y se ofreciera a reservar sus legítimos asientos a los siete desgraciados. Enseguida llegó la ambulancia y un coche patrulla de la comisaría de Gowbridge. Un inspector interrogó brevemente a cada uno de los siete detenidos, anotó sus nombres y direcciones y los dejó marchar con la advertencia de que debían estar localizables y disponibles por si se requería su colaboración. Jimmy subió a un taxi con su sollozante esposa, y los otros cinco entraron rezagados al teatro y, sin perder la

compostura, se dirigieron a los asientos que el portero aún vigilaba justo cuando el telón se alzaba sobre la sesión nocturna de *¿No lo sabíais?*

CAPÍTULO 2

EL INSPECTOR GRANT

El superintendente Barker pulsó el botón de marfil del timbre situado en la parte inferior de su escritorio con un dedo pulcro y cuidadosamente manicurado, y allí lo mantuvo hasta que apareció uno de sus subordinados.

—Dígale al inspector Grant que quiero verlo —dijo mirando al recién llegado, que hacía todo lo posible por mostrarse obsequioso en presencia del gran hombre, si bien sus buenas intenciones se vieron frustradas tanto por el incipiente sobrepeso, que le obligaba a inclinarse ligeramente para mantener el equilibrio, como por el ángulo de su nariz, que era una apoteosis de la insolencia.

Amargamente consciente de su fracaso, el subalterno se retiró para entregar el mensaje y trató de enterrar el recuerdo de su confusión entre la indiferente perfección de los archivos y las pilas de folios que se había visto obligado a abandonar a causa de la llamada. Poco después, el inspector Grant entró en el despacho del superintendente y saludó a su jefe alegremente de igual a igual. El rostro de Barker se iluminó en su presencia de forma inesperada y a buen seguro inconsciente. Si Grant poseía alguna cualidad, aparte del esperable afán por el cumplimiento

del deber y una buena reserva de valor e inteligencia, era que ni por asomo parecía policía. Era delgado y de estatura media, y era... bueno, si dijera que era apuesto, inmediatamente pensaríais en el maniquí de un sastre, algo perfecto y carente de toda singularidad, y ciertamente Grant no era así en absoluto. No obstante, si podéis imaginar a alguien apuesto, pero no como el maniquí de un sastre, entonces ese es Grant. Barker llevaba años tratando de emular sin éxito la elegancia natural de su subordinado, y lo único que había conseguido era parecer excesivamente atildado. Carecía de instinto en el vestir igual que en la mayoría de las cosas. Era lento pero concienzudo a la hora de trabajar. Aunque eso era lo peor que se podía decir acerca de él. Y cada vez que colocaba a alguien en su punto de mira, por lo general esa persona terminaba deseando no haber nacido.

Observó a su subordinado sin sombra alguna de resentimiento, admirando especialmente su frescura y lozanía —él apenas había pegado ojo en toda la noche por culpa de la ciática—, y fue directo al grano.

—En Gowbridge están más que hartos —dijo—. De hecho, los de la calle Gow han llegado a insinuar que se trata de una conspiración.

—Oh, ¿alguien ha estado provocándolos?

—No, pero el asunto de la otra noche ha sido el quinto caso gordo en su distrito en los últimos tres días y se han hartado. Quieren que nos ocupemos del caso.

—¿De qué se trata? Es lo de la cola del teatro, ¿verdad?

—Sí, y es usted el oficial al mando, así que manos a la obra. Puede llevarse a Williams. Necesito que Barber vaya a Berkshire por ese robo en Newbury. Habrá que darles mucha cera a los de la zona por el mero hecho de que nos hayan llamado a nosotros, y eso a Barber se le da mejor que a Williams. Creo que es todo. Lo mejor será que se vaya usted ahora mismo a la calle Gow. Buena suerte.

Media hora más tarde, Grant se había reunido con el forense de Gowbridge. En efecto, dijo este, el hombre estaba muerto cuando llegó al hospital. La hoja del arma era muy delgada, un estilete extremadamente afilado. Lo habían ensartado en la espalda de la víctima, a la izquierda de la columna vertebral, con tanta fuerza que la empuñadura había arrugado la ropa formando un tapón que impidió que la sangre se derramara. Solo un poco había empapado la herida sin llegar a la superficie. En su opinión, el hombre había sido apuñalado durante un tiempo considerable —quizá diez minutos o más— antes de derrumbarse, cuando la gente que tenía delante se apartó para avanzar. Estando tan apretujados en la cola, se debió mantener en pie moviéndose con la multitud. De hecho, sería del todo imposible caer en dicha situación, incluso de haber querido hacerlo. Consideraba bastante improbable que el hombre se diera cuenta siquiera de que había sido apuñalado. Con las apreturas, roces y choques involuntarios que se producen en esas situaciones, un golpe repentino y no demasiado doloroso podría pasar desapercibido.

—Hablemos de la persona que lo mató. ¿Hay algo peculiar en el apuñalamiento?

—No, excepto que fue un hombre fuerte y zurdo.

—¿No pudo ser una mujer?

—No, haría falta más fuerza que la de una mujer para ensartar la hoja del modo en que se hizo. Verá, no había espacio para que el brazo tomara impulso, de modo que el golpe hubo de ser asestado desde una posición de reposo. Oh, sí. Desde luego fue obra de un hombre. Y un hombre audaz, sin duda.

—¿Puede decirme algo sobre el fallecido? —preguntó Grant, a quien le gustaba escuchar opiniones científicas sobre cualquier materia.

—No mucho. Bien alimentado... próspero, me atrevería a decir.

—¿Inteligente?

—Sí, mucho, a mi juicio.

—¿De qué tipo?

—¿Quiere decir qué tipo de ocupación?

—No, eso puedo deducirlo por mí mismo. ¿Qué tipo de... temperamento, supongo que diría usted?

—Oh, ya entiendo. El forense meditó unos instantes y miró a su interlocutor con aire dubitativo.

—Nadie podría afirmar algo así con seguridad, ¿entiende?

—Y al ver que Grant asentía, continuó—: Pero yo lo encajaría dentro de las «causas perdidas»... —levantó las cejas mirando al inspector con expresión interrogante, y al comprobar que el otro le había entendido, añadió—: Su rostro tiene rasgos de hombre práctico, pero sus manos son las de un soñador. Usted mismo podrá verlo.

Examinaron el cuerpo juntos. Era un hombre joven, de veintinueve o treinta años, pelo rubio, ojos castaños, delgado y de estatura media. Las manos, tal como el doctor había señalado, eran largas y delgadas, y en absoluto habituadas al trabajo manual.

—Probablemente pasaba mucho tiempo de pie —dijo el doctor, mirando los pies del desconocido—. Y caminaba con el pie izquierdo ligeramente escorado hacia dentro.

—¿Cree que el asaltante tenía algún conocimiento de anatomía? —preguntó Grant.

Resultaba casi increíble que por un orificio tan pequeño pudiera escaparse la vida de un hombre.

—La incisión no fue llevada a cabo con precisión quirúrgica, si a eso se refiere. En cuanto a los conocimientos de anatomía, prácticamente cualquiera que sea lo bastante mayor para haber estado en la guerra tiene algún conocimiento práctico sobre la materia. Puede haber sido un golpe de suerte... y creo que eso fue lo que sucedió.

Grant le dio las gracias y fue a reunirse con los agentes de la comisaría de Gow. Sobre la mesa estaban desperdigados los escasos objetos hallados en los bolsillos del fallecido. Grant se sintió algo decepcionado al ver tan pocas cosas. Un pañuelo blanco de algodón, un puñado de monedas (dos medias coronas, dos monedas de seis peniques, un chelín, cuatro peniques y medio penique) y —algo inesperado— un revólver reglamentario. El pañuelo estaba bastante gastado, pero no tenía marca de lavandería ni inicial bordada. No faltaba ninguna bala en el tambor del revólver.

Grant examinó todo aquello en silencio, visiblemente disgustado.

—¿Hay marcas de lavandería en la ropa? —preguntó.

No, no había marcas de ninguna clase.

¿Y no se había presentado nadie para reclamar el cuerpo?
¿Ni siquiera haciendo preguntas?

No, nadie excepto la anciana loca que tenía costumbre de reclamar todo lo que encontraba la policía.

Bien, revisaría la ropa personalmente. Examinó cada prenda con sumo cuidado. El sombrero y los zapatos estaban muy gastados; los zapatos hasta tal punto que la marca del fabricante se había borrado por completo del forro interior. El sombrero era de una firma que tenía tiendas por todo Londres y también en provincias. Ambos eran de buena calidad y, a pesar de que el uso era más que evidente, no estaban sucios. El traje de color azul era de corte moderno, incluso algo llamativo, y lo mismo podía decirse del abrigo gris. La ropa interior del fallecido era de buena calidad, pero no cara; y la camisa era de un tono bastante popular. De hecho, toda la ropa había pertenecido a un hombre al que le interesaba la moda o que vivía rodeado de gente que lo hacía. El vendedor de una sastrería, quizá. Tal como había dicho la gente de Gowbridge, no había marcas de lavandería. Eso implicaba que el hombre

deseaba ocultar su identidad o que hacía la colada habitualmente en casa. Puesto que no había ningún indicio de que las marcas hubieran sido borradas, se podía deducir que la segunda opción era la más razonable. Por otro lado, el nombre del sastre había sido deliberadamente retirado del traje. Esto y las escasas pertenencias que el desconocido llevaba consigo indicaban sin duda que por algún motivo deseaba ocultar su identidad.

Y, por último, la daga; un arma pequeña y mortal, cuyo filo era de una agudeza y delgadez viperinas. La empuñadura era de plata, de unos siete centímetros y medio, y representaba la figura de algún santo, con barba y hábito. Aquí y allá se observaban rastros de esmalte en brillantes colores primarios, como los que adornan las imágenes sagradas en los países católicos. En conjunto era de un tipo bastante común en Italia y en la costa del sur de España. Grant la sujetó con cautela.

—¿Cuántas personas la han manipulado? —preguntó.

La policía la había requisado en cuanto el cadáver llegó al hospital y pudo ser extraída. Desde entonces nadie la había tocado. Pero la expresión de satisfacción desapareció del rostro de Grant en cuanto le comunicaron que no habían obtenido ningún resultado en el análisis de huellas dactilares. Ni una sola impresión borrosa tiznaba la brillante superficie del arrogante santo.

—Bien —dijo Grant—, me llevaré todo esto y empezaré a trabajar.

Dejó instrucciones a Williams para que tomara las huellas dactilares del fallecido e hiciera examinar el revólver en busca de cualquier particularidad. En su opinión, se trataba de un revólver reglamentario de lo más vulgar, tan corriente en Gran Bretaña desde la guerra como los relojes de pared. No obstante, como se ha dicho, a Grant le gustaba escuchar la opinión de los expertos en cualquier materia. Después tomó

un taxi y pasó el resto de la jornada entrevistando a las siete personas que habían estado más cerca del desconocido cuando se desplomó la pasada noche.

Mientras iba en taxi de un lado para otro reflexionó sobre la situación. No tenía la menor esperanza de que los testigos le proporcionaran información útil. Todos habían negado conocer al hombre al ser interrogados por primera vez y no era probable que ahora cambiaran de opinión. Grant sabía por experiencia que el noventa y nueve por ciento de la gente proporcionaba información inútil y el resto callaba. Además, el forense había dicho que el hombre había sido apuñalado un rato antes de que la gente se percatara, y ningún asesino esperaría cerca de su víctima hasta que se descubriera lo sucedido. Incluso en el caso de que el asesino hubiera decidido esperar para asegurarse de que el hombre estaba muerto, el riesgo de ser descubierto bastaría para que cualquier persona sensata se alejara de allí lo antes posible —y el instinto de supervivencia vuelve astuto al más pintado—. No, el asesino había abandonado la cola un rato antes. Necesitaba encontrar a alguien que se hubiera fijado en la víctima antes de que se desplomara y la hubiera visto conversar con alguien. Por supuesto, debía contar con la posibilidad de que tal cosa no hubiera sucedido y el asesino se hubiera limitado a colocarse tras él y desaparecer después de asestarle el golpe fatal. En ese caso, debía encontrar a alguien que hubiera visto al hombre abandonar el lugar. No parecía complicado. Podía pedir ayuda a la prensa.

Consideró despreocupadamente qué clase de hombre estaba buscando. Ningún inglés de los pies a la cabeza utilizaría un arma semejante. De haber utilizado acero escogería una navaja de afeitar para cortarle el cuello. Y aunque lo más frecuente era la cachiporra, la segunda opción sería sin duda una pistola. El ingenioso crimen había sido cuidadosamente planeado y ejecutado con una sutileza poco habitual entre los in-

gleses. Su mera feminidad hacía pensar en la obra de un *dago*¹ o al menos de alguien habituado a sus costumbres. Quizá un marinero. Un marinero inglés acostumbrado a vivir en los puertos del Mediterráneo podría haberlo hecho. Sin embargo, ¿era posible que se le ocurriera a un marinero algo tan sutil como planear un asesinato en la cola de un teatro? Lo más esperable sería que hubiera esperado a la víctima en un callejón una noche oscura. Lo pintoresco del caso era indudablemente latino. Los ingleses estaban obsesionados con el deseo de golpear y por lo general no les preocupaba demasiado la manera de hacerlo.

Esto le hizo pensar en el móvil del crimen y consideró los motivos más obvios: robo, venganza, celos, miedo. El primero lo eliminó enseguida; cualquier experto podría haber vaciado los bolsillos de la víctima una docena de veces al arropo de semejante muchedumbre sin necesidad de usar más fuerza que la que una mosca emplea para aterrizar. ¿Celos y venganza? Era muy probable. Los *dagos* eran sobradamente conocidos por la vulnerabilidad de sus sentimientos; un insulto era suficiente para corroer toda una vida, una fugaz sonrisa descarriada por parte de su adorada bastaba para hacerles perder la razón. ¿Quizá el hombre de los ojos marrones —era indudablemente atractivo— había conquistado a la mujer de otro?

Por algún motivo Grant pensó que no. Ni por un momento pasó por alto esa posibilidad, pero no le pareció probable. Aún quedaba la posibilidad del miedo. ¿Estaba preparado el revólver con el cargador completo para el hombre que clavó la daga de plata en la espalda de su propietario? ¿Pretendía el fallecido disparar al *dago* en cuanto lo viera y el asesino,

¹ Término despectivo del argot británico utilizado para referirse a los extranjeros, especialmente a los italianos, pero también a portugueses y españoles. La novela fue publicada originalmente en 1929.

consciente de ello, vivía aterrorizado? ¿O había sucedido lo contrario? Quizá la víctima llevaba el arma para defenderse y no le había servido de nada. En cualquier caso, llamaba la atención el deseo del desconocido por ocultar su identidad. Un revólver cargado en dichas circunstancias apuntaba a un posible suicidio. Pero si hubiera tenido intención de quitarse la vida, ¿por qué posponerlo yendo al teatro? ¿Qué otro motivo podía tener para preservar su anonimato? ¿Problemas con la policía, miedo a ser arrestado? ¿Había planeado disparar a alguien y por temor a no poder huir había ocultado su nombre? Era posible.

En cualquier caso, no era arriesgado suponer que el muerto y el hombre al que Grant había bautizado mentalmente como el Dago se conocieran lo bastante bien como para que saltaran chispas entre ellos. Grant no veía probable que un crimen tan pintoresco como este pudiera atribuirse a alguna sociedad secreta. Con frecuencia estas sociedades recurrían al robo y el chantaje o a métodos incluso más simples para conseguir algo a cambio de nada, y lo cierto es que no solían tener nada de pintoresco, como él bien sabía por experiencia. Es más, en la actualidad no había en Londres ninguna sociedad secreta importante, y tenía esperanzas de que siguiera siendo así. El asesinato por encargo era algo que le aburría mortalmente. Lo que le interesaba era la posibilidad de un juego de emociones, un duelo entre mentes, como la del Dago y el desconocido. Debía hacer todo lo posible por averiguar quién era el desconocido. De ese modo encontraría alguna clave sobre el Dago. ¿Por qué nadie había reclamado el cadáver? Por supuesto, aún era pronto. Alguien podía reconocer al fallecido en cualquier momento. Después de todo, para sus allegados solo llevaba desaparecido una noche, y no hay mucha gente que se apresure a buscar un cadáver solo porque su hijo o su hermano haya pasado la noche fuera.

Paciente, concienzudo y con la mente alerta, Grant interrogó a las siete personas que debía ver —ver del modo más literal—. No esperaba obtener ninguna información de ellos de forma directa, pero sí deseaba verlos en persona para así catalogarlos. Todos estaban ocupados atendiendo sus respectivos asuntos; todos menos la señora de James Ratcliffe, que seguía en la cama y estaba siendo atendida por su médico. Su hermana, una chica encantadora de cabello color miel, habló con Grant. Al entrar en el salón se mostró abiertamente hostil ante la mera posibilidad de que su hermana se viera obligada a recibir a un agente de policía teniendo en cuenta su actual estado. No obstante, al ver al policía en cuestión pareció tan sorprendida que no pudo evitar mirar de nuevo su tarjeta, y Grant sonrió por dentro un poco más de lo que se permitió hacerlo exteriormente.

—Sé que aborreceré el mero hecho de verme —dijo disculpándose, y su tono no era del todo irónico—, pero me gustaría que me permitiera hablar con su hermana solo un par de minutos. Puede quedarse en la puerta con un cronómetro si lo desea. O entre si quiere, por supuesto. No tengo intención de preguntarle nada de índole privada. Estoy a cargo de la investigación de este caso y tengo el deber de entrevistarme con las siete personas que estaban más cerca del hombre asesinado la pasada noche. Me ayudaría enormemente si pudiera concluir dicha tarea hoy mismo para poder continuar mañana con otros asuntos. ¿Me comprende? Es una mera formalidad, aunque muy necesaria.

Tal como esperaba, este argumento tuvo éxito.

—Deje que vaya a verla un momento y trataré de convencerla —dijo la joven tras dudar unos instantes.

Su informe sobre el atractivo inspector debió ser efectivo, pues regresó enseguida y lo invitó a acompañarla a la habitación de su hermana, donde tuvo ocasión de interrogar a

una mujer llorosa que no dejaba de observarlo con temible curiosidad y se quejó diciendo que no había reparado en aquel hombre hasta que lo vio caer al suelo. Ocultaba su boca tras la barricada de un pañuelo que apretaba continuamente contra los labios. A Grant le habría gustado que lo apartara un instante. Tenía una teoría según la cual las bocas eran mucho más elocuentes que los ojos, al menos en el caso de las mujeres.

—¿Estaba usted detrás de él cuando cayó?

—Sí.

—¿Y quién se encontraba a su lado?

No lo recordaba. Nadie prestaba atención a otra cosa que no fuera la entrada del teatro, y de todos modos ella nunca se fijaba en la gente por la calle.

—Lo siento —dijo débilmente cuando él se puso en pie para salir—. Me gustaría ayudarle si pudiera. No dejo de ver ese cuchillo y haría cualquier cosa con tal de que arrestaran al hombre que lo hizo.

Grant se olvidó de ella nada más abandonar la casa.

Su marido, al que tuvo que ir a visitar al centro de la ciudad —podía haber ordenado que los llevaran a todos a Scotland Yard, pero deseaba ver a qué dedicaban su tiempo el día después del asesinato—, le fue de más ayuda. Cuando las puertas se abrieron hubo bastante agitación, dijo, por lo que la relación con sus vecinos de cola se había visto ligeramente alterada en cuestión de segundos. Si no recordaba mal, la persona que había estado junto al fallecido y delante de él era un hombre que formaba parte de un grupo de cuatro y había entrado con ellos. Al igual que su mujer, reconoció no haberse fijado en la víctima hasta que empezó a desplomarse.

Los otros cinco testigos le parecieron a Grant igualmente inocentes y poco útiles. Ninguno se había fijado en el hombre asesinado, lo que sorprendió un poco a Grant. ¿Podía ser que nadie lo hubiera visto? Debió estar allí todo el tiempo. No es

posible abrirse paso a codazos hasta el principio de una cola sin llamar la atención de la manera más desagradable. Incluso los menos dados a observar a la gente recuerdan por lo general lo que han visto, aunque en el momento no se den cuenta de ello. Grant continuaba dándole vueltas al asunto cuando regresó a Scotland Yard.

Desde allí envió una nota a la prensa en la que pedía que si alguien había visto a un hombre abandonar su puesto en la cola del Woffington se pusiera en contacto con Scotland Yard. Asimismo, incluía una descripción completa del fallecido y del desarrollo de la investigación hasta el momento para que se hiciera público. Después llamó a Williams a su despacho para que lo pusiera al día sobre sus progresos y este explicó que las huellas del fallecido habían sido fotografiadas, siguiendo sus instrucciones, y enviadas a los especialistas para su examen, pero que el individuo no estaba fichado por la policía. En los archivos no había huellas que se correspondieran. El experto en armas no encontró nada reseñable en el revólver. Probablemente era de segunda mano, estaba muy usado y por supuesto era un arma muy potente.

—¡Ah! —exclamó Grant, disgustado—. ¡Vaya con el experto!

Y esbozó una sonrisa.

—Bueno, dijo que el arma no tenía nada de especial —recordó el otro.

Y entonces explicó que, antes de enviar el revólver a los especialistas, él mismo lo había examinado en busca de huellas. Había muchas y las había hecho fotografiar. Aún estaba esperando los resultados.

—Bien hecho —dijo Grant.

Y fue a ver al superintendente llevando la fotografía de las huellas del fallecido. Informó con todo lujo de detalles a Barker sobre los acontecimientos del día evitando exponer cual-

quier teoría sobre *dagos* y limitándose a señalar que se trataba de un crimen muy poco inglés.

—Tenemos una colección de pistas inútiles —dijo Barker—. Todas excepto la daga, y más bien parece sacada de alguna novela que de un crimen real.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Grant—. Me pregunto cuánta gente habrá esta noche en la cola del Woffington —añadió, sin demasiada convicción.

La respuesta de Barker a tan fascinante cuestión se perdió para siempre cuando Williams entró en el despacho.

—Las huellas del revólver, señor —dijo sin más preámbulos, y las dejó sobre la mesa.

Grant las cogió y las comparó con las que había llevado consigo hasta entonces sin prestarles atención. Al instante se puso rígido como un pointer que ha encontrado un rastro. Había cinco huellas claras y muchas incompletas, pero ni unas ni otras pertenecían al fallecido. Junto con las huellas estaba el informe adjunto del departamento de dactilografía. En los archivos no había ningún registro de las huellas encontradas.

De nuevo en su despacho, Grant se sentó a reflexionar. ¿Qué implicaba todo aquello y qué valor tenía para la investigación? ¿El revólver no pertenecía a la víctima? ¿Acaso era prestado? Pero incluso aunque lo fuera, debería haber algún indicio de que el fallecido lo había tenido en su poder. ¿O quizá nunca lo había tenido? ¿Había sido introducido en su bolsillo por otra persona? Pero era imposible deslizar algo tan grande y pesado como un revólver del ejército en el bolsillo de un hombre sin que este se diera cuenta. No en el de un hombre vivo, aunque quizá... podría haberlo hecho después de apuñalarlo. Pero ¿por qué? ¿Con qué motivo? No se le ocurría ninguna solución. Extrajo la daga de su envoltorio y la examinó al microscopio, pero fue incapaz de encontrar nada

destacable. Estaba estancado. Saldría a pasear un rato. Eran poco más de las cinco. Caminaría hasta el Woffington y hablaría con el hombre que estaba de portero en la entrada de platea la noche pasada.

La ciudad de Londres se perfilaba al atardecer contra un cielo color lavanda salpicado de delicados penachos de bruma. Grant respiró el aire con satisfacción. La primavera estaba cerca. En cuanto hubiera atrapado al Dago conseguiría un permiso —quizá una baja por enfermedad si no podía obtenerlo de otra forma— y se iría a pescar a algún lado. ¿Adónde podía ir? El mejor sitio para pescar es el norte de Escocia, pero allí la compañía solía ser terriblemente aburrida. Otra opción era pescar en el río Test... quizá en Stockbridge. Las truchas no eran la captura ideal, pero allí había un pequeño *pub* de lo más acogedor, y una compañía inmejorable. Y podía ir a caballo hasta allí... ¡menudos prados para cabalgar! ¡Ah! ¡Hampshire en primavera!

Así fantaseaba, caminando a buen paso por el Embankment, sobre cosas que nada tenían que ver con el asunto que debía resolver. Porque así trabajaba Grant. El lema de Barker era este: «¡Rúmialo! Rúmialo continuamente, despierto y dormido, y así llegarás al meollo». Eso era verdad para Barker, pero no para Grant. Grant le había respondido una vez que, mascando las cosas de ese modo, llegaba un momento en que uno solo era consciente de que le dolía la mandíbula, y no se trataba simplemente de una manera de hablar. Sabía por experiencia que cuando algo lo desconcertaba y llegaba a obsesionarlo se estancaba, y en el proceso perdía el sentido de la proporción. Así que cuando llegaba a un punto muerto optaba por «cerrar los ojos», como él mismo decía, y cuando volvía a «abrirlos» por lo general veía las cosas bajo una nueva luz que dejaba al descubierto perspectivas inesperadas y convertía el viejo problema en algo completamente distinto.

Esa tarde había habido matiné en el Woffington, pero encontró el teatro sumido en su habitual estado de desolación en la parte delantera y de descuidada monotonía en la trasera. El portero estaba en el edificio, aunque nadie parecía muy seguro de dónde se encontraba. Al parecer, al atardecer sus deberes eran múltiples y diversos. Después de que varios mensajeros jadeantes hubieran regresado de las entrañas del edificio para informar de que no había ni rastro de él, Grant decidió explorar por sí mismo hasta que encontró al desaparecido en un pasillo detrás del escenario. Cuando Grant le explicó quién era y qué quería, el hombre se mostró orgulloso y dispuesto a ayudar. Estaba más que acostumbrado a codearse con la aristocracia de los escenarios a una prudente distancia, pero no todos los días tenía oportunidad de conversar de manera amistosa con un personaje tan augusto como un inspector del Departamento de Investigación Criminal. Sonreía, se toqueteaba constantemente la gorra cambiando su inclinación, acariciaba los adornos de su uniforme, se secaba las manos en los pantalones, y resultaba obvio que no habría tenido reparos en afirmar que había visto a un mono en la cola con tal de complacer al inspector. Grant gimió por dentro, pero la parte de sí mismo capaz de mantener la distancia en cualquier situación —su yo observador, que en gran medida lo definía— le permitió apreciar que aquel hombre era todo un personaje. Mientras se despedía amistosamente de tan devoto inútil, allanando el camino para un hipotético encuentro futuro —una cualidad que forma parte de la naturaleza de cualquier detective profesional—, escuchó una encantadora voz que decía: «¡Pero si es el inspector Grant!», y al darse la vuelta vio a Ray Marcable con ropa de calle, que evidentemente se dirigía en esos momentos a su camerino.

—¿Está usted buscando trabajo? Porque mucho me temo que a estas horas no conseguiría ni un papel de figurante.

Esbozó una pequeña y provocativa sonrisa y lo miró afable con sus ojos grises de párpados ligeramente caídos. Se habían conocido un año antes durante la investigación del robo de un carísimo maletín neceser que le había regalado uno de sus más ricos admiradores y, aunque no se habían vuelto a ver desde entonces, era evidente que ella no le había olvidado. Grant no pudo evitar sentirse halagado, ni siquiera cuando su yo observador, consciente de lo que sucedía, se echó a reír. Explicó el motivo de su presencia en el teatro y la joven perdió la sonrisa al instante.

—¡Ay, ese pobre hombre! —dijo ella—. Pero aquí tenemos a otro —añadió de inmediato, apoyando una mano en su brazo—. Cuénteme, ¿ha estado toda la tarde haciendo preguntas? Seguro que tiene la garganta seca. Venga conmigo y tome una taza de té en mi camerino. Mi doncella está allí y lo preparará en un momento. Estamos recogiendo, ¿sabe? Es muy triste, después de tanto tiempo.

La señorita Marcable abrió la marcha hacia el camerino, una estancia cuyas paredes estaban cubiertas por armarios y espejos en la misma proporción, y que parecía más una floristería que una habitación concebida para ser ocupada por seres humanos. Señaló las flores con un gesto de la mano.

—En mi apartamento ya no cabían más, de modo que estas se quedarán aquí. Los hospitales se mostraron muy educados, pero dijeron con firmeza que ya no podían aceptar ni un solo ramo más. Yo tampoco puedo decir «No se aceptan flores», como en los funerales, sin herir los sentimientos de mis admiradores.

—Es lo más que puede hacer la mayoría —dijo Grant.

—Oh, sí. Lo sé —respondió ella—. No soy desagradecida. Pero a veces una se siente abrumada.

Cuando el té estuvo preparado, ella misma le sirvió mientras la doncella sacaba unas galletas de mantequilla de una

lata. Mientras revolvía su té y ella se servía el suyo, su mente le dio una sacudida, como un jinete inexperto que tira bruscamente de las riendas del caballo al asustarse. ¡Ray Marcable era zurda!

«¡Santo cielo!», se reprochó disgustado. «No es que merezcas unas vacaciones, es que las necesitas. ¿De veras era necesario resaltar en cursiva semejante afirmación? ¿Cuántas personas zurdas crees que hay en Londres? Tus ocurrencias son cada vez más extrañas».

Para romper el silencio, y puesto que fue lo primero que se le ocurrió, dijo:

—Es usted zurda.

—Sí —respondió ella con indiferencia, tal y como merecía semejante pregunta, y continuó interrogándolo sobre la investigación.

Él contó lo que la prensa iba a publicar al día siguiente y describió la daga, que era el elemento más interesante del caso.

—La empuñadura es un pequeño santo de plata con adornos en esmalte de color azul y rojo.

Algo sobresaltó de repente la tranquila mirada de Ray Marcable.

—¿Qué? —preguntó ella involuntariamente.

Él estuvo a punto de responder: «¿Ha visto alguna parecida?», pero cambió de opinión. Supo al instante que ella diría que no, y él habría desvelado que se trataba de un detalle importante. De modo que repitió la descripción y ella dijo:

—¡Un santo! ¡Qué pintoresco! ¡Y qué inapropiado! Y, aun así, en una acción tan terrible como un crimen, supongo que no estaría de más bendecirlo.

Con gesto tranquilo y cordial extendió la mano izquierda para coger su taza, y mientras la llenaba por segunda vez él observó su muñeca firme y su actitud impasible y se preguntó si no se estaría comportando de un modo algo irracional.

«Desde luego que no», respondió su otro yo. «Puede que te dejes llevar por el instinto en lugares extraños, pero aún no has empezado a imaginar cosas».

Conversaron sobre los Estados Unidos, que Grant conocía bien y que ella visitaría pronto por primera vez. Y cuando se marchaba se sintió agradecido por el té. Había olvidado por completo la hora que era. Pero ya no sería un problema llegar tarde a cenar. Al salir pidió fuego al portero para encender un cigarrillo y, durante un nuevo arrebato de conversación y buenas intenciones por parte del empleado del teatro, Grant averiguó que la señorita Marcable había estado en su camerino desde las seis en punto de la tarde hasta que el traspunte fue a buscarla antes de su primera entrada. «Lord Lacing estaba con ella», añadió, alzando las cejas con elocuencia.

Grant sonrió asintiendo antes de salir, pero de camino a Scotland Yard la sonrisa había desaparecido de su cara. ¿Qué había sobresaltado a Ray Marcable? No era miedo, no. ¿Había reconocido la daga? Sí, eso era. Sin duda la había reconocido.

CAPÍTULO 3

DANNY MILLER

Grant abrió los ojos y contempló el techo de la habitación con expresión meditabunda. Llevaba varios minutos técnicamente despierto, pero su cerebro, atrapado todavía en el ovillo del sueño y consciente al mismo tiempo de la ingrata frialdad de la mañana, le había negado la capacidad de pensar. No obstante, si bien su raciocinio aún no había despertado, era cada vez más consciente de su desasosiego mental. Algo desagradable le aguardaba. Algo extremadamente desagradable. Dicha convicción se acrecentó por momentos disipando su sopor, al tiempo que su mirada clavada en el techo se enredaba con la temprana luz del sol y las sombras del plátano que se alzaba junto a su ventana. Pero seguía siendo incapaz de escapar de aquella sensación de desagrado. Era la mañana del tercer día de sus investigaciones, el día que debía rendir cuentas oficialmente por primera vez, y no tenía nada que ofrecer al juez de instrucción. No tenía ni un rastro que seguir.

Recordó los acontecimientos del día anterior. Por la mañana, con el fallecido aún sin identificar, había entregado a Williams la corbata del hombre, la prenda más nueva y menos

genérica que llevaba, y lo había enviado a recorrer Londres. La corbata, al igual que el resto de su ropa, había sido comprada en una cadena dueña de numerosas tiendas, y no era probable que algún vendedor recordara al individuo al que se la había vendido. Incluso en el caso de que lo hiciera no había la menor garantía de que el hombre que recordaba fuera el mismo que en esos momentos reposaba en la morgue. Sin duda Faith Brothers habría vendido varias decenas de corbatas con el mismo estampado solamente en Londres. Pero siempre quedaba algún resquicio para la esperanza. Y Grant había sido testigo en muchas ocasiones del extraño e inesperado comportamiento del azar como para renunciar ahora con tanta facilidad a una posible vía de exploración. Cuando Williams se disponía a salir del despacho había recordado algo; aquella primera hipótesis suya de que el fallecido había sido vendedor en una tienda de ropa. Quizá no había comprado todo aquello como cliente, quizá era un empleado de Faith Brothers.

—Averigüe si alguien parecido a nuestro hombre trabajó últimamente en alguna de sus tiendas. Si oye o ve algo interesante, le parezca o no importante, hágamelos saber.

En cuanto se quedó solo revisó la prensa de la mañana. Ni siquiera se molestó en mirar las diversas crónicas del asesinato en la cola del Woffington, pero leyó el resto de las noticias con cierta atención, comenzando por una columna de opinión. No obstante, ninguna señal de alarma se activó en su cerebro. Una fotografía suya, con un pie que rezaba «El inspector Grant dirige la investigación del asesinato de la cola», le hizo fruncir el ceño.

—¡Serán zopencos! —dijo en voz alta.

Después elaboró y revisó un listado de personas desaparecidas cuyas denuncias habían sido enviadas desde todas las comisarías de Gran Bretaña. Cinco hombres jóvenes habían desaparecido en varios lugares, y la descripción de uno de

ellos, residente en una pequeña localidad de Durham, encajaba a grandes rasgos con la del asesinado. Después de una larga espera, Grant había logrado hablar por teléfono con la policía de Durham, solo para averiguar que el hombre en cuestión había sido minero y, en opinión del inspector de Durham, un tipo duro. Y ni «minero» ni «duro» eran categorías en las que pudiera encajar al fallecido.

El resto de la mañana había estado ocupado con la rutina de rigor, preparando el encuentro con el juez de instrucción y formalidades por el estilo. Casi a la hora de comer, Williams le había telefoneado desde la tienda más grande de Faith Brothers, en el Strand. Había tenido una mañana atareada, pero improductiva. No solo nadie recordaba a un comprador que respondiera a semejante descripción, lo que hasta cierto punto era de esperar, sino que tampoco creían haber vendido esa corbata. El artículo no pertenecía a ninguno de sus catálogos recientes, lo que le había obligado a seguir indagando expresamente sobre la corbata. Y al final había decidido visitar la sede de la empresa para entrevistarse con el gerente, a quien explicó la situación. El gerente sugirió al sargento que, si estaba dispuesto a desprenderse de la corbata durante un breve periodo de tiempo, él mismo la enviaría a su fábrica en Northwood, donde podrían elaborar una lista con todos los pedidos que contenían dicho modelo, digamos, durante el último año. Williams llamaba ahora con el fin de pedir permiso para entregarle la corbata al gerente.

Grant dio el visto bueno a su petición, y mientras elogiaba mentalmente el sentido común de Williams —muchos sargentos se habrían dedicado a recorrer Londres como autómatas solo porque se lo habían ordenado y era su deber— pensó sin demasiada esperanza en las más de cien tiendas de Faith Brothers repartidas por toda Escocia e Inglaterra. No obstante, las posibilidades se redujeron levemente cuando Williams

apareció para explicarle la situación con más detalle. Ese tipo de corbatas se habían distribuido en cajas de seis, cada corbata de dicha caja era de un tono diferente, aunque con la misma combinación de colores; por lo que era improbable que más de una corbata, o como mucho dos, de un tono exacto hubieran sido enviadas a cualquier tienda. Por tanto, había una mayor probabilidad de que un vendedor pudiera recordar al cliente que la había adquirido que si la corbata hubiera sido distribuida en cajas con todas las unidades del mismo tono. La parte detectivesca de Grant escuchaba con admiración mientras su mitad observadora sonreía ante la fluidez con que el sargento manejaba la jerga del gremio comercial. Media hora con el gerente de Faith Brothers había tenido como consecuencia que la habitual sencillez con que se expresaba el sargento estuviera de repente salpicada de sorprendentes términos especializados. Hablaba mecánicamente de «géneros» e «imitaciones» y tecnicismos por el estilo, y Grant no pudo evitar formarse una vívida imagen del gerente mientras escuchaba. En cualquier caso, le estaba agradecido a Williams y se lo dijo. Ahí residía parte del encanto de Grant. Cuando estaba satisfecho nunca se olvidaba de manifestarlo.

Por la tarde, habiendo renunciado a averiguar alguna cosa más investigando la daga, la había enviado al laboratorio para su análisis. «Comuníquenme cualquier cosa que averigüen», había dicho. Y desde la noche pasada, cuando abandonó Scotland Yard, aún estaba esperando una respuesta.

Ahora extendió un brazo renunciando al calor de las sábanas y descolgó el teléfono. Cuando lo comunicaron con el número que había solicitado, dijo:

—Al habla el inspector Grant. ¿Hay alguna novedad?

No, no había novedades. Dos personas habían estado en la morgue para ver el cadáver la noche pasada —por separado—, pero ninguna lo reconoció. En efecto, sus nombres y

direcciones habían sido anotados y estaban en esos momentos sobre su mesa. También había un informe del laboratorio.

—¡Estupendo! —dijo Grant, dejando el auricular bruscamente en su sitio y saltando de la cama mientras la diáfana luz de la razón hacía desaparecer su aprensión.

Silbó durante su ducha fría y también mientras se vestía, y al escucharlo su casera le comentó a su marido, que estaba a punto de salir para coger el autobús de las ocho en punto:

—Tengo la sensación de que no tardarán mucho en atrapar a ese horrible anarquista.

Anarquista y asesino eran sinónimos en el vocabulario de la señora Field. Desde luego Grant no se habría mostrado tan optimista, pero pensar en aquel sobre aguardándolo encima de su mesa le hacía sentirse como un niño a punto de desenvolver un regalo. Podía ser algo sin importancia o podía ser un diamante. Percibió la mirada benevolente que le dirigía la señora Field mientras se disponía a prepararle el desayuno, y precisamente como lo habría hecho un niño pequeño le preguntó:

—¿Cree que hoy será mi día de suerte?

—No sé nada de la suerte, señor Grant. No sé si creo en ella. Pero sí creo en la providencia. Y no creo que la providencia permita que un agradable joven sea asesinado de una puñalada sin llevar al culpable ante la justicia. Confíe en Dios, señor Grant.

—Y si estamos cortos de pistas, en Dios y en el Departamento de Investigación Criminal —respondió irónicamente Grant, atacando su plato de huevos con beicon.

Ella siguió mirándolo unos instantes, meneó la cabeza como si quisiera regañarlo amablemente y lo dejó a solas leyendo el periódico.

De camino a la ciudad se entretuvo reflexionando sobre el problema de la identificación del cadáver, todavía pen-

diente, lo que de repente le resultó aún más sorprendente. Era cierto que la ciudad de Londres escupía todos los años a varias personas cuyos cuerpos permanecían uno o dos días sin reclamar antes de desaparecer en sepulturas anónimas. Pero en esos casos siempre se trataba de ancianos o pobres, o ambas cosas —los desechos de una gran ciudad, olvidados largo tiempo antes de su muerte incluso por familiares y amigos, y, llegado el fin, demasiado alejados de cualquier persona capaz de contar su historia—. En toda la experiencia laboral de Grant, ni una sola persona de las características del fallecido (un hombre que debía de tener un círculo de conocidos normal, si no más amplio) había tardado tanto en ser identificada. Incluso aunque fuera un inglés de provincias o un extranjero —y Grant dudaba que lo fuera—, su apariencia proclamaba a voz en grito que era londinense de los pies a la cabeza. Sin duda vivía en Londres. En un hotel, en una pensión o en un club, donde lo conocerían y ahora lo echarían en falta. Y los anuncios de la prensa solicitando que se comunicara de inmediato a Scotland Yard cualquier desaparición reciente ya deberían haber empujado a alguien a hacerlo a estas alturas.

Por tanto, si el hombre era un ciudadano londinense —y Grant estaba casi seguro de que lo era—, ¿por qué ni sus conocidos ni su casero habían dicho nada? Obviamente porque tenían razones para pensar que estaba metido en algún asunto sucio o porque ellos mismos no querían atraer la atención de la policía. ¿Una banda, quizá? ¿Una banda que deseaba librarse de un miembro indeseado? Pero las bandas no esperan a que su víctima se ponga en una cola multitudinaria para prescindir de sus servicios. Eligen métodos más seguros. A menos que... sí, podría haber sido al mismo tiempo una venganza y una advertencia. La situación reunía muchos elementos de esa clase de gesto... el arma, el ataque a la víctima mientras estaba

en un lugar supuestamente seguro, la increíble bravuconería de todo lo sucedido. De esa manera, al mismo tiempo eliminaban al renegado e intimidaban a los supervivientes. Cuanto más pensaba en esa explicación, más razonable le resultaba como solución al misterio. Había rechazado la posibilidad de una sociedad secreta y no iba a cambiar de opinión. La venganza de una sociedad secreta no impediría que los amigos de la víctima denunciaran su desaparición y reclamaran su cuerpo. Sin embargo, un miembro de una banda caído en desgracia... era algo muy diferente. En ese caso todos sus amigos sabrían o adivinarían el modo y el motivo de su muerte, y nadie sería lo bastante loco para denunciarlo.

De regreso a Scotland Yard, Grant repasó mentalmente las bandas londinenses más importantes del momento. Danny Miller era sin duda el gallo del corral y llevaba siéndolo una larga temporada. Habían transcurrido tres años desde que Danny pasara una temporada «entre rejas» y, a menos que cometiera un gravísimo error, pasaría mucho tiempo antes de que volviera a hacerlo. Danny había llegado de Estados Unidos después de cumplir allí su segunda sentencia por robo y había traído consigo un privilegiado cerebro, la convicción típicamente norteamericana de que lo mejor es organizarse —los gánsteres ingleses son individualistas por naturaleza— y un absoluto respeto por los métodos policiales británicos. Como consecuencia, aunque sus secuaces cometían algún desliz ocasional y cumplían breves sentencias por sus descuidos, Danny seguía libre y acumulaba éxitos —demasiados para el gusto del DIC—. En cualquier caso, Danny también sabía hacer gala de toda la crueldad típica de los maleantes del otro lado del charco a la hora de tratar con sus enemigos. Por costumbre utilizaba pistolas, pero no tenía más reparos en apuñalar a un hombre que en aplastar a una mosca molesta si la ocasión lo requería. Grant decidió

invitar a Danny a visitarlo. Entretanto, un sobre lo aguardaba en el escritorio.

Lo abrió con impaciencia nada más llegar y pasó por alto las menudencias prosísticas que servían de introducción al informe —el agente Bretherton, de la científica, tenía una marcada tendencia a ser un pomposo dogmático. Si le enviabas un gato persa para analizar era capaz de dedicar la primera página a decidir si tenía el pelaje gris o beis— para ir directo al grano. Justo encima de la ensambladura entre la empuñadura y la hoja, decía Bretherton, había una mancha de sangre distinta a la del fallecido. La base sobre la que reposaba el santo estaba hueca y se había roto por un lado. Dicha fractura no era más que un diminuto corte que ni siquiera había llegado a resquebrajarse y era casi invisible debido a la mancha de sangre. Sin embargo, al presionar la superficie, uno de los bordes de la irregular hendidura se alzaba ligeramente por encima del otro. La presión del asesino al empuñar el cuchillo había agrandado la hendidura en el metal lo suficiente como para herir su mano. Ahora tendría un feo corte entre la base del pulgar y el dedo índice de la mano izquierda.

La cosa no va mal por el momento, pensó Grant, aunque no es posible rastrear Londres en busca de un hombre zurdo con un corte en la mano y arrestarlo únicamente por eso. Pidió que avisaran a Williams.

—¿Sabe usted dónde vive Danny Miller actualmente? —le preguntó.

—No, señor —respondió Williams—, pero Barber lo sabrá. La noche pasada regresó de Newbury y nadie sabe más que él acerca de Danny.

—Muy bien, pues vaya a buscarlo y averígüelo. No, mejor dígame que venga a verme.

Cuando llegó Barber —un hombre alto y calmoso de sonrisa engañosamente soñolienta— Grant repitió la pregunta.

—¿Danny Miller? —dijo Barber—. Claro, tiene un apartamento en una casa de la calle Amber, en Pimlico.

—¡Ajá! Ha estado muy silencioso últimamente, ¿verdad?

—Eso pensamos, aunque creo que ese robo de joyas que trae de cabeza a los de Gowbridge es cosa suya.

—Pensaba que lo suyo eran los bancos.

—Sí, pero tiene un ligue nuevo. Probablemente necesita dinero.

—Entiendo. ¿Sabe su número de teléfono?

Barber lo sabía.

Una hora más tarde, Danny estaba disfrutando de un relajado y minucioso aseo en su apartamento de la calle Amber cuando le notificaron que el inspector Grant le estaría muy agradecido si pudiera mantener una breve charla con él en Scotland Yard.

Los claros ojos grises de Danny examinaron con recelo al policía de paisano que acababa de transferirle el mensaje.

—Si piensa que tiene algo contra mí —dijo— será mejor que vaya cambiando de idea.

El agente de paisano le dijo que el inspector solo necesitaba obtener cierta información.

—¡Oh! ¿Y qué está ahora investigando el inspector?

Pero eso el policía de paisano no lo sabía o no estaba dispuesto a decirlo.

—Está bien —dijo Danny—. Lo acompañaré ahora mismo.

Cuando un corpulento agente lo acompañó hasta el despacho de Grant, Danny, que era menudo y delgado, hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre que se marchaba mientras alzaba una ceja con aire cómico.

—No es frecuente que alguien se tome la molestia de anunciar mi llegada —dijo.

—No —respondió Grant, sonriendo—. Por lo general hablan de usted cuando se marcha, ¿no es así?

—Es usted ingenioso, inspector. Nunca habría pensado que necesitara la ayuda de nadie con su inteligencia. No creerá haber encontrado algo contra mí, ¿verdad?

—En absoluto. He pensado que podría ayudarme un poco.

—Eso es muy halagador.

Era imposible diferenciar cuándo Miller hablaba en serio.

—¿Cree haber conocido en persona a este hombre? —preguntó Grant.

Mientras describía con detalle al asesinado, el inspector escrutaba a Danny y su cerebro analizaba intensamente cuanto veía. Guantes, se dijo. ¿Cómo podía conseguir que Danny se quitara el guante izquierdo sin pedírselo?

Cuando terminó la descripción, que incluía hasta el detalle de que caminaba con un pie ligeramente torcido hacia dentro, Danny respondió cortésmente:

—Ese es el fiambre de la cola. No, siento mucho decepcionarlo, inspector, pero no he visto a ese hombre en mi vida.

—Bueno, supongo que no tendrá inconveniente en acompañarme para echarle un vistazo.

—No, si de ese modo se queda más tranquilo, inspector. Haría cualquier cosa por complacerlo.

Grant se llevó la mano al bolsillo y sacó un puñado de monedas, como para asegurarse de que tenía dinero suelto antes de salir. Una moneda de seis peniques se escurrió entre sus dedos y rodó rápidamente por la lisa superficie del escritorio hacia Miller, cuya mano salió disparada en un abrupto movimiento preventivo para que no cayera al suelo. Jugueteeó con ella un instante sin quitarse el guante y después la dejó sobre la mesa.

—Estas chiquitinas no valen nada —comentó en su tono afable y categórico.

Pero había utilizado la mano derecha para cogerla.

De camino a la morgue en un coche policial, Miller miró al inspector exhalando aire de forma casi inaudible, lo que en su caso podía pasar por una carcajada.

—Vaya —dijo—, si alguno de mis colegas me viera ahora mismo saldría por pies en dirección a Southampton sin pararse a hacer el equipaje.

—Bueno, ya se lo prepararíamos nosotros... al traerlo de vuelta —dijo Grant.

—Nos tienen calados a todos, ¿verdad? Seguro que lo cree. Apostaría cinco contra uno en dólares... no, en libras... cinco a uno en libras a que no consiguen encerrar ni a uno solo de los nuestros de aquí a dos años. ¿Qué me diría? Bueno, ya sabe usted que le considero un tipo listo.

Cuando Miller vio finalmente al hombre asesinado, la ansiosa mirada de Grant no detectó ninguna expresión en su cara de póquer. La fría mirada gris de Danny escrutó los rasgos del difunto con aparente indiferencia. Y Grant tuvo la certeza de que, aunque Miller conociera a aquel hombre, su esperanza de que se traicionara con un gesto o manifestando alguna emoción había sido en vano.

—No —estaba diciendo Danny—, no había visto a este hombre en mi...

Entonces se detuvo y hubo una larga pausa.

—Vaya, al final va a resultar que sí... —dijo—. ¡Ay, Dios! ¡Déjeme pensar! ¿Dónde fue? ¿Dónde fue? En un minuto me acordaré.

Empezó a golpearse febrilmente la frente con la palma de la mano enguantada. ¿Estará actuando?, pensó Grant. Si lo hacía era muy bueno. Sin embargo, Miller nunca se permitiría el error de hacerlo mal.

—¡Ay, Dios! No acabo de situarlo. Pero si incluso hablé con él... Creo que no llegué a saber su nombre, pero estoy seguro de que hablé con él.

Al final Grant se dio por vencido —aún debía asistir a la vista judicial—, pero Danny Miller no lo había dejado ni por asomo. No era capaz de aceptar que su cerebro lo hubiera traicionado, aquello era un ultraje insoportable.

—Jamás olvido a un hombre —seguía diciendo—. Al menos soy tan bueno como cualquier poli.

—Bien, si es capaz de recordarlo puede telefonearme —dijo Grant—. Entretanto, ¿me haría un pequeño favor? ¿Se quitaría los guantes?

Los ojos de Danny se convirtieron de repente en dos brillantes rendijas.

—¿Qué se le ha ocurrido? —preguntó.

—Bueno, no hay ninguna razón por la que no pueda hacerlo, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo? —le espetó Danny.

—Escuche —dijo Grant en tono desenfadado—, hace un minuto quería hacer una apuesta. Bien, le propongo otra. Si se quita los guantes le diré si ha ganado o no.

—¿Y si pierdo?

—Bueno, no tengo ninguna orden de detención —respondió Grant, sonriendo afablemente sin apartar la mirada de aquellos ojos brillantes clavados en los suyos.

Danny alzó los párpados. Había recuperado su aire despreocupado. Se quitó el guante derecho y extendió la mano. Grant la miró y asintió. Después se quitó el guante izquierdo y mientras lo hacía la mano derecha regresó al bolsillo del abrigo.

La izquierda, expuesta a la mirada de Grant, no tenía heridas ni cicatrices.

—Usted gana, Miller —dijo Grant—. Es todo un caballero.

Y la leve protuberancia del bolsillo derecho del abrigo de Danny desapareció.

—Me avisará si se acuerda, ¿verdad? —dijo Grant al despedirse, y Miller se lo prometió.

—No se preocupe —dijo—. No permitiré que mi cerebro me la vuelva a jugar y se vaya de rositas.

Y Grant se marchó a comer antes de asistir a la vista judicial.

Después de pasar el mal trago de ver el cadáver, los miembros del jurado habían ocupado sus asientos con aire petulante y aparentando la modestia esperable en aquellos recién iniciados en un misterio. El veredicto era seguro y tampoco tenían que preocuparse por los detalles correctos o incorrectos del caso. Podían entregarse por completo a la deliciosa ocupación de escucharlo todo acerca del asesinato más popular del momento de labios de los testigos. Grant los observó sardónicamente y dio gracias a los dioses por que ni el caso ni su vida dependieran de la inteligencia de aquel pequeño grupo de personas. Después lo olvidó y se dejó llevar por la entretenida comedia de los testigos. Era extraño comparar los hechos siniestros que salían de sus bocas con lo cómico de la representación que estaban llevando a cabo. A estas alturas los conocía bastante bien, y lo cierto es que ninguno de ellos se salió entonces del guion. Ahí estaba el agente que mantenía el orden en la cola del Woffington, aseado y reluciente, en especial su frente sudorosa; preciso en su informe y tremendamente satisfecho de sí mismo por dicha precisión. Estaba James Ratcliffe, el perfecto ciudadano y marido, aborreciendo aquella inesperada publicidad y rebelándose contra su conexión con aquel desagradable asunto, pero decidido a cumplir con su deber. Los de su clase siempre han demostrado ser el más útil aliado para las fuerzas de la ley, y el inspector reconoció dicha verdad y se sintió agradecido, a pesar de que no hubiera aportado nada en absoluto. Esperar en las colas le aburría, reconoció, y mientras hubo buena luz había aprovechado para leer, hasta que las puertas se abrieron y los empujones apenas le permitieron hacer otra cosa que tratar de seguir de pie.

Ahí estaba su esposa, a la que el inspector había visto por última vez sollozando en su dormitorio. Seguía aferrándose al pañuelo y obviamente esperaba que la animaran y tranquilizaran después de cada pregunta. Su interrogatorio fue el más largo de todos, pues había estado justo detrás de la víctima.

—¿Pretende hacernos creer —dijo el juez— que permaneció durante casi dos horas junto a ese hombre y aun así no recuerda nada de él ni de sus acompañantes, si los había?

—¡Pero no estuve junto a él todo el tiempo! Ya le he dicho que no lo vi hasta que cayó a mis pies.

—Entonces, ¿quién estuvo delante de usted la mayor parte del tiempo?

—No lo recuerdo. Creo que era un muchacho... un hombre joven.

—¿Y qué fue de ese joven?

—No lo sé.

—¿Lo vio usted abandonar la cola?

—No.

—¿Puede describirlo?

—Sí. Era moreno y de aspecto extranjero, diría yo.

—¿Estaba solo?

—No lo sé. Pero creo que no. Me parece que estaba hablando con alguien.

—¿Cómo es posible que no lo recuerde más claramente si sucedió hace solo tres noches?

La conmoción había hecho que lo olvidara todo, respondió azorada.

—Además —añadió, tiesa como una vela de repente a causa del súbito desdén del juez de instrucción—, en una cola uno no se fija en la gente que tiene al lado. Tanto mi marido como yo estuvimos leyendo la mayor parte del tiempo.

Y rompió a llorar histéricamente.

Después llegó el turno de la mujer gorda, muy pulcra y reluciente vestida de satén, recuperada del susto y también de la reticencia a colaborar que había mostrado después del asesinato, más que dispuesta a contar su versión de los hechos. Su cara regordeta y rubicunda y sus diminutos ojos marrones irradiaban una siniestra satisfacción con el papel que le había tocado representar. Y pareció decepcionada cuando el juez le dio las gracias y le ordenó bajar del estrado.

El hombrecillo de aspecto manso fue tan preciso y metódico al exponer su relato como el agente de policía, pero por alguna razón parecía convencido de que el juez era un tipo de escasa inteligencia. Cuando el sufrido funcionario respondió que «Sí, era consciente entonces y ahora de que las cosas se ordenan por lo general de dos en dos», los miembros del jurado se echaron a reír con disimulo y el hombrecillo de aspecto inofensivo pareció sinceramente dolido. Puesto que ni él ni ninguno de los otros tres testigos de la cola recordaban al hombre asesinado y tampoco fueron capaces de aportar información sobre cualquier persona que abandonara la cola, se les permitió marchar sin recibir demasiada atención.

El portero, tan alegre de poder colaborar que al principio de su declaración apenas era capaz de hilvanar dos ideas, informó al juez de que había visto al fallecido anteriormente... varias veces. Iba a menudo al Woffington, en efecto, pero no sabía nada de él. Siempre iba bien vestido. No, el portero no recordaba a ninguno de sus acompañantes, aunque estaba seguro de que no solía acudir solo.

El ambiente de futilidad imperante durante toda la vista terminó desalentando a Grant. Un hombre a quien nadie parecía conocer había sido apuñalado en la espalda por alguien a quien nadie había visto. Aquello no pintaba nada bien. El asesino no había dejado ninguna pista salvo la daga, y de ella no habían sacado nada en claro excepto que el hombre se había

herido el dedo pulgar o índice al empuñarla. Tampoco habían averiguado nada de la víctima, por lo que su única esperanza era que algún empleado de Faith Brothers recordara al cliente a quien le había vendido una corbata beis con suaves visos de rosa. Cuando se dictó el inevitable veredicto de asesinato contra una o varias personas desconocidas, Grant fue a buscar un teléfono dándole vueltas a la declaración de la señora Ratcliffe, que incluía a un joven extranjero. ¿Era tan solo un producto de su imaginación, propiciado por la presencia de la daga, o una genuina corroboración de su teoría del *dago*? El joven extranjero de la señora Ratcliffe no estaba presente cuando se descubrió el asesinato. Era precisamente él quien había desaparecido de la cola, y la persona que había desaparecido de la cola era casi con certeza el asesino.

Bien, en Scotland Yard averiguaría si había alguna novedad, y si no había nada se mortificaría tomando el té. Lo necesitaba. Mientras bebía lentamente, los pensamientos siempre comenzaban a fluir. No dolorosa y febrilmente como le sucedía a Barker, el príncipe de los superintendentes, sino de manera pausada y especulativa, un sistema que Grant encontraba mucho más productivo. Entre sus amigos había un poeta y ensayista que bebía el té dando pequeños sorbos a un ritmo monótono y constante mientras creaba sus obras maestras. Su aparato digestivo estaba hecho una ruina, pero gozaba de una excelente reputación entre los más admirados literatos modernos.

CAPÍTULO 4

RAOUL LEGARDE

Sin embargo, poco después escuchó por teléfono algo que le hizo olvidarse del té por completo. Había llegado una carta para él escrita en letras mayúsculas. Grant sabía muy bien lo que eso significaba. Scotland Yard tenía una vasta experiencia en mayúsculas. Sonrió para sus adentros mientras llamaba a un taxi. ¡Si la gente supiera que escribir en letras mayúsculas no sirve para disimular la caligrafía!, se dijo. Aunque sinceramente esperaba que tal cosa no sucediera nunca.

Antes de abrir la carta que reposaba en su escritorio la roció con polvo y comprobó que estaba cubierta de huellas dactilares. La abrió con delicadeza por la parte superior, sosteniendo el sobre, grueso y blando, con un par de pinzas, y extrajo de él un fajo de billetes de cinco libras del Banco de Inglaterra y un folio cortado por la mitad. Había un mensaje escrito a máquina: «Para enterrar al hombre que fue encontrado en la cola».

Había cinco billetes. Veinticinco libras. Grant se sentó y lo examinó. Nunca le había pasado nada tan inesperado en todos sus años en el DIC. Esa noche había una persona en Londres lo bastante preocupada por el fallecido para gastarse veinticinco libras con tal de impedir que su cuerpo terminara en una

fosa común, pero sin atreverse a reclamarlo. ¿Corroboraba esto su teoría de la intimidación? ¿O era el dinero fruto de la mala conciencia? ¿Acaso el asesino había sentido el deseo supersticioso de hacer lo correcto con el cuerpo de su víctima? Grant no lo creía. A un hombre capaz de apuñalar a otro por la espalda le importaría muy poco lo que le sucediera a su cadáver. El hombre tenía un amigo en Londres ahora mismo —hombre o mujer—, un amigo a quien le importaba lo suficiente como para hacerle renunciar a veinticinco libras.

Grant llamó a Williams y juntos examinaron el sobre barato de color blanco y las letras mayúsculas, simples y de trazos fuertes.

—Bien —dijo Grant—, ¿qué le parece?

—Se trata de un hombre —respondió Williams—. No acomodado. Poco acostumbrado a escribir. Pulcro. Fuma. De carácter depresivo.

—¡Excelente! —exclamó Grant—. No le va en absoluto el papel de Watson. Se lleva usted todo el prestigio.

Williams, que lo sabía todo sobre Watson —a los once años había pasado horas apasionantes en un pajar tratando de leer *La banda de lunares*² sin que lo descubrieran, pues lo tenía prohibido—, sonrió y dijo:

—Espero que usted tenga algo más que decir que yo, señor.

Pero Grant no tenía nada que añadir.

—Excepto que quien lo haya hecho ha demostrado ser muy malo en esto. ¡Menuda ocurrencia, enviar algo tan fácil de rastrear como los billetes de cinco libras!

² *The Adventure of the Speckled Band*, en el original. Es uno de los cincuenta y seis relatos breves de Sherlock Holmes, considerado por el propio Conan Doyle como la mejor obra del personaje y adaptada al teatro un tiempo después de su publicación.

Sopló el polvillo que cubría la hoja de papel, pero no vio huellas. Llamó a un agente y envió el precioso sobre y los billetes para que fotografiaran las huellas. La nota con el mensaje la envió al experto en caligrafía.

—Bueno, ahora los bancos están cerrados. Mala suerte. ¿Tiene prisa por volver a casa, Williams?

No, Williams no tenía prisa. Su mujer y el bebé estaban en Southend en casa de su suegra y pasarían allí la semana.

—Entonces cenaremos juntos —añadió Grant — y podrá usted obsequiarme con sus ideas sobre asesinatos en colas.

Hacia algunos años Grant había recibido una herencia considerable, lo bastante generosa como para retirarse y no hacer nada durante el resto de sus días si hubiera deseado tal cosa. Pero Grant amaba lo que hacía, incluso cuando se lamentaba y decía que tenía un trabajo de perros, de modo que había dedicado su legado a hacer su existencia más cómoda, al tiempo que trataba de poner un poco de luz en los lugares más siniestros de su vida y la de aquellos que lo rodeaban. Había una pequeña tienda de ultramarinos en un suburbio del sur de Londres, resplandeciente como una joya con sus abigarradas mercancías, que debía su supervivencia a dicho legado y al azaroso encuentro de Grant con un presidiario en libertad condicional en su primera mañana fuera de prisión. Fue Grant quien había encontrado las pruebas necesarias para que le permitieran salir, y también quien aportó los medios necesarios para su rehabilitación. No obstante, fue únicamente su herencia lo que había propiciado que Grant se convirtiera en un cliente habitual de un restaurante tan exclusivo como Laurent's, y en algo incluso más sorprendente y admirable, en el cliente favorito de su estirado jefe de camareros. Solo cinco personas en toda Europa gozaban de sus favores. Y Grant, plenamente consciente de dicho honor, también era el responsable exclusivo de haberse ganado dicha gracia.

Marcel los recibió en mitad del salón verde y dorado con el rostro contraído y una expresión de terrible tristeza. Estaba desolado, pero no tenía ni una sola mesa digna del señor. La única que quedaba era la de aquel rincón que nadie quería. El señor no le había avisado de que pensaba venir. Estaba desolado, sencillamente desolado.

Grant aceptó la mesa sin rechistar. Estaba hambriento y no le preocupaba lo más mínimo dónde comía siempre y cuando la comida fuera buena y, dejando a un lado el hecho de que la mesa estaba junto a la puerta de servicio, no tenía nada que objetar. Un par de mamparas de color verde camuflaban la puerta de batiente y amortiguaban en gran medida el ruido de la cocina, que aumentaba por momentos en esa zona del comedor cada vez que se abría y volvía a cerrarse. Durante la cena decidieron que por la mañana Williams visitaría los bancos de la zona indicada en el matasellos de la carta, con el fin de rastrear el origen de los billetes. No sería complicado; los bancos siempre colaboraban. Después pasaron a debatir el crimen propiamente dicho. En opinión de Williams se trataba de un asunto entre bandas. El fallecido había perdido el favor de los suyos y, consciente del peligro, había pedido prestada un arma al único miembro de la banda que aún le profesaba amistad. Sin embargo, no había tenido ocasión de utilizarla. El dinero recibido esa noche era de su amigo secreto. Se trataba de una teoría bastante buena, pero dejaba algunas cosas sin explicar.

—¿Por qué la víctima no llevaba nada que pudiera identificarlo?

—Quizá sea una costumbre de la banda —respondió Williams, con electrizante lógica—. No llevar identificación de ninguna clase por si los detienen.

Era una teoría verosímil y Grant permaneció en silencio unos instantes, reflexionando. Mientras les servían el primer

plato, gracias a ese sexto sentido que cuatro años en el Frente Occidental y muchos más en el DIC habían desarrollado hasta niveles poco frecuentes, se dio cuenta de que alguien los estaba observando. Controlando el impulso de darse la vuelta al instante —estaba sentado de espaldas al salón, casi mirando hacia la puerta de servicio—, miró despreocupadamente el espejo. Pero no vio a nadie que mostrara el menor interés en él, de modo que siguió comiendo, bebiendo y fumando, y poco después volvió a intentarlo. El salón se había vaciado considerablemente desde su llegada, por lo que le resultó fácil observar a las personas que aún quedaban a su alrededor. Sin embargo, en el espejo solo vio a unos cuantos clientes absortos comiendo, bebiendo y fumando igual que él. Pero la sensación de que alguien lo vigilaba desde hacía un rato persistía. Y de repente sintió que se le ponía la carne de gallina. Miró por encima de la cabeza de Williams hacia la mampara que ocultaba la puerta, y allí, en la rendija entre ambas pantallas, encontró los ojos que lo observaban. Como si de repente se hubieran percatado de que habían sido descubiertos, los ojos titubearon antes de desaparecer, y Grant continuó disfrutando de la comida con normalidad. Un camarero demasiado curioso, se dijo. Probablemente sabe quién soy y solo quería echar un vistazo a alguien relacionado con un crimen. Grant había tenido que soportar a muchos curiosos a lo largo de los años. Ahora, no obstante, al alzar la vista en mitad de una frase se topó de nuevo con esos ojos que lo examinaban. Aquello ya era demasiado y mantuvo firmemente la mirada. Sin embargo, era evidente que la persona que estaba al otro lado de la mampara no era consciente de que Grant podía verlo, por lo que no se movió de donde estaba. De cuando en cuando, con las idas y venidas del camarero, los ojos desaparecían, pero la furtiva mirada siempre reaparecía. Grant sintió el perentorio deseo de ver bien a aquel hombre con tanto interés por su persona.

—Hay alguien detrás de la mampara, a su espalda —le dijo a Williams, que estaba sentado a menos de un metro de la puerta—, que parece excesivamente interesado en nosotros. Cuando chasquee los dedos dé usted un golpe en la mampara con la mano derecha. Que parezca accidental, si es posible.

Grant esperó a que el tráfico de camareros se apaciguara un poco y el desconocido volviera a mirarlo fijamente. Entonces chasqueó con suavidad los dedos corazón y pulgar. El musculoso brazo de Williams empujó la mampara, que vibró un instante antes de caer hacia un lado. Pero allí no había nadie. Solo el brusco movimiento de la puerta de batiente dejó en evidencia que alguien acababa de salir con prisa.

Bueno, eso es todo, pensó Grant, mientras Williams se disculpaba por el accidente con la mampara. No es posible identificar a un par de ojos. Terminó de cenar sin darle más vueltas y regresó a pie a Scotland Yard en compañía de Williams, con la esperanza de que las fotografías de las huellas del sobre estuvieran listas para su examen.

Las fotografías no habían llegado, pero había un informe sobre la corbata enviada a la fábrica de Faith Brothers en Northwood. La única remesa de corbatas con ese estampado que había salido de allí durante el último año había sido una caja de seis unidades en varios tonos enviada como reposición solicitada por la sucursal de Nottingham. Habían devuelto la corbata y ofrecían solícitamente su colaboración en el caso de que el inspector volviera a necesitarla.

—Si no surge nada importante de aquí a mañana —dijo Grant— puedo ir yo a Nottingham mientras usted se ocupa de los bancos.

Entonces llegó un agente con las fotografías de las huellas del sobre y Grant sacó de su escritorio las fotografías de las otras huellas del caso —las huellas de los dedos del fallecido y las encontradas en el revólver—. Según el informe, en los

billetes únicamente había borrones, de modo que Grant y el sargento decidieron concentrarse en el apartado de las huellas del sobre. Había marcas diversas, puesto que había sido manipulado por varias personas desde que su remitente lo enviara. No obstante, había una única huella clara y perfecta de un dedo índice en la parte derecha de la solapa, y la huella se correspondía exactamente con la del índice que había dejado su marca en el revólver hallado en el bolsillo de la víctima.

—Bien, esto encaja con su teoría acerca del amigo que le facilitó un arma, ¿no le parece? —dijo Grant.

Pero el sargento dejó escapar un gruñido y continuó observando la huella.

—¿Qué le sucede? Está clarísimo.

El sargento se irguió y miró, torciendo el gesto, a su superior.

—Le juro que no he bebido una copa de más, señor. Pero, o es eso, o todo el sistema de análisis de huellas dactilares se ha vuelto loco. ¡Mire esto!

Con un dedo índice no muy firme, señaló una huella en el extremo inferior de la esquina derecha del sobre, y mientras lo hacía cogió la reproducción de las huellas del fallecido que estaban al lado, encima de la mesa, y se las puso delante a Grant. El inspector no dijo nada durante unos segundos, mientras comparaba las huellas y el sargento, detrás de él, trataba de corroborar lo que había visto un momento antes. Pero era imposible ignorar los hechos irrefutables que ante sus ojos evidenciaban las espirales y crestas de ambas reproducciones. Las huellas eran en ambos casos las de la víctima.

Grant no tardó más de uno o dos segundos en encontrar una explicación factible para tan desconcertante descubrimiento.

—Compartían el papel, por supuesto —dijo sin ceremonias, mientras su yo observador se burlaba de él por el infantil

asombro que durante unos instantes lo había dominado—. Su teoría sigue ganando terreno, Williams. El hombre que facilitó el arma y envió el dinero vivía con el fallecido. Siendo así, por supuesto, está en situación de poder contarle lo que quiera a su casera, a su mujer o a quienquiera que muestre interés por la desaparición de su colega —sentenció al tiempo que cogía el teléfono del escritorio—. A ver qué tienen que contar sobre esa nota los de caligrafía.

Pero los expertos no tenían nada que añadir a lo que Grant ya sabía o podía deducir. El papel era muy común y podía comprarse en cualquier papelería o puesto de libros. La letra era de un hombre. Con una muestra caligráfica de un sospechoso probablemente serían capaces de determinar si la letra era suya, pero por el momento no podían aportar nada más de lo ya indicado.

Williams partió hacia su hogar temporalmente vacío e intentó consolarse por la ausencia de su mujer recordando lo corta que era una semana y lo hermosa que estaría la señora Williams cuando regresara de Southend. Entretanto, Grant permaneció en su despacho tratando de convencer a la daga para que le contara su historia. Reposaba sobre la superficie de cuero verde oscuro de su escritorio, un objeto elegante y malvado con el engañoso aspecto de un juguete, cuya afilada y delgada hoja contrastaba de un modo extraño con el santo de aspecto campechano y rostro ridículo e inexpresivo. Grant observó sardónicamente sus piadosos rasgos. ¿Qué era lo que había dicho Ray Marcable? Que para llevar a cabo un acto semejante a más de uno se le habría ocurrido bendecirlo antes. Bueno, pensó Grant, él habría elegido un santo más poderoso a quien encomendarse que el ineficaz beato que decoraba la empuñadura. Siguió pensando en Ray Marcable. Esa mañana la prensa parecía dedicarse por entero a su inminente partida hacia América; los periódicos más populares se lamentaban y

los de corte más intelectual se mostraban indignados y resentidos con los promotores británicos por permitir que la mayor estrella de la comedia musical de toda una generación abandonara el país. ¿Debía volver a verla antes de que se marchara, dudó Grant, para preguntarle sin rodeos por qué se había sorprendido al escuchar la descripción de la daga? Por otro lado, no había encontrado nada que la conectara ni remotamente con el crimen. Conocía su historia; la pequeña casa adosada en un sombrío suburbio que ella llamaba hogar, la escuela municipal a la que había asistido, su auténtico nombre, que era Rosie Markham. Incluso había llegado a conocer al señor y la señora Markham por el asunto del maletín neceser. Era muy poco probable que ella pudiera aportar información útil sobre el crimen de la cola. Y más improbable aún era que lo hiciera si en efecto sabía algo. Había tenido oportunidad de sincerarse con él mientras tomaban el té en su camerino, pero ella había decidido no contarle nada. Por supuesto, dicha información podía ser completamente insustancial. Se había sorprendido al oír la descripción de la daga, pero eso de ningún modo bastaba para relacionarla con el asesinato. La daga no era un objeto único y mucha gente podía haber visto y tenido en sus manos un arma similar. No, de cualquier modo, no era probable que una segunda entrevista con la señorita Marcable resultara provechosa. Se marcharía a Estados Unidos sin que volviera a interrogarla.

Suspirando a causa de la nula productividad de la jornada, guardó nuevamente la daga en el cajón, lo cerró con llave y se dispuso a volver a casa. Salió del edificio de Scotland Yard en dirección al Embankment y casi se sorprendió al comprobar que hacía una noche agradable, con una ligera y fresca neblina que flotaba en el aire, por lo que decidió ir caminando. Las calles de Londres a medianoche —siempre mucho más hermosas sin el bullicio del día— lo fascinaban. A mediodía

la ciudad regalaba a manos llenas el más suntuoso entretenimiento, siempre diverso y ameno. Pero a medianoche se entregaba a sí misma de un modo muy diferente, como un regalo que se ofrece en la intimidad. A medianoche uno podía oírla respirar.

Cuando finalmente llegó a la calle donde vivía, Grant caminaba de un modo casi automático y una bruma estrellada se había adueñado de su cerebro. Durante un rato había «cerrado los ojos». Pero no estaba dormido, ni real ni metafóricamente, y los ojos de su cerebro se abrieron sobresaltados al percibir la tenue figura inmóvil en la esquina opuesta, junto a una farola. ¿Quién podía estar en la calle a esas horas?

Debatió rápidamente si debía o no cruzar a la otra acera para ver mejor al desconocido. Pero ya era muy tarde para cambiar de dirección. Siguió caminando e ignoró al merodeador. Solo al llegar a la puerta de su casa se dio la vuelta. La figura seguía en el mismo lugar, casi indistinguible en la oscuridad.

Eran más de las doce cuando entró abriendo con su llavín, pero la señora Field lo estaba esperando.

—Pensé que le gustaría saber que ha venido un caballero preguntando por usted. No quiso esperar ni dejarle un mensaje.

—¿Hace mucho que vino?

Más de una hora, dijo la señora Field. No lo había visto bien, pues había permanecido algo alejado de la puerta, sin subir el peldaño. Pero era joven.

—¿No se identificó?

No, se había negado a decir su nombre.

—Está bien —dijo Grant—. Vaya a acostarse. Si regresa yo abriré.

Ella permaneció indecisa en el quicio de la puerta.

—No hará usted nada imprudente, ¿verdad? —dijo ella, preocupada—. Me da miedo pensar que estará solo aquí con alguien que por lo que sabemos podría ser un anarquista.

—No se inquiete, señora Field. Esta noche no volaremos por los aires.

—No es eso lo que me preocupa —respondió—. Pero no dejo de verlo ahí tendido, muriendo desangrado sin que nadie se entere. Imagine cómo me sentiría si al levantarme por la mañana lo encontrara así.

Grant se rio.

—Bueno, puede usted estar tranquila. No hay la más remota posibilidad de que suceda nada tan emocionante. Nadie me ha herido nunca salvo un alemán en Contalmaison, y eso fue más cuestión de suerte que buena puntería.

Ella pareció darse por satisfecha.

—Coma algo antes de acostarse —dijo, señalando la comida del aparador—. Le he preparado unos tomates ingleses, y la ternera escabechada es la mejor de Tomkins.

Le deseó buenas noches y se marchó, pero apenas había tenido tiempo de salir de la cocina cuando llamaron a la puerta. Grant la oyó dirigirse a la entrada, e incluso mientras su cerebro especulaba acerca del visitante, su parte observadora no pudo evitar preguntarse si era valor o mera curiosidad lo que había empujado a la señora Field a abrir con semejante arrojo. Segundos después, la mujer apareció nuevamente en la sala de estar y dijo:

—Un joven caballero desea verlo, señor.

Y ante un ansioso Grant se presentó un muchacho de unos diecinueve o veinte años, bastante alto, moreno, ancho de hombros pero esbelto y de aspecto ágil como un boxeador de poco peso. Al acercarse miró furtivamente con sus ojos oscuros hacia la esquina detrás de la puerta y se detuvo en el centro de la habitación, a unos metros del inspector, mientras le daba la vuelta a su sombrero blando de fieltro con las manos enguantadas.

—¿Es usted el inspector Grant? —preguntó.

Grant le indicó una silla y el joven, con una elegancia en absoluto inglesa, se deslizó de lado en ella sin soltar el sombrero y comenzó a hablar.

—Lo he visto esta noche en Laurent's. Trabajo allí en la alacena limpiando la plata y cosas por el estilo. Me dijeron quién era usted y después de pensarlo un rato decidí contárselo todo.

—Muy buena idea —dijo Grant—. Continúe. ¿Es usted italiano?

—No, soy francés. Me llamo Raoul Legarde.

—Adelante, siga.

—Estaba en la cola la noche que el hombre fue asesinado. Yo libraba en el restaurante. Estuve junto al hombre durante mucho tiempo. Me pisó accidentalmente y después del incidente charlamos un poco... sobre la obra. Yo estaba en la parte de afuera y él junto a la pared. Después apareció otro hombre y comenzó a hablar con él, colocándose delante de mí. El recién llegado quería algo del otro hombre. Se quedó hasta que abrieron las puertas y la gente comenzó a moverse. Estaba contrariado por algo. No discutían como en una pelea, pero creo que estaban enfadados. Después del asesinato me marché a toda prisa. No quería meterme en problemas con la policía. Pero esta noche lo vi en persona y me pareció usted un hombre *gentil*, de modo me decidí a contárselo todo.

—¿Por qué no fue a verme a Scotland Yard?

—No confío en la Sûreté. Suelen hacer una montaña de un grano de arena. Y no tengo amigos en Londres.

—Cuando apareció el otro hombre y comenzó a hablar con el asesinado, ocupando su sitio, ¿quién estaba entonces entre usted y la pared del teatro?

—Una mujer vestida de negro.

La señora Ratcliffe. Por el momento el muchacho decía la verdad.

—¿Puede describir al hombre que llegó y después se marchó?

—No era muy alto. Menos que yo. Llevaba un sombrero como el mío, pero de un marrón más oscuro. Y un abrigo parecido a este —señaló su abrigo azul marino de corte ajustado—, pero también de color marrón. Era muy moreno, sin bigote, y con esto muy marcado —añadió tocando sus pómulos y su barbilla bellamente modelados.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—Oh, sí.

—¿Con suficiente seguridad como para jurarlo?

—¿Cómo dice?

—Para declarar bajo juramento.

—Oh, sí.

—¿Sobre qué discutían los dos hombres?

—No lo sé. No los oí. Quiero decir que no estaba escuchando deliberadamente, y aunque hablo inglés no lo comprendo bien si la gente se expresa muy deprisa. Creo que el hombre que llegó después quería algo que la víctima no quería darle.

—Cuando el otro abandonó la cola, ¿cómo es posible que nadie lo viera marcharse?

—Porque el policía pasó en ese momento ordenando a la gente que no empujara.

Demasiado simplista. El inspector sacó su cuaderno de notas y un lápiz, que ofreció a su visitante después de dejarlo sobre una página en blanco.

—¿Puede explicarme su posición en la cola? Ponga marcas a modo de personas y rotúlelas.

El joven extendió la mano izquierda para coger el cuaderno y sujetó el lapicero con la derecha, e hizo un diagrama muy inteligente, sin darse cuenta de que en esos momentos acababa de dejar a un lado su miedo a la costumbre de la policía de hacer una montaña de un grano de arena.

Grant observó su rostro serio y concentrado y pensó con rapidez. Entonces, decía la verdad. Había estado allí hasta que el hombre cayó al suelo, se había apartado con los demás ante la espantosa escena y había continuado retrocediendo hasta que pudo alejarse del peligro de caer en manos de la policía siendo extranjero. Y realmente había visto al asesino y podría reconocerlo. Las cosas empezaban a moverse.

Cogió el cuaderno y el lápiz cuando el muchacho se lo devolvió y, al levantar la mirada después de observar nuevamente el diagrama, vio sus ojos oscuros contemplando anhelantes la comida del aparador. Pensó que probablemente Legarde había ido a verlo desde el trabajo.

—Bien, le estoy muy agradecido —dijo—. Cene algo conmigo antes de marcharse.

El muchacho rehusó inicialmente el ofrecimiento sin mucha convicción, pero enseguida se dejó persuadir y compartieron una sustanciosa cena a base de la mejor carne escabechada del señor Tomkins. Legarde habló con franqueza sobre su familia en Dijon; de la hermana que le enviaba periódicos franceses; del padre, que desaprobaba la cerveza porque las uvas se comen pero el lúpulo no; de su trabajo en Laurent's y su opinión sobre Londres y los ingleses. Y cuando Grant lo acompañó hasta la puerta, antes de perderse en la negra quietud de la madrugada, el joven se giró en el umbral y dijo excusándose con cierta ingenuidad:

—Ahora siento no habérselo contado antes, pero entienda mi situación. El hecho de haber salido corriendo en aquel momento me lo puso más difícil después. Y no sabía que la policía fuera tan *gentil*.

Grant se despidió dándole una amistosa palmada en el hombro, cerró la puerta con llave y levantó el auricular del teléfono. Cuando pasaron su llamada, dijo:

—Inspector Grant al habla. Que den parte a todas las comisarías: «Se busca, en relación con el asesinato de la cola del Woffington en Londres, a un hombre zurdo de unos treinta años, estatura ligeramente por debajo de la media, piel y cabello muy oscuros, pómulos y mandíbula prominentes, sin bigote ni barba. Cuando fue visto por última vez llevaba un sombrero blando de fieltro marrón y un abrigo de corte ajustado del mismo color. Tiene una cicatriz reciente en la base del dedo índice o pulgar de la mano izquierda».

Después fue a acostarse.

CAPÍTULO 5

OTRA VEZ DANNY

Saliedo del barrio de Marylebone hacia la luz de la mañana, Grant miró por la ventanilla del vagón y se sintió más optimista que nunca desde su primer encuentro con los agentes de la comisaría de la calle Gow. El asesino había dejado de ser una criatura mítica. Ahora disponían de una descripción física completa y atraparlo podía ser una mera cuestión de tiempo. Quizá esa misma noche él mismo consiguiera averiguar la verdadera identidad de la víctima. Estiró las piernas en el compartimento vacío y dejó que la luz del sol se deslizara lentamente arriba y abajo sobre ellas mientras el tren avanzaba. Inglaterra era una tierra agradable a las diez de esa luminosa mañana. Incluso las horribles casitas de las afueras habían perdido aquella agresividad nacida de su complejo de inferioridad y resplandecían, recatadas y ajenas a su condición, bajo la claridad de las primeras horas del día. Sus puertas estrechas y poco hospitalarias habían perdido la fealdad a pesar de la pintura barata y las atroces molduras. Había portales de color jade y cornalina, ónice y lapislázuli, entradas diferenciadas a paraísos particulares. Los jardines, con sus insolentes y descuidados macizos de tulipanes y sus céspedes ralos, lucían más hermosos

que los Jardines Colgantes de Babilonia. Aquí y allá una hilera de abigarrada y colorida ropa infantil bailoteaba y se inflaba jugueta a merced de la brisa. Y más lejos, donde los últimos vestigios de la ciudad se desvanecían, las vastas praderas de la campiña sonreían alegremente bajo la luz del sol como en un antiguo paisaje de caza. Toda Inglaterra estaba hermosa esa mañana, y Grant lo sabía. Incluso los canales de Nottingham poseían un azulado toque veneciano, y sus mugrientos y opresivos muros se alzaban rosados como el cañón de Petra.

Grant salió de la estación en dirección al clamor y el zumbido de los tranvías. Si alguien le hubiera preguntado qué representaba mejor las Midlands, a su modo de ver habría respondido sin dudar que los tranvías. Siempre había considerado los tranvías londinenses como incongruencias propias de otro lugar, provincianos pobres que habían sido seducidos por la gran metrópolis y se habían visto obligados a soportar allí una misantrópica y aborrecible existencia porque nunca habían logrado ahorrar dinero suficiente para volver a marcharse. Cada vez que Grant escuchaba en la distancia la singular cadencia de un tranvía aproximándose, regresaba a su pesar a la mortecina e irrespirable atmósfera del pueblo de las Midlands donde había nacido. Los naturales de la región no ocultaban sus tranvías en calles secundarias. Allí discurrían orgullosos por las vías principales, en parte por fanfarronería y en parte por una concepción algo errónea de lo práctico. Una larga fila de vagones amarillos permanecía inmóvil en las inmediaciones del mercado de Nottingham, bloqueando la vista de la amplia plaza de estilo casi continental y convirtiendo el paso de la acera hasta los puestos del mercado en un emocionante juego del escondite para los viandantes. Los nativos, sin embargo, dotados de una admirable capacidad de adaptación a las circunstancias, regalo de la madre naturaleza, parecían disfrutar de aquel juego de saltos, fintas y brincos sin

encontrarlo demasiado peligroso. No hubo ningún accidente fatal mientras Grant lo atravesaba.

Al llegar a Faith Brothers mostró la corbata que había pertenecido al fallecido y explicó que necesitaba saber si alguien recordaba haberla vendido. El hombre del mostrador no recordaba semejante transacción, pero llamó a un colega que en esos momentos señalaba de arriba abajo un muro de cajas de cartón, con un dedo índice blanco y de aspecto extremadamente flexible, tratando de encontrar un artículo que fuera del gusto de su cliente. Algo le dijo a Grant que en cuestiones de sastrería ese joven tendría la memoria de los empleados más antiguos, y no se equivocaba. Después de mirar la corbata una sola vez dijo que él mismo la había retirado del escaparate para un cliente —aunque podía haber sido otra exactamente igual— hacía aproximadamente un mes. El caballero se había fijado en ella al pasar, al parecer porque hacía juego con el traje que llevaba, de modo que había decidido entrar y la había comprado. No, no creía que el hombre fuera de Nottingham.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, no tenía acento de aquí y tampoco vestía como la gente de Nottingham.

—¿Podría describir al hombre?

Podía y así lo hizo, con minuciosidad y precisión.

—Puedo decirle la fecha, si lo desea —apostilló el sorprendente joven—. La recuerdo porque... —de repente pareció dudar y concluyó la frase perdiendo por un instante su solvencia de hombre de mundo y haciendo gala de cierta ingenuidad—, por algo que sucedió ese día. Era dos de febrero.

Grant anotó la fecha y le preguntó su opinión acerca del desconocido. ¿Pensó que podía ser viajante?

Al joven no se lo había parecido. No habló de negocios y tampoco mostró interés por el crecimiento económico de Nottingham o cosas por el estilo.

Grant preguntó si en aquellas fechas había algún evento en la ciudad que pudiera atraer a forasteros a Nottingham, y el joven respondió que sí enfáticamente. Había tenido lugar un festival de música muy importante que reunía a participantes de todas las Midlands y también a algunos londinenses. Estaba al corriente porque él también había participado. Cantaba en el coro de la iglesia y lo sabía todo sobre festivales. El forastero le había dado la impresión de ser alguien interesado en el festival antes que un viajante de comercio. Entonces había pensado que aquel era el verdadero motivo de su visita a Nottingham.

A Grant le pareció bastante probable. Recordó las manos delicadas del fallecido. Además, había sido un asiduo al Woffington que, si bien no era uno de esos teatros de tipo intelectual, al menos representaba invariablemente espectáculos musicales. Aquello no encajaba con la teoría de la banda, aunque tampoco podía permitirse ignorarla solo por eso. No había hechos que respaldaran dicha teoría. Era una teoría y nada más... pura especulación. Dio las gracias al joven dependiente y le pidió el nombre de alguien en Nottingham que estuviera al corriente de todo lo relacionado con el festival y con la gente que participó en él. El joven le recomendó visitar a Yeudall, el abogado. Yeudall era una especie de presidente de la asociación que lo organizaba, y desde luego aquello era su mayor afición. Se pasó allí de la mañana a la noche los tres días del festival, añadió, y estaba seguro de que conocería a cualquier persona lo bastante interesada como para venir desde Londres.

Grant anotó la dirección de Yeudall, consciente de que la inquisitiva mente del joven lo estaría registrando en su cerebro en esos momentos igual que había hecho al atender al hombre asesinado, de tal manera que si dentro de algunos meses alguien le pedía una descripción del hombre que apun-

tó la dirección de Yeudall, él podría facilitársela con todo lujo de detalles. Sin duda aquel muchacho estaba siendo desaprovechado en una sastrería.

—¿Está usted buscando al hombre que compró la corbata? —preguntó el joven, haciendo hincapié en el «buscando», quizá para enfatizar el sentido policial.

—No exactamente —respondió Grant—, pero necesito encontrar su rastro si es posible.

Y abandonó el local pensando en la entrevista con el señor Yeudall.

En una pequeña bocacalle cerca del castillo —el tipo de calle que nunca ha visto un tranvía y donde cada paso resuena con un eco que tarde o temprano nos obliga a mirar atrás—, estaban situadas las pequeñas y sombrías oficinas de Yeudall, Lister y Yeudall. Tenían trescientos años de antigüedad y las paredes de la sala de espera estaban revestidas con paneles de oscura madera de roble sobre los cuales se extinguía en esos momentos el último y valiente rayo de sol que luchaba tratando de abrirse paso a través del viejo cristal verduzco de la ventana. La luz moría en el alféizar como el último superviviente de un ejército a la carga, que parece sin remisión, exangüe pero glorioso, ante una barricada enemiga. Sin embargo, el señor Yeudall, de Yeudall, Lister y Yeudall, habría considerado una herejía la mera sugerencia de que las cosas pudieran ser distintas. ¡Distintas! Eso significaba un edificio parecido a una fresquera, repleto de ventanas y sin apenas muros. ¡Una colección de placas de vidrio unidas por innobles pilastras! ¡Eso era la arquitectura moderna! No obstante, como si tratara de compensar lo lóbrego y polvoriento del escenario, el señor Yeudall lo recibió con una sonrisa radiante, y parecía de esos hombres capaces de acoger a los desconocidos con la insólita falta de recelo que cimenta amistades y construye hombres confiados, pero jamás abogados. Siendo el único Yeudall de la tercera ge-

neración, en su juventud le habían asignado un cubículo en un rincón del laberinto de pequeñas habitaciones que conformaban la sede del bufete, y dado que el ahora anciano adoraba los paneles de roble y las vigas y los vitrales verduzcos casi tanto como las sinfonías y las sonatas, allí se había quedado. En la actualidad, él era todo lo que quedaba de Yeudall, Lister y Yeudall, aunque un competente secretario se encargaba de evitar que el negocio se viniera abajo por completo.

Decir que el señor Yeudall dio la bienvenida al inspector se queda corto. Grant sintió que conocía de algo a aquel hombre, aunque quizá lo había olvidado. El anciano no dio muestras de la desbordante curiosidad que se despertaba en el rostro de la gente cada vez que el inspector entraba en una habitación mostrando su tarjeta. Grant no era para él más que otro encantador ser humano, y apenas había tenido tiempo de aclarar el motivo de su visita cuando el otro ya lo había invitado a comer. Sería mucho más agradable hablar mientras comían, y por otra parte ya iba siendo hora. Además, el inspector debía de estar hambriento, pues no habría probado bocado desde el desayuno. Grant siguió tímidamente a su inesperado anfitrión. Aún no había conseguido la información que buscaba y aquel parecía el único modo de obtenerla. Es más, un agente jamás dejaba pasar la oportunidad de hacer un nuevo contacto. Si Scotland Yard tiene un lema es que «nunca se sabe».

Durante la comida averiguó que el señor Yeudall no había conocido al hombre que estaba buscando, al menos que él supiera. Conocía de vista o personalmente a todos los artistas del festival, además de a un gran número de aficionados interesados en el evento. Pero ninguno encajaba con la descripción que Grant le había dado.

—Si cree que podría ser un músico pregunte en la orquesta Lyons o en los cines. La mayor parte de sus intérpretes son londinenses.

Grant no se molestó en explicar que la suposición de que el hombre fuera músico solo había sido suscitada por su posible conexión con el festival. Era más fácil y placentero dejar que el señor Yeudall siguiera hablando. No obstante, por la tarde, después de despedirse de su alegre anfitrión, visitó las orquestas de la ciudad, con el nulo éxito que había previsto. Después telefoneó a Scotland Yard para averiguar qué tal le había ido a Williams en su rastreo de los billetes y pudo hablar con él, pues acababa de regresar tras una larga mañana de trabajo. Los billetes estaban en el banco en esos momentos. Por ahora no había ninguna novedad, pero sí había un rastro, y los del banco estaban trabajando en ello.

Bien, pensó Grant mientras colgaba el teléfono; un extremo del nudo parecía desenredarse de forma lenta pero segura. Nada dejaba un rastro tan claro e irrefutable como un billete del Banco de Inglaterra. Y, si bien era cierto que había fracasado en Nottingham tratando de averiguar quién era el fallecido, el descubrimiento de la identidad de su amigo los conduciría inevitablemente a desvelar también la de la víctima. Y de la víctima al Dago solo habría un paso. Sin embargo, estaba algo decepcionado. Esa mañana había tenido la corazonada de que, antes del anochecer, una información inesperada lo llevaría por el camino correcto, pero ahora tenía la desagradable sensación de que había malgastado el día, y ni siquiera el buen gusto que le había dejado la excelente comida del señor Yeudall le servía de consuelo. En la estación supo que tendría que esperar media hora por su tren, de modo que se dirigió a la cafetería del hotel más cercano (lugar público dado a los chismorreos donde los haya) con la vaga esperanza de averiguar alguna minucia que pudiera resultarle útil. No tardó en ver a dos camareros, a los que enseguida catalogó con cierto cinismo. Uno de ellos, altivo y arrogante, se movía de un lado a otro del local como un pug sobrealimentado; y el otro, de

aire distraído, le hizo pensar por algún motivo en un perro salchicha. Grant sintió instintivamente que ninguno de ellos le sería de gran ayuda. Sin embargo, la persona que le trajo el café resultó ser una encantadora camarera de mediana edad. El alma cansada de Grant recuperó su brillo nada más verla, y minutos después mantenían una afable aunque deslavazada conversación sobre generalidades; y si se veía obligada a marcharse momentáneamente para atender a algún otro cliente no tardaba en regresar y revoloteaba a su alrededor hasta retomar el diálogo donde lo habían dejado. Consciente de que en tales circunstancias la mujer solo sería capaz de recordar a un jorobado, a un ciego o a alguien aquejado de una deformidad, Grant se limitó a hacer comentarios que pudieran suscitar información relativamente útil.

—Esto parece tranquilo a esta hora —dijo.

Sí, admitió ella. Esta era la hora más apacible. Había momentos aburridos y momentos ajetreados. Así funcionaba aquello.

¿Dependía del número de personas alojadas en el hotel?

No, no siempre. Pero generalmente sí. En el hotel sucedía lo mismo. Tenía momentos flojos y ajetreados.

¿Alguna vez se había llenado el hotel?

Sí, al parecer había estado abarrotado durante el encuentro de la Cooperativa. Las doscientas habitaciones. No recordaba haber visto tanta gente en Nottingham como en aquella ocasión.

—¿Cuándo fue? —preguntó Grant.

—A principios de febrero —respondió ella—. Suelen venir dos veces al año.

¡A principios de febrero!

¿De dónde venía la gente de la Cooperativa?

De toda la región de las Midlands.

¿De Londres no?

No, no lo creía. Aunque quizá hubiera alguno.

Grant se marchó para coger el tren valorando esa posibilidad, aunque no le dio demasiado pábulo sin saber por qué. El fallecido seguía sin encajar en ese perfil. De haber sido dependiente lo sería de algún negocio que exigiera un considerable atractivo por parte de los empleados.

El viaje de regreso a la ciudad no fue un agradable y pausado trayecto salpicado de reflexiones bañadas por la luz del día. El sol se había puesto y una niebla gris emborronaba el paisaje de la campiña, que bajo la tenue luz del anochecer tenía un aspecto triste, sombrío e insalubre. De cuando en cuando se atisbaba el brillo funesto del agua que se alzaba entre los chopos y la opaca y monótona superficie color peltre. Grant se concentró en sus papeles y cuando se hartó de ellos contempló la noche gris y amorfa que pasaba a gran velocidad ante su ventanilla, y se entretuvo haciendo cábalas sobre la posible ocupación del fallecido. Había otros tres hombres en el compartimento, cuyos volubles y ocasionalmente ruidosos comentarios sobre el tema de los revestimientos —fueran lo que fueran— lo distraían y enojaban más allá de lo razonable. Una pequeña maraña de pilotos de señalización de color rubí y esmeralda, que flotaban solitarios e inconexos bajo la luz agonizante que aún teñía el cielo, le permitieron recuperar parcialmente el buen humor. Esas luces eran un portento y una revelación. Resultaba increíble que algo tan misterioso y fantástico reposara sobre postes y travesaños recibiendo su energía de un generador. En cualquier caso, se sintió aliviado cuando el estruendoso traqueteo del tren al llegar al cambio de agujas anunció el fin del trayecto y pudo contemplar las luces mucho más potentes de Londres.

Al entrar en el edificio de Scotland Yard tuvo la extraña sensación de que allí le aguardaba al fin lo que había estado buscando. Su presentimiento no iba desencaminado. Estaba a

punto de obtener una información que podía ser la clave para resolver la historia del hombre asesinado. Aceleró el paso inconscientemente. Apenas podía esperar. Los ascensores nunca le habían parecido tan lentos ni los pasillos tan largos.

Pero al llegar no había nada. Nada excepto el informe que Williams —que se había marchado a tomar un té— había dejado para él: una síntesis más detallada de lo que ya le había contado por teléfono.

Sin embargo, justo cuando Grant había entrado en Scotland Yard, algo extraño le había sucedido a Danny Miller, que en ese preciso instante estaba sentado de lado en una butaca de su apartamento en Pimlico, con los pies calzados con unos exquisitos zapatos colgando ociosamente del reposabrazos y un cigarrillo ensartado en una boquilla de quince centímetros que dibujaba un peligroso ángulo entre sus labios finos. De pie en el centro de la estancia estaba su nueva novia muy atareada probándose varios vestidos de noche que sacaba de sus cajas de cartón con la misma facilidad con que uno extrae los guisantes de su vaina. Lentamente, giró su hermoso cuerpo para que el frágil tejido captara la luz acentuando las curvas de su figura.

—Este es bonito, ¿verdad? —dijo la joven, buscando la mirada de Danny en el espejo.

Él contemplaba su espalda en ese preciso instante sin demasiado interés, cuando de repente sus ojos se abrieron como platos, lo que hizo que ella se diera la vuelta bruscamente.

—¿Qué sucede? —exclamó.

Pero al parecer Danny no la había oído. Seguía mirando al mismo sitio. De pronto apartó la boquilla de los labios, arrojó el cigarrillo a la chimenea y se levantó de un salto, palpando a su alrededor como si estuviera ciego.

—¡Mi sombrero! —dijo—. ¿Dónde está mi sombrero? ¿Dónde diablos está mi sombrero?

—Está en la butaca, detrás de ti —respondió la joven, estupefacta—. ¿Se puede saber qué te ha dado?

Danny cogió el sombrero y salió corriendo de la habitación como si todos los demonios del infierno le estuvieran pisando los talones. Ella le escuchó bajar las escaleras y después la puerta principal se cerró violentamente. Aún estaba de pie en mitad de la habitación mirando con incredulidad hacia la puerta cuando le oyó regresar. Subió los escalones de tres en tres, con la agilidad de un gato, y volvió a plantarse ante ella.

—Dame dos peniques —dijo con impaciencia—. Necesito dos peniques.

Mecánicamente ella cogió el bolso, de aspecto carísimo, que él le había regalado y sacó exactamente la cantidad que le había pedido.

—No sabía que estabas tan arruinado —dijo, en un intento por sonsacarle qué ocurría—. ¿Para qué los quieres?

—¡Ah, déjame en paz! —le soltó, y volvió a desaparecer.

Llegó a la cabina telefónica más cercana algo jadeante, pero terriblemente satisfecho de sí mismo, y sin tener que recurrir a algo tan prosaico como la guía telefónica pidió que lo pusieran inmediatamente con Scotland Yard. Durante la inevitable espera trajinó por la cabina en la medida en que tan exiguo espacio se lo permitió, expresando al mismo tiempo su impaciencia y su triunfo, hasta que por fin se escuchó la voz de Grant en el otro extremo de la línea.

—Hola, inspector. Al habla Miller. Acabo de recordar dónde había visto al pobre tipo de la morgue. ¿Recuerdas? Bien, pues viajé a Leicester en el mismo tren que él de camino a una carrera importante. A finales de enero, creo que fue... ¿Que si estoy seguro? Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Hablamos de carreras y él parecía saber mucho sobre el tema. Aunque yo no lo había visto antes ni lo volví a ver... ¿Cómo? No, no lo vi apostar... No hay de qué. Me

encanta ayudar. ¡Ya le dije que mi cerebro no iba a dejarme colgado mucho tiempo!

Danny salió de la cabina y caminó de regreso a casa, un poco más despacio ahora, pensando en cómo apaciguar los ánimos con una muchacha furiosa después de haberla abandonado mientras se probaba un vestido de noche de lentejuelas.

Grant había colgado el receptor exhalando una gran bocanada de aire. ¡Un tren de camino a las carreras! Aquello tenía que ser cierto. ¡Qué estúpido había sido! ¡Estúpido a más no poder! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Cómo no había recordado que, aunque para dos tercios de los británicos Nottingham era sinónimo de encajes, para el otro tercio significaba carreras? Y por supuesto aquel mundillo encajaba con su hombre: su ropa, su visita a Nottingham, su predilección por la comedia musical, quizá incluso... la banda.

Pidió que le buscaran un ejemplar reciente de *Carreras al día*. En efecto, había tenido lugar un encuentro importante en Colwick Park el día dos de febrero. Y otro a finales de enero. Eso corroboraba la declaración de Danny. Miller había aportado la clave.

Esa clase de información no iba a servirle de mucho un sábado por la noche, pues las casas de apuestas estarían cerradas, pensó Grant amargamente. Y en cuanto al día siguiente... los domingos los apostadores profesionales no se quedaban en casa. La mera posibilidad de tener que pasar un día entero sin viajar bastaba para que se desperdigarán en sus coches por toda Inglaterra igual que las monedas de una hucha al romperse. Tanto la investigación en los bancos como en las casas de apuestas quedarían interrumpidas por la llegada del fin de semana.

Grant dejó aviso de dónde estaría y se dirigió al Laurent's. El lunes habría más trabajo de rutina; un recorrido por las casas de apuestas con la corbata y el revólver —el mismo re-

vólvér que hasta el momento nadie reconocía haber visto—. Pero quizá antes los billetes de banco hubieran aportado una prueba capaz de acelerar las cosas para no tener que recurrir al laborioso método del descarte. Entretanto, disfrutaría de una cena temprana y reflexionaría sobre el asunto.

CAPÍTULO 6

EL DAGO

El salón verde y dorado del Laurent's estaba medio vacío cuando entró y se dirigió a un rincón, de modo que Marcel se quedó un rato a charlar. ¿Las cosas le iban bien al inspector? Ah, desde luego, el inspector Grant era asombroso. ¡Había conseguido encontrar a un hombre partiendo únicamente de una pequeña daga! Toda la prensa británica, exceptuando las ediciones matinales, había publicado la descripción del sujeto buscado por la policía. Aquello era como para andarse con cuidado. Si él, Marcel, le trajera un tenedor de pescado con el entrante, sin duda sería capaz de demostrar que tenía un callo en el dedo meñique del pie izquierdo.

Grant negó poseer semejantes habilidades dignas de Sherlock Holmes.

—La explicación más frecuente para pequeños errores como ese es que el culpable estaba enamorado.

—*Ah, non alors!* ¡Por supuesto que no! —rio Marcel—. Desafío incluso al inspector Grant a que demuestre que soy culpable de semejante delito.

—¡Oh, vaya! ¿Es usted un misántropo? —preguntó Grant.

No. Marcel quería a sus semejantes, pero su esposa era una mujer muy rigurosa, Grant ya debería saberlo.

—Creo que el otro día conocí a uno de sus ayudantes —dijo Grant—. Legarde, ¿no es así?

Ah, Raoul. Un buen chico, muy bueno. Y atractivo, ¿verdad? ¡Menudo perfil, y qué mirada! Al parecer intentaron contratarlo para trabajar en el cine, pero Raoul no quiso saber nada. Él estaba decidido a ser *maître d'hôtel*. Y si se lo preguntaban a Marcel, sin duda llegaría a serlo.

La llegada de nuevos clientes hizo que el buen humor desapareciera del rostro de Marcel como los copos de nieve sobre el pavimento mojado, y acto seguido se marchó a atenderlos con la mezcla de tolerante arrogancia y ensimismamiento propios de una divinidad con que solía tratar a todo el mundo salvo a sus cinco favoritos. Grant disfrutó apaciblemente de la comida, pero incluso después de haber tomado el café con la mayor parsimonia aún era temprano cuando salió a la calle. El Strand estaba abarrotado y resplandecía como si todavía fuera de día. El reflujo de los que volvían tarde a casa se encontraba con la corriente imparable de hedonistas que salían antes de tiempo, dando lugar a una marea que inundaba tanto las aceras como la calzada. Caminó lentamente por el estridente pavimento hacia Charing Cross, entrando y saliendo de la luz cambiante de los escaparates de las tiendas: luz rosa, luz dorada, luz diamantina; zapatería, *boutique*, joyería. Finalmente, al alcanzar una zona más amplia de la calzada, justo antes de llegar al antiguo «cuello de botella» de la calle, la muchedumbre disminuyó y los centenares de hombres y mujeres que por allí transitaban volvieron a ser individuos en lugar de meros corpúsculos de una turba. Un hombre que había estado caminando varios metros por delante de Grant se dio la vuelta como si tuviera intención de comprobar el número de un autobús. Su mirada reparó en Grant durante un instante y,

bajo la brillante luz diamantina del escaparate, su plácido rostro se transformó súbitamente en una máscara de horror. Sin dudar un solo segundo ni mirar a ambos lados se zambulló de cabeza hacia el tráfico, delante del autobús. El atronador autobús se detuvo impidiendo a Grant seguir sus pasos inmediatamente, pero en cuanto la mole metálica pasó de largo el inspector se lanzó al torbellino persiguiendo al desconocido. Al calor del momento, mientras sus ojos trataban de seguir a la esquivia figura a la fuga en lugar de preocuparse por los peligros que amenazaban por doquier, aún tuvo tiempo para pensar: «¡Sería terrible morir aplastado por un autobús en el Strand después de haber sobrevivido durante cuatro años a las balas de los boches!». Alguien le chilló al oído y él se detuvo en el aire el tiempo suficiente para dejar que un taxi pasara zumbando a su lado mientras el conductor le dedicaba toda clase de blasfemias. Esquivó un deportivo de color amarillo y vio algo negro y chirriante junto a su codo izquierdo que resultó ser la rueda delantera de un autobús; retrocedió de un salto, otro taxi apareció de la nada por su derecha y siguió su camino detrás del autobús; y ya solo le quedaba apenas un metro para volver a estar a salvo en la otra acera. Una rápida mirada de izquierda a derecha y no tardó en descubrir al hombre caminando con paso tranquilo hacia la calle Bedford. Era evidente que no esperaba una reacción tan rápida de su perseguidor. Grant ofreció metafóricamente una vela al mismo santo que lo había ayudado a llegar sano y salvo al otro lado de la calle y siguió caminando de forma despreocupada manteniendo la distancia idónea con su presa. «Si vuelve a mirar a su alrededor antes de llegar a la calle Bedford», pensó, «sabré que no me equivocaba, que huyó deliberadamente al verme y no se asustó por otra cosa». Pero no necesitaba volver a ver su cara para confirmar la primera impresión causada por sus pómulos marcados, la cara morena y la mandíbula promi-

nente. Y con la misma seguridad que si la hubiera visto, supo que el hombre tenía la cicatriz de una herida reciente en la base del dedo índice o el pulgar de la mano izquierda.

Al instante, el hombre volvió la vista atrás —pero no con esa mirada momentánea y ausente tan común que no podemos explicar, sino con un deliberado giro de cabeza de dos segundos para reconocer el entorno más inmediato— y un segundo después había desaparecido por la calle Bedford. Entonces Grant echó a correr. Podía ver con claridad la delgada figura atravesando la calle oscura y desierta con la velocidad de una flecha sin que nadie se interpusiera en su camino. Al doblar la esquina se detuvo y no vio ni rastro de su presa. Sin embargo, ni siquiera Burghley, el medallista olímpico, habría conseguido desaparecer en tan poco tiempo corriendo en línea recta, de modo que Grant, imaginando alguna treta, continuó caminando rápidamente por la parte derecha de la calle al tiempo que examinaba con cautela cada rincón. Al no ver nada empezó a ponerse nervioso. La certeza de haber sido burlado se fue apoderando de él. Se detuvo y miró atrás, hacia el Strand, y al hacerlo vio una figura que salía de un portal en dirección al otro lado de la calle y echaba a correr de nuevo hacia la abarrotada calle que había abandonado poco antes. Treinta segundos después Grant estaba otra vez en el Strand, pero el hombre había desaparecido. Los autobuses iban y venían, los taxis se alejaban flotando sobre el asfalto, las tiendas estaban abiertas por toda la calle en ambas direcciones. No le faltaban opciones a la hora de escoger un modo de huir.

Grant soltó una maldición, e incluso mientras lo hacía pensó «Vaya, me ha engañado bien, aunque espero que él esté mucho más mosqueado que yo por haber sido tan idiota como para delatarse dejando ver que me conocía. No pudo haber reaccionado peor». Y por primera vez se alegró de que la prensa, siempre deseosa de ilustrar al público, se hubiera

tomado la libertad de publicar su retrato. Siguió patrullando la calle durante un tiempo, mirando con escaso optimismo el interior de las tiendas al pasar. Después se detuvo al arropo de las sombras de un portal, donde permaneció unos minutos, deseando contra toda esperanza que el hombre hubiera optado por esconderse en lugar de huir, para reaparecer cuando considerara que tenía vía libre. Sin embargo, solo consiguió que un policía que llevaba un rato observándolo desde el otro lado de la calle se acercara a preguntar qué estaba haciendo allí. Grant salió del portal hacia la luz y explicó la situación al agente, que al instante empezó a disculparse. Después, dando por perdido al hombre, decidió buscar una cabina para llamar a Scotland Yard. Su primer impulso, tras aceptar que había sido engañado y su presa había huido, fue enviar una patrulla al Strand. Sin embargo, al ver el denso tráfico y a sabiendas de que cuando alguien consiguiera llegar desde el Embankment, incluso en un coche veloz, el desconocido ya podía estar camino de Golders Green, Camberwell o Elstree, decidió no hacerlo. No era una ocasión para recurrir al cuerpo.

Mientras caminaba lentamente hacia Trafalgar, después de telefonar, se sintió más animado. Durante la última hora había estado tan decepcionado consigo mismo que le faltaban las palabras. Había tenido al Dago a su alcance, a menos de seis metros, y había permitido que se le escurriera entre los dedos. Ahora, sin embargo, empezaba a ver la parte positiva de la situación. Desde luego había metido la pata, pero incluso así había conseguido avanzar... y mucho. Ahora tenía la certeza de que el Dago estaba en Londres. Sin duda era un gran avance. Hasta que lograron publicar su descripción la noche pasada, nada había impedido al asesino abandonar Londres en cualquier momento. De no haber tenido lugar aquel azaroso encuentro en el Strand, que hizo que el hombre perdiera por completo la compostura, se habrían visto obligados a

revisar reportes procedentes de toda Gran Bretaña y quizá del continente—y Grant había tenido pésimas experiencias con esa clase de informes sobre sospechosos en busca y captura—. Ahora, no obstante, sabían con certeza que estaba en Londres, de modo que podrían concentrar sus esfuerzos en una búsqueda por toda la ciudad. Podía abandonar la capital por carretera, pero de ningún otro modo, pues Grant se había asegurado de que le resultara difícil alquilar un vehículo en cualquier garaje conocido. Eso le complicaría las cosas, no le impediría marcharse si decidía hacerlo, pero sí haría su huida considerablemente más lenta. Ya era bastante extraño que hubiera optado por quedarse cuando tenía vía libre. Aunque Grant conocía de sobra el tozudo hábito de los londinenses por aferrarse a su ciudad, y la preferencia de los *dagos* por moverse cual ratas por las alcantarillas en lugar de en campo abierto. Por tanto, era más probable que decidiera esconderse antes que huir. Y, por supuesto, aunque la descripción del asesino no era del dominio público, él tampoco pasaría por alto la posibilidad de que la policía ya la tuviera. En esas circunstancias se lo pensaría dos veces antes de exponerse a la escrutadora mirada de un revisor de tren o de la tripulación de un barco. Para hacer algo así tendría que ser muy valiente o muy temerario. De modo que el hombre había optado por permanecer en la ciudad... Pues a partir de ahora estaría a merced de las continuas patrullas de la brigada móvil, y sus posibilidades de escapar serían casi nulas. Y no solo eso; Grant lo había visto en persona, lo cual constituía una enorme ventaja. No podrían volver a encontrarse, ni siquiera a cierta distancia, sin que lo reconociera en el acto.

El Dago estaba en Londres, el amigo del fallecido también se encontraba presumiblemente en la ciudad; el Dago estaba ya identificado y reconocible, el amigo a punto de ser encontrado gracias al rastro de sus billetes... las cosas, como ha-

bía dicho Marcel, iban bien. Al llegar al final de la avenida St. Martin, Grant recordó que esa noche era la última representación de *¿No lo sabíais?* Se dejaría caer por allí un rato y después regresaría a Scotland Yard. Su mente funcionaba mucho mejor sin presión, y la quietud de su despacho terminaba por ejercer sobre él una presión silenciosa capaz de sacarlo de sus casillas. Su pensamiento rehuía, no obstante, cualquier modalidad de orden. La probabilidad de tener una revelación era mayor en mitad de una calle bulliciosa, rodeado de la turba que había servido de escondite para el Dago, que en la imponente soledad de su despacho.

El espectáculo duraba ya unos veinte minutos cuando Grant, después de charlar brevemente con el gerente, encontró un minúsculo espacio de unos 40 centímetros cuadrados en la parte trasera del anfiteatro, y se quedó allí de pie. La vista era magnífica desde aquel observatorio en la distancia, al arropo de la oscuridad. El teatro, que nunca había sido precisamente cómodo, estaba completamente abarrotado desde el patio de butacas hasta el gallinero, incluyendo los palcos, y la rosada semioscuridad imperante estaba cargada de esa extraña electricidad que solo se percibe cuando hasta el último miembro del público es un entusiasta. Y esa última noche todos lo eran, auténticos devotos diciendo adiós al objeto de su adoración. Adulación, camaradería y tristeza inundaban el teatro en un evento muy poco británico por su absoluta entrega a la emoción del momento. De cuando en cuando, Gollan soltaba uno de sus viejos chascarrillos y alguien alzaba la voz pidiendo más. «¡Dánoslo todo, Golly!», gritaban. «Dánoslo todo!». Y Golly les daba todo lo que tenía. Ray Marcable paseaba su belleza por el escenario casi vacío, con la ligereza medio reticente de una hoja a merced del viento. Siempre que bailaba se movía una fracción de segundo por detrás de la música, de tal modo que daba la sensación de que la melodía, en lugar de ser

un acompañamiento, era su auténtica fuerza motriz; de que eran los compases sonoros los que la impulsaban, alzándola en el aire y haciéndola girar para abandonarla gentilmente al concluir. Una y otra vez, con las estrepitosas demandas del público a modo de coro, ella reía y brillaba y se estremecía como una bola de cristal sobre un chorro de agua, antes de volver a descender rápidamente deteniéndose jadeante e inmóvil en un súbito silencio, roto al instante por un nuevo y clamoroso aplauso. Pero no iban a permitir que se marchara con tanta facilidad y, cuando alguien la detuvo en una de las alas del escenario y la historia parecía a punto de continuar, la audiencia hizo gala de su impaciencia. Esa noche nadie tenía intención de aferrarse a la trama. De hecho, nadie quería una trama. Gran parte de los asiduos más apasionados ni siquiera sabían que tal cosa existía, y muy pocos, casi ninguno, habrían sido capaces de contarla de forma coherente. Lo cierto era que insistir esa noche en malgastar tiempo con semejante frivolidad parecía sencillamente una insensatez.

La entrada del grupo de baile más perfecto de Gran Bretaña logró apaciguarlos un poco. Las catorce chicas del Woffington eran famosas en dos continentes y sus perfectas coreografías —de las que el público nunca se cansaba— nada tenían que envidiar a los movimientos milimétricamente coordinados de los miembros de la guardia real. Ni una cabeza se giraba más de la cuenta, ni un solo pie se salía de la alineación. Ni una patada era más alta que la de al lado ni un giro más rápido que el siguiente. Cuando la última de las catorce chicas desapareció entre bambalinas agitando su faldita de color negro y naranja con un ligero y desafiante movimiento, el público casi había olvidado a Ray. Casi, pero no del todo. Ray y Gollan eran la reina y el rey del lugar y esta era su noche, suya y de su público. Pronto la impaciencia ante cualquier cosa que no fueran Ray y Gollan resultó demasiado evidente para ser ignorada.

La noche era un largo *crescendo* de excitación que rápidamente rayaría en la histeria. Grant contempló casi apesadumbrado la irónica sonrisa con que el protagonista masculino recibía los comedidos aplausos que le habían dedicado después de su sentimental número en solitario. Esa canción había sido cantada por tenores aficionados de todos los rincones del país, silbada por chicos de los recados e interpretada a media luz por orquestas de baile de Gran Bretaña entera. Era obvio que esperaba que el público le pidiera al menos tres bises, pero no habían pasado de tararear con él el último estribillo sin demasiada convicción. Algo había salido mal. Ni siquiera lo veían. Con tanta elegancia como fue capaz de reunir en semejante situación, ocupó su lugar detrás de Ray Marcable, bailó con ella, cantó con ella, actuó con ella... y Grant se sorprendió preguntándose de repente si lo que estaba sucediendo era únicamente consecuencia de la intensa personalidad de Ray Marcable o si ella había hecho uso de forma deliberada de dicha personalidad para acaparar todo el protagonismo. Grant no se llamaba a engaño en lo referente al mundo del teatro o a la generosidad profesional de sus protagonistas femeninas. Las estrellas eran proclives a la lágrima fácil y nunca hacían ascos a la hora de contar una y mil veces la historia de su difícil carrera hacia el éxito. Pero el manantial de su bondad no tardaba en secarse cuando había que plantar cara a una rival en racha. Ray Marcable era conocida por su generosidad y su carácter dulce y cabal. No obstante, su agente de prensa era más astuto y voluntarioso que la mayoría de los de su astuta y voluntariosa profesión. Grant, sin ir más lejos, había leído párrafos sobre ella sin darse cuenta de que eran obra de un agente hasta haber empezado a hojear el siguiente artículo. Su agente de prensa poseía esa sublime capacidad de conseguir que la presencia del personaje promocionado pareciera algo absoluta y convincentemente accesorio al tema principal.

Por otro lado, estaba la sospechosa cuestión de que la joven y radiante artista hubiera tenido nada menos que tres actores coprotagonistas en dos años mientras que el resto del reparto había permanecido intacto desde el principio. ¿Acaso su actitud afable, su modestia, su —no había otra manera de expresarlo— recatada feminidad, no eran más que un mero camuflaje? ¿Era la frágil y encantadora favorita de Londres dura como la piedra bajo la superficie? La imaginó tal y como la había conocido fuera del escenario; modesta, inteligente, eminentemente racional. En ningún momento le había parecido impulsiva ni temperamental sino una joven encantadora con la cabeza sobre los hombros. Resultaba difícil de creer que no fuera así. Había conocido a muchas mujeres de aspecto engañosamente dulce, acostumbradas a codearse con maleantes, bajo cuyo maquillaje no había la menor dulzura. Sin embargo, en el caso de Ray Marcable no había detectado indicios de falsedad ni afectación. Ahora, por mero entretenimiento, la observó con atención tratando de encontrar algo que refutara aquella súbita ocurrencia suya —lo cierto es que cuando la conoció le había gustado mucho—, y se percató con consternación de que sus sospechas, puestas a prueba de manera deliberada y consciente, se iban confirmando lentamente. No se trataba de algo tan burdo como no querer compartir el aplauso o desear arrebatárselo a su compañero de reparto, tampoco había intentado acortarlo con su aparición. Cualquiera de esos dos métodos habría sido fácil de detectar y catalogar, y por consiguiente indigno desde el punto de vista de ella. A Grant se le ocurrió entonces que la joven no solo era demasiado sutil para valerse de semejante treta, sino demasiado fuerte para necesitarla. Solo tenía que hacer gala de su deslumbrante personalidad combinada con cierta falta de escrúpulos y todos sus rivales se desvanecían del firmamento como las estrellas ante la salida del sol. Solo ante Gollan pa-

recía impotente —pues era un astro tan poderoso como ella, si no más—, de modo que no le quedaba otra que soportarlo. Sin embargo, con su actor protagonista, un joven atractivo, afable y muy buen cantante, no había la menor dificultad a la hora de hacerle sombra. Ahora recordaba haber oído comentar que era imposible encontrar un protagonista lo bastante bueno para ella. Ahí estaba el porqué, Grant ya no albergaba la menor duda al respecto.

Había algo misterioso en la claridad con que de repente podía leer su mente sin verse condicionado en lo más mínimo por todo el glamur que le rodeaba. Solo él y ella entre toda esa embriagada muchedumbre lograban mantener la distancia necesaria, controlando sus emociones sin perder la perspectiva. Y la observó jugar con aquel pobre infeliz tan fría y deliberadamente como él mismo lo habría hecho tras capturar una trucha en el río Test. Dulce y sonriente, le arrebató de las manos lo que habría sido un triunfo y se lo prendió como una condecoración en su deslumbrante vestido. Por otra parte, era evidente que nadie más se percataba de lo que estaba sucediendo. Y, si alguien lo hubiera hecho, se limitaría a pensar que el protagonista no había dado la talla esa noche... Aunque, por supuesto, era difícil encontrar a alguno lo bastante bueno para ella. Después de haber absorbido toda su valía al final de la representación, con maquiavélica agudeza lo arrastraría de la mano hacia el público para compartir el aplauso y que todos los presentes pensarán «¡Bueno, no es que él lo merezca tanto!», enfatizando así su inferioridad para que fuera recordada. Oh, sí. Desde luego que era sutil. Esa representación dentro de la representación se convirtió para Grant en el inesperado y fascinante entretenimiento de la velada. Estaba contemplando a la verdadera Ray Marcable y la visión era increíblemente extraña.

Tan absorto estaba que, cuando cayó el telón final, él seguía de pie en la parte trasera del anfiteatro, paralizado por

un extraño frío y por los ensordecedores vítores del público cada vez más exaltado. Una y otra y otra vez se levantaba el telón sobre el deslumbrante escenario, y los regalos y los ramos de flores empezaron a circular como un torrente inagotable sobre las candilejas. Después comenzaron los discursos. Primero Gollan, aferrándose a una gran botella de *whisky* cuadrada y tratando de ser gracioso, aunque sin lograrlo porque le temblaba la voz. Grant supuso que en su mente se estarían reproduciendo imágenes de los desoladores años en exiguas habitaciones de pueblos dejados de la mano de Dios, con dos representaciones por noche, y el terrible y constante miedo al fracaso y los abucheos. Gollan había cantado demasiadas veces a cambio de una cena y no era de extrañar que el banquete a veces se le atragantara. Después fue el turno del productor. Luego habló Ray Marcable.

—Damas y caballeros —dijo con voz clara y pausada—, hace dos años ninguno de ustedes me conocía y aun así fueron amables conmigo. Me dejaron abrumada entonces y esta noche lo han vuelto a hacer. Solo puedo decir: muchas gracias.

Muy bonito, pensó Grant, mientras le respondían con vítores. Y sin desviarse ni un momento del papel... Entonces se dispuso a salir. Sabía lo que estaba por venir, los discursos de toda la compañía hasta llegar al traspunte. Atravesó el vestíbulo decorado en tonos ante y carmesí y caminó en dirección a la noche con un desconcertante nudo en el estómago. Si a lo largo de sus treinta y cinco años no hubiera prescindido ya de toda ilusión como un lastre innecesario, cualquiera habría dicho que se sentía decepcionado. Lo cierto es que Ray Marcable siempre le había gustado mucho.

CAPÍTULO 7

EL CASO AVANZA

Estos no son hábitos propios de un cristiano —dijo la señora Field mientras colocaba el inevitable plato de huevos con beicon delante de él.

La señora Field había intentado curar a Grant de su afición a los huevos con beicon preparándole fastuosos desayunos con recetas recopiladas del periódico, además de riñones y otras delicias de la tienda del señor Tomkins, al tiempo que lo amenazaba con dejar de hacerlo. Pero Grant la había derrotado... igual que derrotaba a la mayoría de la gente a su debido tiempo... y seguía disfrutando de sus huevos con beicon todos los sábados, domingos y lunes. Eran las ocho en punto de la mañana del domingo, detalle que había suscitado el comentario de la señora Field. Al decir que algo era «impropio de un cristiano» la señora Field no pretendía aludir a ninguna falta de conformidad sino a la carencia de confort y respetabilidad. El hecho de que estuviera desayunando antes de las ocho una mañana de domingo la escandalizaba infinitamente más que el que se dispusiera a dedicar el día a trabajar de la manera más prosaica, y se lamentaba por él.

—No me entra en la cabeza que el rey no entregue condecoraciones más a menudo a los inspectores como usted. ¿Qué otro hombre en todo Londres iba a estar desayunando un domingo a estas horas sin tener ninguna necesidad de hacerlo?

—En ese caso, creo que las caseras de los inspectores deberían ser incluidas en dicha condecoración. Señora Field, merecedora de la Orden del Imperio Británico por ser casera de un inspector.

—Oh, ya es suficiente honor para mí sin la condecoración.

—Ojalá se me ocurriera una buena réplica para eso, pero nunca se me ocurren cosas graciosas durante el desayuno. Solo las mujeres pueden ser ingeniosas a las ocho de la mañana.

—Le sorprendería saber cuánto me admira la gente por el mero hecho de ser usted inspector de Scotland Yard.

—¿De veras?

—Como lo oye, pero no se preocupe. Sé mantener la boca cerrada y no soy nada indiscreta. A muchos les encantaría saber cómo piensa un inspector o quién suele visitarlo, pero yo me limito a dejar que intenten adivinarlo. Y tampoco hay que reconocer nada cuando lo consiguen.

—Es muy noble por su parte aceptar por mi causa esa reputación de obcecada, señora Field.

La señora Field parpadeó ligeramente desconcertada, pero no tardó en reponerse.

—Es mi deber, además de un placer —respondió ella, y salió de la cocina con gran elegancia.

Cuando Grant se marchaba después de desayunar, ella miró con tristeza la tostada intacta.

—Bueno, asegúrese de tomar una comida decente a mediodía. No veo ninguna ventaja en tener el estómago vacío.

—¡Pero tampoco se puede llegar muy lejos corriendo con el estómago lleno!

—No creo que tenga que correr mucho persiguiendo a alguien en Londres. Siempre habrá otro que se interponga en su camino.

Grant sonrió para sus adentros mientras caminaba por la soleada carretera en dirección a la parada de autobús, pensando en lo sencillo que resultaría el trabajo del DIC si las cosas fueran de ese modo. Lo que resultó imposible fue esquivar a toda la gente que de repente afirmaba haberse cruzado con el asesino. Casi la mitad de Londres parecía haberlo visto —la mayoría de las veces de espaldas—. Y la cantidad de manos heridas que tuvieron que ser investigadas resultaría increíble para cualquiera que no hubiera presenciado alguna vez una búsqueda desde dentro. Grant fue cribando los informes durante la larga y luminosa mañana, sentado en su escritorio, al tiempo que enviaba a sus tenientes de un lado para otro igual que un general organiza a sus tropas en el campo de batalla. Ignoró las pistas procedentes de provincias con excepción de dos, que eran demasiado buenas para dejarlas pasar —siempre cabía la posibilidad de que el hombre del Strand no fuera en realidad el Dago—. Dos hombres fueron enviados a investigarlas, uno a Cornwall y otro a York. El teléfono no dejó de zumbear a su lado a todas horas, y a todas horas sus agentes le comunicaban un nuevo fracaso. Algunos de los sujetos que habían ido a identificar no se parecían ni remotamente —en opinión del detective de turno— a su sospechoso. Y tan valiosa información era obtenida en demasiadas ocasiones tras una exasperante tarde de vigilancia a través de las cortinas de encaje de Nottingham de alguna casa de las afueras, a la espera de que «el hombre de tres casas más adelante» pasara por allí a una distancia que permitiera verlo. Uno de los sospechosos resultó ser un miembro de la nobleza, bien conocido públicamente como jugador de polo. El agente que seguía sus pasos se dio cuenta de que el conde le había descubierto —el noble

señor había sido seguido hasta un garaje donde debía recoger su coche después de una revisión para una insignificante ruta de quinientos o seiscientos kilómetros como pequeño pasatiempo del domingo— y no tuvo más remedio que reconocer cuáles eran sus motivos.

—Tenía la sensación de que me estaba siguiendo —respondió el miembro de la Cámara de los Lores—, y puesto que no sufro de mala conciencia últimamente, sentí curiosidad por saber qué buscaba. He sido acusado de muchas cosas en mi corta vida, pero nunca de parecerme a un asesino. Buena suerte tenga usted, en todo caso.

—Gracias, señor, lo mismo le digo. Espero que siga teniendo la conciencia tranquila cuando regrese de su viaje.

Y el conde, que tenía más multas que nadie en toda Inglaterra por exceso de velocidad, sonrió complacido.

Lo cierto es que fueron los hombres que salieron a recorrer las calles ese domingo los que tuvieron un trabajo más ligero, mientras que para Grant, sentado en su despacho moviendo los hilos con mecánica competencia, la jornada fue extremadamente tediosa. Barker apareció por la tarde, pero no tenía ninguna sugerencia que pudiera acelerar las cosas. No podían permitirse ignorar nada. Había que investigar hasta las pistas menos útiles en aquel interminable proceso de eliminación. Era un trabajo preliminar, y muy poco cristiano, según la acepción de la señora Field. Grant miró anhelante por la ventana, a través de la clara bruma que flotaba sobre el río, hacia el lado de Surrey, iluminado en esos momentos por el sol que se acercaba a poniente. ¡Cómo le habría gustado pasar el día en Hampshire! Contemplaría los bosques de Danebury en su primer verdor. Y un poco más tarde, al caer el sol, el río Test sería ideal para la pesca con mosca.

Ya era tarde cuando Grant llegó a casa, pero no había dejado una sola vía de investigación sin explorar. Al anoecer, la

avalancha de avistamientos había ido disminuyendo hasta detenerse por completo. Pero mientras cenaba —para la señora Field, una comida era algo imprescindible al llegar a casa— no pudo evitar mirar de cuando en cuando hacia el teléfono, que estaba junto a la chimenea. Se acostó y soñó que Ray Marcable le telefoneaba y decía «¡Nunca lo encontrarás, nunca, nunca!». La joven repetía la frase una y otra vez ignorando sus ruegos de ayuda e información, y él sintió el imperioso deseo de que alguien pusiera fin a aquello dejándolo libre. Sin embargo, antes de que llegara ese instante de alivio, el teléfono se había convertido en una caña de pescar sin que él se sorprendiera lo más mínimo, y la estaba utilizando, pero no como caña sino como látigo para azuzar a los cuatro caballos que tiraban del coche que conducía por una calle de Nottingham. Al final de la calle había un humedal, y frente al humedal, exactamente en la mitad, estaba la camarera de la cafetería del hotel. Intentó llamarla mientras los caballos avanzaban, pero su voz se ahogó en su garganta, al tiempo que la camarera se hacía más y más grande hasta ocupar toda la vía. Cuando los caballos estaban a punto de embestirla, ella ya era tan grande como una torre que cayó aplastando a Grant, a los caballos, la calle y todo a su alrededor. Entonces le invadió ese sentimiento de inevitabilidad que acompaña a toda catástrofe. «Ha llegado mi momento», pensó, y de repente despertó agradecido, a salvo en su cama y en un mundo racional donde la causa precedía al efecto. «¡Maldito suflé de queso!», se dijo, y tumbándose de espaldas observó el techo oscuro y dejó que su cerebro, por fin completamente despierto y lúcido, empezara a trabajar.

¿Por qué la víctima había ocultado su identidad? ¿Había sido una mera casualidad? Lo único que había desaparecido de su ropa era la etiqueta del sastre, mientras que el nombre del fabricante de la corbata seguía en su sitio —un sitio de lo más obvio si alguien hubiera tenido intención de eliminar

cualquier marca que ayudara a identificar a la víctima—. Pero, aunque el nombre del sastre hubiera desaparecido por mera casualidad, ¿cómo explicar las escasas pertenencias del hombre? Poco dinero en efectivo, un pañuelo y un revólver. Ni siquiera llevaba reloj. Todo aquello hacía pensar en un suicidio. Puede que el hombre estuviera arruinado. No lo parecía, aunque las apariencias engañan. Grant había conocido a muchos pobres que parecían millonarios, y a tipos con aspecto de vagabundo que poseían nutridas cuentas bancarias. Quizá al comprobar que se agotaban sus recursos el hombre había decidido cortar por lo sano en lugar de hundirse lentamente. ¿Había sido la visita al teatro, con aquellas pocas monedas en el bolsillo, su última fiesta ante los dioses que lo habían derrotado? ¿Acaso la daga había sido la ironía final al anticiparse de ese modo a su revólver por tan solo una o dos horas? Y si estaba arruinado, ¿por qué no le había pedido dinero a su amigo, ese amigo que con tanta facilidad parecía desprenderse de sus billetes? ¿O quizá lo había hecho y este se había negado? ¿Era la mala conciencia, después de todo, lo que le había empujado a enviar anónimamente las veinticinco libras? Si optaba por aceptar la presencia del revólver y la ausencia de pistas como prueba de que pretendía suicidarse, entonces el asesinato se resolvía como el desenlace de una disputa —probablemente entre miembros de una banda relacionada con el mundo de las apuestas—. Quizá el Dago se había visto arrastrado por la víctima en su caída y consideraba al hombre responsable de su propia ruina. Esa era la explicación más razonable. Y se ajustaba como un guante a las circunstancias. El hombre estaba interesado en las carreras —probablemente era corredor de apuestas—, no llevaba reloj ni dinero y evidentemente había decidido quitarse de en medio. El Dago había reclamado al muerto algo que no podía o no quería darle y por eso lo había apuñalado en un arrebato de cólera. El amigo que se había

negado a ayudarlo en vida —probablemente harto de sacarlo de apuros una y otra vez—, atenazado por el remordimiento al descubrir el triste final del hombre, había enviado generosa y anónimamente el dinero necesario para su entierro. Todo era pura teoría, pero encajaba... ¡o casi! Había un espacio en blanco que por el momento era imposible explicar. ¿Por qué no había aparecido nadie para reclamar el cadáver? Si todo se reducía a una disputa entre dos hombres, la intimidación no era una teoría válida para dar cuenta del silencio de sus amigos. No resultaba creíble que el Dago los tuviera a todos sometidos de tal modo que ni uno solo se hubiera arriesgado a hablar ni siquiera valiéndose del método habitual de los cobardes y los cautelosos, un mensaje anónimo. Era una situación curiosa y casi única. Jamás en todos sus años de experiencia Grant había estado a punto de atrapar a un asesino antes de haber identificado a su víctima.

Una fina llovizna caía discretamente al otro lado del cristal. Se acabó el buen tiempo, pensó Grant. Después hubo un silencio absoluto y se impuso la oscuridad. Era como si una avanzadilla se hubiera adelantado a reconocer el terreno y hubiera regresado al campamento para informar. Se escuchó el largo y distante susurro del viento, que llevaba días dormido. Después, el primer ataque de los combativos batallones de la lluvia golpeó la ventana salvajemente. El viento aullaba con violencia por su retaguardia alentándolos a luchar, presa de un valor suicida. Y enseguida el constante goteo del tejado comenzó a resonar suave y monótono bajo la brutal sinfonía, cercano y tranquilizador como el tictac de un reloj. Grant cerró los ojos escuchándolo y antes de que la borrasca empezara a remitir, convirtiéndose en un rumor distante, se había dormido.

Sin embargo, por la mañana, una mañana gris velada por una desangelada llovizna, la teoría seguía pareciéndole sólida

—después de haber reforzado convenientemente su punto débil—, y aún tuvo que esperar hasta su entrevista con el director de la sucursal de Adelphi del Banco de Westminster para descubrir que el castillo de naipes que con tanta elegancia había logrado construir empezaba a derrumbarse.

El director era un hombre tranquilo y de aspecto anodino, cuya piel sin brillo había llegado a adquirir de algún modo la apariencia de un billete. No obstante, sus modales le hacían parecer un médico de cabecera antes que un asesor financiero. Y Grant se sorprendió por un instante esperando sentir en su muñeca las reseca yemas de los dedos del señor Dawson para tomarle el pulso. Pero esa mañana el señor Dawson terminó convirtiéndose en una extraña combinación entre el dios Hermes y un gigante. Este fue su informe.

Los cinco billetes que interesaban al inspector habían sido entregados en uno de sus mostradores el día tres de ese mes como parte de un abono íntegro de doscientas veintitrés libras con diez chelines. El dinero había sido retirado por un cliente suyo con cuenta corriente en el banco, llamado Albert Sorrell, que regentaba una pequeña casa de apuestas en la calle Minley. La suma retirada ascendía al total del dinero depositado menos una libra, que posiblemente habían dejado para evitar el cierre de la cuenta.

«¡Bien!», pensó Grant, «el amigo también es corredor de apuestas».

¿Conocía personalmente el señor Dawson al señor Sorrell?, preguntó.

—No, no demasiado, pero el cajero podrá contarle todo lo que sabe sobre él —respondió el otro.

Y llamó a su empleado.

—Este es el inspector Grant, de Scotland Yard. Necesita una descripción del señor Albert Sorrell y le he dicho que usted podría proporcionársela.

El cajero lo hizo con gran elocuencia. Y con una precisión que no dejaba lugar a dudas. Describió... al fallecido.

Cuando el empleado dejó de hablar, Grant tomó asiento pensando a toda velocidad. ¿Qué podía sacar en claro de todo aquello? ¿El asesinado debía dinero a un amigo y dicho amigo le había quitado todo lo que le quedaba para dejarse llevar después por un tardío arrebató de caridad? ¿Fue así como los billetes llegaron a manos del amigo? Y también el tres de marzo. Eso fue diez días antes del asesinato.

¿Sorrell había retirado el dinero personalmente?, preguntó.

El cajero respondió que no. El cheque había sido presentado por un desconocido. Sí, lo recordaba. Era muy moreno, delgado, de estatura media o algo menos y pómulos muy pronunciados. De aspecto extranjero, un poco al menos.

¡El Dago!

Grant sintió una mezcla de euforia y sofoco, igual que debía sentirse Alicia durante su apresurado viaje con la Reina Roja. ¡Desde luego el caso avanzaba, pero de qué manera!

Pidió ver el cheque y se lo mostraron.

—¿Cree que puede ser una falsificación?

No se les había ocurrido tal cosa. Tanto el importe como la firma pertenecían al señor Sorrell, y eso no era habitual en un intento de falsificación. Sacaron otros cheques extendidos por el fallecido y se los enseñaron. Se negaban a aceptar la posibilidad de que el cheque no fuera auténtico.

—Si se trata de una falsificación —dijo el señor Dawson—, es excepcionalmente buena. Incluso aunque se demostrara que es una falsificación me resultaría difícil de creer. Fíese de mí, puede considerarlo auténtico.

El Dago lo había cobrado. Había retirado el ingreso de Sorrell, menos veinte chelines. Diez días después había apuñalado por la espalda a Sorrell. Bien, si algo demostraba aquello

era la existencia de una relación entre ambos hombres, lo que resultaría útil como prueba ante un tribunal.

—¿Tienen los números de serie del resto de los billetes de Sorrell?

Los tenían y Grant los anotó. Después pidió la dirección de Sorrell y le dijeron que desconocían su domicilio, pero su oficina estaba en el número 32 de la calle Minley, cerca de Charing Cross Road.

De camino a la calle Minley desde el Strand, Grant comenzó a digerir las novedades. El Dago había retirado el dinero mediante un cheque pagadero a Sorrell y firmado por él mismo. Se podía descartar el robo, puesto que Sorrell no había presentado ninguna denuncia durante los diez días transcurridos entre el cobro del dinero y su muerte. No obstante, el mismo Sorrell había entregado el cheque al Dago. ¿Por qué no lo había hecho directamente pagadero al Dago? Porque se trataba de una transacción en la que el Dago no quería hacer constar su nombre. ¿Estaba extorsionando a Sorrell? Durante la conversación que Raoul Legarde había escuchado la noche del asesinato le estaba «pidiendo algo», pero ¿era únicamente más dinero lo que le exigía? ¿Había sido el Dago también un desafortunado compañero de Sorrell en su desgracia o solo el causante? Al menos la transacción del mostrador del Banco de Westminster explicaba la ruina de Sorrell y su intención de suicidarse.

Entonces, ¿quién había enviado las veinticinco libras? Grant se negaba a creer que el hombre que se lo había arrebatado todo a Sorrell y después lo había apuñalado por la espalda al no recibir más estuviera dispuesto a desembolsar semejante cantidad tras lo sucedido. Había alguien más implicado. Y ese alguien conocía al Dago lo suficiente como para tener acceso al menos a veinticinco libras del total que el Dago le había arrebatado a Sorrell. Es más, esa tercera persona y el fallecido habían

vivido juntos, tal como demostraba el hallazgo de las huellas de este último en el sobre que contenía las veinticinco libras. El sentimentalismo de dicha acción y la nada desdeñable cantidad de dinero hacían pensar en una mujer, pero según los expertos en caligrafía la letra que aparecía en el sobre pertenecía a un hombre sin ninguna duda. Y, por supuesto, esa otra persona era también la propietaria del arma con que Sorrell había planeado poner fin a su vida. Era un nudo complicado, pero al menos era algo sobre lo que trabajar. Cada vez estaba más cerca, y en cualquier momento podía encontrar el cabo suelto que le permitiría desenredar toda la madeja. Tenía la impresión de que únicamente debía ahondar en las costumbres del fallecido y en su vida en general para encontrar al Dago. La calle Minley comparte con las callejuelas aledañas que parten de Charing Cross Road un aire a medias misterioso y deprimente que la convierte en un lugar vagamente inquietante. Cualquier extraño que se adentre en ella de forma inesperada se verá asaltado por la extraña sensación de no ser bienvenido, como si acabara de colarse sin querer en una propiedad privada; como quien acaba de entrar en una pequeña cafetería exponiéndose a la mirada entre sorprendida y resentida de los clientes habituales. Pero si bien Grant no era un habitual de la calle Minley, tampoco era ningún extraño. Conocía el lugar tan bien como la mayoría de los agentes de Scotland Yard conocen los alrededores de Charing Cross Road y la plaza Leicester. Si los respetables aunque algo taimados rostros de sus edificios hubieran podido hablar le habrían dicho: «¡Ah! ¿Otra vez por aquí?». En el número 32, un cartel pintado a mano anunciaba que en el primer piso estaba la oficina de Albert Sorrell, corredor de apuestas. Grant entró en el portal y subió las escaleras pobremente iluminadas que todavía olían a jabón y desinfectante después de la limpieza del domingo. Tras un primer tramo de escaleras había un amplio rellano para acceder al primer piso,

y Grant llamó a la puerta con el nombre de Sorrell. Tal como esperaba, no hubo respuesta. Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave. Iba a darse la vuelta cuando escuchó un débil sonido en el interior. Grant volvió a llamar con más fuerza. Esta vez, sin embargo, no pudo oír nada salvo el rumor distante del tráfico y los pasos de los transeúntes abajo en la calle, pero nada procedente del interior. Se agachó para mirar por el ojo de la cerradura. No había llave, pero tampoco así pudo ver gran cosa salvo la esquina de un escritorio y el asa de un cubo para carbón. La habitación que intentaba ver era la parte trasera de una de las dos que evidentemente constituían la oficina de Sorrell. Grant permaneció un rato más donde estaba, pero ningún ser vivo atravesó la pequeña naturaleza muerta enmarcada por el orificio de la cerradura. Se levantó para marcharse, pero antes de dar el primer paso volvió a escuchar el mismo sonido apagado. Al inclinar la cabeza para escuchar mejor se percató de que, a su espalda, sobre el pasamanos de la escalera del piso superior, parecía colgar una cabeza humana invertida, grotesca y horrible, con los cabellos cayendo desperdigados a su alrededor a causa de la fuerza de la gravedad creando un efecto que le hizo pensar en Pedro Melenas.³ Al verse descubierta, la cabeza dijo tímidamente:

—¿Está buscando a alguien?

—Todo parece indicar que sí, ¿no cree? —respondió Grant, desabrido—. Estoy buscando al ocupante de esta oficina.

—¡Oh! —dijo la cabeza, como si hasta el momento no se le hubiera ocurrido semejante posibilidad.

Al instante, la cabeza se esfumó y un momento después apareció como es debido, sobre los hombros de un joven

³ *Struwwelpeter* en el original. Se trata de un cuento infantil alemán tan popular en su época como los de los hermanos Grimm, obra del médico Heinrich Hoffmann, y especialmente conocido por su crueldad.

vestido con una sucia bata de pintor, que descendió el último tramo de escalera hasta el rellano oliendo a trementina y tratando de aplastar su poblada mata de pelo con los dedos manchados de pintura.

—Hace tiempo que ese hombre no viene por aquí —dijo—. Yo ocupo las dos plantas superiores, como casa y estudio, y solía cruzarme a menudo con él en las escaleras y escuchar a sus... no sé cómo los llaman ustedes. Era corredor de apuestas, ¿sabe?

—¿Clientes?

—Sí. A veces escuchaba a los que suponía eran sus clientes. Pero estoy seguro de que han pasado más de quince días desde la última vez que lo vi o lo oí.

—¿Sabe si solía ir a las pistas? —dijo Grant.

—¿Dónde es eso? —preguntó a su vez el artista.

—Quiero decir que si iba a diario a las carreras.

El artista no lo sabía.

—Bien, pues necesito entrar en su oficina. ¿Dónde puedo conseguir una llave?

El artista supuso que Sorrell la tendría. El agente inmobiliario tenía su oficina cerca de la plaza Bedford. Él nunca era capaz de recordar la calle ni el número, pero sabía llegar. Había perdido la llave de su casa, de no ser así se la ofrecería para probarla en la puerta de Sorrell.

—¿Y cómo se las arregla cuando sale? —preguntó Grant, dejando que su curiosidad se impusiera por un instante a su perentoria necesidad de cruzar el umbral de aquella puerta cerrada.

—La dejo cerrada sin llave —respondió la feliz criatura—. Si alguien encuentra algo en mi casa que merezca la pena robar es que son más listos que yo.

Y entonces, aparentemente a un metro de distancia de ellos y al otro lado de la puerta, volvió a escucharse aquel sonido apenas audible.

Las cejas del artista desaparecieron entre sus desgreñados cabellos. Aproximó la cabeza a la puerta y miró al inspector con aire desconcertado. Sin decir palabra, Grant lo cogió del brazo y lo arrastró en dirección a la planta baja hasta detenerse en el primer giro de la escalera.

—Escúcheme. Voy de paisano... ¿sabe lo que significa eso? —le preguntó.

Pues la absoluta ignorancia de la que había hecho gala el artista acerca de lo que era una pista de carreras no le hacía tener mucha fe en el resto de sus conocimientos sobre el mundo real.

—Sí, es usted poli —respondió el artista.

Y Grant decidió darlo por bueno.

—Necesito entrar en esa habitación. ¿Hay algún patio trasero desde donde pueda ver su ventana?

Lo había, y el artista lo acompañó al piso de abajo antes de guiarlo a través de un oscuro pasillo hacia la parte trasera del edificio, desde donde accedieron a un pequeño patio adoquinado que podría haber pertenecido a una posada de pueblo. Pegado a la fachada había un pequeño cobertizo techado de plomo que hacía las veces de letrina, y justo sobre él estaba la ventana de la oficina de Sorrell. La habían dejado ligeramente abierta y la estancia parecía deshabitada.

—Ayúdeme a subir —dijo Grant, y el otro le dio impulso suficiente para alcanzar el tejado. Cuando su pie quedó libre de las manos manchadas de pintura, añadió—: Debo decirle que está siendo usted cómplice de un delito. Esto es allanamiento de morada y completamente ilegal.

—¡Este es el momento más feliz de mi vida! —respondió el artista—. Siempre he deseado quebrantar la ley, pero nunca se me había brindado semejante oportunidad. Y poder hacerlo ahora en compañía de un policía me llena de una alegría que jamás me habría atrevido a imaginar.

Pero Grant ya no lo escuchaba. Tenía la mirada clavada en la ventana. Se levantó lentamente hasta que su cabeza quedó justo debajo del alféizar y con mucha cautela se asomó a mirar. Nada se movía en la habitación y de repente lo sobresaltó un ruido a su espalda. Al volver la cabeza vio al artista que acababa de subir también al tejado.

—¿Lleva usted pistola? —susurró—. ¿O quiere que le traiga un atizador o algo?

Grant meneó la cabeza y con un repentino y enérgico movimiento levantó la hoja de la ventana y entró en la habitación. No se oía nada salvo su rápida respiración. La luz pálida y tenue bañaba la gruesa capa de polvo que cubría la oficina desierta. La puerta que había frente a él, que conducía al cuarto delantero, estaba entreabierta. Con tan solo tres ágiles pasos la alcanzó y la abrió por completo de un empujón y, al hacerlo, un gran gato negro salió de la segunda estancia con un maullido de terror. De un saltó llegó a la habitación trasera y antes de que el inspector se diera cuenta de lo que era ya había salido por la ventana. Se escuchó un agónico grito del artista, seguido de un resbalón y un golpe seco. Grant se asomó a la ventana y escuchó los curiosos gemidos ahogados procedentes del patio. Se deslizó rápidamente hasta el borde del tejadillo y vio a su compinche sentado sobre los sucios adoquines sosteniéndose la evidentemente dolorida cabeza mientras su cuerpo se convulsionaba a causa de las carcajadas, que parecían incluso más dolorosas. Tras comprobar que no había sucedido nada grave, Grant volvió a entrar en la habitación para registrar los cajones del escritorio de Sorrell. No había nada. Sin duda habían sido metódica y cuidadosamente vaciados. El cuarto delantero también había sido utilizado como oficina, no como sala de estar. Sorrell debía vivir en otro lugar. Grant cerró la ventana y, tras deslizarse por el tejado de plomo, saltó al patio. El artista seguía sollozando, pero había conseguido secarse los ojos.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Grant.

—Solo en las costillas —respondió Pedro Melenas, tratando de levantarse—. La excesiva excitación de los músculos intercostales por poco los rompe.

—Bueno, hemos malgastado veinte minutos. Pero tenía que comprobarlo.

De nuevo siguió al renqueante artista por el oscuro pasillo.

—Créame, si supiera lo agradecido que le estoy en estos momentos no pensaría que ha perdido ni un minuto de su tiempo —dijo Pedro Melenas—. Estaba hundido cuando usted apareció. Nunca soy capaz de pintar las mañanas del lunes. No deberían existir. Deberían quemar esas fechas del calendario con ácido prúsico. ¡Y sin embargo usted ha conseguido que una de estas mañanas sea memorable! Es un gran logro. En otra ocasión, cuando no esté muy ocupado quebrantando la ley, vuelva a verme y le haré un retrato. Tiene usted una cabeza espléndida.

Grant tuvo una idea.

—¿Podría usted dibujar de memoria a Sorrell?

Pedro Melenas consideró la idea.

—Creo que sí —respondió—. Suba un momento.

Invitó a Grant a entrar en el caótico lugar repleto de lienzos, pintura, rollos de diversos materiales y toda clase de cosas al que llamaba estudio. De no ser por el polvo que lo cubría todo se habría pensado que por allí había pasado un torrente dejando todos aquellos objetos en las posiciones y concomitancias más extrañas, como solo sucede cuando el agua se retira. Después de rebuscar unos instantes, el artista encontró una botella de tinta india, y tras otra breve exploración un pincel fino. Tras seis o siete pinceladas en una hoja en blanco de un cuaderno de dibujo observó el resultado con expresión crítica, la arrancó y se la dio a Grant.

—No está muy bien, pero basta para hacerse una impresión —dijo.

Grant quedó asombrado por su habilidad. La tinta todavía no se había secado, pero el artista había devuelto a la vida al muerto. El boceto, a medio camino de la caricatura, había exagerado ligeramente algunos rasgos, pero parecía más vivo que cualquier fotografía. El artista había logrado plasmar la expresión de ansiosa vehemencia que Sorrell seguramente había tenido en vida. Grant le dio las gracias con sinceridad y le entregó su tarjeta.

Cerca de Cambridge Circus están las palaciegas oficinas de Laurence Murray —«Los tipos con suerte apuestan con Laury Murray»—, uno de los corredores de apuestas más importantes de Londres. Cuando Grant estaba a punto de cruzar a la otra acera vio al afable Murray llegar en su coche y entrar en el edificio. Con el paso de los años había llegado a conocerlo bastante bien. Atravesó la calle y entró tras él a su grandioso cuartel general. Se presentó a un empleado en la recepción y este lo acompañó a través de una resplandeciente jungla de madera, cobre, mamparas de cristal e incontables teléfonos, hasta el santuario del gran hombre, cuyas paredes estaban repletas de retratos de grandes purasangres.

—Vaya —dijo Murray, sonriendo al recién llegado—, ¿viene usted por el Grand National? De veras espero que no sea por *Posos de café*. Parece que media Gran Bretaña ha decidido apostar hoy por él.

Pero el inspector respondió que no tenía ninguna intención de perder dinero ni siquiera con una proposición tan atractiva como parecía ser *Posos de café*.

—Bueno, supongo que tampoco habrá venido a advertirme sobre las apuestas con dinero en efectivo.

El inspector sonrió. No, quería saber si conocía a un hombre llamado Albert Sorrell.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Murray—. ¿Quién es?

—Creo que era corredor de apuestas —respondió Grant.

—¿Seguro?

Grant no lo sabía con certeza. Tenía una oficina en la calle Minley.

—Probablemente trabajaba en el anillo de plata⁴ —dijo Murray—. Le diré lo que puede hacer. Debería venir hoy a Lingfield para conocer de una sola vez a todos los que trabajan allí. Le ahorrará mucho trabajo.

Grant consideró la idea. Era de lejos el método más rápido y lógico, y con la ventaja adicional de poder averiguar algo más sobre Sorrell a través de sus socios y colegas, algo que no habría conseguido únicamente con su dirección postal.

—Le diré que podemos hacer —repitió Murray al verlo dudar—. Yo le acompañaré. El último tren ya ha salido, así que iremos en mi coche. Tengo una carrera de caballos, pero no me apetece ir solo hasta allí. Le prometí a mi entrenador que lo haría, pero he tenido una mañana complicada. Por cierto, ¿ya ha comido?

Grant dijo que no y Murray salió a pedir un cesto de comida. Entretanto, Grant llamó a Scotland Yard desde el teléfono del despacho.

Una hora más tarde Grant estaba almorzando en el campo. Hacía un día gris y húmedo, pero el aire de la campiña olía a limpio y fresco, a cosas que crecen, y la llovizna que había transformado la ciudad en un horror mugriento había quedado atrás. Tras las grises y desgajadas nubes de lluvia se atisbaban vastos jirones de cielo azul, y cuando llegaron al hipódromo, los tristes y pálidos charcos del jardín de rocas sonreían indecisos ante la aparición de un sol titubeante. Faltaban diez minutos para la primera carrera y, desde donde se encontraba Grant, los dos anillos que bordeaban el circuito le parecieron

⁴ En el Reino Unido, un área al aire libre y con vistas privilegiadas dentro de un circuito de carreras, sin código de etiqueta.

un espectáculo imposible. Siguió impaciente a Murray hasta las barandillas blancas del anillo de paseo, donde los caballos que estaban a punto de competir caminaban a paso reposado; y su yo observador se deleitó contemplando la belleza y elegancia de los animales —Grant era un juez bastante competente cuando se trataba de caballos— mientras desde una perspectiva estrictamente profesional examinaba a la concurrencia. Ahí estaba Mollestein, que actualmente se hacía llamar Stone, por cuya actitud cualquiera habría pensado que era el dueño y señor de la tierra. Grant se preguntó qué nuevo fraude estaría urdiendo para engañar al gran público. Jamás habría pensado que pudiera interesarle algo tan incómodo como una carrera de saltos en pleno mes de marzo. Quizá algún incauto de los que solían caer en sus redes estaba interesado en las carreras. También estaba Vanda Morden, de regreso después de su tercera luna de miel y anunciándolo a los cuatro vientos con un abrigo a cuadros tan estridente que era lo más llamativo de todo el circuito. Mirara donde mirara veía el abrigo de Vanda Morden. El conde aficionado al polo al que habían seguido como sospechoso de ser el Dago pululaba entre el gentío, al igual que muchos otros personajes, agradables y desagradables, a los que Grant reconoció y anotó mentalmente.

Cuando concluyó la primera carrera y los escasos afortunados rodearon a los corredores de apuestas antes de abandonar el hipódromo muy satisfechos de sí mismos, Grant se dispuso a trabajar. Hizo algunas preguntas aquí y allá, hasta que el anillo volvió a llenarse de apostadores ansiosos indagando acerca de las predicciones de la segunda carrera, y entonces regresó a la pradera. Pero al parecer nadie había oído hablar de Sorrell. De modo que Grant, bastante decepcionado, volvió a reunirse con Murray antes de la cuarta carrera —una competición de obstáculos—, en la que corría su caballo. El magnate de las apuestas se mostró comprensivo, y mientras Grant permane-

cía a su lado en el anillo de paseo él alternaba exclamaciones de admiración acerca de su hermoso animal con sugerencias para obtener la información que buscaba acerca de Sorrell. Grant admiró con sinceridad el magnífico bayo propiedad de Murray al tiempo que escuchaba sus recomendaciones con un solo oído. Empezaba a estar algo preocupado. ¿Por qué nadie en todo el anillo de plata conocía a Sorrell?

Los *jockeys* se acercaron a la pista mientras la multitud que pululaba por las inmediaciones de la barandilla empezaba a dispersarse en dirección a los palcos para ocupar los mejores sitios, y los mozos agachaban la cabeza bajo el cuello de los animales a su cuidado, atentos al aviso cuando llegase el momento de montar.

—Aquí viene Lacey —dijo Murray al ver a un *jockey* que caminaba hacia ellos sobre la hierba mojada con la ligereza de un gato—. ¿Lo conoce?

—No —respondió Grant.

—Es muy bueno en las carreras, aunque de vez en cuando también compite en obstáculos. Y no se le da nada mal.

Grant lo sabía, pues la línea que separa a un inspector de Scotland Yard de la omnisciencia es muy fina; aunque hasta ahora no había conocido en persona al famoso Lacey. El jinete saludó a Murray con una tensa sonrisita, y este le presentó al inspector sin más explicaciones. Lacey tembló ligeramente en la humedad de la tarde.

—Me alegro de que no sean saltos de agua —dijo con fingido entusiasmo—. No me haría ninguna gracia acabar empapado con un día así.

—Menudo cambio después de tantas atenciones y habitaciones caldeadas, ¿verdad, Lacey? —dijo Murray.

—¿Ha estado en Suiza? —preguntó Grant con ánimo conversador, recordando que Suiza era la meca de las carreras sin obstáculos.

—¡En Suiza! —repitió Lacey arrastrando la voz con su acento irlandés—. Yo no, pillé el sarampión. ¡Sarampión, como lo oye! Estuve nueve días a base de leche y todo un mes en la cama.

Su agradable y armonioso rostro se contorsionó en una irónica mueca de disgusto.

—¡Con lo que engorda la leche! —exclamó Murray, riendo—. Y hablando de otros asuntos de mayor enjundia, ¿conoces a un hombre llamado Sorrell?

Los ojos claros del jinete cayeron de repente como dos frías gotas de agua sobre el inspector y regresaron a Murray. El látigo, que hasta entonces había estado basculando como un péndulo colgado de su dedo índice, se fue deteniendo lentamente.

—Creo recordar a un Sorrell —dijo, tras reflexionar brevemente—. ¿No se llamaba Sorrell el secretario de Charlie Baddeley?

Pero Murray no recordaba al secretario de Charlie Baddeley.

—¿Lo reconocería por un dibujo? —preguntó el inspector, y sacó del bolsillo el retrato impresionista de Pedro Melenas.

Lacey lo cogió y lo miró con admiración.

—¡Vaya, es bueno! Sí, sin duda es el antiguo secretario de Baddeley.

—¿Y dónde puedo encontrar a Baddeley? —preguntó Grant.

—Pues eso lo veo difícil —respondió Lacey, con su sonrisita tensa de nuevo en la cara—. Verá, Baddeley murió hace más de dos años.

—¡Oh! ¿Y desde entonces no ha visto usted a Sorrell?

—No, lo cierto es que no sé qué fue de él. Probablemente estará trabajando con otro.

Un mozo se detuvo a su lado con el bayo. Lacey se quitó la chaqueta, se descalzó las galochas dejándolas cuidadosamente

alineadas sobre la hierba y el muchacho lo ayudó a montar de un salto. Mientras ajustaba la silla, se dirigió a Murray:

—Alvinson no está hoy —Alvinson era el entrenador de Murray—. Dijo que me darías algunas instrucciones.

—Las instrucciones son las de siempre —dijo Murray—. Haz con él lo que creas conveniente. Debería ganar o quedar entre los primeros.

—Muy bien —respondió Lacey con naturalidad.

Y jinete y caballo fueron conducidos hacia el portón, brindando una de las más hermosas estampas que esta exhausta civilización puede ofrecer.

—Anímese, Grant —dijo Murray mientras caminaban hacia los palcos—. Puede que Baddeley haya muerto, pero yo conozco a alguien que tenía mucho trato con él. Se lo presentaré en cuanto esto termine.

De modo que Grant pudo relajarse y disfrutar de la carrera. Contempló los colores que parpadeaban a toda velocidad ante el gris cortinaje del bosque cuando los competidores se aproximaban a la recta final, al tiempo que un inusitado silencio se apoderaba de la multitud —un silencio tan absoluto que bien podría haber estado completamente solo en la plomiza campiña con los árboles empapados y la hierba mojada—. Siguió atentamente la intensa e interminable contienda que se libraba durante los últimos metros y finalmente la llegada a la meta, que el bayo de Murray atravesó en segundo lugar por un largo trecho. Después de revisar su caballo y felicitar a Lacey, Murray acompañó a Grant hasta la caseta de Tattersalls y le presentó a un anciano de rostro rubicundo que hacía pensar en los carteros que reparten el correo por paisajes nevados en las postales navideñas.

—Thacker —le dijo—, tú conocías a Baddeley, ¿verdad? ¿Sabes qué fue de su secretario?

—¿Sorrell? —respondió el hombre de las postales navide-

ñas—. Se puso a trabajar por su cuenta. Tiene una oficina en la calle Minley.

—¿Ya no frecuenta el hipódromo?

—No, creo que no. Se limita a la oficina. Me pareció que le iba bastante bien la última vez que nos vimos.

—¿Cuándo fue?

—Oh, hace mucho tiempo.

—¿Sabe la dirección de su casa? —preguntó Grant.

—No. ¿Quién lo busca? Sorrell es un buen muchacho.

Este último detalle aparentemente irrelevante pareció despertar cierta suspicacia en el anciano, y Grant se apresuró a asegurarle que Sorrell no había hecho nada malo. Al oírlo, Thacker se llevó los dedos índice y pulgar a la boca y lanzó un potente silbido en dirección a la barandilla, al borde de la pista. De todos los rostros que se volvieron hacia su llamada solo le interesó uno.

—Joe —dijo en tono estentóreo—, necesito hablar con Jimmy un momento. ¿Te importa?

Joe dejó marchar a su ayudante como quien suelta un reloj de su cadena, y enseguida apareció Jimmy, un joven pulcro con aires de querubín y un gusto excepcional para la ropa.

—Tú eras amigo de Bert Sorrell, ¿verdad? —le preguntó Thacker.

—Sí, pero hace mucho que no nos vemos.

—¿Sabes dónde vive?

—Bueno, cuando teníamos trato vivía en una casita de Brightling Crescent, cerca de Fulham Road. Estuve allí más de una vez. He olvidado el número, pero el apellido de su casera era Everett. Llevaba allí tres años. Bert era huérfano.

Grant describió al Dago y preguntó si tenía algún amigo que se le pareciera.

No, que Jimmy supiera no conocía a nadie así. Aunque, como había dicho, hacía años que no tenía noticias de Sorrell.

Se había ido alejando de sus colegas después de establecerse por cuenta propia, aunque de vez en cuando aparecía por el hipódromo para divertirse, o quizá en busca de información.

Por mediación de Jimmy, Grant pudo entrevistar a otras dos personas que habían conocido a Sorrell, aunque ninguna aportó información acerca de sus conocidos. Los corredores de apuestas eran gente abstraída, que lo observaba con cierta curiosidad al verlo aparecer y obviamente lo olvidaba en cuanto alguna de sus carreras estaba a punto de empezar. Grant comunicó a Murray que ya había terminado, y este, cuyo interés había decaído cuando finalizó la carrera de obstáculos, decidió volver de inmediato. Sin embargo, mientras el coche abandonaba lentamente las instalaciones, Grant contempló satisfecho el lugar que le había facilitado la información que buscaba. El hipódromo era un sitio agradable. Regresaría algún día, cuando no tuviera que preocuparse por asuntos de trabajo, y pasaría allí la tarde.

De regreso a la ciudad, Murray conversó afablemente sobre los temas que le interesaban: los corredores de apuestas y su manera de organizarse en clanes —«Son como los nativos de las Highlands», dijo, «y es frecuente que haya disputas entre ellos. Pero si alguien ajeno al ramo se inmiscuye todos se unen para hacerle frente»—; los caballos y sus debilidades, los entrenadores y su moralidad; Lacey y su agudeza. Después cambió de tema:

—Por cierto, ¿cómo va el asunto de la cola del Woffington?

Muy bien, respondió Grant. En uno o dos días llevarían a cabo un arresto si las cosas seguían como hasta el momento.

Murray guardó silencio un instante.

—Me preguntaba si... no estará buscando a Sorrell por algo relacionado con eso, ¿verdad?

Murray se había comportado de un modo extraordinariamente decente.

—No —respondió Grant—. Sorrell es el hombre que apareció muerto en la cola.

—¡Santo Dios! —exclamó Murray, y permaneció unos segundos en silencio tratando de digerir la noticia, hasta que al fin añadió—: Vaya, lo siento. No lo conocía, pero al parecer caía bien a todo el mundo.

Y eso era precisamente lo que Grant había estado pensando. Todo parecía indicar que Bert Sorrell no había sido ningún villano. Grant anheló más que nunca encontrar al Dago lo antes posible.

CAPÍTULO 8

LA SEÑORA EVERETT

Brightling Crescent era una larga calle con casas de ladrillo rojo de tres plantas decoradas con encaje de Nottingham y maceteros de barro. Los escalones de entrada daban una impresión de limpieza a fuerza de haberles aplicado capas y capas de arcilla blanca, lo que no bastaba para disimular su fealdad. Algunas viviendas se ruborizaban, de tan llamativas; otras se mostraban abiertamente molestas por el mero hecho de recibir la más mínima atención; y muchas se limitaban a devolver, lívidas de horror, la mirada de los transeúntes. No obstante, la gran mayoría hacía gala de la misma belicosa actitud, que parecía decir *Nemo me impune lacessit*⁵ a todo aquel que osara hacer el menor comentario. Cualquiera podía llamar haciendo uso de sus brillantes picaportes de bronce —de hecho, por alguna extraña razón, su inusitado brillo incitaba a hacerlo de la manera más urgente—, pero el que se atreviera debía evitar a toda costa aquellos escalones constantemente blanqueados que más bien pare-

⁵ Literalmente, «nadie me ofende impunemente». Lema, por otra parte, del Reino de Escocia, presente en su escudo de armas.

cían trampas contra el invasor. Grant caminó sin prisa por la calle que Sorrell había transitado durante años y se preguntó si el Dago también la conocería. La señora Everett, una mujer huesuda y miope de unos cincuenta años, le abrió en persona la puerta del número 98, y Grant le preguntó sin ambages por su inquilino.

El señor Sorrell ya no vivía allí, respondió ella. Hacía una semana que se había marchado a Estados Unidos.

De modo que esa era la historia que alguien le había contado.

¿Quién dijo que se iba a Estados Unidos?

—El señor Sorrell, por supuesto.

Cierto, Sorrell podía haber contado esa versión para enmascarar su suicidio.

—¿Solo lo tenía a él como inquilino?

—¿Quién es usted y por qué quiere saberlo? —preguntó la mujer.

Grant respondió que era inspector de Scotland Yard y que le gustaría entrar un momento para hablar con ella. La mujer pareció algo sorprendida, aunque no se mostró nerviosa y lo invitó a seguirla hasta la sala de estar de la planta baja.

—Esta era la del señor Sorrell —explicó—. Actualmente la ocupa una maestra, pero no le importará que entremos excepcionalmente. ¿Ha hecho algo malo el señor Sorrell? Me parece impensable que un joven tranquilo como él...

Grant la tranquilizó y volvió a preguntarle si vivía solo.

No, respondió ella. Compartía alojamiento con otro caballero, pero cuando el señor Sorrell se marchó a Estados Unidos el otro también se mudó porque no podía permitirse pagar esto solo. Fue entonces cuando se instaló aquí la señorita. Ella había sentido perderlos a los dos. Eran muchachos agradables y grandes amigos.

—¿Cómo se llamaba su amigo?

—Gerald Lamont —dijo ella—. El señor Sorrell era corredor de apuestas independiente y el señor Lamont trabajaba también en su oficina. Oh, no, no eran socios, pero sí grandes amigos.

—¿Tenía Sorrell otros amigos?

—Muy pocos —respondió la mujer.

Él y Jerry Lamont iban juntos a todas partes. Después de pensar intensamente unos instantes recordó que otros dos hombres habían estado en casa en una ocasión, y los describió con suficiente detalle como para que Grant tuviera la seguridad de que ninguno de ellos era el Dago.

—¿Tiene usted alguna fotografía de Sorrell o de su amigo?

Creía recordar que guardaba fotos en alguna parte, si al inspector no le importaba esperar mientras las buscaba. Grant apenas había tenido tiempo para examinar la habitación cuando ella regresó con dos fotografías de tamaño postal.

—Estas dos las hicieron el verano pasado junto al río —explicó ella.

Era obvio que las dos instantáneas habían sido tomadas en la misma ocasión. En ambas se podía ver el mismo escenario a orillas del Támesis, con sus sauces, y la misma batea. En una de ellas estaba Sorrell vestido con pantalones de franela, con una pipa en una mano y un cojín en la otra. En la segunda imagen también había un joven vestido de manera informal, y era el Dago.

Grant observó el rostro moreno a conciencia. Sin duda era un buen retrato. Los ojos no eran una mera sombra como sucedía en muchas fotografías. Eran ojos. Y Grant pudo ver de nuevo en ellos el repentino horror que los había iluminado al descubrirlo a su espalda en el Strand. Incluso en la agradable tranquilidad de aquel momento en el río, su mirada poseía un brillo hostil. No había ni rastro de cordialidad en aquel rostro huesudo.

—¿Adónde dice que se marchó su amigo Lamont? —preguntó con naturalidad.

La señora Everett no lo sabía.

Grant la observó atentamente. ¿Estaba diciendo la verdad?

Como si fuera consciente de las sospechas del inspector, ella misma completó su afirmación con otra. Había alquilado una habitación en alguna parte al sur del río, dijo.

Pero con ello únicamente consiguió acrecentar su desconfianza. ¿Sabía la mujer más de lo que contaba? ¿Quién había enviado el dinero para enterrar a Sorrell? Su amigo y el Dago eran la misma persona. Y parecía evidente que el Dago, que había estado en posesión de sus doscientas veintitrés libras, no había enviado ese dinero. Observó el duro rostro de la mujer. Posiblemente escribiría como un hombre. Los expertos en grafología no eran infalibles. Por otra parte, la persona que había enviado el dinero también había tocado el revólver. No, se corrigió, la persona que había echado al correo el sobre con el dinero también había tenido el revólver en su poder.

—¿Alguno de los dos tenía un revólver? —preguntó él.

No. Nunca había visto a ninguno de ellos con un arma. No eran de esa clase.

Ahí estaba de nuevo, lacónica en todo momento. ¿Se trataba de mera camaradería o de un tímido intento por desviar su atención? Quería preguntarle si Lamont era zurdo, pero algo se lo impidió. Si no estaba diciendo la verdad, una pregunta tan concreta acerca de Lamont la alertaría al instante y revelaría el alcance de toda su investigación. Ella daría la señal de alarma y espantaría al pájaro haciéndolo salir de su refugio antes de que estuvieran listos para disparar. Y de todos modos no era algo de vital importancia en aquel momento. El hombre de la fotografía era el hombre que había vivido con Sorrell, era el hombre que había huido al verlo en el Strand, el mismo que había tenido todo su dinero y era casi con toda

seguridad el hombre de la cola. Legarde podía identificarlo. En esos momentos era más importante evitar que la señora Everett supiera cuánto habían averiguado.

—¿Cuándo se marchó Sorrell a Estados Unidos?

—Su barco zarpaba el día catorce —respondió ella—, pero él se marchó de aquí el trece.

—¡Mal augurio! —dijo Grant, con la esperanza de poner una nota más relajada e informal a la conversación.

—No soy supersticiosa —replicó—. Todos los días son iguales.

Pero Grant seguía pensando muy concentrado. El asesinato tuvo lugar la noche del trece.

—¿Lamont se marchó con él? —preguntó.

Sí, esa mañana se marcharon juntos. El señor Lamont iba a trasladar sus pertenencias a su nuevo alojamiento y después pensaba reunirse con el señor Sorrell. El señor Sorrell viajaría a Southampton por la noche a bordo del tren portuario. Ella quería ir a despedirlo, pero él había insistido mucho en que no lo hiciera.

—¿Por qué? —preguntó Grant.

—Dijo que era muy tarde y además no le gustaban las despedidas.

—¿Tenía parientes?

No, ninguno que ella supiera.

¿Y Lamont? ¿Tenía alguno?

Sí, tenía padre, madre y un hermano, pero habían emigrado a Nueva Zelanda justo después de la guerra y no había vuelto a verlos desde entonces.

¿Cuánto tiempo habían vivido los dos hombres en su casa?

El señor Sorrell había estado con ella casi ocho años, y Lamont cuatro.

¿Quién había compartido habitaciones con Sorrell durante los cuatro años anteriores a la llegada de Lamont?

Varias personas, aunque la mayor parte del tiempo había vivido allí un sobrino suyo que actualmente residía en Irlanda, explicó la señora Everett. Sí, el señor Sorrell se llevaba bien con todos.

—¿Era siempre alegre y jovial? —preguntó Grant.

Bueno, no, respondió ella. El señor Sorrell no era para nada una persona alegre y jovial. Ese sería más bien el señor Lamont. El señor Lamont era el alegre y jovial. El señor Sorrell era silencioso, pero agradable. A veces se ponía melancólico, y entonces el señor Lamont se mostraba más alegre y jovial que de costumbre para animarlo.

Grant recordó lo agradecido que uno puede llegar a sentirse hacia las personas que intentan animarnos en los malos momentos, y se preguntó por qué no habría sucedido lo contrario, que Sorrell asesinara a Lamont.

¿Habían discutido alguna vez?

No, nunca que ella supiera, y se habría dado cuenta enseñuida.

—Bien —dijo Grant finalmente—, supongo que no le importará dejarme estas fotografías durante un par de días.

—Pero devuélvamelas en buen estado, por favor —respondió ella—. Son las únicas que tengo y les he cogido mucho cariño.

Grant se lo prometió y las guardó con cuidado en su cuaderno de notas, rezando para que estuvieran cubiertas de huellas dactilares aprovechables.

—No estarán metidos en problemas, ¿verdad? —preguntó ella cuando él se marchaba—. Nunca han hecho nada malo.

—Bueno, si eso es cierto estarán a salvo —dijo Grant.

Volvió rápidamente a Scotland Yard y, mientras los especialistas analizaban las huellas de las fotografías, él escuchó el informe de Williams sobre su improductiva jornada recorriendo las casas de apuestas de Londres. En cuanto le devol-

vieron las fotografías se marchó a Laurent's. Era muy tarde y el comedor estaba desierto. Un solitario camarero recogía migas de una mesa con aire ausente y la estancia olía a deliciosa salsa, a vino y a humo de tabaco. El distraído camarero dejó el cepillo para las migas e hizo una leve inclinación mirando al recién llegado con esa actitud de quien no espera nada y disfruta del melancólico placer de tener razón, habitual en los camareros cada vez que algún insensato pretende que le sirvan la cena cuando todos los demás han terminado. Al reconocer a Grant, la expresión de su rostro cambió tratando de decir sin palabras «¡Qué gran placer atender a uno de nuestros mejores clientes!», aunque desgraciadamente lo que en realidad reflejó fue más bien un «¡Ay, señor! ¡Qué metedura de pata! Es el favorito de Marcel».

Grant preguntó por su jefe y el otro le contó que esa misma mañana se había visto obligado a partir apresuradamente hacia Francia. Su padre había fallecido y, siendo su único hijo, tenía cuestiones que atender, como ocuparse del negocio y el viñedo familiar. Grant no se sintió especialmente desolado ante la perspectiva de no volver a ver a Marcel. Los modales de los que el *maitre* tanto se enorgullecía siempre habían desagradado ligeramente a Grant. Pidió un plato de la carta y preguntó si Raoul Legarde estaba en el restaurante y si podría hablar con él un momento. Varios minutos después, la esbelta figura de Raoul, con un delantal de lino blanco y un gorro, apareció tras las mamparas que ocultaban la puerta de servicio y siguió tímidamente al camarero hacia la mesa de Grant. Parecía un niño apocado a punto de recibir un premio que sabe que ha ganado.

—Buenas noches, señor Legarde —dijo Grant, cordialmente—. Me ha sido usted de gran ayuda. Quiero que mire unas fotos y me diga si reconoce a alguna de esas personas.

Desplegó en abanico sobre la mesa doce fotografías y dejó que Raoul las examinara. El joven se tomó su tiempo. De he-

cho, la pausa fue tan larga que Grant no pudo evitar preguntarse si, cuando afirmó que podría reconocer al hombre de la cola, no estaría simplemente alardeando. Pero cuando Raoul habló no vaciló en absoluto.

—Este es el hombre que estaba a mi lado en la cola. Y este —añadió, señalando la imagen de Lamont con el dedo índice— es el hombre que se acercó a hablar con él.

—¿Estaría dispuesto a jurarlo? —preguntó Grant.

A estas alturas Raoul ya sabía lo que significaba declarar bajo juramento.

—Oh, sí —respondió—. Lo haría en cualquier momento.

Eso era cuanto Grant necesitaba.

—Gracias, Legarde —dijo, complacido—. Cuando sea usted *maître d'hôtel* vendré a visitarlo en compañía de la mitad de la aristocracia británica.

Raoul desplegó una amplia sonrisa.

—Quizá no llegue a ser nunca *maître d'hôtel* —respondió—. Recibo muchas ofertas del mundo del cine, y es fácil dejarse fotografiar y poner cara de... —intentaba encontrar la palabra adecuada—. ¡En fin, ya sabe!

Y de repente dejó que su rostro hermoso e inteligente adquiriera una expresión de estúpida languidez, tan inesperada que a Grant por poco se le atragantan el pato y los guisantes que tenía en la boca.

—Quizá pruebe primero con eso. Y después, cuando triunfe —añadió, enfatizando lo que decía con un movimiento de las manos—, puedo comprar un hotel.

Grant sonrió con benevolencia mientras observaba la elegante figura alejándose de regreso a los fogones y los paños de cocina. Típicamente francés, sin duda, pensó. Por su astuto reconocimiento del valor comercial de su belleza, por su sentido del humor y por su oportunismo. Era una pena pensar que el *embonpoint*, esos kilos de más, pondrían fin algún día a

su elegancia y su atractivo. Grant deseó que al menos fuera capaz de conservar el buen humor a pesar de ello. Cuando llegó a Scotland Yard pidió una orden de detención contra Gerald Lamont por el asesinato de Albert Sorrell a las puertas del teatro Woffington la noche del trece de marzo.

Al cerrar la puerta tras el inspector, la mujer de Brightling Crescent permaneció inmóvil observando los dibujos del linóleo marrón que cubrían el suelo del vestíbulo. Sacó la lengua y se humedeció los labios con expresión meditabunda. No estaba nerviosa, pero todo su cuerpo parecía haberse contraído en un esfuerzo por pensar y vibraba de pies a cabeza casi imperceptiblemente, igual que un generador. Transcurridos dos minutos seguía allí de pie sin moverse, igual que un mueble, en aquel silencio roto únicamente por el tictac del reloj. Después dio media vuelta y regresó a la sala de estar. Ahuecó los cojines que el peso del inspector habían aplastado —ella había tomado la instintiva precaución de escoger la rigidez de una silla—, como si aquel gesto rutinario fuera en ese preciso instante lo más acuciante de su vida. Sacó un mantel blanco de un cajón del aparador y se dispuso a poner la mesa, yendo y viniendo de la sala de estar a la cocina con parsimoniosa determinación, colocando cuchillos y tenedores en paralelo con una exactitud y precisión fruto de la costumbre. Antes de que pudiera concluir la tarea se escuchó una llave en la cerradura y entró una mujer de aspecto anodino de unos veintiocho años, vestida con un soso abrigo gris, pañuelo beis, un sombrero ligeramente más estiloso de un color verde apagado y el aire distraído que anunciaba su profesión. Se quitó los zuecos en el pasillo y entró en la sala de estar haciendo un comentario forzosamente alegre sobre el día lluvioso. La señora Everett asintió.

—Estaba pensando que como hoy toca cena fría quizá no le importará que se la deje servida y me marche —dijo—. Debo salir a ver a una amiga, si no tiene inconveniente.

La inquilina le aseguró que no tenía ninguna importancia. La señora Everett le dio las gracias y se retiró a la cocina, donde sacó de la alacena una pieza de ternera asada, de la que cortó unas gruesas lonchas, y procedió a preparar sándwiches. Los envolvió con esmero en papel de estraza y los guardó en un cesto. Después introdujo en el cesto unas salchichas cocidas, algo de carne y una tableta de chocolate. Atizó el fuego, llenó la tetera y la colocó junto al hogar para que estuviera caliente a su regreso. Luego subió las escaleras. En su dormitorio se preparó para salir a la calle, recogiénose el cabello con cuidado bajo un rígido sombrero. Sacó una llave de un cajón y con ella abrió otro, de donde sacó un rollo de billetes que contó antes de guardarlos en su monedero. Preparó un papel secante y escribió una breve nota. La introdujo en un sobre, lo cerró y se lo guardó en el bolsillo.

Volvió a bajar las escaleras, se puso los guantes y, tras coger el cesto que reposaba sobre la mesa de la cocina, salió por la puerta trasera cerrando con llave antes de marcharse. Caminó calle abajo, sin mirar a derecha ni a izquierda, con la espalda erecta, la barbilla en alto y el paso decidido de un buen ciudadano que no tiene nada que ocultar. En Fulham Road esperó en una parada de autobús sin prestar demasiado interés a los que aguardaban a su lado, como haría una mujer segura de sí misma y acostumbrada a ocuparse únicamente de sus asuntos. Tal era su discreción que, cuando se bajó del vehículo, solo el conductor, cuya capacidad de observación era totalmente instintiva, podría haber atestiguado que había hecho aquel trayecto. En el bus que tomó a continuación en dirección a Brixton pasó igualmente desapercibida. Los demás pasajeros no le prestaron más atención que a un gorrión

o una farola. Antes de que Brixton se convirtiera en Streatham Hill bajó del autobús y desapareció en el neblinoso anochecer sin que nadie recordara haberla visto. Nadie se había sentido importunado por la terrible ansiedad que ocultaba su apacible apariencia.

Ascendió por una larga calle en la que las luces del alumbrado público flotaban como lunas entre la niebla y a continuación bajó por otra que podría haber sido una réplica exacta de la anterior, con edificios de monótonas fachadas, brumosa luz artificial y la calzada desierta; después otra y otra más. Al llegar a la mitad de esta última dio la vuelta abruptamente y retrocedió hasta la farola más cercana. Una muchacha pasó con prisa a su lado, tratando de llegar puntual a alguna cita, al tiempo que un chiquillo se aproximaba haciendo tintinear dos peniques entre ambas manos. Pero no vio a nadie más. Fingió mirar la hora bajo la luz eléctrica y siguió caminando en la dirección original. A su izquierda había una larga hilera de casas de altura considerable y aspecto imponente que con el paso de los años habían sido abandonadas por la antigua clase acomodada de Brixton. Sus fachadas desconchadas y los abigarrados colores de los visillos que cubrían las ventanas proclamaban que habían sido ocupadas por nuevos inquilinos. A esa hora de la noche resultaba difícil apreciar más detalles. Únicamente alguna luz aislada aquí y allá y los recurrentes montantes de abanico iluminados sobre las puertas indicaban que aquellos edificios estaban habitados. Bajo uno de esos arcos acristalados desapareció, cerrando la puerta tras de sí con suavidad. Subió dos tramos de escalones, sucios y mal iluminados, y al llegar al tercero no había luz. Miró hacia arriba y escuchó, pero lo único que se oía en toda la casa eran los crujidos de la madera vieja. Siguió ascendiendo con lentitud, tanteando cada peldaño y sin tropezar en el pequeño giro que describía la escalera, hasta detenerse sofocada en el rellano sin iluminar de la última planta

de la casa. Con la seguridad de quien conoce el camino, tanteó la pared alargando la mano hasta localizar la puerta invisible, y, cuando la encontró, llamó suavemente. No hubo respuesta y bajo la puerta no se veía ninguna luz que delatara la presencia de alguien al otro lado. Sin embargo, volvió a llamar y, con los labios pegados a la ranura, susurró:

—Jerry, soy yo.

Casi al instante se oyó cómo apartaban algo que bloqueaba la puerta desde el interior y abrieron dejando a la vista una habitación iluminada por una lámpara y la figura de un hombre con los brazos en cruz perfilada ante la luz.

—Entra —dijo el hombre, y tiró de ella, cerró la puerta y giró la llave.

Ella dejó el cesto sobre una mesa situada junto a la ventana con las cortinas cerradas y se volvió para mirarlo cuando él se acercaba desde la entrada.

—¡No deberías haber venido! —exclamó—. ¿Por qué lo has hecho?

—He venido porque no había tiempo para enviarte un mensaje y tenía que verte. Han descubierto su identidad. Un hombre de Scotland Yard vino esta tarde a casa y me hizo toda clase de preguntas sobre vosotros dos. Colaboré en todo lo que pude para que no sospechara. Le dije todo lo que quería saber, excepto dónde estabas. Incluso le di fotos vuestras. Pero sabe que estás en Londres y si te quedas aquí solo es cuestión de tiempo que te atrapen. Tienes que irte.

—¿Por qué le diste las fotografías?

—Bueno, lo pensé mientras fingía buscarlas y me di cuenta de que no podía volver y decirle que no había podido encontrarlas. Quiero decir que no estaba segura de poder hacerlo de forma convincente. Y entonces me dije que si habían sido capaces de averiguar tantas cosas sobre vosotros, una fotografía no supondría una gran diferencia en uno u otro sentido.

—¿Eso crees? —dijo el hombre—. Mañana hasta el último policía de Londres sabrá exactamente qué aspecto tengo. Una cosa es una descripción... y sabe Dios que ya es bastante malo... pero una fotografía es el fin. ¡Esto se ha acabado!

—Sí, es posible... si fueras a quedarte en Londres. Y si lo hicieras terminarían atrapándote de todas formas. Solo es cuestión de tiempo. Por eso tienes que marcharte de la ciudad esta misma noche.

—Nada me gustaría más, créeme —dijo disgustado—. Pero ¿cómo y adónde puedo ir? Si salgo de esta casa hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que me tope con la policía, y con una cara como la mía resultaría muy difícil convencerlos de que no soy quien buscan. Esta última semana ha sido un maldito infierno. ¡Dios, qué idiota he sido! Y por tan poca cosa... ¡Me he puesto la soga al cuello por casi nada!

—Bueno, ya está hecho —respondió ella sin perder los nervios—. No hay vuelta atrás. Lo que debes considerar ahora es el modo de escapar. Y lo antes posible.

—Sí, eso ya lo has dicho... pero ¿cómo y adónde?

—Come algo primero y te lo explicaré. ¿Has comido algo decente hoy?

—Sí, he desayunado —dijo él.

Pero no parecía hambriento, y sus ojos, airados y febriles, la miraban fijamente.

—Lo que has de hacer es abandonar este distrito, donde no se habla de otra cosa, para ocultarte en otro lugar donde no hayan oído mencionar el asunto.

—Si te refieres al extranjero no merece la pena intentarlo. Hace cuatro días me ofrecí para trabajar de peón en un barco y se limitaron a preguntarme si era del sindicato o algo así, sin dignarse siquiera a mirarme. Y en cuanto a tratar de atravesar el Canal en ferri... para eso más me valdría entregarme.

—No estoy hablando de huir al extranjero. No eres tan famoso como piensas. Me refiero al norte de Escocia. ¿Crees que la gente de mi pueblo en la costa oeste ha oído hablar de ti alguna vez o de lo que pasó el martes pasado por la noche? Lo que yo te diga, no tienen la menor idea. Lo único que leen es el periódico local y en la prensa de allí las noticias sobre Londres se resumen en una línea. El lugar está situado a cincuenta y ocho kilómetros de una estación de ferrocarril, el único policía vive en el pueblo de al lado a más de seis, y los únicos criminales que ha visto son pescadores furtivos de salmón. Ahí es adonde vas a ir. He escrito una carta diciendo que vas de camino porque estás enfermo. Te llamas George Lowe y eres periodista. Sale un tren hacia Edimburgo de King's Cross a las diez y cuarto y lo cogerás esta noche. No queda mucho tiempo, así que date prisa.

—Y la policía me atraparé en la barrera del andén.

—En King's Cross no hay barrera. Me he pasado treinta años yendo y viniendo desde Escocia como para no fijarme. El andén escocés está abierto a los transeúntes. E incluso aunque hubiera algún detective allí, el tren mide casi ochocientos metros de largo. Tienes que arriesgar algo si quieres huir. ¡No puedes quedarte aquí y esperar a que te atrapen! Habría jurado que no te asustaba el riesgo.

—Me ves asustado, ¿verdad? —dijo él—. Bueno, pues lo estoy, y mucho. Salir a la calle esta noche sería como adentrarse en tierra de nadie exponiéndose a las ametralladoras alemanas.

—O te calmas o te entregas. No puedes quedarte aquí sentado sin hacer nada hasta que vengan a por ti.

—Bert tenía razón cuando te llamaba lady Macbeth.

—¡No digas eso! —exclamó ella ásperamente.

—Está bien —murmuró él—. Creo que me estoy volviendo loco —y tras un breve silencio añadió—: Está bien, intentémoslo. Será el truco final.

—Tenemos muy poco tiempo —le recordó ella—. Mete algunas cosas en una maleta, rápido. Una maleta que puedas llevar tú solo, así no tendrá que ayudarte ningún mozo.

Entró en la habitación y empezó a guardar ropa en una maleta mientras ella colocaba los paquetes de comida cuidadosamente envueltos en los bolsillos de un abrigo colgado detrás de la puerta.

—¿Para qué molestarse? —dijo él de repente—. Será inútil. ¿De verdad crees que podré subirme a un tren de una línea nacional para salir de Londres sin que nadie me detenga y me interrogue?

—Si fueras solo lo dudo —respondió ella—. Pero yendo conmigo la cosa cambia. Mírame. ¿Parezco la clase de persona capaz de ayudar a huir a un prófugo de la justicia?

El hombre se detuvo en el quicio de la puerta observándola un instante, y una sardónica sonrisa torció su boca al reparar en su aire severo y formal.

—Creo que tienes razón —dijo él, dejando escapar una risa sin humor.

Desde ese momento dejó de poner peros a los planes de la mujer. Diez minutos más tarde estaban listos para salir.

—¿Tienes algo de dinero? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—, mucho.

Ella parecía a punto de hacerle una pregunta.

—No, de ese no —dijo él—. Del mío.

Ella cogió una manta y un abrigo extra.

—No debe parecer que tienes prisa, de ninguna manera. Se supone que vas a hacer un largo viaje y no te preocupa quién lo sepa.

Él cogió su maleta y una bolsa de golf. Esta vez no pretendía ser discreto. Iba a apostar a lo grande, y cuanto más arriesgara mayor sería el premio. Cuando salieron a la brumosa calle, ella volvió a hablar:

—Iremos hacia Brixton High y allí cogeremos un autobús o un taxi.

Finalmente, un taxi apareció primero. Emergió de la oscuridad antes de que llegaran a la calle principal, y mientras el taxista guardaba el equipaje en el maletero la mujer le dijo adónde iban.

—Le saldrá algo caro, señora —dijo el hombre.

—Está bien, está bien —respondió ella—, no todos los días mi hijo se va de vacaciones.

El conductor soltó un gruñido de buen humor.

—¡Ese es el espíritu! Pan para hoy y hambre para mañana. Así me gusta.

En cuanto ella subió, el taxi dejó de vibrar en punto muerto y se puso en marcha.

Tras un breve silencio, el joven volvió a hablar:

—No podrías ayudarme más si de verdad lo fueras.

—¡Dios no lo quiera! —respondió ella.

Hubo otro largo silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de repente la mujer.

Él lo pensó un instante.

—George Lowe —respondió.

—Está bien —replicó ella—, pero la próxima vez no lo pienses. Hay un tren en dirección norte hacia Inverness que sale de Waverley a las diez en punto mañana por la mañana. Tendrás que pasar la noche en Inverness. He escrito en un papel lo que debes hacer después.

—Pareces completamente segura de que no va a pasar nada en King's Cross.

—No, no lo estoy —replicó ella—. Los policías no son idiotas. Ese hombre de Scotland Yard no creyó la mitad de lo que dije. Pero son seres humanos. En cualquier caso, no pienso darte ese papel hasta que el tren se haya puesto en marcha.

—¡Ojalá tuviera ahora ese revólver! —dijo él.

—Me alegro de que no lo tengas. Ya has metido la pata a lo grande.

—No lo utilizaría. Pero me daría valor.

—Por el amor de Dios, Jerry, sé razonable. No hagas nada estúpido echándolo todo a perder.

De nuevo permanecieron en silencio. La mujer sentada, erguida y alerta, y el hombre encogido en un extremo del asiento, casi invisible. Llegaron al oeste de Londres en un abrir y cerrar de ojos atravesando las oscuras plazas al norte de la calle Oxford, antes de salir a Euston Road, y después de un brusco giro a la izquierda el coche se detuvo en King's Cross. Había llegado el momento.

—Tú paga el taxi y yo compraré el billete.

Mientras Lamont pagaba al taxista, el ala de su sombrero inclinado hacia delante ocultó su rostro, de modo que el distraído conductor no vio más que su espalda cuando se dio la vuelta para marcharse. Apareció un mozo que cogió sus cosas y él no trató de impedírselo. Ahora que había llegado el momento, sus nervios habían desaparecido. Era todo o nada, y podía permitirse interpretar su papel como es debido. Cuando la señora Everett se reunió con él después de pasar por taquilla, el cambio en el hombre era evidente, por la mirada de aprobación que ella le prodigó sin que su frío rostro llegara a inmutarse. Caminaron juntos hacia el andén siguiendo al mozo en busca de un asiento de ventanilla. Daban una imagen bastante convincente. El hombre con la manta de viaje y la bolsa de golf y la mujer ayudándolo con el abrigo extra.

El mozo se adentró en un pasillo y enseguida volvió a salir.

—Le he encontrado un asiento de ventanilla, señor. Aunque de todos modos es probable que esté solo todo el trayecto. Es una noche tranquila.

Lamont le dio una propina e inspeccionó el compartimento. El ocupante del otro lado había colocado sus pertenencias

en el portaequipajes, pero solo estaba presente en espíritu. Después volvió a la puerta junto a la mujer y hablaron. Se escucharon pasos en el pasillo, a sus espaldas, y dijo:

—¿Crees que podré ir de pesca?

—Solo en el lago —respondió ella, y siguieron hablando del tema hasta que los pasos se alejaron.

Sin embargo, antes de que dejaran de oírse por completo, esos pasos se detuvieron. Lamont miró hacia atrás con el mayor disimulo posible y vio que un hombre se había detenido ante la puerta abierta de su compartimento y estaba examinando el equipaje del estante. Y entonces recordó, demasiado tarde, que el mozo había colocado su maleta con las iniciales hacia fuera. Cualquiera podría ver las letras G.L. Vio que el hombre se disponía a volver hacia ellos.

—¡Habla! —dijo rápidamente a la mujer.

—Claro que hay un arroyo —dijo ella— donde es posible pescar lo que allí llaman *beelans*. Miden casi ocho centímetros.

—Estupendo, te enviaré un *beelan* —respondió, y consiguió reír suavemente, lo que despertó la admiración de la mujer, justo cuando el desconocido se detuvo detrás de él.

—Discúlpeme, señor, ¿se apellida usted Lorrimer?

—No —respondió Lamont, dándose la vuelta y mirando al hombre de frente—. Es Lowe.

—¡Oh, vaya! Lo siento —dijo el otro—. Entonces, ¿su equipaje es el del compartimento?

—Sí.

—Oh, gracias. Estoy buscando a un hombre llamado Lorrimer y pensé que esa podía ser su maleta. Hace demasiado frío esta noche para andar buscando a gente que no aparece.

—Sí —respondió la mujer—. Mi hijo se estaba quejando al pensar en su primer viaje nocturno. Pero se quejará mucho más en cuanto llegue a Edimburgo, ¿no le parece?

El hombre sonrió.

—La verdad es que nunca he viajado de noche —dijo él—. Siento haberles molestado —añadió, y continuó su camino.

—Tendrías que haberme dejado coger la otra manta, George —dijo ella cuando el desconocido se alejaba.

—¡Ah! ¿Quién quiere otra manta? —exclamó George con naturalidad—. Esto parecerá un horno dentro de una hora.

Se escuchó un largo y estridente silbido y la última puerta se cerró con fuerza.

—Esto es para gastos —dijo ella, entregándole un paquetito—, y esto es lo que te prometí. El hombre ya está en el andén, no hay problema.

—Nos olvidamos de una cosa —dijo él.

Se quitó el sombrero e inclinándose la besó.

El largo tren salió de la estación y desapareció lentamente en la oscuridad.

CAPÍTULO 9

GRANT OBTIENE MÁS INFORMACIÓN DE LA ESPERADA

Grant estaba leyendo la prensa de la mañana con su habitual meticulosidad aparentemente distraída. Aunque pueda parecerlo, esto no es ninguna paradoja. Daba la sensación de que tan solo hojeaba el periódico, pero si alguien le preguntaba después sobre cualquier particular no tardaba en descubrir que era capaz de retener gran cantidad de detalles. Se sentía satisfecho por el trabajo realizado. En cuestión de horas atraparían a su hombre. Había transcurrido exactamente una semana desde que se cometió el crimen, y haber identificado al asesino a partir de una serie de pruebas contradictorias en tan poco tiempo no era un logro menor. Por supuesto, la suerte había jugado en su favor. No tenía inconveniente en reconocerlo. De no ser por la suerte, la mitad de los criminales del mundo quedarían impunes. Los ladrones, sin ir más lejos, pocas veces resultaban condenados a menos que la policía tuviera un tremendo golpe de suerte. No obstante, el caso de la cola no había sido ningún camino de rosas. Había llevado a cabo un intenso trabajo de calle, y Grant tampoco olvidaba la cantidad de hombres que en esos momentos aún re-

corrían el sur de Londres como sabuesos agazapados en busca de su presa. La señora Everett había despertado sus sospechas, pero en términos generales había decidido pensar que decía la verdad. El agente encargado de vigilarla había dado parte y nadie había entrado ni salido de la casa desde las ocho en punto de la pasada noche, cuando él comenzó su guardia, hasta esta mañana. Además, la mujer le había facilitado fotografías de los dos hombres cuando no tenía por qué hacerlo, y no tenía por qué saber la nueva dirección de su antiguo inquilino. Grant conocía muy bien la extraña indiferencia que Londres llega a producir en todos los que han vivido mucho tiempo en ella. Para un londinense de Fulham el otro lado del río era un lugar tan lejano e ignoto como Canadá, y probablemente la señora Everett no estaría más interesada en una dirección de Richmond que en el 12 345 de la avenida X, en Ontario. Lo mismo le daba. Lamont era el que menos tiempo había vivido en su casa y seguramente estaría menos encariñada con él que con el fallecido. Posiblemente le había prometido escribir al despedirse con fingido afecto y ella se había dado por satisfecha. En general, la señora Everett le había parecido trigo limpio. Sus huellas no eran las que estaban en el revólver y tampoco en el sobre. Grant se había fijado en cómo sujetaba con firmeza las fotografías por una esquina entre el pulgar y el índice, y las marcas analizadas resultaron ser nuevas en el archivo del caso. De modo que Grant estaba contento esa mañana. Además del prestigio suscitado por la rápida captura de un hombre tan buscado, Grant tendría la inmensa satisfacción de ponerle las manos encima a un hombre que había apuñalado a otro por la espalda. Le hervía la sangre al imaginar la clase de mente capaz de concebir semejante crimen.

Durante la semana transcurrida desde el asesinato en la cola del Woffington, el valor sensacionalista del caso para la prensa había disminuido ligeramente a causa de otros impor-

tantes sucesos. Y aunque el interés de Grant mientras leía parecía centrarse en pequeñas noticias en apariencia carentes de importancia como robos de bicicletas, tampoco pasó por alto que los eventos más destacados de la jornada en Gran Bretaña, a juzgar por el tamaño de los titulares que los anunciaban y el espacio reservado para ellos, eran los preparativos para la Regata Oxford-Cambridge, la denuncia de un cirujano plástico contra una dama a la que había hecho un *lifting* y la partida de Ray Marcable hacia Estados Unidos. Al pasar la página de la sección ilustrada del periódico y encontrarse cara a cara con ella, Grant volvió a notar aquel extraño e incómodo nudo en el estómago, tan poco digno de un policía. Su corazón no se aceleró, decir algo así sería injusto —pues los corazones de los miembros del DIC están garantizados contra acelerones, temblores y toda clase de comportamientos imprevisibles, incluso cuando se ven obligados a mantener el tipo ante el intransigente cañón de una pistola—, pero sin duda se le podría reprochar el haber llevado a cabo un movimiento no autorizado. Podría ser simple resentimiento ante su propia debilidad por el hecho de que una mera fotografía lo hubiera pillado con la guardia baja, pero Grant observó con dureza aquella cara sonriente —una cara famosa, de inefable sonrisa—. Y aunque sus labios habían esbozado una mueca mientras leía los numerosos pies de foto, desde luego no era una sonrisa. «La señorita Ray Marcable, un retrato de estudio», decían; «La señorita Marcable como Dodo en *¿No lo sabíais?*», «La señorita Marcable en el Row»; y, por último, ocupando la mitad de las páginas centrales: «La señorita Marcable parte de Waterloo *en route* hacia Southampton». Y ahí estaba Ray, apoyando un pie exquisitamente calzado en el escalón de un Pullman con ambos brazos cargados de flores. Apuntalados a modo de contrafuertes a cada lado de la estrella posaban personajes lo bastante conocidos para ser nombrados «de izquierda a derecha». Las dos esquinas inferiores de la

imagen estaban ocupadas por las ansiosas cabezas de los pocos escogidos, de entre toda la multitud que había ido a despedirla, que habían tenido el privilegio de acercarse lo bastante para saludarla. Estos últimos miraban hacia la cámara, en su mayoría desenfocados y sin rasgos reconocibles, como una *troupe* de seres obscenos y de aspecto apenas humano. La columna que describía las escenas de entusiasmo que habían tenido lugar durante su partida concluía con la siguiente frase: «A bordo del *Reina Ginebra* viajan también lady Foulis Robinson, la honorable Margaret Bedivere, el señor Chatters-Frank, miembro del Parlamento, y lord Lacing».

Los labios del inspector se curvaron solo un poco más. Era evidente que lord Lacing se vería sometido a los dictados de aquella fría y lúcida voluntad durante el resto de su vida. Bueno, probablemente viviría y moriría sin ser consciente, y no dejaba de haber cierto consuelo en ello. Solamente un fugaz instante de extraña clarividencia había permitido que Grant lo percibiera; y de habérsele ocurrido declarar ante cualquier multitud londinense, ya fuera en Rotherhithe o en Mayfair, que bajo todo su encanto y generosidad Ray Marcable era más dura que la piedra, sin la menor duda habría sido linchado o excomulgado por ello. Dejó el periódico a un lado y estaba a punto de abrir el siguiente cuando la lectura del anuncio de la partida del *Reina Ginebra* le sugirió una idea. Había decidido dar por buena la declaración de la señora Everett, pero no había confirmado si era cierto que Sorrell estaba a punto de viajar a Estados Unidos. Había dado por hecho que lo de irse a Norteamérica no era más que una tapadera para ocultar su suicidio; y el Dago —Lamont—, creyera o no la historia, había optado por no hacer nada por descubrir el ardid de Sorrell. ¿Había actuado correctamente al obviar el asunto? En el mejor de los casos había sido poco profesional. Llamó a uno de sus subordinados.

—Averigüe qué cruceros salieron de Southampton el miércoles pasado —dijo, y continuó dándole vueltas a la cuestión hasta que el hombre regresó con la información.

El crucero *Metalinear* de Canadian Pacific había zarpado hacia Montreal, y el *Reina de Arabia* de la compañía Rotterdam-Manhattan había partido el mismo día con destino Nueva York. Parecía que Sorrell al menos se había tomado la molestia de verificar las salidas de ese día. Grant pensó que no estaría de más visitar las oficinas de Rotterdam-Manhattan para hacer algunas preguntas ante la remota posibilidad de obtener alguna información útil.

Seguía lloviznando cuando entró en las catedralicias instalaciones de la compañía naviera Rotterdam-Manhattan. Al instante, un chiquillo vestido de azul apareció a su lado sobre el suelo embaldosado del vestíbulo como un geniecillo salido de una botella y preguntó en qué podía ayudarle. Grant dijo que deseaba ver a alguien que pudiera facilitarle información sobre los barcos que habían zarpado la pasada semana con destino a Nueva York. Y el pilluelo, con la aparente intención de ayudarle, lo acompañó hasta un mostrador donde Grant explicó de nuevo a otro empleado el motivo de su visita. Al tercer intento, Grant encontró a la persona que sabía cuanto había que saber acerca del *Reina de Arabia*: datos económicos, tripulación, pasajeros, capacidad, peculiaridades, tonelaje, ruta y fecha de partida.

—¿Podría decirme si alguien reservó plaza en el *Reina de Arabia* para esa fecha y finalmente no embarcó?

Sí, respondió el empleado. Dos pasajeros no habían ocupado su plaza en los camarotes. Uno era el señor Sorrell y el otro una mujer, la señora de James Ratcliffe.

Grant se quedó mudo unos segundos y después preguntó en qué fechas habían sido reservadas dichas plazas. Ambas reservas eran del mismo día —siete antes del asesinato—. La

señora Ratcliffe había cancelado la suya en el último minuto, pero no habían tenido noticia alguna de Sorrell.

—¿Podría ver la distribución de los camarotes? —preguntó Grant.

Por supuesto, respondió el empleado, y se la mostró.

—Este era el del señor Sorrell. Y este, tres más adelante en la misma fila, era el de la señora Ratcliffe.

—¿Fueron reservados por separado?

Sí, recordaba muy bien ambas transacciones. Creía que la señora Ratcliffe había hecho su propia reserva. Y estaba seguro de que era Sorrell quien había estado en la oficina aquel día, pues había hablado personalmente con él. En efecto, si volviera a ver al señor Sorrell podría reconocerlo.

Grant sacó la fotografía del Dago y se la enseñó.

—¿Es este hombre? —preguntó.

El empleado negó con la cabeza.

—Nunca lo había visto antes —respondió.

—¿Este, entonces? —preguntó Grant, entregándole la fotografía de Sorrell.

Y el empleado la reconoció al instante.

—¿Hizo alguna pregunta acerca de sus vecinos? —preguntó Grant.

Pero el dependiente no recordaba esa clase de detalles. Aquel lunes había sido un día de mucho trabajo. Grant le dio las gracias y cuando salió a la calle ni siquiera se percató de que seguía lloviendo. Las cosas ya no eran razonables ni comprensibles. Causa y efecto, motivo y acción, habían quedado de repente desconectados, adquiriendo una incongruencia pesadillesca del todo incomprensible para su cerebro, al menos a plena luz del día. Sorrell planeaba viajar a Estados Unidos, después de todo. Y había reservado un pasaje de segunda clase y escogido un camarote personalmente. Aquel hecho indiscutible y asombroso no encajaba en ninguna parte. Era una enor-

me llave inglesa que acababan de arrojar a los engranajes de la maquinaria justo cuando comenzaba a funcionar sin contratiempos. Si Sorrell hubiera estado tan arruinado como todo parecía indicar hasta el momento, ni siquiera se habría planteado realizar un viaje a Nueva York en segunda clase. Y en vista de que efectivamente había reservado dicho pasaje, la posibilidad de un suicidio no parecía una explicación plausible para la presencia del revólver y la ausencia de objetos personales cuando se registró el cadáver. Todo apoyaba la veracidad de su primera teoría, que había hecho desaparecer las pistas ante un posible registro de la policía. No obstante, la situación indicaba que Sorrell había sido un ciudadano respetuoso de la ley. Además, para rematar la cuestión, estaba la reaparición de la señora Ratcliffe en aquel punto de la investigación. Ella había sido la única persona entre todos los testigos que se había mostrado realmente afectada en el momento del asesinato o después. Eran ella y su marido quienes habían reconocido estar justo detrás de Sorrell en la cola. ¡Su marido! La imagen de James Ratcliffe, aquel prototipo de modélico ciudadano británico, le impidió seguir pensando en otra cosa. Tendría que llevar a cabo una nueva y completamente inesperada visita a James Ratcliffe.

Al llegar, un mozo cogió su tarjeta y Grant esperó unos tres minutos en la antesala de la consulta antes de que el señor Ratcliffe saliera a recibirlo afablemente y lo invitara a entrar.

—Bueno, inspector, ¿cómo lleva el caso? —dijo—. ¿Sabe una cosa? Creo que ustedes y nosotros los dentistas debemos ser las personas más infelices del mundo. Nadie puede vernos sin recordar cosas desagradables.

—No he venido a molestarlo —respondió Grant—. Solo pasaba por aquí y pensé que quizá me permitiría utilizar su teléfono para no tener que ir a una oficina de correos.

—Oh, por supuesto —dijo Ratcliffe—. Adelante, lo dejaré solo.

—No, no se vaya. No es nada privado. Solo quiero saber si me necesitan.

Pero nadie lo necesitaba. El rastro se había enfriado en el sur de Londres, pero sus sabuesos perseveraban y la búsqueda no había cesado. Y al colgar sintió un alivio que le sorprendió, considerando lo ansioso que estaba horas antes, al salir de Scotland Yard. No quería llevar a cabo ningún arresto hasta que hubiera tenido algo de tiempo para reflexionar. La peor pesadilla de un oficial de Scotland Yard es arrestar a la persona equivocada. Miró a Ratcliffe y le dijo que un arresto era inminente. Habían identificado a su hombre. Ratcliffe elogió su labor, pero Grant lo interrumpió en pleno discurso:

—Por cierto, no me dijo usted que su esposa tenía intención de viajar en crucero a Nueva York la noche después del asesinato.

El rostro de Ratcliffe, iluminado por la luz de la ventana, quedó al mismo tiempo petrificado y sorprendido.

—No sabía... —empezó a decir apresuradamente—. No sabía que era importante o de lo contrario se lo habría dicho. Ella estaba demasiado alterada para ir de viaje y además debía asistir a la vista judicial. Tiene una hermana en Nueva York y pensaba pasar allí un mes. No era importante, ¿verdad? Quiero decir, no saberlo. No tenía ninguna relación con el crimen.

—Oh, no —dijo Grant—. Lo descubrí por pura casualidad. No es relevante. ¿Su esposa está mejor?

—Sí, eso creo. No ha vuelto por casa desde la vista. Se encuentra en Eastbourne con su otra hermana... la que usted conoció, creo.

Grant regresó a Scotland Yard aún más sorprendido. Pulsó el timbre de su escritorio para llamar a un agente.

—Necesito a alguien para un trabajo especial —dijo al hombre que acudió a su llamada—. ¿Está Simpson en el edificio?

—Sí, señor.

—Dígale que venga a verme.

Un hombre bien parecido y pecoso, de estatura media, se presentó enseguida en el despacho. Tenía la actitud satisfecha y alerta de un terrier a la espera de que alguien le lanzara un palo.

—En el número 54 de vía Lemonora, en Golder's Green, viven el señor y la señora Ratcliffe. Quiero saber qué tal se llevan... entre sí, quiero decir. También cualquier cosa que pueda averiguar sobre el matrimonio y la casa. Cuanto más chismoso mejor. Sé todo lo necesario acerca del negocio del marido, así que no malgaste tiempo con eso. Lo que me interesa es lo que sucede en su casa. Puede utilizar el método que mejor le venga, siempre y cuando se mantenga dentro de la ley. Infórmeme esta noche tanto si tiene algo como si no. ¿Mullins está por aquí?

Sí, Simpson lo había visto al subir.

—Bien, envíemelo.

Mullins no era pecoso, y tenía aspecto de sacristán.

—Buenos días, señor —dijo, y esperó.

—Buenos días, Mullins. De ahora en adelante y hasta nueva orden es usted vendedor ambulante. Se le da muy bien hacer de italiano, pero creo que en esta ocasión será mejor ceñirnos a lo estrictamente británico. Resultará más discreto. Le daré un recibo para Clitheroe, en la calle Lowndes, y allí le facilitarán la clase de mercancía que va a necesitar. Venda únicamente si no tiene más remedio. Y no quiero que vuelva aquí. Nos encontraremos en el callejón junto a Clitheroe dentro de una hora. ¿Estará preparado en una hora?

—Creo que sí, señor. ¿Soy joven o viejo?

—No tiene importancia. Joven o de mediana edad. Las barbas grises resultan demasiado teatrales. Sea comedido. Lo bastante respetable para viajar en autobús si fuera necesario.

—Muy bien, señor —dijo Mullins, como si le hubieran pedido echar una carta al correo.

Grant se reunió con él en el callejón cercano a la calle Lowndes una hora más tarde.

—¡Es usted un genio, Mullins! —exclamó—. Un auténtico genio. Jamás le creería capaz de haber redactado un solo informe en toda su vida si no los hubiera visto con mis propios ojos.

Observó con admiración al chamarilero que tenía delante. Parecía increíble que aquella figura ligeramente encorvada fuera uno de los hombres más prometedores de Scotland Yard. Es muy poco frecuente que el DIC recurra a los disfraces, pero cuando lo hacen lo hacen bien. Y Mullins sin duda tenía el toque mágico, esa capacidad para convencer al espectador de que no podía ser otro más que el personaje que encarnaba en ese momento. Incluso la ropa, que saltaba a la vista que era cuando menos de tercera mano, carecía de ese aspecto incómodo que a veces tienen las prendas recién donadas. Se adaptaban a sus hombros como si llevara años usándolas, por desastradas que parecieran.

—¿Quiere alguna baratija, señor? —dijo Mullins, el vendedor ambulante, al tiempo que abría la tapa de su caja de mimbre. Sobre un forro de paño reposaba una colección de artículos baratos, en su mayoría de fabricación italiana: abre-cartas, adornos de madera esmaltada de todas clases, útiles e inútiles, cuencos de papel maché y figuritas de yeso.

—¡Estupendo! —exclamó Grant. Entonces sacó de su bolsillo un objeto largo y delgado envuelto en papel de seda, y mientras lo desenrollaba añadió—: Necesito que vaya al número 98 de Brightling Crescent, cerca de Fulham Road, y averigüe si la mujer que vive allí reconoce este objeto.

Depositó la daga de plata con la empuñadura esmaltada entre las baratijas de yeso y madera.

—Huelga decir que no está en venta. ¿Cuánto cuesta esto?
—preguntó Grant cogiendo un artículo al azar.

—A un caballero como usted se lo vendo por una libra y nueve peniques —respondió Mullins sin dudar un segundo.

Un transeúnte pasó a su lado y en cuanto se alejó lo suficiente, Grant siguió hablando con aire distendido, como si no hubiera tenido lugar una interrupción:

—Después de visitar a la mujer de Brightling Crescent, manteniendo los ojos bien abiertos en todo momento, vaya al 54 de vía Lemonora para averiguar si alguien la reconoce. Informe en cuanto haya terminado.

Cuando el vendedor de artículos italianos llegó a la puerta del 54 de vía Lemonora era casi la hora del té, y la bonita doncella sin cofia que lo recibió exclamó al verlo:

—¡Ay, señor! Aquí llega otro.

—¿Otro qué? —dijo el chamarilero.

—Otro hombre vendiendo cosas.

—Oh, ¿vienen muchos? Apuesto a que no tenían nada parecido a lo mío —dijo él, abriendo la tapa y dejando al descubierto su mercancía.

—¡Oh! —exclamó la joven, evidentemente embelesada—. ¿Son caras?

—No. Además, una chica con un sueldo como el suyo seguro que puede permitirse fácilmente algo bonito.

—¿Qué sabe usted de mi sueldo, señor?

—Bueno, no sé nada. Solo lo *dedusco*. Una chica bonita, una casa estupenda, un buen salario.

—Oh, el salario no está mal —dijo ella en un tono que daba a entender otras carencias.

—¿No querrá verlas la señora de la casa? —preguntó él.

—La señora no está —replicó ella—. Yo soy la señora de la casa ahora mismo. La patrona se encuentra en Eastbourne. ¿Ha estado usted en el ejército?

—Estuve en el ejército durante la guerra. Esa es la única estancia en el ejército que importa. En Francia. Estuve cuatro años en Francia, señorita.

—Bien, puede entrar y tomar un poco de té mientras echo un vistazo a sus cosas como es debido. Es justo lo que estábamos haciendo.

Caminó delante de él hasta la cocina, donde la mesa se veía bien abastecida con pan y mantequilla, varias clases de jamón y pastel. Sentado en una silla a punto de llevarse a la boca una enorme taza de té había un hombre atractivo y pecoso con una bufanda azul colgada del cuello y la insignia de plata de soldado licenciado en la solapa. A su lado, sobre la mesa, había una pila de cuadernos de papel barato.

—Este hombre también fue soldado —dijo la doncella—. Vende artículos de papelería. No creo que actualmente haya muchas ventas en el ramo. Hacía años que no veía a nadie vender cuadernos.

—¿Qué tal, hombre? —dijo el pecoso, manteniendo la desconcertada mirada del vendedor ambulante con absoluta serenidad—. ¿Cómo va el negocio?

—Bien. Lo justo, nada más. Lo veo muy cómodo.

—Sí, la verdad es que lo necesitaba. No he vendido un solo cuaderno en todo el día. Este país se va al garete. Se sorprende uno al encontrarse de vez en cuando con alguien que tiene corazón.

—Coma un poco de jamón —dijo la doncella, al tiempo que le acercaba una taza de té al vendedor ambulante para que él mismo se sirviera.

—Bueno, me alegro en parte de que la señora no esté hoy en casa, pero también lo siento. Pensé que podría comprarme algo.

—Ay, pues yo no lo siento —replicó ella—. La verdad, es un alivio. Con su soberbia y sus berrinches no hay quien viva.

—Tiene mal carácter, ¿verdad?

—Yo lo llamo mal carácter, pero ella lo llama nervios. Y desde ese asunto del asesinato... Estaba en la cola del teatro la noche del crimen, ¿sabe? Sí, pegadita al que murió. ¡Ay, menudo drama! Y después tuvo que ir al juzgado a prestar declaración. No creo que se hubiera quejado más por tener que ir si ella misma hubiera cometido el crimen. La noche antes se la pasó chillando y gimiendo y diciendo que no podía soportarlo. Y cada vez que el pobre patrón intentaba calmarla, ella no le dejaba ni acercarse. ¡Insultándolo de una manera! Ni a los perros se les trata así... Menudo alivio cuando se marchó a Eastbourne con la señorita Lethbridge... su hermana.

—Sí, lo mejor cuando se ponen así es que se marchen un tiempo —dijo el hombre pecososo—. ¿Lo hace a menudo?

—No tanto como a mí me gustaría, créame. El día después del asesinato pensaba irse a Yorkshire, pero estaba tan alterada que al final se quedó. Ahora se ha marchado a Eastbourne y por mí puede quedarse allí una buena temporada. Como lo oye... Veamos qué trae usted —dijo dirigiéndose al vendedor ambulante.

Él señaló su expositor con una inclinación de cabeza.

—Mire usted misma. Cualquier cosa que le guste le saldrá barata. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un té como este. ¿No le parece, compañero?

—¡Vaya que sí! —respondió su itinerante colega mientras masticaba un gran bocado de pastel—. No es frecuente toparse con gente de buen corazón.

La muchacha examinó la colorida colección durante un rato.

—¡Lástima que la señora no haya podido ver esto! —dijo—. Le chiflan las curiosidades y todas esas cosas que solo sirven para coger polvo. Tiene un temperamento artístico, ya me entienden. ¿Para qué sirve esto? —preguntó, cogiendo la daga—. ¿Para matar gente?

—¿Nunca había visto usted una así? —preguntó el ven-

dedor, fingiendo sorpresa—. No es más que un abrecartas. Como los de madera.

La muchacha apretó la punta contra la yema de un dedo con aire distraído, y dando un pequeño respingo de desagrado completamente involuntario volvió a dejarlo en su sitio. Al final escogió un pequeño cuenco pintado bastante inútil, pero de un color alegre. El chamarilero se lo vendió por seis peniques y a modo de agradecimiento ella sacó los cigarrillos del señor Ratcliffe, y mientras fumaban ella los entretuvo charlando sobre lo que obviamente más le interesaba en aquellos momentos: el asesinato.

—Estuvo aquí un inspector, ¿se lo pueden creer? Muy atractivo. Jamás habría dicho que fuera policía. No era grosero como esos polis. Pero de todas formas no resultó agradable tenerlo rondando por la casa. Por supuesto, se mostró receloso. Con ella comportándose de ese modo y negándose a recibirlo. Oí cómo la señorita Lethbridge le decía «No seas tonta, Meg. La única manera de ponerle freno a esto es dejarle entrar y convencerlo. Tienes que hacerlo».

—Bueno, Eastbourne es un lugar agradable —dijo el hombre pecoso—. Y si la compañía es grata la ayudará a olvidar los problemas.

—Ah, no es de las que disfrutan de la compañía. Siempre encaprichándose de unos y otros... y después se deshace de ellos y busca a alguien nuevo. Muchachos, por lo general. Es un poco rara, la verdad.

Cuando la charla empezaba a ponerse más repetitiva que informativa, el hombre pecoso se levantó y dijo:

—Bueno, señorita, hacía años que no disfrutaba de un té tan bueno. Le estoy muy agradecido.

—No hay de qué —respondió ella—. Hágame caso y deje el negocio de los cuadernos. En estos tiempos no tiene futuro. Es anticuado. Pruebe suerte con algo de ese estilo... curio-

sidades y objetos decorativos como los que se venden en las tiendas por Navidad.

El hombre de las pecas miró sardónicamente la daga expuesta entre los «artículos navideños».

—¿Usted sube o baja? —dijo dirigiéndose al vendedor ambulante.

—Seguiré carretera arriba —respondió el otro.

—Bien, pues yo me voy ya. Hasta otra. Muchas gracias de nuevo por el té, señorita.

Y cerró la puerta al salir. Cinco minutos después el chamarilero se dispuso a marcharse.

—Si me permite un consejo, yo no invitaría a tomar el té a desconocidos tan a la ligera, señorita —dijo—. Hay mucha gente decente en la calle, pero también los hay de otras clases. Debe tener más cuidado estando sola en casa.

—¿Está celoso del hombre de las pecas? —preguntó ella con coquetería y muy poco impresionada—. No tiene por qué estarlo. No le he comprado nada, ya lo ha visto.

—Bueno, bueno —respondió el vendedor ambulante, al ver frustradas sus buenas intenciones, caminando sin prisa por el sendero hasta la portilla.

Por pura casualidad se encontró al hombre pecoso ocupando el asiento delantero junto a la ventanilla del autobús al que subió.

—¿Y bien? —dijo alegremente—. ¿Un día productivo, compañero?

—Pésimo —respondió el chamarilero—. Nada bueno. ¿Qué tal tú?

—No ha estado mal. ¿No te parece increíble —dijo, mirando a su espalda el piso superior del autobús completamente vacío— lo tontas que son esas chiquillas? Vaya, podíamos haberla dejado limpia y desvalijado la casa, y apuesto a que ni siquiera se le pasó por la cabeza.

—Eso le dije al marcharme, pero pensó que estaba celoso de ti.

—¿De mí? Debería ser al revés. ¡No me compró ni un cuaderno!

—Eso mismo me respondió.

—Llevabas buena mercancía. ¿La escogió el jefe?

—Sí.

—Eso pensé. Es el mejor. ¿Qué anda buscando ahora?

—No lo sé.

—La muchacha no picó con la daga.

—No.

El vendedor ambulante no estaba muy comunicativo, de modo que el pecoso se rindió.

—¡Pájaro parlanchín! —exclamó burlón.

Y sacando dos cigarrillos de un bolsillo le ofreció uno a su compañero. El vendedor miró distraído la marca del fabricante y se dio cuenta de que eran del señor Ratcliffe. La severa expresión de su rostro se relajó en una sonrisa.

—¡Ah, qué gorrón! —exclamó, y acercó su cigarrillo a la cerilla que había encendido el otro.

Sin embargo, no hubo ninguna alusión al filibustero en los informes que Mullins y Simpson presentaron a Grant una hora más tarde. Según Simpson, el señor y la señora Ratcliffe se llevaban bien en términos generales, con intervalos de fuertes enfrentamientos. No podía precisar si eran causados por los defectos del señor Ratcliffe o por el resentimiento que en él suscitaban los de su esposa, pues la doncella nunca estaba presente cuando comenzaban sus disputas, y cuando tenía ocasión de escuchar casi siempre era con una puerta de por medio. La discusión más grave había tenido lugar cuando llegaron a casa la noche del asesinato. Desde entonces habían estado enfadados. La señora Rattcliffe había decidido ir a Yorkshire el día después del crimen, pero llegado el momento

estaba demasiado alterada para viajar; de modo que después de la vista judicial ella y su hermana habían ido juntas a Eastbourne, donde actualmente se alojaban en el Hotel Grand Parade. A veces se encaprichaba de forma repentina y violenta por una persona y mientras le gustaba podía llegar a comportarse de un modo bastante irracional con ella. Tenía algo de dinero propio y era bastante independiente de su marido.

Por su parte, Mullins había tenido serias dificultades para captar el interés de la señora Everett y aún más para que le permitiera mostrarle su mercancía. Ella había insistido en que no quería nada. Cuando por fin pudo hacerlo, lo primero que vio fue la daga. Al instante había clavado en él una mirada de desconfianza y le había gritado que se marchara, antes de cerrar la puerta en sus narices.

—¿Qué opina? ¿Sabía lo que era?

Mullins no estaba seguro, pero ver la daga fue lo que precipitó las cosas y la hizo cerrar de esa manera. Parecía dispuesta a lidiar con él hasta que la vio. La doncella de Lemonora Road no había visto nunca la daga. De eso sí estaba seguro.

Cuando dejó marchar a Mullins y volvió a guardar la daga bajo llave en el cajón, Grant siguió allí sentado un buen rato pensando. Había sido un día improductivo. No habían arrestado a nadie, aunque hasta cierto punto parecía dispuesto a aceptar lo sucedido como una bendición. Había llevado a cabo el asombroso descubrimiento de que Sorrell pretendía en realidad viajar a los Estados Unidos; aunque seguían sin encontrar la pista del resto de las doscientas veintitrés libras retiradas por Lamont en el banco, veinticinco de las cuales habían sido enviadas a Scotland Yard por el amigo desconocido. Habían pasado siete días desde el asesinato y los billetes habían sido entregados diez días antes, pero no habían encontrado ni uno, aparte de los veinticinco que ya estaban en su poder. Es más, sus dos exploradores no habían averiguado

nada importante. No tenía absolutamente nada que pudiera confirmar una conexión entre la señora Ratcliffe y Sorrell. Estaba dispuesto a aceptar la posibilidad de que hubiera sido únicamente el azar lo que había puesto sus nombres juntos en el listado del pasaje antes de reunirlos también en la cola del teatro. Quizá el marido se había mostrado tan sorprendido cuando Grant mencionó el viaje de su esposa a Nueva York al recordar que no lo había mencionado en su declaración. En cuanto a la señora Everett, su súbita reacción al ver la daga podía explicarse más como una muestra de inteligencia que de culpa. Mullins había dicho que lo había mirado con desconfianza. Ni siquiera había intentado prolongar la situación con una jugada arriesgada ignorando la daga o dirigiendo la atención sobre ella deliberadamente. Se había limitado a mostrar su desconfianza. Decidió seguir concediendo a la señora Everett el beneficio de la duda, considerando que su actuación había estado propiciada por su inteligencia y no por su culpabilidad. En cuanto a los Ratcliffe, lo más conveniente sería dejarlos fuera temporalmente. No encajaban en la ecuación y tampoco había pruebas que indicaran lo contrario. A menudo las cosas tienen sentido para la policía a pesar de la falta de pruebas, pero en este caso lo sucedido no encajaba con el resto del escenario y tampoco había pruebas en otro sentido, de modo que habría que dejarlos al margen. No tardaría en descubrir por qué la señora Ratcliffe le había dicho a su doncella que pensaba irse a Yorkshire cuando tenía intención de viajar al extranjero.

Sonó el teléfono. Grant descolgó el auricular con una ansiedad de la que no era consciente. Era Williams.

—Lo hemos localizado, señor. ¿Quiere venir o continuamos solos?

—¿Dónde está?

Williams se lo dijo.

—¿Han puesto vigilancia en todas las salidas? ¿No hay peligro de estropear la detención si lo retrasamos un poco?

—No, señor. Lo tenemos, no hay problema.

—En ese caso, reúnase conmigo en la esquina de Brixton con la avenida Acre dentro de media hora.

En cuanto se encontró con su subordinado pidió más detalles y Williams le explicó la situación mientras se dirigían al lugar. Habían encontrado la pista del sospechoso a través de la inmobiliaria. Lamont había alquilado un piso amueblado con dos dormitorios pequeños tres días antes del asesinato, y se había mudado el mismo día que tuvo lugar el crimen, por la mañana.

Sí, pensó Grant, aquello encajaba con la historia de la señora Everett.

—¿Qué nombre dio? —preguntó.

—El suyo —respondió Williams.

—¿Qué? ¿Su propio nombre? —repitió Grant con incredulidad, y después permaneció en silencio, confuso—. Bien. Ha actuado bien, Williams. No ha tardado nada en dar con él... Es un pájaro tímido, ¿verdad?

—Lo es —respondió Williams, enfáticamente—. Ni siquiera ahora he podido dar con alguien que lo haya visto. Tímido es la palabra. Ya hemos llegado, señor. El edificio está en esa acera. Es el cuarto desde aquí.

—Bien —dijo Grant—. Subiremos usted y yo. ¿Lleva pistola, por si acaso? De acuerdo, adelante.

No tenían la llave y al parecer no había timbre para el tercer piso, de modo que tuvieron que llamar varias veces antes de que un inquilino de la planta baja acudiera al rescate refunfuñando y los dejara entrar. Mientras subían las escaleras, cada vez más sucias con las últimas luces del día, Grant se fue animando, como le sucedía siempre que estaba a punto de entrar en acción. El juego del gato y el ratón había termi-

nado. Pronto estaría cara a cara con el Dago, el hombre que había visto en el Strand, el hombre que había apuñalado por la espalda a Sorrell. Llamó bruscamente a la puerta en la penumbra del tercer piso. La habitación al otro lado parecía hueca y vacía. No hubo respuesta. Grant volvió a llamar, sin resultado.

—Ya puede ir abriendo, Lamont. Somos agentes de policía y si no abre la puerta la derribaremos.

De nuevo, un silencio absoluto.

—¿Seguro que está aquí? —preguntó Grant a Williams.

—Bueno, ayer estaba, señor. Y desde entonces nadie lo ha visto. La casa ha estado bajo vigilancia desde las tres de esta tarde.

—Entonces forzaremos la cerradura —dijo Grant—. Y no olvide mantenerse a un lado cuando la puerta ceda.

Embistieron la puerta los dos a la vez y enseguida cedió con un gemido sordo, y Grant entró en el apartamento con la mano derecha en el bolsillo.

Una mirada alrededor le bastó para aceptar la realidad, y de repente se dio cuenta de que, desde que habían llegado al rellano, tenía la certeza de que el piso estaría vacío.

—El pájaro ha volado, Williams. Lo hemos perdido.

Williams se hallaba inmóvil en mitad de la habitación, con la expresión de un niño al que acaban de quitarle un caramelo. Tragó saliva dolorosamente, y Grant, a pesar de su honda decepción, no pudo evitar sentir lástima por él. Lo cierto es que se había confiado un poco, pero localizar al hombre en tan poco tiempo había sido todo un logro.

—Bueno, parece que se marchó con prisa. —dijo Williams, como si aquello sirviera para aliviar su decepción y su orgullo herido.

Y en efecto todo parecía indicar que se había ido apresuradamente. Había comida sobre la mesa, cajones medio abiertos y evidentemente vaciados; también había ropa y muchos

objetos personales. No había sido una fuga planeada sino una huida.

—Continuaremos la búsqueda a partir de lo que dejó atrás —dijo Grant—. Buscaré huellas dactilares antes de encender las luces. Parece que la única fuente de iluminación que hay aquí es esa lámpara. Recorrió las habitaciones con su polvo fluorescente, aunque habría pocas superficies en el piso donde las huellas fueran a aparecer de forma clara e inequívoca, e incluso en esas había demasiados rastros antiguos como para poder obtener algo útil. Sin embargo, en una zona bastante elevada del marco de la puerta, alguien había apoyado la mano izquierda, seguramente para coger con la derecha un abrigo de las perchas que allí había clavadas, dejando dos buenas huellas. Ligeramente aliviado, Grant encendió la lámpara y comenzó a registrar las cosas que había dejado Lamont. Una exclamación de Williams desde el dormitorio le hizo ir a ver qué sucedía. Williams tenía en la mano un fajo de billetes del Banco de Inglaterra.

—Estaban en el fondo de este cajón, señor. ¡Desde luego se marchó con prisa! —Williams había encontrado un bálsamo para su alma herida—. Esto le estará reconcomiendo.

Pero Grant ya estaba buscando en su cuaderno de notas y no tardó en encontrar una lista de números que comparó con los de los billetes. Sí, no había ninguna duda al respecto, eran los billetes que Lamont había retirado mediante el cheque de Sorrell. Y Lamont había huido con tanta prisa que había olvidado por completo algo tan vital. Estaba todo allí, exceptuando las veinticinco libras enviadas para el entierro. Aquello era extraordinario. ¿Por qué el Dago, como Grant seguía llamándolo mentalmente, no había gastado nada durante los diez días transcurridos desde que los recibió hasta el asesinato? Sin duda porque no tenía nada que temer. Los billetes eran de gran valor, pero eso tampoco lo explicaba. El hombre había

retirado el dinero personalmente, y de haber querido podría haber conservado la cantidad íntegra en pagarés del Tesoro. ¿Por qué no había gastado nada?

Había pocas cosas más de interés para ellos en el piso. El hombre tenía un gusto ecléctico en literatura, pensó Grant, mientras observaba la única hilera de libros que decoraba la repisa de la chimenea: Wells, O. Henry, Buchan. Owen Wister, Mary Roberts Rinehart, poemas de Sassoon, numerosos volúmenes de la edición anual de *Carreras al día*, *El pequeño ministro* de Barrie. Sacó uno al azar y lo abrió. En la guarda, escrito con la misma caligrafía que había visto en el cheque bancario, estaba el nombre del propietario: Albert Sorrell. Sacó los demás volúmenes uno a uno. La mayoría pertenecían a Sorrell. Era evidente que se los había donado a Lamont antes de viajar a Estados Unidos. Por consiguiente, aquellos dos hombres habían sido amigos hasta el último momento. ¿Qué había sucedido? ¿O quizá uno de los dos fingía? ¿Lamont había sido siempre un traidor?

En cualquier caso, ahora tenían un nuevo problema que resolver, descubrir el paradero actual de Lamont. ¿Adónde podía haber ido? Tenía prisa por desaparecer, una prisa desesperada. Aquello no había sido planeado. Lo cual implicaba que se habría visto obligado a aceptar el primer refugio a su alcance. Podían descartar la posibilidad de una huida al extranjero con un elaborado disfraz. Eso, desde luego, no lo había hecho. Lo más probable era que ni siquiera hubiera salido de Londres y, como había hecho hasta el momento, optara por quedarse en un escenario conocido como hacen las ratas.

Grant dejó instrucciones para que la búsqueda continuara igual que hasta entonces y regresó a Scotland Yard tratando de ponerse en el lugar del prófugo con la esperanza de que se le ocurriera una posible vía de escape. Ya era tarde, de madrugada, y se sentía muy cansado cuando al fin atisbó un resquicio

de luz en el asunto. Le enviaron las fotografías de las huellas dactilares encontradas en el marco de la puerta. ¡Perteneían a la señora Everett! No había ninguna duda. El primer dedo que había dejado una marca en el dorso de la fotografía de Sorrell en la pequeña habitación de Brightling Crescent pertenecía a la mano que se había apoyado contra la puerta para coger algo en el apartamento de Lamont. ¡Santo cielo! ¡Hablando de traidores! Y en cuanto a él, Grant, mejor haría en retirarse. Había llegado a confiar demasiado en la gente. Era increíble y humillante, pero debía admitirlo: había creído en la honestidad de la señora Everett. Ponerla bajo vigilancia había sido mera rutina. En fin, era un traspie, pero ahora tenía una nueva idea para dar con Lamont. Lo encontraría a través de la señora Everett. No albergaba la menor duda de que había sido el aviso de la señora Everett lo que había impulsado a huir a Lamont. Probablemente había ido directa a verlo después de que él abandonara su casa la noche anterior. La mujer se había marchado antes de la llegada del vigilante... pero al menos debería haberla visto regresar. Eso sería necesario matizarlo, pues Andrews ya había sido descuidado en otras ocasiones. Lo indudable era que ella le había sugerido o proporcionado el nuevo escondite. No creía que una mujer de su inteligencia fuera tan imprudente como para creer que podía seguir ocultando a Lamont en Brightling Crescent, por lo que ahora era prioritario averiguar todo lo posible sobre la señora Everett y todas las ramificaciones de su familia. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cuál era la mejor manera de aproximarse a una mujer tan circunspecta y discreta? Los subterfugios no funcionarían, eso seguro. Evidentemente no era de las chismosas, y además ahora estaría en guardia en todo momento. El intento de acelerar las cosas mostrándole la daga había sido inútil y precipitado. Debería haber imaginado que no era la clase de mujer que revelaba información vital en una conversación a la

puerta de casa. Bien, ¿y entonces? ¿En qué situación y en qué clase de compañía se dejaría llevar la señora Everett? La imaginó en diversos escenarios y todos le parecieron igualmente grotescos. Hasta que de repente se le ocurrió: ¡la iglesia! Por uno u otro motivo, sin duda era asidua a la iglesia. Sería muy respetada por toda la congregación, aunque quizá algo impopular puesto que, a buen seguro, apenas se relacionaba con la gente —una cualidad poco apreciada entre los miembros más estrictos de esa clase de congregaciones y grupos cristianos, en los que con frecuencia a cambio de un bocadito de jugosa información sobre cierta bancarrota muy comentada también esperaban otro pedacito de pastel, por lo menos igual de grande y apetecible—. La iglesia era el lugar idóneo y, puesto que no gozaría de una gran popularidad, los demás feligreses se mostrarían tanto más dispuestos a hablar sobre ella.

Mientras Grant cerraba los ojos y se quedaba dormido, aún intentaba decidir a quién iba a enviar para investigar a la señora Everett.

CAPÍTULO 10

VIAJE RELÁMPAGO AL NORTE

—Simpson —dijo Grant—, ¿de qué iba disfrazado ayer mientras recababa información sobre los Ratcliffe?

—De exmilitar, señor. Vendiendo libretas.

—Ah, bien. Puede hacerlo hoy otra vez. Respetable, limpio, con el cuello de la camisa bien colocado, sin bufanda y desempleado. Necesito información sobre la señora Everett que vive en el 98 de Brightling Crescent, cerca de Fulham Road. No quiero que vaya interrogando a sus vecinos de puerta en puerta. Ella es muy celosa de su intimidad, así que ha de ser muy cauteloso. Al parecer es asidua a la iglesia. Pruebe suerte ahí. Creo que le resultará útil. Exceptuando cualquier clase de club, no se me ocurre otra comunidad más dada al chismorreo. Lo que más me interesa es saber dónde viven sus amigos y parientes. Olvídese de su correspondencia. De eso puedo encargarme yo. Y en cualquier caso tengo la sensación de que no es probable que nos sirva de mucho. La señora Everett no nació ayer. Métaselo en la cabeza y recuérdelo en todo momento. No tenga prisa, lo más importante es la discreción. Si ella le descubre tendrá que sustituirle otro agente y una pro-

metedora línea de investigación se habrá echado a perder. En cuanto averigüe algo póngase en contacto conmigo, pero no se marche de allí sin antes haberme llamado por teléfono.

Y así fue cómo el señor Caldicott, el sacerdote de la Iglesia Congregacional de Brightlingside, que empujaba sudoroso su segadora recortando la hierba de su césped delantero bajo un sol de marzo demasiado pródigo para su gusto, se percató de que un desconocido observaba su trabajo con una mezcla de simpatía y envidia. Al darse cuenta de que lo habían visto, el desconocido hizo amago de tocarse la gorra en evidente señal de respeto hacia el hábito y dijo:

—Es una ardua tarea para un día como hoy, señor. ¿Me permite echarle una mano?

El clérigo era un hombre joven y no desdeñaba cualquier oportunidad para demostrar que el trabajo físico no le suponía ningún inconveniente.

—¿Cree que no soy capaz de hacer esta clase de trabajo? —preguntó, esbozando una afable y fraternal sonrisa.

—¡Oh! No, señor. Nada más lejos. Tan solo es que estaría encantado de hacerlo en su lugar por unos peniques.

—Ah, entiendo —dijo el señor Caldicott, agudizando su instinto profesional—. ¿Busca trabajo?

—Eso es —respondió el hombre.

—¿Está usted casado?

—No, señor.

Simpson estuvo a punto de expresar en voz alta un piadoso agradecimiento, pero se contuvo a tiempo.

—¿Qué clase de trabajo busca?

—Cualquiera.

—Sí, pero ¿a qué se dedica?

—Sé hacer zapatos, señor —dijo Simpson, pensando que le vendría bien ser sincero, ya que hasta el momento le había resultado útil.

—Bueno, quizá sería más práctico que se ocupara usted del césped mientras yo atiendo otros deberes. Entre a la una y comeremos juntos.

Pero eso no era todo lo que Simpson necesitaba. Su objetivo era la cocina, no charlar con el párroco en el comedor. Finigiendo confusión, con la maestría de un actor, se dio media vuelta con aire titubeante, soltando el cortacésped que acababa de coger con entusiasmo, y dijo tartamudeando:

—Si no le importa, señor, preferiría picar algo en la cocina. Verá, lo cierto es que no estoy acostumbrado a otra cosa.

—Vamos, vamos —empezó a decir el señor Caldicott, y Simpson, temiendo que le arrebataran su preciosa oportunidad para chismorrear sintió ganas de zarandear al reverendo caballero.

—Por favor, señor, si no le importa —dijo, y habló con tal convicción que el clérigo cedió al instante.

—Está bien, está bien —respondió el otro casi molesto. ¿Acaso no se había mostrado lo bastante tolerante y generoso? Y todo para recibir aquel desplante—. En fin, si de verdad lo prefiere.

Se marchó, pero no tardó en regresar. Y con el pretexto de escuchar la historia de Simpson —al que no tardó en catalogar, si bien de forma muy poco fraternal, como un joven lo bastante respetable— permaneció en el sendero de entrada hasta la hora de comer, chismorreando alegremente sobre las cosas que a él le interesaban. Habló sobre la guerra (había estado en Ruan como capellán), sobre plantones, sobre el hollín de Londres, sobre cuero para zapatos —esto último porque quizá fuera del interés de su oyente— y, con especial vehemencia, acerca de sus dificultades para conseguir que los jóvenes fueran a la iglesia. En cuanto Simpson se percató de que el objetivo de este último sermón era demostrar que Dios reprobaba las apuestas y que los que apostaban pecaban contra

sí mismos, contra sus semejantes y contra el Señor, no le sorprendió en absoluto la escasez de jóvenes entre los feligreses del señor Caldicott.

—Usted que es joven —dijo el señor Caldicott—, ¿podría explicarme por qué a los jóvenes no les gusta la iglesia?

Pero Simpson no tenía intención de abandonar la casa del párroco antes de que anocheciera, si podía evitarlo, de modo que se abstuvo de dar su opinión y se limitó a negar con la cabeza con aire de compungida desaprobación. Al recordar que quienes se enriquecían al ritmo de media corona semanal eran los corredores de apuestas y no los protectores del imperio a nivel local, retomó su trabajo con renovado empeño, si bien se alegró cuando por fin escuchó un gong dentro la casa y el párroco le dijo que podía dejarlo dándole su bendición, que él recibió de espaldas, pues ya se dirigía a la cocina dando grandes zancadas. Más que comer, lo que Simpson deseaba era continuar la partida que había empezado.

El párroco, que como Simpson enseguida averiguó era también un apreciado soltero, tenía dos empleadas domésticas: una cocinera y ama de llaves y una «muchacha», que parecía una réplica exacta de las que salían en el cine y el teatro. Se mostraron encantadas de recibir en su cocina a tan atractivo varón, y durante la hora que dedicó a disfrutar de su comida, Simpson aprendió más sobre las clases humildes del extrarradio que lo que habría llegado a averiguar en toda una vida viviendo entre ellas. Sobre la señora Everett, sin embargo, lo único que le dijeron fue que era una viuda que se daba muchos aires solo porque su padre había sido pastor. Cuando preguntó si su padre había sido pastor en esa zona le respondieron que no, en absoluto, que había sido ministro en algún lugar del norte del país. Sin duda en algún pueblo minúsculo y dejado de la mano de Dios. La señora Everett asistía a todos los eventos y reuniones de la parroquia, explicó

la cocinera, no porque apreciara la iglesia sino para recordar a todo el mundo que su padre había sido clérigo. Reflexionando sobre aquella curiosa explicación acerca de las motivaciones humanas, Simpson regresó al jardín para terminar de segar, cosa que estaba a punto de hacer cuando el párroco volvió a aparecer. Esa noche había reunión en la sacristía, le comentó. ¿Le gustaría asistir? Simpson le dio las gracias y dijo sinceramente que estaría encantado. En ese caso, había sillas y cosas por el estilo que era necesario llevar desde la iglesia a la sacristía. ¿Querría Simpson echar una mano? Si bajaba después de tomar el té encontraría a las damas del comité preparando el evento. Un comité femenino era exactamente lo que Simpson necesitaba; con lo que de nuevo manifestó su absoluta disposición, y el párroco se marchó.

Después de pasar la tarde recortando setos y comadreando con la cocinera y con la muchacha —que inventaban toda clase de excusas para ir a verlo sin que aparentemente les preocupara lo más mínimo que él las creyera—, con otra pequeña pausa para tomar un té en la cocina (un té más productivo que el del día anterior en vía Lemonora, aunque sin la chispa aportada por la presencia de su colega), Simpson se dirigió a la iglesia. Ya sabía cuál era, un edificio de ladrillo rojo cuya terrible fealdad no podía ser accidental. El marrón amarillento y el azul ultramar de las vidrieras quedaban decentemente velados en aquellos momentos por un benévolo crepúsculo, pero aquel horror seguía siendo visible en plena noche, iluminado por las luces de la sacristía, donde dos o tres mujeres trajinaban azoradas como gallinas. No tardó en darse cuenta de que hablaban mucho y avanzaban poco en su tarea, pues ninguna de ellas hacía nada sin que alguna de las otras sugiriera una o varias alternativas, que inevitablemente las arrastraban a inútiles controversias. Sus debates se alargaban mucho más allá de los límites de la paciencia, con su constante y a veces fingi-

da indecisión, y tras haberlas observado unos instantes desde la puerta, como antes había hecho contemplando la pequeña pugna del señor Caldicott con la segadora, entró lentamente, gorra en mano, haciéndose notar.

—¿Busca usted a alguien? —preguntó una de ellas, y él explicó que el señor Caldicott lo había enviado para ayudarlas.

El éxito fue inmediato. De hecho, en cuanto se puso manos a la obra estuvo tan solicitado que empezó a sentirse quizá demasiado satisfecho de sí mismo; un sentimiento poco recomendable para un agente del DIC, que desaparecería súbitamente más tarde, en cuanto tuvo ocasión de conocer a sus rivales. Cuando se los describió después a Mullins en privado utilizó una frase excesivamente pintoresca que siento no poder reproducir aquí, pero que en opinión del propio Mullins no dejaba ninguna duda sobre la clase de hombres que solían asistir a esas «reuniones». En resumen, Simpson parecía bastante resentido por lo sucedido aquella noche, aunque lo cierto es que me cuesta imaginar el porqué. Su cabello pelirrojo y sus pecas constituían por lo general su pasaporte a la felicidad, pues eran irresistibles; dudo que le ofendiera demasiado el tono rosado que adornaba las paredes de la sacristía —frambuesa con un toque de rojo cochinilla—, ya que no era dado a preocuparse por esa clase de fruslerías; fue con diferencia el varón más popular entre todos los presentes; y la información que había ido a buscar abundaba al alcance de su mano a la espera de que la recogiera. Sea como fuere, lo cierto es que cuando terminó de desahogarse y Mullins le dijo que el jefe estaba más que satisfecho con él por lo de Brightling Crescent, el agradable rostro de Simpson se crispó en una desagradable mueca que para nada encajaba con su pelo rojo y sus pecas, y gruñó, sí, literalmente gruñó: «¡Me alegro, porque me costó un triunfo!».

El evento social concluyó a unas respetables nueve cuarenta y cinco, y tras la inevitable colecta Simpson acompañó a

casa a las damas más chismosas que se habían mostrado especialmente amables con él. De modo que a la mañana siguiente Grant se reunió con él y oyó todo lo que había que saber sobre la señora Everett.

La señora Everett era escocesa. Su acento se explicaba porque llevaba veinticinco años viviendo en Londres y procedía además de la costa oeste. Su padre había sido ministro de la Pequeña Iglesia Libre de Escocia en un pueblecito de la región de Ross, y actualmente su hermano era párroco allí. Su apellido era Logan. Hacía quince años que había enviudado y no tenía hijos. Su escasa popularidad en el barrio se debía básicamente a que era muy reservada, si bien gozaba de un gran respeto por parte de la mayoría de los feligreses de la Iglesia Congregacional de Brightlingside. Un respeto que ni siquiera había perdido después de alquilar sus habitaciones a dos corredores de apuestas. Sorrell había sido el primero en llegar, nada más licenciarse en el ejército, y entonces todavía no se dedicaba a las apuestas, detalle que quizá la había librado del infame cargo de acoger como inquilino a un depravado. Ningún miembro de la iglesia había llegado a tratar personalmente a los dos hombres (que, en opinión de Grant, eran contemplados desde la distancia como leprosos morales); lo que no impedía que conocieran hasta el último detalle de las vidas de dos personas a las que ni siquiera conocían de vista, pero que habían llegado a convertirse en el eterno centro de atención de una comunidad en la que paradójicamente el vicio parecía ser virtud. Como había dicho la señora Everett —¡y sin duda a la señora Everett no se le ocurriría mentir en algo que pudiera ser verificado!, pensó Grant—, los dos hombres iban juntos a todas partes. Ninguno tenía novia. Ambos eran muy elegantes según los estándares de Brightlingside y la señora Everett atendía todas sus necesidades. La señora Everett no tenía parientes conocidos en Londres, pero una vez

al año iba a Escocia, y si sus inquilinos permanecían en casa durante su ausencia ella misma contrataba y pagaba a alguien para que se ocupara de ellos.

Cuando el todavía irascible Simpson salió del despacho, Grant ordenó que le enviaran a los hombres que habían estado de servicio en King's Cross y en Euston el lunes por la noche y les pidió que describieran a sus sospechosos. Cuando uno de ellos se refirió a un joven acompañado por su madre decidió hacer un alto.

—Describe a la madre —dijo Grant.

Y el hombre lo hizo con gran precisión.

—¿No había ningún otro sospechoso en el tren?

—Oh, sí —respondió el agente— varios.

Al parecer, se dijo Grant con acritud, el norte de Escocia debía de ser la cuna de todos los hombres morenos de pómulos marcados. Había decenas de ellos en todos los trenes con ese destino.

—¿Qué le hizo pensar que ese no era el hombre que buscábamos?

—Sus modales. Y los de la mujer. Además, había una maleta con sus iniciales en el portaequipajes, bien visibles: «G. L.». También llevaba una bolsa de golf y en general parecían estar muy tranquilos.

¡Bien hecho, señora Everett!, pensó Grant. Al hombre que había dejado olvidados los billetes en el cajón jamás se le habría ocurrido lo de la bolsa de golf. Se preguntó si había dejado de forma deliberada la maleta con las iniciales a la vista. Le costaba bastante creer que alguien arriesgara innecesariamente el éxito del plan con semejante torpeza. Probablemente había sido un accidente.

¿Adónde se dirigían?

No había etiquetas en su equipaje, pero el revisor había dicho que el hombre se dirigía a Edimburgo.

Grant no tardó en averiguar el probable destino de Lamont. No había muchos Logan en la Iglesia de Escocia y solo uno tenía parroquia en el condado de Ross. Era ministro de la Iglesia Libre Unida de Carninnish —habiéndose distanciado, evidentemente, de la severa fe de sus padres—, y Carninnish era un pueblecito a orillas de un lago marino situado en la costa oeste del condado.

Grant fue a ver a Barker.

—Me voy de pesca a Escocia durante un par de días —dijo.

—Hay sitios más cómodos que Escocia si lo que quiere es descansar —respondió Barker, que estaba al corriente del arresto fallido.

—Es posible, pero la pesca es excelente. Esa es mi dirección aproximada. Con dos días bastará, o eso espero.

—¿Quiere llevarse a alguien?

—No.

—Pues debería hacerlo. Párese a pensar un momento en la clase de policías rurales con los que tendrá que lidiar.

—Siempre puedo matar al pez cayéndole encima... pero no creo que la cosa llegue a tanto. No obstante, es posible que necesite a alguien para trasladar su captura hasta Londres.

—Está bien. ¿Cuándo se marcha?

—Salgo de la estación de King's Cross esta tarde en el tren de las siete treinta, y estaré en Inverness mañana antes de las diez de la mañana. A partir de entonces le mantendré informado.

—¡Estupendo! —dijo Barker—. ¡Buena pesca! Y no vaya a enredarse con su propio sedal.

Grant pasó un buen rato organizando la continuidad de la búsqueda en su ausencia. No había ninguna garantía de que el hombre que había partido hacia Carninnish fuera Lamont, y había decidido ir él tras el sospechoso porque era el único de todos los operativos implicados que había tenido ocasión

de ver al Dago en persona. Por tanto, la búsqueda continuaría en Londres aunque él no estuviera. Después de todo, la fuga a Carninnish podía ser una distracción. Grant sentía un profundo respeto por la señora Everett.

Mientras preparaba su equipo de pesca y buscaba algo de ropa vieja apareció la señora Field con aire compungido y unos sándwiches recién hechos. Ninguna de las dos cosas le pareció adecuada, y rechazó el refrigerio argumentando que tendría ocasión de disfrutar de una estupenda cena en el tren al embarcar y de un buen desayuno por la mañana.

—Claro —respondió la mujer—, eso está muy bien, pero piense en la larga noche que le espera. ¿Y si se despierta hambriento de madrugada? Seguro que entonces le vendrá bien tener a mano los sándwiches, aunque solo sea para matar el tiempo. Son de pollo, y vaya usted a saber cuándo volverá a probar el pollo. Escocia es una tierra terriblemente pobre. ¡Sabe Dios qué le darán de comer!

Grant respondió que Escocia era muy parecida al resto de Gran Bretaña, solo que más bonita.

—No sé si es bonita o no —dijo la señora Field, guardando los sándwiches muy decidida en una bolsa—, pero sí sé que una prima mía trabajó allí de sirvienta una temporada, durante una estancia de sus patrones de Londres, y no había nada a la vista en toda la campiña salvo su casa. ¡Ni un solo árbol! Los nativos ni siquiera habían oído hablar de los pasteles de té y llamaban bollos a los panecillos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Grant, doblando con delicadeza su traje de *tweed* más antiguo antes de guardarlo en la maleta.

Mientras el tren salía humeando de la estación de King's Cross, Grant se instaló en su compartimento para estudiar el mapa a escala de una pulgada del distrito de Carninnish. Le resultó agradable volver a revisar un mapa. Sin duda se-

ría emocionante perseguir a su hombre en campo abierto. Era más primitivo y más humano, menos automatizado que la maquinaria sin alma que extendía y relajaba sus silenciosos tentáculos de acero a ambas orillas del Támesis. Solo encontraría un teléfono donde hubiera una oficina de correos. Y llegado el momento de la verdad no podría contar con refuerzos de ninguna clase. Sería su ingenio contra el del otro. Quizá un arma contra otra. Pero Grant esperaba no llegar a eso. No resultaba nada gratificante llevar un cadáver ante la justicia. Y en cualquier caso, la policía no apreciaba que sus detectives utilizaran métodos tan expeditivos. Tendría que actuar con discreción. Después de todo, habían pasado dos días desde la fuga. El hombre no podía haber llegado a su destino antes de la pasada noche. Cuanto más tiempo tuviera para acomodarse, menos alerta estaría ante la llegada del cazador. Al principio, detrás de cada roca y cada recodo del camino se ocultaría un detective, pero a medida que se fuera acostumbrando al nuevo y agreste escenario —y Grant conocía bien esa clase de paisaje— la inevitable desconexión con el resto del mundo no tardaría en surtir su inevitable efecto dándole una falsa sensación de seguridad.

Grant estudió el mapa metódicamente. El pueblo de Carninnish se extendía a lo largo de la orilla sur de un río, el Finley, coincidiendo con su desembocadura al mar en el también llamado lago Finley. A unos seis kilómetros y medio en dirección sur había un segundo lago, en cuya orilla norte se alzaba un pueblo aparentemente más grande que Carninnish, llamado Garnie. Es decir, Carninnish estaba situado en la parte norte de una península y Garnie en el sur, y estaban separados (y conectados) por una accidentada carretera de tercera clase, de seis kilómetros y medio de longitud, que atravesaba dicha península. Grant decidió instalarse en Garnie, donde había un hotel que según los rumores tenía un baño, y desde allí po-

dría vigilar Carninnish con la excusa de ir a pescar al Finley. Continuó revisando el mapa hasta bien entrada la noche, y para entonces el paisaje le resultaba tan familiar como si ya lo conociera. Sabía por experiencia que incluso el mejor lector de mapas se podía llevar las más desagradables sorpresas al encontrarse cara a cara con la realidad, pero ahora tenía la tranquilizadora seguridad de que conocería el distrito mucho mejor que el hombre al que perseguía.

Por la mañana se sentía eufórico. Cuando abrió los ojos a la luz del día, a través de la rendija en la parte superior de su ventanilla, vio los páramos de color pardo que parecían deslizarse lentamente en dirección contraria; y el traqueteo del tren, hasta entonces veloz, decayó ligeramente cuando se disponía a coronar los montes Grampianos. Un aire limpio y frío que resplandecía le dio la bienvenida mientras se vestía. Y durante el desayuno contempló el inhóspito paisaje que se extendía bajo el vívido velo del cielo; un paisaje cubierto de nieve blanca y deslumbrante que a lo lejos se tornaba verde en frondosos bosques de pino, flanqueados por negros bloques de roca matemáticamente apilados en las laderas de las colinas como bancales tejidos con lana, y más adelante de abedules; abedules que descendían por las laderas escoltando a algún arroyo o formaban bosquecillos de un flamante verdor, alfombrados de hermosos pastos. Y después, mientras el tren recuperaba velocidad al acometer el descenso, de nuevo vio grandes praderas en amplios valles de montaña y pequeños pedregales que parecían clavados a las laderas; lagunas y ríos y una campiña de un insólito verdor. De pie en el pasillo, mientras el tren se mecía y zigzagueaba entre sacudidas durante el último y triunfal descenso hacia Inverness, Grant se preguntó qué habría pensado de todo aquello el fugitivo, un londinense súbitamente arrancado de las calles de la inmensa urbe y de la seguridad de sus edificios y guaridas. Los domingos a orillas

del Támesis no lo habrían preparado para los negros torrentes que aguardaban en el oeste, ni la libertad de los ejidos de Surrey para la inquietante desolación de estos páramos. ¿Se había arrepentido de huir? Se preguntó qué carácter tendría aquel hombre. Era un joven alegre y jovial, al menos según la señora Everett. ¿Qué más sería aparte de alegre y jovial? Algo le había interesado lo suficiente como para incitarlo a apuñalar a un hombre por la espalda, pero eso no estaba reñido con la sensibilidad. Para una persona sensible, el horror de estar solo e indefenso y saberse perseguido en mitad de semejante desolación probablemente sería peor que una celda conocida de ladrillos y hormigón. En los viejos tiempos, en las tierras altas, irse a las colinas era sinónimo de huir de la justicia —lo que los irlandeses llaman darse a la fuga—. Pero la civilización ha cambiado por completo todo eso. Ni un solo criminal entre mil buscaría refugio actualmente en las Highlands o en Gales. Ahora los fugitivos necesitaban comida y refugio, y una pequeña cabaña o una cueva en una colina ya no bastaban. De no haber sido por la promesa de un santuario, ni siquiera la señora Everett, con su pétrea voluntad, habría sido capaz de sacar a Lamont de Londres. Grant estaba seguro. ¿Qué había sentido Lamont al ver adónde había ido a parar?

En Inverness abandonó la comodidad del tren directo y cruzó el andén azotado por el viento para instalarse en un pequeño convoy de cercanías que durante el resto de la mañana traqueteó con lentitud retrocediendo desde la verde campiña hacia la parda desolación que había recibido a Grant al despertarse. Continuaron hacia el oeste, cada vez más al oeste, deteniéndose sin motivo aparente en estaciones que de manera igualmente inexplicable habían sido construidas en mitad de vastos páramos donde no habitaba un solo ser humano, hasta que por la tarde el viajero bajó en un andén cubierto de arena y el tren continuó su trayecto perdiéndose de nuevo

en la desolación, esta vez sin él. A partir de aquí, le dijeron, debía continuar con el furgón postal. Había cincuenta y ocho kilómetros hasta Carninnish, y con suerte llegaría allí a las ocho de la noche. Todo dependería de lo que se encontraran en la carretera. No hacía ni quince días otro coche le había arrancado a Andy la rueda delantera derecha, después de que la izquierda quedara atascada en una cuneta. Grant atravesó el cuartito donde vendían los billetes y en un extremo de la explanada de grava detrás de la estación vio el cacharro a bordo del cual iba a pasar las próximas cinco horas, y que si tenían suerte en la carretera al final lo dejaría en Garnie. Era casi literalmente un charabán. Tras el puesto del conductor había tres bancos cuyo aspecto penitenciario había sido disimulado con varios cojines, al parecer rellenos de serrín y forrados con paño americano. Por increíble que parezca, había otros cinco candidatos a ocupar los asientos del vehículo. Grant preguntó si era posible alquilar un coche para continuar el viaje, y las expresiones de los rostros de sus interlocutores dejaron en evidencia no solo la futilidad de su pregunta sino que también era de muy mal gusto. No era de recibo desdeñar de ese modo el furgón correo. Su paso constituía el único evento diario relevante para los moradores de los cuarenta y ocho kilómetros que mediaban entre donde se encontraban y el mar. Grant se resignó a la incomodidad del viaje con la esperanza de que no fuera demasiado aburrido, aunque por el momento no había el menor indicio de entretenimiento a la vista. Dejó sus cosas junto al conductor y cruzó los dedos.

Mientras avanzaban por la exigua carretera, marcada aquí y allá por el fuego de incendios que la habían atravesado en su imparable descenso desde las colinas, tomó conciencia del verdadero significado del comentario sobre la posibilidad de «encontrarse cosas» en el camino. En la mayor parte del trayecto apenas había espacio suficiente para el paso de su vehículo.

—¿Cómo se las arreglan cuando alguien viene en dirección contraria?

—Bueno, algunas veces retrocedemos... y otras veces lo hacen ellos —respondió el conductor.

Después de haber recorrido ocho kilómetros, Grant tuvo ocasión de ver cómo se ponía en práctica tan inédita regla de circulación cuando se toparon de frente con un tractor. Era un modelo diminuto, pero formidable dadas las circunstancias. De un lado estaba la colina y del otro caía un pequeño barranco rocoso. Sin perder su evidente buen humor, el conductor del furgón metió la marcha atrás e hizo retroceder el ingobernable vehículo hasta que pudo meterse en una suerte de apartadero repleto de rocalla. El tractor pasó resoplando alegremente y retomaron el viaje. A lo largo de los cuarenta kilómetros restantes coincidieron con otros dos obstáculos, vehículos a motor en ambos casos. En el primero, los automóviles pasaron rozándose incluso después de haber retirado los faldones de ambos vehículos, mientras las ruedas exteriores del furgón correo atravesaban una zanja y las del otro botaban peligrosamente sobre un lecho de brezo y cantos rodados. El segundo era un Ford. Con la capacidad híbrida propia de estos vehículos se desvió hacia el páramo sin la menor dificultad y con total despreocupación pasó traqueteando junto al furgón inmóvil, momento que ambos conductores aprovecharon para intercambiar un saludo ininteligible. Semejante exhibición de versatilidad no pareció sorprender a nadie, y aunque a esas alturas del viaje el furgón ya estaba lleno, ningún pasajero dijo nada. Evidentemente aquello era el pan de cada día en esa clase de trayectos.

Sin dejar de pensar en la excesiva carga del vehículo, Grant se preguntó qué iban a hacer con la gente que aún tendría que subir en lo que restaba de viaje. Una ancianita que aguardaba la llegada del furgón junto a una casa minúscula situada en la

misma orilla de la carretera manifestó el mismo temor nada más aparecer. Cuando el conductor frenó y bajó a ayudarla, ella miró con preocupación los bancos ocupados y dijo:

—¿Cómo piensas hacerme sitio, Andy?

—Calle, mujer —respondió Andy alegremente—, hasta ahora no hemos dejado a nadie tirado.

Grant no tardó en averiguar que aquel imperativo, «calle», no tenía ninguna connotación ofensiva ni reprobatoria en la región, y tampoco albergaba relación alguna con su significado en inglés. Era una expresión medio jocosa de contradicción, y en ocasiones de franca admiración con un punto de incredulidad. En boca de Andy quería decir que la anciana era lo que los habitantes del sur de Escocia tildarían de «aspa-ventera». Y desde luego Andy era tan certero como su palabra, pues no solo encontró un hueco donde instalarla, sino que lo hizo sin apenas molestar a ningún otro pasajero, exceptuando quizá a las gallinas que viajaban en la parte de atrás y quedaron algo más apretadas tras la redistribución de las plazas. A pesar de todo seguían escandalosamente vivas cuando su orgulloso propietario, que aguardaba su llegada al principio de una pista que no parecía dirigirse a ninguna parte, las sacó del vehículo y se las llevó en un carrito.

Varios kilómetros antes de llegar a Garnie, Grant olió el mar, ese olor a mar y algas propio de la costa accidentada y rocosa. Resultaba extraño verse asaltado inesperadamente por ese aroma en un paisaje tan poco marino. Y más extraño aún fue verlo aparecer de repente como si fuera un pequeño y verde lago entre colinas. Solo la parda profusión de algas sobre las rocas revelaba sin lugar a duda que se trataba del océano y no de un lago de los páramos. Sin embargo, al aproximarse a Garnie, envueltos en el brillo del acontecimiento más importante del día, la larga franja de arena de la playa apareció en toda su desnudez bajo la luz del anochecer, mientras un mar

de color violeta bañaba con suavidad su plateada placidez. El furgón dejó a Grant junto a la puerta de su alojamiento, pero a pesar de lo hambriento que estaba permaneció allí unos minutos contemplando la luz que moría más allá del chato perfil teñido de púrpura de las islas que se atisbaban al oeste. La imperante quietud estaba habitada por toda clase de sonidos distantes propios ya de la noche. El aire olía a mar y humo de turba. Las primeras luces del pueblo brillaban aquí y allá con la claridad de los narcisos. El mar se volvió de color lavanda y el arenal adquirió un pálido fulgor a la luz del crepúsculo.

¡Y había ido hasta allí para arrestar a un hombre que había cometido un asesinato en la cola de un teatro londinense!

CAPÍTULO 11

CARNINNISH

Grant obtuvo poca información de Andy, el conductor del furgón correo, y no porque no supiera nada —después de todo, probablemente él mismo hubiera llevado a Lamont a lo largo de esos cuarenta y ocho kilómetros a través de páramos y colinas tan solo dos días antes—, sino porque su deseo de saber cosas sobre Grant, por sorprendente que parezca, era tan intenso como el de este por averiguar algo sobre Lamont, motivo por el que se limitaba a responder al inspector con monosílabos o moviendo a la cabeza para poder seguir haciendo sus propias preguntas. El juego no tardó en decaer, y Grant había cedido mucho antes de que el otro se hubiera resignado a averiguar alguna cosa más sobre su pasajero. A la mañana siguiente en el porche, después del desayuno, un nuevo intento de interrogatorio por parte de Grant —en esta ocasión al propietario del Hotel Garnie— resultó ser igualmente insatisfactorio. Aunque esta vez el motivo fue la más genuina ignorancia. Mientras el conductor del furgón correo solo parecía preocupado por lo que sucedía en Carninnish, pues allí estaba su hogar y su lugar de descanso cada noche, al propietario solo le interesaba Garnie, y únicamente en lo que pudiera afectar a su negocio.

—¿Ha venido a pescar, señor? —preguntó.

Y Grant respondió que sí, que pensaba pescar en el Finley si nada lo impedía.

—Claro —respondió el otro—. Está a menos de seis kilómetros, detrás de aquella colina de allí. ¿Conoce usted la región?

Grant pensó que lo mejor sería decir que no sabía nada de aquel distrito.

—Bien, pues al otro lado hay un pueblecito, a orillas del lago Finley, pero estará usted mejor aquí. El hotel de allí es minúsculo y solo tienen cordero para comer.

Grant dijo que podría ser peor.

—Ah, eso pensaría el primer día y quizá el segundo, pero después de una semana ya no soportaría ver a una oveja pastando en la colina. Podemos prestarle el Ford siempre que necesite ir si no le gusta caminar. ¿Tiene licencia de pesca?

Grant dijo que había supuesto que habría un coto a disposición de los huéspedes.

—No, aquí todas las aguas pertenecen a un caballero, el propietario de Villa Carninnish. Es un corredor de bolsa de Glasgow. Sí, está aquí... al menos llegó hace una semana, si no ha vuelto a marcharse.

—Estupendo. Si pueden prestarme el Ford iré a visitarlo ahora.

Pescar era la única excusa que le permitiría recorrer el condado sin dar explicaciones.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó, mientras subía al destartado Ford junto a un conductor de mirada áspera y penetrante.

—Es el señor Drysdale —respondió el propietario del hotel—. No es excesivamente generoso en lo que a sus cotos se refiere, pero quizá le caiga usted en gracia.

Y con tan lúgubres perspectivas, Grant partió en compa-

ña de su no menos lúgubre conductor hacia las colinas, en dirección al valle Finley.

—¿Dónde está la casa? —preguntó, ya en marcha, a su rígido chófer que se llamaba Roddy.

—En Carninnish.

—¿Quiere decir en el mismo pueblo?

Grant no tenía intención de dejarse ver en público tan pronto.

—No, está al otro lado del río viniendo del pueblo.

—Entonces, ¿no es necesario atravesar la localidad para llegar?

—No. El puente está antes de entrar en el pueblo.

Cuando se acercaban a la bifurcación, varios cientos de metros más abajo, un valle completamente nuevo se desplegó ante la fascinada mirada de Grant como si de un mapa se tratara. No había prados ni verdor alguno, exceptuando en las dos orillas del río que fluía entre abedules como un hilo de plata hacia el lago aún distante. Era un paisaje casi completamente pardo al que el intenso azul del mar confería un aire misterioso... de prodigiosas tierras ya olvidadas,⁶ a causa de alguna clase de venganza, pensó Grant. Mientras descendían por la colina en dirección al mar vio dos iglesias y decidió aprovechar la ocasión.

—Vaya, ¿dos iglesias en un pueblo tan pequeño?

—Bueno, no era muy probable que los de la Pequeña Iglesia Libre estuvieran dispuestos a frecuentar la capilla de la Iglesia Unida. Esa de ahí abajo es la Unida, la del señor Logan —señaló hacia la derecha de la carretera, donde se alzaba un austero templo de pequeñas dimensiones junto a la casa del pastor, protegidos ambos del río por una arboleda—. La Pequeña Iglesia está en el otro extremo del pueblo, cerca del mar.

⁶ Alusión al poema de Keats, *Ode to a Nightingale*.

Grant miró de reojo la casa de aspecto confortable donde a buen seguro se cobijaba su presa.

—Bonito lugar —dijo—. ¿Acogen huéspedes?

No, Roddy no lo creía. Los veranos solían marcharse durante un mes y a veces la arrendaban. El párroco era soltero, y su hermana viuda, la señora Dinmont, se ocupaba de la casa por él. Su sobrina, la hija de la señora Dinmont, precisamente estaba esos días allí de vacaciones. Trabajaba de enfermera en Londres.

Ni una palabra sobre otro inquilino. Pero obviamente Grant no podía insistir sin despertar las sospechas de los siempre curiosos habitantes de las tierras altas de Escocia.

—¿Se aloja mucha gente en este hotel?

—Tres personas —dijo Roddy.

Como era de esperar en un empleado del negocio rival, no había nada que él no supiera sobre la posada de Carninish. Pero, aunque los tres huéspedes eran varones, ninguno de ellos era Lamont. A esas alturas Roddy se sabía al dedillo cuanto había que saber sobre sus vidas y sus preferencias.

Vista desde el pueblo, Villa Carninnish estaba en el lado opuesto del río, más cerca del mar, con la carretera que discurría en dirección norte a su espalda.

—Será mejor que espere aquí —dijo Grant cuando Roddy se detuvo frente a la puerta.

Y bajando del coche tras el brusco frenazo de su conductor se dispuso a entrar. En el vestíbulo había un hombre delgado y con cara de pocos amigos, enfundado en un traje de *tweed* de excelente calidad. Al parecer, el corredor de bolsa tiene invitados, pensó Grant. Inconscientemente había dado por supuesto que se encontraría con un caballero orondo y rubicundo, cuando el hombre delgado se acercó a él y dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Quiero ver al señor Drysdale.

—Pase —dijo el hombre, y lo invitó a seguirlo hasta una habitación repleta de aparejos de pesca.

Grant había pensado rogar de forma desvergonzada a su corredor de bolsa imaginario, apelando a su generosidad para no echar a perder sus vacaciones. Pero al ver al auténtico cambió de idea. Sacó su acreditación profesional y se alegró al ver la sorpresa de su anfitrión. Era todo un cumplido a la perfección del disfraz, que no era otro que su vieja ropa de pesca.

—Bueno, inspector, ¿qué puedo hacer por usted?

—Necesito su permiso para pescar en el Finley. Dos días a lo sumo. Creo que el hombre al que busco se esconde en el pueblo y el único modo de moverme por aquí sin despertar sospechas es hacerme pasar por pescador. Pensaba que el hotel de Garnie tendría su propio coto de pesca, pero al parecer no es así. No pescaré ningún pez, aunque en mi vida he pescado mucho... y tampoco los espantaré.

Para su sorpresa, una sonrisa apareció en el adusto rostro del señor Drysdale.

—Inspector —dijo—, no se imagina lo insólita que es esta situación, y también usted. Ni siquiera en el cuarenta y cinco vinieron a buscar a nadie por estos andurriales, y desde luego tampoco lo han hecho desde entonces. Es sencillamente increíble. ¡Un criminal en Carninnish y un inspector del DIC buscándolo! No creo que haya habido aquí desde el diluvio criminales más terribles que borrachos e ineptos.

—Puede que mi hombre pensara justo eso —dijo el inspector secamente—. En cualquier caso, no lo molestaré mucho tiempo si me da permiso para pescar.

—Por supuesto que puede pescar. Donde quiera. Justo ahora tenía pensado ir río arriba. Si me acompaña le enseñaré los mejores lugares. Si al final se anima a pescar podría tener un día productivo. Envíe a ese chiflado de regreso a Garnie —Roddy tonteaba en esos momentos con una doncella

hablando gaélico en un tono agudo a través de una ventana abierta—, y dígame que no es necesario que vuelva. Haré que alguien lo lleve por la tarde cuando usted quiera.

Encantado ante la inesperada amabilidad del vilipendiado caballero por su fama de ser poco generoso, Grant le dijo a Roddy que se marchara, y este recibió la noticia con el gesto adusto de un perfecto edecán, aunque se marchó chillándole algo ininteligible a la doncella, que sonaba como el escandaloso cacareo de una gallina asustada mientras salta una cerca para ponerse a salvo. Cuando cesó el alboroto, Drysdale comenzó a recoger en silencio su equipo de pesca para ir al río. No hizo más preguntas y de nuevo Grant se sintió agradecido. Para poner fin al silencio que Drysdale no parecía tener intención de romper, preguntó por el estado del río, y poco después los dos charlaban sobre pesca con la familiaridad de los entusiastas. Caminaron río arriba por la orilla derecha, es decir la opuesta al pueblo y a la casa del párroco, y Drysdale fue mostrándole los lugares idóneos para lanzar el sedal al tiempo que le explicaba sus peculiaridades. El estrecho y rocoso cauce del río se extendía a lo largo de menos de diez kilómetros. Nacía en un lago de montaña y su corriente descendía de forma impetuosa, interrumpida de cuando en cuando por pequeños remansos, hasta llegar al mar en Carninnish.

—Supongo que le vendrá bien estar cerca del pueblo —dijo Drysdale, y sugirió al inspector comenzar en la parte baja del río para ir ascendiendo hacia la colina, donde podría pasar el resto del día.

Grant asintió agradecido.

—¿Esa es la casa del párroco? —dijo Grant al pasar frente a la propiedad de Logan—. Parece que los clérigos escoceses viven holgadamente.

—Así es —respondió el otro con énfasis, pero no siguió hablando del tema.

Grant comentó el notable tamaño del edificio y preguntó si tenían huéspedes. Parecía un lugar agradable para alojarse. Drysdale dijo que por lo que sabía no alojaban habitualmente a nadie y repitió lo que Roddy le había contado sobre el arriendo durante los veranos. Después se despidió con la brusquedad propia de un hombre tímido y se alejó dejando a Grant con la reconfortante seguridad de que tendría un aliado si las circunstancias lo requerían.

Grant decidió empezar a pescar unos doscientos metros por encima de la casa e inició un lento descenso pensando en cómo actuar para no perder de vista la entrada de la residencia y poder vigilar en todo momento si alguien entraba o salía. En su lado del río había un camino de carros que era prácticamente una carretera; pero del otro lado, hasta donde alcanza la vista, solo había un estrecho sendero de ovejas, seguramente abierto por las idas y venidas de pescadores y cazadores, por lo que todo aquel que fuera río arriba casi con toda seguridad subiría por su lado. La casa del párroco estaba rodeada por un muro de piedra, de espaldas a donde él se encontraba y con vistas a la carretera principal al otro lado del río. En la parte interior del muro crecía una hilera de abetos flacos y ralos que, no obstante, ocultaban eficazmente el edificio. Únicamente retazos de los muros encalados y sus ocho chimeneas desvelaban su presencia. En la parte trasera, el muro del jardín descendía hasta la orilla del río y en mitad del muro que flanqueaba el caudal había una pequeña portilla de hierro con el diseño estrictamente funcional típico del norte de Escocia. Aunque no podía ver directamente el tramo de carretera que pasaba justo delante de la casa, sí tenía vistas a ambos lados; de modo que nadie podría salir o entrar sin que él lo advirtiera. Podía permanecer todo el día donde ahora estaba sin despertar sospechas ni llamar la atención de nadie. Era una posición ideal. Grant lanzó por primera vez el sedal,

que zumbó suavemente sobre las cantarinas aguas pardas y brillantes, y sintió que la vida era fabulosa. Hacía demasiado sol para la pesca y sus esperanzas de conseguir alguna pieza eran extremadamente escasas, pero tenía otra presa mucho más interesante al alcance de la mano. Nadie había mencionado que un forastero se alojaba actualmente en la casa, pero del mismo modo que había sabido que el piso de Brixton estaba vacío antes de entrar, Grant tenía ahora la sensación de que su hombre se encontraba tras aquellos muros.

Empezó a pescar a las once, y durante una hora o más ninguna actividad humana aparte de la suya rompió la perfecta paz de la mañana. Dos de las chimeneas seguían humeando perezosamente, tiznando apenas el resplandeciente aire matinal. El río balbuceaba su eterna nana a sus pies y el agua fluía ante sus ojos con hipnótica rapidez. A su derecha, en la distancia más allá del puente, las casas de fachadas blanqueadas cercanas a la costa destacaban en la parte alta del páramo, apacibles como un decorado teatral y bañadas por la luz del sol. Grant empezaba a tener la sensación de que estaba en el interior de un cuadro, parecido a una ilustración que en su juventud le había ayudado a aprender francés, y debía permanecer a la orilla del río para que la pintura se completara. En aquellos momentos no era Grant, detective del DIC, era *le pêcheur*, el pescador, señalado por un anónimo profesor con una varita de madera como ejemplo para educar a algún desconocido. Un cartero que salía del pueblo pedaleando laboriosamente en bicicleta rompió el hechizo. Seguía estando en un cuadro, pero ya no formaba parte de él. Ahora se encontraba en un decorado en miniatura y él era el gigante que estaba a punto de ponerlo todo patas arriba. Seguía sumido en sus reflexiones cuando se abrió la portilla del muro bajo de la casa del párroco y salió una muchacha seguida de un hombre joven. Entre risas, cerraron la portilla con cierta dificultad y

siguieron caminando en fila india por el estrecho sendero en dirección al puente. Grant aún estaba unos cien metros por encima de la casa y ninguno de los dos reparó en su presencia. El hombre llevaba pantalones de franela, una vieja gabardina y una gorra, y lo único que en él hacía pensar en la figura que había desaparecido aquella noche entre la multitud del Strand era su delgadez. Grant estaba sorprendido. Meditando la cuestión durante el viaje había dado por supuesto que el hombre parecería fuera de lugar en aquel entorno. No era probable que un empleado de una casa de apuestas londinense se viera obligado a desembarcar abruptamente en las Tierras Altas sin llamar la atención. En fin, después de todo quizá no fuera su hombre. Esperaba que se dirigieran al puente y a su orilla del río en lugar de al pueblo. De haber querido ir al pueblo habrían salido por la parte delantera de la casa en dirección a la carretera.

Preso del suspense, los observó hasta que la chica giró hacia el puente. No obstante, aún era posible que siguieran en línea recta por la carretera hasta dejar atrás Villa Carninnish. Grant suspiró agradecido al ver que la muchacha, seguida del joven, cambiaba nuevamente de rumbo, esta vez en dirección al río. Subían siguiendo su curso hacia donde él se encontraba y tendrían que pasar a escasos metros por detrás de él. Lanzó metódicamente el sedal, reluciente a la luz del sol, hacia la parte más distante del remanso. Para volver a mirarlos tendría que girarse. En cuestión de un par de minutos lo habrían visto. Y se alegró más que nunca de haber llevado su viejo sombrero —que más que inclinarse sobre su cara la ocultaba casi por completo— y aquel traje tan gastado que había perdido la forma. También sus botas resultarían convincentes incluso para el observador más desconfiado. En esta ocasión no había tenido que disfrazarse para representar su papel, todo era auténtico, y no podía estar más satisfecho. Nada resultaría

sospechoso bajo la avezada mirada de la señorita Dinmont... pues evidentemente aquella joven debía ser la señorita Dinmont. No había nada «urbano» en su atuendo que llamara la atención o pudiera suscitar el interés de su acompañante.

De repente, el sonido de sus voces acalló ligeramente el rumor del agua. Sin duda se habían visto obligados a hablar más alto para poder escucharse mientras caminaban junto al río. Seguían riendo animados y parecían llevarse bien. Grant no se volvió para mirarlos mientras pasaban tras él, y tampoco lo hizo inmediatamente después. De haberlo hecho entonces, una mirada curiosa del hombre habría bastado para descubrirlo. No obstante, en cuanto se alejaron río arriba los observó con atención. ¿Era Lamont? Trató de recordar de nuevo la forma de andar del hombre. Salvo si se finje una cojera, resulta casi imposible disimular con éxito nuestra característica manera de caminar. Pero aún no estaba seguro. De repente el hombre miró hacia atrás. Grant estaba demasiado lejos para verle la cara, pero el gesto le dijo cuanto deseaba saber. Fue tan vívido que antes de racionalizarlo su mente ya lo había arrastrado hasta la calle Bedford. No había ninguna duda, aquel hombre era Lamont. Grant se sintió eufórico. ¿Lo había reconocido Lamont? No lo creía. ¿Cómo iba a hacerlo? Solo la mala conciencia lo había obligado a volverse de ese modo. Si en ese momento se le hubiera ocurrido preguntar a la señorita Dinmont por el desconocido de la orilla, ella le habría respondido que nadie pesca en el río sin antes pedir permiso en Villa Carninnish, y eso habría bastado para apaciguar su inquietud.

¿Y ahora qué? ¿Debía presentarse en casa y detenerlo en cuanto regresara del paseo? Llevaba la orden de arresto en el bolsillo. Pero de pronto sintió la necesidad de asegurarse, más allá de toda duda, de que Lamont era el asesino de Sorrell. Sabía que era el hombre que había discutido con él antes de su muerte. Pero eso no demostraba nada. Aún no había en-

contrado el eslabón que lo conectaba con el puñal. Antes de arriesgarse a ejecutar la orden de detención necesitaba averiguar si Lamont tenía una herida en la mano izquierda causada por la empuñadura. De no ser así, su caso se desplomaría como un castillo de naipes. Por más seguro que estuviera, no podía permitirse el menor fallo llegado el momento de presentar las pruebas ante el jurado. Y no tenía intención de arrestar a nadie mientras existiera alguna posible debilidad. Solo necesitaba conseguir que lo invitaran a la casa del párroco. No sería difícil. Y si todo lo demás fallaba, siempre podía tirarse al río y pedir que le permitieran secarse junto al fuego.

Estaba comiendo los sándwiches que le habían preparado en el Hotel Garnie sobre un pedrusco medio asentado en el agua cuando la pareja regresó. Pasaron corriendo a su espalda hacia el puente, en dirección al pueblo, y finalmente los vio aparecer otra vez y regresar a casa por la carretera. Iban a comer. Estarían ocupados al menos durante una hora y si volvían a salir podría verlos.

Mientras envolvía cuidadosamente los sándwiches que había decidido reservar por si le entraba el apetito más tarde, vio aparecer al policía del pueblo, que bajaba siguiendo la orilla del río empujando una bicicleta pinchada. Al ver a Grant bajó el ritmo —si es que era posible ir más despacio de lo que ya iba sin detenerse por completo— y cuando este lo miró directamente, el recién llegado se detuvo a su lado.

—¿No pican, señor? —preguntó el policía.

Su cara rosada parecía la de una figura de cera, redonda e inexpressiva, y una sola mirada le bastó a Grant para alegrarse de nuevo por haber conocido a Drysdale. Sus ojos azul claro con finas pestañas de color negro le hicieron pensar en los de una muñeca; y un poco convincente bigote de un negro muy brillante formaba una fina línea sobre el labio superior. Su cuerpo regordete y fondón no parecía capaz de correr ni de

ponerse a cubierto, y su lento cerebro de nada le serviría en caso de emergencia.

Grant admitió no haber pescado nada, aunque añadió que con aquella mañana de sol sabía que contaba con escasas probabilidades de hacerlo.

—Cierto, así es —dijo el otro—, pero no tardará en cambiar el tiempo. Rara es la vez que no acaba lloviendo. Seguro que pesca algo antes del anochecer.

Grant reconoció enseguida aquella costumbre de los escoceses de decir lo que creen que quiere oír su interlocutor.

—Tampoco usted ha tenido suerte —dijo, señalando la rueda.

—Muy cierto. Estos caminos acaban con cualquier neumático. A mí al menos me los pagan, pero otros no son tan afortunados. El señor Logan, el párroco —continuó, señalando la casa con la cabeza—, me decía el otro día que los sacerdotes deberían tenerlos pagados igual que la policía. Había tenido tres pinchazos con su coche en una semana. Algo así basta para sacar de sus casillas hasta a un hombre de Dios.

—¿Hay muchos coches en Carninnish?

—Bueno, el señor Drysdale tiene dos, aunque supongo que eso usted ya lo sabrá. Y el señor Logan otro, eso es todo. El otro sacerdote tiene un sidecar.

Y si alguien necesitaba alquilar uno, ¿qué hacían?

Oh, en cuanto a eso, el hotel tenía un Ford a disposición de los huéspedes. Siempre que el establecimiento no lo necesitara. Evidentemente, en opinión del alguacil, un Ford no entraba en la categoría de «coches».

—Ahí va el señor Logan —dijo finalmente el agente—. Se marcha a Arkless, a ver a unos gemelos que acaban de nacer.

Y Grant vio aparecer a lo lejos en la carretera principal, por el lado de la casa más cercano a Garnie, una figura bastante corpulenta que avanzaba río arriba a buen paso.

—Pensaba que la carretera solo iba en dirección a Garnie por ese lado de la colina —dijo Grant.

—Oh, sí. Esa es la carretera principal, pero cuando empieza a ascender la ladera hay un sendero que se bifurca siguiendo el curso del río hacia las granjas que se ven desde la carretera. Ahí es adonde va el señor Logan. Y por eso tiene que ir a pie, algo que no le gusta demasiado.

El alguacil se quedó un rato más observando apaciblemente cómo pescaba Grant, sin duda agradecido por encontrar un poco de entretenimiento en un lugar donde por lo general no había nadie. Y mientras, Grant pensaba en cómo actuaría si el coche del señor Logan apareciera de repente en la carretera y saliera pitando hacia Garnie, en dirección sur. No tendría ninguna garantía de que Lamont fuera a bordo y estaba demasiado lejos para identificar a nadie. Antes de actuar tendría que asegurarse, y después se vería obligado a decidir si salía corriendo en busca de un teléfono o trataba de darle caza. Supuso que podía contar con el Ford del hotel. ¿O quizá el señor Drysdale le prestaría su coche? Sin embargo, la tarde fue transcurriendo sin incidentes y la luz adquirió esa tonalidad blanquecina e indiferente propia de las cuatro de la tarde. El alguacil continuó con su bici hacia el pueblo, donde conseguiría los materiales necesarios para reparar el pinchazo que obviamente había olvidado. Entretanto, nadie salió de la casa. A las cinco en punto Grant comió los sándwiches que le quedaban y empezó a considerar qué otras posibilidades tenía para conseguir entrar en casa del párroco. La idea de sumergirse en el río, si bien solo se le pasó fugazmente por la cabeza, le resultaba menos atractiva a medida que se acercaba la puesta de sol. No obstante, sus cavilaciones se vieron interrumpidas y sus dificultades milagrosamente resueltas cuando unos pesados pasos se detuvieron a su espalda. Al darse la vuelta se encontró con el señor Logan.

El párroco le dio una calurosa bienvenida y su rostro grande y rubicundo, de nariz aguileña, le sonrió con benevolencia.

—No parece que haya tenido mucha suerte —dijo.

No, dijo Grant. Llevaba todo el día y no había pescado ni una pieza. Lo que se iban a reír de él en cuanto regresara a Garnie.

—¡Ah! ¿Se aloja usted en Villa Carninnish?

No, respondió Grant. Se hospedaba en el hotel, aunque el señor Drysdale había tenido la amabilidad de darle permiso para pescar en el Finley durante un par de días.

—¿Vendrá a buscarlo alguien del hotel?

No, respondió Grant. Pensaba regresar a pie cuando se cansara de pescar. Solo eran unos seis kilómetros y de todos modos tendría que dejar sus capturas en casa del señor Drysdale.

—Es una afición algo monótona y desalentadora cuando no pescas nada —dijo el párroco—. ¿Le apetece venir a casa a tomar una taza de té bien caliente? Me llamo Logan. Tomamos el té entre las cinco y media y las seis, así que ya debe estar listo.

Grant le dio las gracias y trató de contener el gozo indecente que le había causado su invitación. El azar jugaba en su favor. Una vez dentro de la casa tendría que ser él el encargado de marcar el ritmo. Le costó no lanzarse al instante a recoger sus cosas, agarrar del brazo al párroco y echar a correr los ochocientos metros que mediaban entre el río y la casa. Pero finalmente logró tomarse su tiempo para coger la caña y sus otras pertenencias, caminó vereda abajo adaptándose al paso del sacerdote, que se había ralentizado de manera apreciable desde primera hora de la tarde, y luego por la carretera en dirección a la entrada principal de la casa. Mientras el párroco caminaba delante de él hacia la puerta, por el ancho sendero señalado por tiras de césped recortadas en horizontal, Grant

sintió cómo se le aceleraba el pulso, y por una vez no se rio de su propia debilidad. Hacía días, Barker había puesto este caso en sus manos y había recibido como pruebas un pañuelo, un revólver y un puñal ensangrentado. Ahora, en el otro extremo del país, estaba a punto de encontrarse cara a cara con el hombre al que había estado buscando.

Se quitaron los abrigos y los sombreros en el vestíbulo, y a través de la puerta cerrada Grant escuchó el tintineo de la porcelana y las voces de varias personas tomando el té. Entonces el señor Logan abrió la puerta y entró en la habitación delante de él.

CAPÍTULO 12

LA CAPTURA

En el comedor había tres personas sentadas a la mesa; una mujer mayor con un ligero parecido a la señora Everett, una joven de cabello rojizo y tez pálida y el Dago. Grant tuvo tiempo de verlos desde detrás del corpachón del párroco antes de que este se apartara dejándolo a la vista de todos. Durante un segundo Lamont abrió los ojos desmesuradamente al verlo, después su rostro adquirió un intenso tono carmesí que de repente desapareció dando paso a una mórbida palidez. El observador que había en Grant pensó en cómo se habría burlado Danny Miller de haber presenciado semejante exhibición. Danny, que era capaz de matar a un hombre y olvidarse de él. No había duda de que el Dago era un aficionado en esta clase de juego. Quizá había sido un crimen accidental y no planeado.

—Tenemos visita —dijo el párroco—. Este es el señor Grant. Me lo he encontrado pescando, aunque no ha tenido suerte. De modo que le he invitado a tomar un té caliente. Mi hermana, la señora Dinmont; mi sobrina, la señorita Dinmont; y un amigo de la familia, el señor Lowe. Bien, ¿dónde quiere sentarse?

Enseguida le ofrecieron una silla junto a la señorita Dinmont y frente a Lamont. Este había inclinado ligeramente la cabeza a modo de saludo durante las presentaciones, pero hasta el momento no había dado ninguna muestra de que fuera a actuar de forma impulsiva. O estaba paralizado o había decidido tomarse las cosas con calma. En cuanto se sentó, Grant reparó en algo que hizo que su corazón volviera a acelerarse. La taza de Lamont estaba en el lado equivocado de su plato. El hombre era zurdo.

—Me alegra que no me hayáis esperado, Agnes —dijo el señor Logan, en un tono que sugería exactamente lo contrario—. Hacía tan buena tarde que decidí cruzar el puente colgante y volver a casa por la otra orilla del río.

—Bien, encantados de que lo hayas hecho —respondió su sobrina—, porque así has traído al señor Grant y de ese modo somos impares y podremos votar. Estábamos discutiendo sobre si la mezcla de razas en una persona es o no algo bueno. No me refiero a blancos y negros sino a distintas clases de blancos. Madre dice que un solo ingrediente es lo mejor, por supuesto, pero eso es porque ella es escocesa de pura cepa desde los tiempos del diluvio o incluso antes. Los Logan son MacLennans, ¿sabe? Y jamás ha habido un MacLennan que no tuviera su propia barca. Pero mi padre era del concejo de Borders y mi abuela inglesa, y la madre del señor Lowe italiana, de modo que estamos categóricamente en el otro bando. Bien, estoy segura de que tío Robert está con mamá, pues también él es cien por cien montañés de las Tierras Altas y por tanto tozudo hasta la médula, además de terriblemente orgulloso como todos los de su raza. Así que necesitamos apoyo. ¿Qué me dice, sus ancestros también usaban tartán?

Grant respondió, con total honestidad, que pensaba que cualquier cepa mixta siempre tenía más valor que una pura. Y eso en el hipotético caso de que en la actualidad existiera

algún ejemplar puro de algo, hablaran de lo que hablaran. El mestizaje aportaba al hombre una mayor riqueza y diversidad en lugar de unas pocas cualidades en exceso, y eso era bueno. Propiciaba más inteligencia y versatilidad, y en consecuencia una mayor empatía y amplitud de miras. En resumen, estaba del lado de la señorita Dinmont y del señor... Lowe.

Teniendo en cuenta la frivolidad de la conversación, a Grant le sorprendió la vehemencia y seriedad con que el señor Logan le contradijo. Su raza era un fetiche para él y, al compararla con la mayoría de las regiones de Europa Occidental, todas salían terriblemente mal paradas. Solo cuando estaban terminando el té Grant descubrió, con gran regocijo, que Logan no había salido de Escocia en toda su vida. Con los despreciados habitantes de las Tierras Bajas solo había tenido trato durante su formación sacerdotal haría unos treinta años, y de las demás naciones no sabía nada. Frustrado su intento de aligerar el tono de la conversación —noblemente secundado por la señorita Dinmont— Grant se limitó a hacer las veces de coro griego de su anfitrión mientras vigilaba atentamente a Lamont.

El Dago empezaba a tener mejor aspecto. Cuando miró a Grant a los ojos, dejando a un lado el evidente antagonismo, no había nada reseñable en su mirada. En ningún momento trató de ocultar la pequeña cicatriz que tenía en el dedo pulgar, aunque sin duda debía saber que era una prueba condenatoria, del mismo modo que era consciente de lo que había hecho con su taza. Estaba claro que sabía que el juego había terminado. No obstante, aún quedaba por ver si llegado el momento se entregaría de forma pacífica. Al menos Grant se alegró de ver aquel antagonismo en su mirada. Nunca es agradable arrestar a un cobarde. Un agente de policía siempre preferirá un poco de resistencia antes que una rendición incondicional. Y en esta ocasión era obvio que su hombre no iba a entregarse sin más.

Pero había un detalle que hizo que Grant decidiera andarse sin remilgos con Lamont: al parecer había dedicado los tres días de su estancia a ganarse la simpatía de la señorita Dinmont. Incluso ahora le sonreía cada vez que ella lo hacía y su mirada buscaba la de ella con más frecuencia que la de cualquier otra persona de la mesa. La señorita Dinmont le pareció una joven sobradamente capaz de cuidar de sí misma —de apariencia hábil y astuta, como todos los pelirrojos—, pero eso no era excusa para que Lamont tratara de aprovecharse de ella. Quizá solo pretendía conseguir un aliado. Los prófugos de la justicia acusados de asesinato no suelen tener tiempo para romances; menos aún cuando se trata de un criminal aficionado. Sin duda era un flagrante y cruel caso de oportunismo. Bueno, de cualquier manera, no iba a tener ocasión de pedir ayuda a ningún aliado. Grant se encargaría de ello. Entretanto, siguió participando en la conversación al tiempo que daba buena cuenta de la trucha que al parecer era la *pièce de résistance* del té de las cinco y media en la casa del párroco. El Dago también comía, y Grant se preguntó cuánto le costaría tragar cada bocado. ¿Estaba preocupado o ya había dejado atrás ese punto? ¿Aquel desvergonzado «¿No le parece, señor Grant?» era una fanfarronada o había sido auténtico? Sus manos no temblaban —esa mano izquierda, delgada y morena, que había acabado con la vida de su amigo— y tampoco había dejado de conversar. Era obvio que para los demás no había ninguna diferencia entre el hombre que ahora se encontraba sentado a la mesa y el que había estado con ellos a la hora de comer. El Dago lo estaba haciendo muy bien.

Al terminar el té, cuando se disponían a fumar, Grant ofreció un cigarrillo a la señorita Dinmont y ella alzó las cejas con fingido horror.

—Mi querido señor —dijo—, esta es la casa de un pastor de las Highlands. Si le apetece salir y sentarse en una piedra junto al río me fumaré uno, pero no bajo este techo.

El «bajo este techo» era obviamente una cita textual, pero su tío fingió no haberla escuchado.

—Me encantaría —respondió Grant—, pero se está haciendo tarde y, puesto que he de regresar a pie a Garnie, será mejor que me ponga en marcha. Les estoy muy agradecido por poner un agradable final a mi jornada. Quizá al señor Lowe le apetezca acompañarme durante un trecho del camino. Aún es temprano y hace muy buen tiempo.

—Por supuesto —dijo el Dago, y salió delante de él en dirección al vestíbulo.

Grant abrevió su despedida por temor a que Lamont hubiera desaparecido, pero lo encontró en el vestíbulo poniéndose tranquilamente la gabardina que llevaba por la mañana. Entonces la señorita Dinmont se unió a su tío, que se disponía a escoltar a los dos hombres hasta la entrada, y Grant temió de repente que la muchacha se ofreciera a acompañarlos. Quizá el modo en que Lamont le dio la espalda logró que se echara atrás. A nadie habría sorprendido que él le dijera «¿Viene usted también con nosotros?». Pero no dijo nada. Y tampoco se dio la vuelta, aunque sabía que ella estaba detrás. Lo que solo podía significar que no la necesitaba, por lo que la sugerencia que la joven había estado a punto de hacer murió en sus labios. Grant volvió a respirar aliviado. Lo último que necesitaba en aquel momento era una escena, si la podía evitar. Al llegar a la entrada de la finca ambos hombres se dieron la vuelta para mirar a los dos que aún aguardaban en la puerta. Al volver a ponerse su maltrecho sombrero, Grant se fijó en el saludo de Lamont. Se limitó a levantar levemente la gorra antes de volver a calársela, pero Grant no había imaginado que ningún gesto pudiera constituir tan elocuente guiño de despedida.

Ascendieron en silencio la ligera pendiente inicial de la carretera hasta un punto en el que ya no podían ser vistos desde la casa, en la bifurcación donde la vía principal seguía

subiendo colina arriba y el sendero hacia las granjas continuaba el curso del río. Entonces Grant se detuvo y dijo:

—Imagino que sabe por qué estoy aquí, Lamont.

—No sé a qué se refiere exactamente —respondió Lamont, sin perder la calma.

—Soy el inspector Grant de Scotland Yard y tengo una orden de arresto contra usted por el asesinato de Albert Sorrell en la cola del Woffington la noche del trece. Debo advertirle que cualquier cosa que diga puede ser utilizada como prueba en su contra. Debo asegurarme de que no va armado. ¿Le importaría sacar las manos de los bolsillos para que le registre?

—Creo que se ha equivocado, inspector —dijo el hombre—. Dije que le acompañaría un trecho, pero no hasta el final del camino. Aquí nos separamos.

Sacó la mano izquierda del bolsillo de repente y Grant, que esperaba un revólver, golpeó su mano en cuanto la levantó, pero incluso al cerrar fugazmente los ojos de forma instintiva tuvo ocasión de ver que lo que sostenía era el pimentero azul que había en la mesilla de té del comedor del párroco. Indefenso, medio ciego, estornudando y tosiendo oyó los veloces pasos de Lamont por el sendero del páramo, y trató desesperadamente de recuperar la compostura, al tiempo que trataba de escuchar en qué dirección se alejaban. Pero aún tuvieron que transcurrir dos minutos hasta que consiguió ver lo bastante bien para poder seguirlo. Recordó aquella tarde en el Strand y esta vez decidió que se tomaría su tiempo. Ningún hombre, ni siquiera uno tan delgado y aparentemente ágil como el Dago, podía correr de forma indefinida. Había un radio de posibilidad delimitado por la circunferencia del punto de agotamiento. Y a juzgar por la dirección que había tomado, cuando alcanzara dicho límite el Dago se encontraría en una zona que le ofrecería escasas posibilidades de huir. Y, por lo que ya sabía de él, era lo bastante astuto como para dar-

se cuenta. Por tanto, lo más probable es que volviera a utilizar la misma táctica de aquella tarde en el Strand: permanecer escondido, posiblemente hasta que la oscuridad le permitiera moverse con seguridad, y después regresar en busca de una vía de escape más segura.

Bueno, pensó Grant, el hombre que consigue permanecer en terreno más elevado es el que domina la situación. Algunos metros más adelante, un pequeño reguero de agua descendía por la colina. El vallecito que formaba no era lo bastante profundo como para permitirle ocultarse estando de pie, pero si se agachaba conseguiría ascender por la ladera sin ser visto desde el sendero del páramo. Escrutando su entorno lo mejor que pudo con los ojos aún irritados, se adentró en la pequeña vaguada y continuó caminando acuclillado, deteniéndose cada poco para cerciorarse de que no había nadie cerca y él seguía a cubierto. Más arriba, el pequeño caudal discurría bordeado por abedules achaparrados, y al seguir subiendo vio una pequeña planicie que se extendía al arropo de abedules más altos. Los abedules, que no han recuperado por completo las hojas después del invierno, no son el camuflaje ideal, pero el llano constituía un estupendo mirador, de modo que Grant decidió arriesgarse a ascender hasta allí. Caminó con cautela desde la arenosa orilla del arroyo hasta pisar la hierba fina que alfombraba el llano, y una vez allí continuó arrastrándose en dirección a las matas de brezo, que hacían las veces de protección natural ante un despeñadero de varios metros con una buena panorámica de la falda de la colina. Desde allí podía ver todo el valle, exceptuando un pequeño bancal a su derecha, que quedaba oculto por una de esas pilas de leña rectangulares tan típicas del paisaje de la región. Al ver la pila de madera, Grant no tuvo la menor duda. La leña sería para Lamont el equivalente de la puerta en el extremo de la calle Bedford. Estaba seguro de que Lamont se ocultaba tras ella en ese pre-

ciso instante, aguardando hasta verlo pasar por la carretera para continuar su avance. Lo que Grant no acababa de ver claro era qué esperaba encontrar Lamont allí en lugar de taxis y autobuses. ¿Qué podía proporcionarle aquel lugar aparte de oscuridad? Y, por otro lado, ya debía de haberse percatado de que si esperaba hasta la noche, Grant alertaría a las autoridades. La luz era cada vez más escasa. ¿Debía abandonar su escondite para dar la voz de alarma, o era exactamente eso lo que quería Lamont? ¿Estaría siguiéndole el juego a su presa si ahora abandonaba la vigilancia para regresar con un equipo de búsqueda? Ojalá pudiera decidir, adivinar cuál iba a ser la siguiente jugada de Lamont. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que Lamont esperaba que se marchara a pedir ayuda. Era la alternativa más obvia. Le había ofrecido al joven la oportunidad de que lo acompañara de forma discreta y él la había dejado pasar, aunque el hecho de que se resistiera había dejado definitivamente en evidencia su culpabilidad. Y ahora más que nunca el prófugo esperaba que el inspector no tuviera el menor reparo en detenerlo sin pensar en cómo iba a sentirse nadie, y que regresara en busca de ayuda para emprender la caza definitiva. Si esto era cierto, Grant debía permanecer donde estaba vigilando la zona.

Continuó largo rato tendido sobre el brezo húmedo y mustio, observando el valle sereno entre las ramas. En una ocasión escuchó rechinar los amortiguadores de un coche a lo lejos, a su izquierda, y poco después vio que el vehículo atravesaba el puente y avanzaba como una pequeña araña negra por la carretera, por detrás de Villa Carninnish, antes de desaparecer por la carretera de la costa en dirección norte. Una oveja baló a lo lejos en lo alto de la colina y una alondra tardía trino sobre su cabeza, a una altura donde aún llegaba la luz del sol. Sin embargo, en el valle todo parecía haberse detenido salvo el río, sobre el cual caía ya con su característica

lentitud el crepúsculo del norte. Entonces algo se movió junto al río. Grant permaneció inmóvil conteniendo la respiración, con el corazón latiendo con fuerza contra el suelo y marcando el compás en sus oídos. Debía esperar un poco más, aunque esta vez pudo ver con claridad lo que buscaba. Su presa salió de detrás de una enorme roca de unos cuatro metros junto al río y volvió a desaparecer al arropo de la orilla. Grant siguió aguardando sin perder la paciencia. ¿Pensaba atrincherarse allí o se dirigía a algún sitio? A pesar de su ansiedad no pasó por alto la distraída indulgencia con que el hombre tiende a observar a los animales salvajes cuando están desprevenidos y concentrados en sus quehaceres —ese cosquilleo que sienten todos los seres humanos mientras espían—. Y finalmente, un leve movimiento corriente abajo le hizo darse cuenta de que Lamont estaba avanzando. Se dirigía a algún sitio. Y para ser de ciudad se escondía la mar de bien. Pero, claro, sin duda habría estado en la guerra. Grant había olvidado que Lamont era lo bastante mayor para conocer el servicio activo. Probablemente sabía cuanto era necesario sobre el arte del camuflaje. La segunda vez Grant no había visto nada, tan solo había percibido el movimiento. Y posiblemente tampoco habría visto antes de haber existido un mejor modo de salir de detrás de aquella roca y buscar refugio sin tener que exponerse. No hubo más indicios de movimiento, y Grant recordó que, si continuaba por la orilla izquierda del río, Lamont podría avanzar sin ser visto durante todo el camino. Había llegado el momento de abandonar su sitio en tribuna para descender a la arena. ¿Qué plan tenía Lamont? Si continuaba en la misma dirección estaría de vuelta en casa del párroco en un cuarto de hora. ¿Era allí adonde se dirigía? ¿Pretendía aprovecharse de la ternura que al parecer había conseguido inspirar en la joven Dinmont? No era un mal plan. Si Grant hubiera actuado como esperaba Lamont, es decir, yendo a buscar ayuda, el

último lugar donde se les ocurriría buscarlo después sería en casa del señor Logan.

Grant soltó un juramento y volvió a descender por la vaguada tan rápido como pudo sin llamar la atención. No tardó en llegar de nuevo al sendero del páramo y allí se detuvo, preguntándose cuál sería la mejor manera de proceder. Entre él y el río había una pequeña extensión de páramo, por supuesto repleta de rocas, pero sin nada que permitiera ocultarse a cualquier ser vivo más grande que un conejo. Solo la pila de leña que se alzaba más adelante había permitido a Lamont alcanzar el río sin ser visto. Bien, ¿y si finalmente se decidía a regresar para dar la voz de alarma? ¿Podría atrapar al hombre escondido por la sobrina del pastor?, se preguntó el observador que había en él. Bueno, ¿y por qué no?, se reprochó enfadado. Si le ofreciera refugio, sin duda la joven se habría buscado todo lo que se le viniera encima... «Pero no adelantes acontecimientos», replicó su otra mitad. «Primero asegúrate de que se dirige a la casa del párroco y después síguelo y arréstalo allí».

Eso parecía bastante sensato. Con la esperanza de no ser visto desde donde se encontrara Lamont, Grant atravesó a toda velocidad el pequeño páramo en dirección al río. Seguir al hombre hasta el lecho del río implicaba un gran riesgo de ser descubierto. Y lo último que necesitaba era que el otro echara a correr. Lo ideal sería que entrara en casa y se pusiera cómodo. Así sería más fácil atraparlo. Si por casualidad cruzaba el río podía ir tras sus pasos por el otro lado, manteniendo una posición más elevada; incluso podría permitirse avanzar en paralelo a él, si es que era capaz de alcanzarlo sin que se diera cuenta de que lo seguía. Miró el torrente. En sus circunstancias, el tiempo era precioso y ya no le importaba mojarse. Una cosa era valorar en abstracto la posibilidad de meterse en un torrente de agua helada tras sopesar tranquilamente los pros y

los contras de una determinada situación y otra muy distinta lanzarse al río en mitad de una persecución. Grant escogió un lugar donde el caudal estaba dividido en tres partes por dos grandes rocas. Si conseguía llegar a la primera podría alcanzar la segunda y después dar un salto hasta la otra orilla. Entonces le bastaría con agarrarse al borde y trepar. Retrocedió un par de pasos y midió la distancia hasta la primera roca. Esta era la más plana de las dos y parecía ofrecer un buen punto de apoyo. La segunda era más puntiaguda, de modo que tendría que tocarla únicamente para tomar impulso.

Entonando una muda oración se lanzó al vacío y no tardó en sentir cómo sus botas claveteadas patinaban al entrar en contacto con la superficie, pero enseguida recuperó el equilibrio. Notó que la piedra se inclinaba ligeramente bajo su peso hacia las negras aguas y sin pensarlo volvió a saltar, pero incluso estando en el aire supo que no había tomado impulso suficiente en aquella roca inestable. Llegó a la segunda muy escorado y alcanzó la otra orilla con las manos justo a tiempo para evitar hundirse en el agua más arriba de la cintura. Agradecido y sin aliento, logró salir, escurrió todo lo que pudo sus empapados pantalones de *tweed* para que el peso no ralentizara su marcha y siguió corriendo hacia una zona más elevada. Nunca un páramo le había parecido tan traicionero. Terrones de barro y hierba seca se deshacían bajo sus botas, zarzales marchitos se enganchaban a sus pantalones mojados con la misma tenacidad que si estuvieran vivos, ramas de abedul escondidas aparecían de la nada golpeándolo mientras caminaba y había hoyos por doquier aguardando su siguiente paso. Aquello parecía una atracción de feria, pensó furioso, más que un intento serio de atrapar a un criminal. Jadeante, llegó a un meandro del río y se agachó con brusquedad para reconocer el terreno. Ahí estaba su hombre, unos cuarenta y cinco metros por encima de la casa del párroco, avanzando despacio

y con evidente cautela. A Grant se le ocurrió que era él, el perseguidor, quien se estaba llevando la peor parte, mientras el perseguido avanzaba agradablemente en campo abierto siguiendo una ruta bien planificada. Bueno, no sería así durante mucho tiempo. En cuanto el hombre cambiara de dirección para dirigirse a la portilla trasera, junto a la cual Lamont y la señorita Dinmont se reían por la mañana con tanta serenidad, Grant saldría del brezal y correría tan rápido como pudiera siguiendo el camino de carros junto al río. Llevaba una automática en el bolsillo y unas esposas, y esta vez utilizaría ambas cosas si era necesario. Su hombre no iba armado, de lo contrario no habría robado el pimentero de la mesilla de té, pero no pensaba correr más riesgos. Ya no tendría en cuenta los sentimientos de nadie en este caso, menos aún los suyos. Aunque todas las mujeres de aquí a Land's End se pusieran histéricas al mismo tiempo, le daba igual.

Grant seguía echando humo, frunciendo el ceño y prometiéndose toda clase de desquites cuando vio al hombre atravesar la puerta principal. Me hubiera encantado ver la cara de Grant en ese momento, ver cómo la ira, la frustración y el resentimiento de un hombre que ha tratado de actuar decentemente —solo para descubrir que su propia decencia se ha aprovechado de él—, se transformaban en una máscara de puro asombro e incredulidad más propios de un chiquillo que contempla por primera vez un espectáculo de fuegos artificiales. Parpadeó varias veces, pero la imagen seguía siendo la misma; lo que veía era real. El hombre había salido por la puerta principal y ya estaba al final del muro de la casa, caminando en dirección al puente. ¿Qué estaba haciendo ese idiota? Sí, Grant pensó que tenía que ser un necio o un idiota. Había llevado a cabo un plan de fuga casi perfecto para regresar a su refugio, pedir ayuda a la señorita Dinmont y permanecer escondido en la casa el tiempo que fuera necesario. Y el

muy imbécil no lo aprovechaba. Ya estaba cerca del puente. ¿En qué estaba pensando? Avanzaba con paso decidido, cada uno de sus movimientos parecía tener un propósito. Daba la sensación de que estaba demasiado ocupado pensando en lo que iba a hacer a continuación como para preocuparse por sus actuales circunstancias, más allá de mirar de cuando en cuando a su espalda hacia el lecho del río. Lo cierto es que de poco le habría servido buscar algún sitio donde ponerse a cubierto cerca del pueblo. Pues incluso a esta hora en que nada se movía (y todos estaban en sus casas dando cuenta de la cena hasta que una hora más tarde salieran a fumar su pipa a la luz del crepúsculo en el extremo del puente) cabía la posibilidad de que el azar hiciera aparecer a algún transeúnte, en cuyo caso cualquier intento de esconderse resultaría sospechoso. El hombre subió hasta la carretera al llegar junto al puente, pero no continuó hacia el norte, a su derecha, ni a la izquierda en dirección al pueblo. Atravesó la carretera y desapareció nuevamente camino de la ribera del río. ¿Qué podía haber allí? ¿Pensaba rodear el hotel, que se encontraba justo donde el río se unía al mar, para intentar robar el Ford? Pero sin duda contaría con que para entonces Grant ya hubiera ido a dar la voz de alarma. De ningún modo se arriesgaría a ir desde la costa hasta el garaje después de haberle proporcionado tanto tiempo a su perseguidor (casi se diría que deliberadamente) para pedir ayuda... ¿La costa?

¡La costa! ¡Santo Dios, eso era! El hombre iba a buscar una embarcación. Todos los botes estarían amarrados en la orilla desierta que no se podía ver desde el pueblo. La marea estaba alta... de hecho, estaría a punto de empezar la bajamar... y no habría nadie, ya fuera niño o adulto, para presenciar su partida. Grant echó a correr colina abajo, maldiciendo con reticente admiración el ingenio de aquel hombre. Grant conocía bien las costumbres de la región y sabía que esos botes

no se utilizaban a menudo. Cualquiera que haya pasado cierto tiempo en un pueblo de la costa sabe que uno de los productos más escasos por allí es el pescado fresco. Literalmente, podrían pasar días antes de que alguien se percatara de que el bote de Mackenzie había desaparecido, e incluso entonces creerían que lo habían tomado prestado y se guardarían sus reproches —algo que sin duda requería siempre un gran esfuerzo— para cuando el culpable decidiera devolverlo. ¿Había pensado todo eso Lamont mientras tomaban el té en casa del párroco?, se preguntó Grant sin dejar de avanzar por el camino de carros, ¿o quizá fue mera inspiración divina? Si lo había planeado, se dijo mientras corría por la carretera hacia el puente, que de repente parecía estar tan lejos, entonces también había planeado el asesinato en la cola del teatro. Si uno se paraba a pensarlo, incluso teniendo una abuela italiana, la gente no suele andar por la calle con un puñal en el bolsillo solo «por si acaso». Lamont era un villano más consumado de lo que había creído, a pesar de su falta de autocontrol en dos ocasiones consecutivas.

Antes de llegar al camino para carros en su primera carrera colina abajo, Grant ya había decidido cómo iba a actuar. Al salir con Drysdale de Villa Carninnish esa mañana había reparado en un cobertizo para botes justo detrás del edificio principal, con un pequeño embarcadero que continuaba varios metros en dirección al mar, en el cual había visto —ahora no había ninguna duda— la popa de una lancha a motor. Esperaba no haberse equivocado. Si Drysdale estaba en casa cuando él llegara, y para entonces aún quedaba algo de luz, entonces Lamont podía darse por perdido. Pero quizá era mucho pedir.

Cuando llegó al puente estaba casi sin aliento. Había atravesado ambos lados del valle con sus incómodas botas de pesca y el peso extra de la ropa de *tweed* mojada. Por más convencido que estuviera de que debía seguir adelante tuvo

que hacer un gran esfuerzo para continuar corriendo a toda velocidad por la carretera norte durante los escasos cien metros que aún lo separaban de las puertas de Villa Carninnish. Una vez allí, había dejado atrás la peor parte. El edificio solo estaba a unos pocos metros de la entrada, en la estrecha franja de terreno que se extendía entre la carretera y el mar. Cuando el mayordomo de Drysdale vio a un hombre empapado y sin aliento en la puerta sacó al instante sus propias conclusiones.

—¿Le ha pasado algo al patrón? —preguntó—. ¿Qué sucede? ¿Se ha ahogado?

—¿No está aquí? —dijo Grant—. ¡Maldita sea! Eso es una lancha a motor, ¿verdad? ¿Puedo cogerla prestada?

Señaló como pudo el embarcadero y el mayordomo lo miró con desconfianza. Ninguno de los criados estaba presente cuando Grant llegó por la mañana.

—No, señor, no puede —respondió el mayordomo—. Y cuanto antes se marche de aquí mejor será para usted. Cuando llegue el señor Drysdale preferirá no haber venido, se lo aseguro.

—¿Vendrá pronto? ¿Cuándo va a volver?

—Estará aquí en cualquier momento.

—¡Pero en cualquier momento puede ser tarde!

—¡Márchese! —dijo el mayordomo—. Y la próxima vez no beba tanto.

—Escúcheme —replicó Grant cogiéndolo del brazo—, no sea estúpido. Estoy tan sobrio como usted. Venga aquí, donde pueda ver el mar.

Algo en su tono de voz logró captar la atención de aquel hombre y, aunque era obvio que temía ser atacado, finalmente se acercó a aquel chiflado que parecía haber salido de la nada. En mitad del lago había un bote de remos que avanzaba con rapidez en dirección al mar por el estrecho estuario, al inicio de la bajamar.

—¿Ve usted eso? —preguntó Grant—. Necesito alcanzar a ese bote y no podré hacerlo con una barca de remos.

—No, no podrá —dijo el hombre—. Las corrientes que hay allí se lo impedirían.

—Por eso necesito la lancha a motor. ¿Quién la maneja? ¿El señor Drysdale?

—No. Normalmente lo hago yo siempre que sale.

—Entonces, vamos. Tendrá que hacerlo ahora. El señor Drysdale sabe quién soy. He estado pescando en el río todo el día. Para empezar, ese hombre ha robado un bote y tengo que detenerlo por otros motivos, así que dese prisa.

—¿Se responsabilizará usted de todo si le acompaño?

—Ah, claro que sí. Tendrá usted a la ley de su lado, no se preocupe. Eso se lo puedo prometer.

—Bien, pero al menos tengo que dejar una nota —dijo, y salió corriendo hacia la casa.

Grant trató de darle el alto, pero ya era tarde. Durante un segundo temió que después de todo no estuviera convencido y solo intentara eludirlo, pero enseguida regresó y ambos corrieron a través de la pradera en dirección al embarcadero, donde flotaba el *Amo Robert*. Evidentemente, Drysdale había bautizado la embarcación con el nombre del caballo cuya victoria en el Grand National le había proporcionado el dinero para comprarla. Mientras el mayordomo manipulaba el motor que no terminaba de arrancar, Drysdale apareció con su arma en un extremo de la casa, recién llegado tras pasar la tarde en la colina. Grant lo recibió entusiasmado y le explicó rápidamente lo sucedido. Drysdale no dijo nada, pero enseguida se dirigió al mayordomo y le dijo:

—Está bien, Pidgeon. Yo llevaré a Grant. ¿Se encargará de que tengamos una buena cena preparada para dos... no, para tres... cuando volvamos?

Pidgeon bajó del bote con una rapidez que no trató de disimular y dio un empujón a la embarcación. Drysdale arrancó el motor y con un bramido salieron velozmente del embarcadero en dirección al lago. Mientras viraban con cierta brusquedad para poner rumbo al lago, Grant concentró su mirada en la oscura figura perfilada contra el amarillo pálido del cielo de poniente. ¿Qué haría Lamont esta vez? ¿Se entregaría de forma pacífica? Poco después la figura cambió de dirección. Al parecer se dirigía a la orilla sur, y al alejarse del horizonte iluminado se volvió invisible ante las colinas de esa parte del lago.

—¿Puede verlo? —preguntó Grant, ansioso—. Yo no.

—Sí, se dirige al sur. No se preocupe. Llegaremos antes que él.

En cuanto variaron el rumbo, Grant tuvo la sensación de que la costa se aproximaba a ellos de forma casi milagrosa, y segundos después atisbó de nuevo el bote. Lamont remaba desesperadamente hacia la orilla. Poco acostumbrado a medir distancias en el agua, a Grant le resultó difícil estimar lo lejos que estaban de la costa y de su hombre. Pero la súbita pérdida de velocidad del *Amo Robert* le dijo cuanto necesitaba saber. Drysdale sabía lo que hacía. En cuestión de un minuto lo habrían alcanzado. Menos de cuarenta metros separaban a las dos embarcaciones cuando de repente Lamont dejó de remar. Se está rindiendo, pensó Grant. Entonces vio que el hombre se agachaba. ¿Cree que le vamos a disparar?, pensó Grant, desconcertado. Y entonces, cuando Drysdale ya había apagado el motor y se aproximaban a él con sorprendente suavidad, Lamont se levantó súbitamente sin chaqueta ni sombrero y subió a la regala dispuesto a saltar. Sus pies descalzos resbalaron en la madera mojada y con un desagradable crujido que se escuchó perfectamente su nuca chocó con el borde de la embarcación y el joven desapareció bajo el agua.

Cuando se detuvieron junto al bote Grant ya se había quitado la chaqueta y las botas.

—¿Sabe usted nadar? —preguntó Drysdale, muy tranquilo—. Si no esperaremos hasta que salga a la superficie.

—Oh, sí —respondió Grant—. Me las arreglaré, sabiendo que hay un bote esperando para salvarme. Creo que si quiero atraparlo no me queda más remedio que ir por él. Se ha dado un golpe terrible.

Se zambulló en el agua. Seis o siete segundos después su cabeza reapareció en la superficie y consiguió subir al bote al hombre inconsciente con ayuda de Drysdale.

—¡Lo tengo! —dijo, apoyando su cabeza inerte en el suelo de la embarcación.

Drysdale ató el bote de remos a la popa del *Amo Robert* antes de arrancar de nuevo el motor y observó a Grant mientras se escurría la ropa mojada y examinaba concienzudamente su captura. El hombre estaba completamente inconsciente y sangraba por un feo corte en la nuca.

—Siento lo del suelo —se disculpó Grant mientras la sangre se acumulaba formando un charquito.

—No se preocupe —dijo Drysdale—. Ya lo limpiaré. ¿Es este el hombre que buscaba?

—Sí.

Examinó el rostro moreno e inconsciente durante unos instantes.

—¿Por qué lo buscaba, si no es indiscreción?

—Por asesinato.

—¿De veras? —dijo Drysdale, con la misma entonación que si Grant hubiera dicho que lo perseguía por robar ovejas—. ¿Es extranjero?

—No, londinense.

—Bueno, ahora mismo se diría que después de todo ha conseguido escapar del cadalso, ¿no le parece?

Grant miró fijamente al hombre que estaba tendido frente a él. ¿Tan grave había sido la caída? ¿Seguro que no!

Minutos después, cuando ya estaban cerca de Villa Carninnish, Grant volvió a hablar:

—Se alojaba con los Logan en la casa del párroco. No me parece adecuado presentarme otra vez allí con él. Creo que lo mejor será llevarlo al hotel y después las autoridades se harán cargo del asunto.

Sin embargo, cuando estaban a punto de llegar al embarcadero y Pidgeon, que había estado montando guardia a la espera de su regreso, salió a su encuentro, Drysdale dijo:

—El hombre al que hemos ido a buscar se ha desmayado. ¿En qué habitación habían encendido el fuego para el señor Grant?

—La que está junto a la suya, señor.

—Bien, entonces ahí lo llevaremos. Dígale a Matheson que vaya a Garnie a buscar al doctor Anderson. Luego avise a los del hotel de que el señor Grant dormirá aquí esta noche y pídales que traigan sus cosas.

Grant protestó ante tan innecesaria generosidad.

—¿Este hombre apuñaló por la espalda a su amigo! —dijo.

—No lo hago por él —respondió Drysdale, sonriendo—, aunque tampoco condenaría ni a mi peor enemigo a quedarse en ese hotel. De todos modos, no creo que quiera usted perder a su hombre ahora que ha conseguido atraparlo. No parece que haya sido fácil. Y para cuando hayan encendido un fuego en condiciones en una de esas gélidas habitaciones que tienen y lo metan en la cama —añadió señalando el hotel al otro lado del río—, puede darlo por muerto. Aquí, sin embargo, podemos llevarlo ahora mismo a la habitación que había preparado para usted, pues está lista y caliente. Es mucho mejor y más rápido instalarlo ahí. ¡Ah, Pidgeon! —exclamó cuando el hombre estaba a punto de entrar en casa—. Mantén la boca

bien cerrada. Este caballero ha tenido un accidente. Vimos que estaba en apuros y fuimos a ayudarlo.

—Muy bien, señor —respondió Pidgeon.

De modo que entre Grant y Drysdale llevaron el desmayado cuerpo escaleras arriba y le prestaron los primeros auxilios en la gran habitación caldeada por el fuego de la chimenea. Después Pidgeon y Grant lo metieron en la cama mientras Drysdale escribía una nota a la señorita Dinmont explicándole que su joven invitado había tenido un pequeño accidente y pasaría la noche en su casa. Había sufrido una ligera contusión, pero no había motivo de alarma.

Grant acababa de ponerse algo de ropa de su anfitrión después de secarse y estaba sentado junto a la cama, a la espera de que anunciaran la cena, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Al instante la señorita Dinmont entró en la habitación. No llevaba sombrero y sostenía bajo el brazo un pequeño paquete, aunque parecía muy serena.

—He traído algunas de sus cosas —dijo ella, antes de acercarse a la cama y examinar a Lamont con actitud profesional.

Por romper el silencio, Grant dijo que habían enviado a alguien a buscar al doctor, pero que en su opinión (la de Grant) no era más que una simple conmoción. Tenía un corte a la altura de la nuca.

—¿Cómo sucedió? —preguntó ella.

Pero Grant ya había tenido tiempo de elaborar una versión alternativa y creíble de lo ocurrido después de quitarse la ropa mojada.

—Nos cruzamos con el señor Drysdale, que se ofreció a llevarnos. El señor Lowe resbaló en el borde del embarcadero y se golpeó la cabeza al caer.

Ella asintió en silencio. Parecía estar dándole vueltas a algo que no era capaz de expresar.

—Bien, me quedaré a atenderlo esta noche. Qué suerte que lo acogiera el señor Drysdale —dijo, desatando el paquete con naturalidad—. ¿Sabe usted? Esta mañana mientras caminábamos junto al río tuve el presentimiento de que iba a suceder algo. Me alegro de que fuera esto y no algo peor. Podría haber muerto alguien y para eso no hay cura —tras una pequeña pausa y sin dejar de atender al paciente, dijo por encima del hombro—: ¿También pasará usted la noche en casa del señor Drysdale?

Grant respondió que sí, y en ese momento se abrió la puerta y entró el aludido.

—¿Está listo, inspector? Debe tener hambre —dijo, y entonces vio a la señorita Dinmont.

Desde ese momento Grant consideró a su anfitrión un hombre dotado de una inteligencia de primera clase, lamentablemente desaprovechada. Sin tan siquiera parpadear, continuó hablando—: Bien, señorita Dinmont, ¿estaba usted preocupada por este joven granuja? No creo que haya motivos. Se trata de una ligera conmoción. Enseguida llegará el doctor Anderson.

Con otra mujer habría salido airoso, pero Grant sintió una ligera punzada en el estómago al reparar en la inteligente mirada de la señorita Dinmont.

—Gracias por acogerlo en su casa —dijo mirando al señor Drysdale—. No hay mucho que hacer hasta que llegue el médico. Pero igualmente pasaré aquí la noche, si no le importa, y cuidaré de él —acto seguido se volvió hacia Grant y dijo con rotundidad—: ¿Qué clase de inspector es usted?

—De educación —respondió Grant en el calor del momento, sin pensarlo demasiado.

E inmediatamente deseó no haberlo hecho. También Drysdale se dio cuenta de que había sido un error, mas lo respaldó lealmente.

—No lo parece, ¿verdad? Pues ya ve, al parecer la inspección educativa es el último refugio de los hombres de acción. ¿Necesita usted algo antes de que nos vayamos a comer, señorita Dinmont?

—No, gracias. ¿Puedo llamar a la doncella si preciso de algo más tarde?

—Hágalo, por favor —respondió Drysdale—. O acuda a nosotros si lo considera conveniente. Estaremos en el piso de abajo.

Salió de la habitación y se alejó por el pasillo, pero cuando Grant se disponía a seguirlo, ella salió tras él y cerró la puerta a su espalda.

—Inspector —dijo ella—, ¿cree que soy idiota? ¿No se da cuenta de que llevo los siete últimos años trabajando en hospitales de Londres? No puede tratarme como a una ingenua de pueblo y esperar salirse con la suya. ¿Es usted tan amable de explicarme el misterio?

Drysdale ya había bajado las escaleras. Grant estaba a solas con ella y pensó que mentirle otra vez sería un insulto irreparable.

—Está bien, señorita Dinmont, le diré la verdad. No he querido contárselo antes porque me pareció mejor ahorrarle... evitarle un disgusto. Pero ya no hay alternativa. He venido desde Londres para detener al hombre que se alojaba en su casa. Él supo por qué estaba aquí en cuanto me vio aparecer a la hora del té porque ya me conocía de vista. Pero cuando me acompañó hasta lo alto de la carretera huyó. Al final robó un bote y estaba a punto de lanzarse al agua cuando se golpeó hiriéndose la cabeza.

—¿Y por qué lo busca?

Era inevitable.

—Mató a un hombre en Londres.

—¡Asesinato!

El tono era afirmativo, no interrogante. Parecía haber comprendido que de ser otra cosa el inspector habría precisado que se trataba de un homicidio involuntario.

—Entonces, no se llama Lowe.

—No, su nombre es Lamont... Gerald Lamont.

Estaba esperando el inevitable exabrupto femenino de «¡No es posible! ¡Él es incapaz de hacer algo así!», pero se equivocaba.

—¿Lo arresta bajo sospecha o tiene la certeza de que lo hizo?

—Me temo que no hay ninguna duda —respondió Grant con delicadeza.

—Pero mi tía... ¿lo sabe? ¿Cómo es posible que ella lo enviara aquí?

—Supongo que la señora Everett sintió lástima por él. Lo conoce desde hace tiempo.

—Solo he visto a mi tía en una ocasión durante los siete años que llevo en Londres. Y lo cierto es que no nos gustamos... pero no me pareció la clase de mujer que siente lástima de un criminal. Antes me inclinaría por pensar que lo hizo ella. Entonces, ¿ni siquiera es periodista?

—No —respondió Grant—, empleado de una casa de apuestas.

—Está bien, gracias por contarme finalmente la verdad —dijo ella—. Ahora debo preparar las cosas para cuando llegue el doctor Anderson.

—¿Piensa cuidar de él a pesar de todo? —preguntó Grant, sin poder evitarlo.

¿Llegaría ahora el exabrupto de incredulidad?

—Por supuesto —respondió aquella muchacha fuera de lo común—. Que sea un asesino no cambia el hecho de que haya sufrido una seria contusión, ¿verdad? Y aunque se haya aprovechado de nuestra hospitalidad yo sigo siendo enfer-

mera profesional. Y de no ser así supongo que sabe que antiguamente en estas tierras un invitado recibía hospitalidad y refugio incluso aunque hubiera manchado el filo de su espada con la sangre del hermano de su anfitrión. No suelo hacer publicidad de estos andurriales —añadió—, pero esta es una ocasión bastante especial.

Suspiró dejando escapar un sonido que podía haber sido una risa o un sollozo, aunque probablemente era ambas cosas, y volvió a entrar en la habitación para atender al hombre que tan desaprensivamente se había aprovechado de ella y de su hogar.

CAPÍTULO 13

LA ESPERA

Grant no durmió bien esa noche, aunque tenía sobradas razones para haber descansado de forma pacífica y sublime, como hacen los hombres virtuosos de buena digestión. Había concluido el trabajo que lo había llevado hasta allí y el caso estaba cerrado. Había pasado algunos apuros a la intemperie, expuesto a aquel aire al mismo tiempo estimulante y narcótico. La cena servida por Drysdale habría dejado igualmente satisfecho a un hombre hambriento y a un epicúreo. El mar se mecía al otro lado de su ventana con largos y pausados susurros que eran una apoteosis de la satisfacción. El fuego de turba resplandecía con una calma que nada tenía que ver con las chisporroteantes llamas de la madera o el carbón. Y sin embargo Grant durmió mal. Es más, en algún rincón de su mente se arrastraba una extraña inquietud, y como cualquier persona capaz de hacer autoanálisis era consciente de ella y necesitaba encontrarla para poder llevarla hasta la luz, decir «Por Dios, ¿eso era todo?» y tratar de encontrar alivio y confort como tantas veces había hecho. Sabía muy bien que esa inquietud podía echar a perder la comodidad de doce colchones de felicidad del mismo modo que el guisante del

cuento de hadas. Pero por más que lo intentaba no encontraba motivos para aquella extraña desazón. Dio con varias posibilidades que examinó con atención, pero enseguida desechó. ¿Era por la señorita Dinmont? ¿Sentía haber decepcionado a aquella joven valerosa y decente? Pero no tenía razones para pensar que ella se preocupara por Lamont más que como un amigo. Su indudable interés por él mientras tomaban el té podía deberse únicamente a que era el único hombre con cierto atractivo desde su punto de vista en aquella inhóspita región. Entonces, ¿quizá solo estaba cansado? Después de todo, hacía mucho tiempo que no dedicaba un día entero a la pesca seguido de una persecución a toda velocidad campo a través. ¿O quizá aún temía que su prisionero se pudiera escapar? El doctor Anderson había dicho que no había fractura de cráneo, por lo que el hombre podría viajar dentro de un par de días; aunque aquella noche no se podía considerar la posibilidad de una huida ni siquiera como hipótesis.

Al parecer no había nada en el mundo que debiera preocuparlo, y, a pesar de todo, aquella vaga inquietud seguía quitándole el sueño. Mientras reflexionaba dando vueltas en la cama escuchó a la enfermera en el pasillo y decidió levantarse para ver si podía ayudarla en algo. Se puso la bata y caminó hacia la rendija de luz procedente de la puerta que había quedado entreabierta. En ese momento ella apareció a su espalda con una vela.

—¿Se encuentra bien, inspector? —dijo ella, y el tono irónico de su voz le resultó injusto.

—Estaba despierto y al oírla salir pensé que quizá necesitara ayuda —dijo él, tan dignamente como pudo teniendo en cuenta que estaba en pijama a altas horas de la madrugada.

Ella pareció ablandarse.

—No, gracias —respondió—. No hay nada que hacer. Sigue inconsciente.

Abrió la puerta y lo invitó a entrar.

Había una lamparita junto a la cama, pero el resto de la habitación estaba a oscuras y solo se escuchaba el sonido del mar; un suave rumor que nada tiene que ver con el rugido de las olas en los acantilados. Tal como había dicho la joven, el hombre seguía inconsciente y Grant lo examinó minuciosamente a la luz de la lámpara. Tenía mejor aspecto y respiraba bien.

—Despertará por la mañana —dijo ella, aunque parecía más una promesa que una afirmación.

—Siento muchísimo —dijo Grant de repente— que haya tenido que pasar por todo esto... que se haya visto implicada.

—No se preocupe, inspector. No soy tan frágil. Pero me gustaría dejar al margen de esto a mi madre y a mi tío. ¿Cree que es posible?

—Oh, creo que sí. Podemos pedirle al doctor Anderson que recomiende un tratamiento en el sur.

Ella se movió incómoda de repente y él se percató de lo inadecuado de aquella frase, aunque era consciente de que ya no se podía remediar, de modo que permaneció en silencio.

—¿Es una mala persona? —preguntó ella de repente—. Quiero decir, aparte de...

—No —respondió Grant—, no que yo sepa —y entonces, temiendo devolverle la esperanza que le había arrebatado horas antes causándole más dolor, añadió—: Pero apuñaló por la espalda a su amigo.

—¿Al hombre de la cola? —dijo ella, y Grant asintió.

Aunque durante un instante pensó que iba a decir «No puedo creerlo», la joven no lo hizo. Al fin se había topado con una mujer cuyo sentido común era más fuerte que sus emociones. Después de todo, solo hacía tres días que conocía a aquel hombre, él no había dejado de mentirle, y la policía lo buscaba por asesinato. Dada su evidente lucidez, aquello parecía prueba más que suficiente para impedir que se pusiera de su lado.

—Acabo de poner una tetera a calentar en el hornillo de gas que hay en el baño. ¿Le apetece un poco?

Grant aceptó y ambos bebieron el hirviente líquido junto al ventanal, mientras el mar se mecía a sus pies en la inusitada calma de esa noche en la costa occidental. Después, Grant regresó a la cama convencido de que su fuente de preocupación no eran las emociones de la señorita Dinmont. No obstante, seguía inquieto. Horas más tarde, mientras escribía un triunfante telegrama a Barker bajo la dorada luz de la mañana y el reconfortante olor del beicon con huevos competía amigablemente con la fragancia de las algas marinas, la esperable alegría seguía sin llegar. Acababa de entrar la señorita Dinmont, vestida con la misma bata blanca que le daba aspecto de cirujano y de religiosa a partes iguales. El paciente ya estaba consciente, aunque prefería que el doctor Anderson lo examinara antes de que Grant subiera a interrogarlo, pues temía excitarlo innecesariamente. Grant dijo que le parecía muy razonable.

—¿Acaba de despertar? —preguntó él.

—No —respondió ella—. Lleva varias horas consciente.

Y se marchó muy serena dejando a Grant preguntándose qué habría sucedido durante ese tiempo entre paciente y enfermera. Drysdale llegó entonces a desayunar, con su curiosa mezcla de retraimiento y amabilidad, y dijo que le había organizado un auténtico día de pesca para compensar las acuáticas flagelaciones que lo habían mantenido ocupado durante la jornada anterior. Grant dijo que estaría listo para salir en cuanto el doctor Anderson terminara de examinar al paciente y él hubiera podido escuchar cuanto tuviera que decir.

—¿Alguien podría enviar estos telegramas? —preguntó finalmente.

—Oh, sí. A Pidgeon le encanta sentirse útil. Ahora mismo está en su salsa.

El doctor Anderson, un hombrecillo vestido con un viejo

traje de *tweed* no demasiado pulcro, dijo que el paciente se encontraba muy bien; ni siquiera había pérdida de memoria. No obstante recomendó a Grant, a quien parecía haber tomado por el amigo más cercano de aquel hombre, que no lo viera hasta la noche. Lo más sensato era darle un día entero para tranquilizarse. Y puesto que la señorita Dinmont parecía decidida a seguir cuidando de él, no tenían de qué preocuparse. Era una enfermera excelente.

—¿Cuándo podremos irnos? —preguntó Grant—. Tengo cierta prisa por volver al sur.

—Si es muy importante, quizá pasado mañana —dijo. Y al percibir la decepción de Grant, añadió—: O incluso mañana si pudiera viajar con relativa comodidad. Todo depende de las condiciones del viaje. Aunque lo ideal en mi opinión sería esperar a pasado mañana como muy pronto.

—¿Por qué tanta urgencia? —dijo Drysdale—. La prisa nunca es buena consejera.

—Temo que el asunto se me vuelva a escapar de las manos.

—No se preocupe. Pidgeon también se precia de ser un buen guarda.

Entonces Grant se dirigió al sorprendido doctor y le explicó lo que sucedía realmente.

—¿No hay ninguna posibilidad de que huya si le damos más tiempo para recuperarse?

—Se puede decir que hoy está a salvo —respondió Anderson—. Solo podría irse si alguien lo llevara, y no creo que haya nadie aquí dispuesto a hacerlo.

Consciente de que estaba siendo poco razonable, Grant se mostró de acuerdo, escribió un segundo telegrama a Barker para completar el que había escrito la noche anterior y partió hacia el río con Drysdale.

Al concluir la agradable jornada, interrumpida únicamente por la aparición del ayudante de Pidgeon —un muchacho

de nariz respingona y orejas que sobresalían a ambos lados de su cabeza como los puños del manillar de una bicicleta—, que traía telegramas de Barker, regresaron a casa entre la hora del té y la cena. Después de asearse, Grant llamó a la puerta de Lamont, la señorita Dinmont lo invitó a entrar y miró con evidente alivio los ojos negros del hombre acostado en la cama. No se había marchado.

Lamont fue el primero en hablar.

—Bien, ya me tiene —dijo, arrastrando ligeramente la voz.

—Eso parece —respondió Grant—. Aunque no me lo puso usted fácil.

—Sí —asintió el otro, mirando fugazmente a la señorita Dinmont antes de volver a Grant.

—Dígame, ¿qué le empujó a saltar del bote? Era eso lo que iba a hacer, ¿no es así?

—No hay nada que se me dé mejor que nadar y bucear. De no haber resbalado habría llegado bajo el agua hasta las rocas y esperado allí solo con la nariz y la boca fuera hasta que se cansaran de buscarme o hubiera anochecido del todo. Pero ganaron ustedes... por una cabeza.

El chiste pareció complacerlo.

Hubo un pequeño silencio y la señorita Dinmont dijo con voz clara y contundente:

—Creo que ya está suficientemente recuperado para dejarlo solo. Al menos no necesitará atención profesional de ahora en adelante. ¿Es posible que alguien de la casa se ocupe de él después de esta noche?

Grant dedujo que esa era su manera de decir que el hombre ya se encontraba lo bastante fuerte como para tener un guardián más adecuado; él se mostró de acuerdo y también agradecido.

—¿Quiere marcharse ahora?

—En cuanto otra persona pueda ocupar mi lugar sin causar molestias.

Grant llamó a la doncella y le explicó la situación.

—Yo me quedaré si quiere irse ahora —dijo en cuanto se marchó la doncella.

Ella asintió.

Grant se acercó a la ventana y contempló el lago, de espaldas a la habitación, por si ella quería decirle algo a Lamont, pero se limitó a recoger sus cosas. Ni enfermera ni paciente dijeron nada y cuando Grant se dio la vuelta la joven estaba aparentemente concentrada en su tarea para no olvidarse de nada, mientras el hombre la observaba sin parpadear, esperando con todo su ser el momento de su partida. Grant volvió a mirar el mar y poco después la oyó decir «¿Volveré a verlo antes de que se vaya?». Pero no hubo respuesta a la pregunta, y cuando Grant se dio la vuelta comprobó que se dirigía a él.

—Oh, sí. Eso espero —dijo él—. Iré a casa del párroco si no nos vemos antes... ¿le parece bien?

—De acuerdo —respondió ella—. Entonces no es necesario que nos despidamos ahora.

Y salió de la habitación con su pequeño fardo de enseres.

Grant observó a su prisionero y enseguida apartó la mirada. Tiene algo de indecente escrutar durante demasiado tiempo el alma de un asesino. Cuando volvió a mirar, el hombre tenía los ojos cerrados y su rostro era una máscara de tan indecible miseria que no pudo evitar conmoverse inesperadamente. La muchacha había llegado a gustarle... no había sido mero oportunismo.

—¿Puedo hacer algo por usted, Lamont? —preguntó Grant.

El otro alzó los párpados dejándole ver sus ojos negros y miró hacia él como si no lo viera.

—Supongo que es demasiado pedir que alguien crea que yo no lo hice —dijo, por fin.

—Así es —respondió Grant secamente.

—Pero no lo hice, ¿sabe?

—¿No? Bueno, lo cierto es que no esperaba que dijera lo contrario.

—Lo mismo dijo ella.

—¿Quién? —preguntó Grant, sorprendido.

—La señorita Dinmont, cuando le dije que yo no había matado a nadie.

—¡Oh! Verá, es un simple proceso eliminatorio. Y todo encaja demasiado bien para creer que pueda haber un error. Incluso esto —dijo cogiendo la mano de Lamont, que reposaba sobre la colcha, y señalando la cicatriz en la base de su dedo pulgar—. ¿Dónde se hizo esto?

—Me lo hice subiendo el baúl por las escaleras de mi nuevo piso en Brixton... esa mañana.

—Bueno, bueno —dijo Grant indulgentemente—, no discutamos ahora ese asunto. Aún no está lo bastante recuperado para empezar a hablar. Si le tomara declaración ahora mismo me reprocharían haberlo hecho cuando no estaba usted en plenas facultades.

—Mi declaración será la misma la haga cuando la haga —respondió el hombre—. El problema es que nadie la creará. Si alguien lo hubiera hecho no me habría visto obligado a huir.

Grant ya había oído muchas veces esa historia. Era la jugada favorita de los criminales al verse atrapados. Cuando un hombre representa el papel de inocente agraviado, el profano considera inmediatamente la posibilidad de haber cometido un error. Sin embargo, un agente de policía acostumbrado a tratar con redomados culpables es mucho menos impresionable —lo cierto es que no es impresionable en absoluto—. Ningún policía que se deje convencer por una historia de infortunios, por bien contada que esté, será de gran utilidad para unas fuerzas del orden cuyo principal objetivo es detener y encerrar a la más convincente de las criaturas, el criminal.

De modo que Grant se limitó a esbozar una sonrisa y volvió a acercarse a la ventana. Esa noche el lago parecía un cristal y las colinas de ambos lados se reflejaban hasta el último detalle en sus aguas quietas. El *Amo Robert* se mecía con suavidad al arropo del cobertizo para botes como si formara parte de un cuadro, solo que no existía pintura capaz de reproducir la insólita transparencia del mar en aquellos momentos.

—¿Cómo averiguó adónde me dirigía? —preguntó Lamont finalmente.

—Por las huellas dactilares —respondió Grant, lacónico.

—¿Tienen mis huellas dactilares?

—No, las tuyas no. Enseguida se las tomaré, por cierto.

—Entonces, ¿las de quién?

—Las de la señora Everett.

—¿Qué tiene que ver la señora Everett con todo esto? —dijo el hombre, por primera vez con actitud desafiante.

—Creo que acerca de eso sabe usted más que yo. No hable, necesito que esté en condiciones de viajar mañana o pasado.

—Pero, escuche, no le han hecho nada a la señora Everett, ¿verdad?

Grant respondió haciendo una mueca.

—No, creo que más bien se trata de lo que la señora Everett nos ha hecho a nosotros.

—¿A qué se refiere? No la ha arrestado, ¿verdad?

Era evidente que el hombre no iba a tranquilizarse hasta saber cómo habían conseguido seguirle la pista, de modo que Grant se lo contó.

—Encontramos una huella de la señora Everett en su nuevo piso, y puesto que nos había dicho que no sabía dónde se alojaba no fue difícil llegar a la conclusión de que estaba implicada en el asunto. Averiguamos que tenía parientes aquí, después hablamos con el agente al que engañaron en King's Cross y su descripción de la señora Everett confirmó lo que ya

intuíamos. Llegamos a su apartamento de Brixton no mucho después de que usted lo abandonara.

—La señora Everett no se meterá en problemas por eso, ¿no?

—Probablemente no, ahora que ya le tenemos.

—Fui un estúpido por haber huido, para empezar. Si hubiera acudido a la policía para contar la verdad desde el primer momento las cosas no habrían sido peores que ahora, y entretanto me habría ahorrado pasar por todo este infierno —dijo contemplando el mar—. Es curioso pensar que, si nadie hubiera matado a Bert, jamás habría conocido este lugar ni... ni lo demás.

El inspector supuso que con «lo demás» se refería a la casa del párroco.

—Ya. ¿Y quién cree usted que lo mató?

—No lo sé. No conozco a nadie capaz de hacerle algo así a Bert. Quizá alguien lo hizo por error.

—¿Quiere decir que estaban mirando hacia otro lado cuando le clavaron el pincho?

—No, me refiero a que pudieron confundirlo con otra persona.

—Y eso lo dice el hombre que tiene una cicatriz en el pulgar izquierdo y discutió con la víctima justo antes de su muerte. Y por si eso fuera poco tenía en su poder todo el dinero que Sorrell poseía en el mundo... pero, claro, usted es inocente.

El hombre miró hacia otro lado, visiblemente cansado.

—Lo sé —dijo—. No hace falta que me explique el lío en que estoy metido.

Llamaron a la puerta y apareció el muchacho de las orejas de soplillo diciendo que lo enviaban a sustituir al señor Grant, si el señor Grant quería.

—Te necesitaré dentro de unos cinco minutos —dijo Grant—. Vuelve cuando toque la campanilla.

Y el chico se perdió en la oscuridad del pasillo con una sonrisa como la del gato de Cheshire. Grant se sacó algo del bolsillo que acto seguido colocó sobre el lavamanos. Después se aproximó a la cama y dijo:

—Ahora le tomaré las huellas, si no le importa. Es un procedimiento completamente indoloro.

Tomó las huellas de ambas manos sobre las cuartillas de papel que previamente había preparado mientras el hombre se dejaba llevar con la mezcla de indiferencia e interés típica de cuando experimentamos algo por primera vez, por inofensivo que parezca. Mucho antes de terminar, Grant tuvo la certeza de que en Scotland Yard no había ningún historial o ficha de aquel hombre, por lo que las huellas solo serían útiles en lo relativo a este caso.

—¿Es usted el detective estrella de Scotland Yard? —dijo Lamont, mientras Grant dejaba las cuartillas a un lado para secar.

—Todavía no —respondió Grant—. No se dé tanta importancia.

—Oh, no. Solo lo decía porque... vi su foto en el periódico.

—Por eso salió usted corriendo el sábado por la noche en el Strand.

—¿Fue el sábado? Parece que ha pasado más tiempo. ¡Ojalá el tráfico hubiera acabado conmigo entonces!

—¡Vaya! Pues fui yo quien casi acaba atropellado.

—Sí, me llevé un susto terrible cuando lo vi tan cerca de mí de repente.

—Si le sirve de consuelo, yo me llevé uno mucho peor cuando vi que se dirigía de nuevo al Strand. ¿Qué hizo después?

—Cogí un taxi que pasó a mi lado.

—Dígame una cosa —añadió el inspector—, ¿estaba planeando la huida en bote mientras tomábamos el té en la casa del párroco?

—No, no tenía ningún plan. Lo del bote se me ocurrió más tarde, solo porque estoy habituado a ellos y supuse que posiblemente sería lo último que a usted se le pasaría por la cabeza. Estaba seguro de que en algún momento tendría que huir como fuera, pero no pensé en ello hasta que vi el pimentero azul sobre la mesilla al salir del comedor. Fue lo único que se me ocurrió. Bert tenía mi pistola.

—¿Su pistola? ¿Era la que llevaba en el bolsillo?

—Sí, por eso fui a verlo a la cola.

Pero Grant no quería ahondar esa noche en cuestiones de ese tipo.

—No hable ahora —dijo Grant, tocando la campanilla para llamar al muchacho—. Mañana le tomaré declaración y podrá contarme lo que quiera. Si hay algo que pueda hacer por usted esta noche, pídaselo al chico y él me lo dirá.

—No necesito nada, gracias. Ha sido usted muy decente conmigo... mucho más de lo que pensaba que la policía lo sería con los... criminales.

Esa era obviamente la versión inglesa del «gentil» con que Raoul lo había descrito, y Grant sonrió involuntariamente. Y lo mismo le sucedió a Lamont, cuyo rostro moreno se iluminó brevemente con la sombra de una sonrisa.

—He pensado mucho en Bert —dijo—, y creo que, si no lo mataron por error, fue una mujer.

—Gracias por la información —respondió Grant con frialdad, dejando a su prisionero a merced del sonriente jovencito.

Sin embargo, de camino a la escalera se preguntó qué le había hecho pensar en la señora Ratcliffe.

CAPÍTULO 14

LA DECLARACIÓN

Sin embargo, el inspector no tomó declaración a Lamont en Carninnish sino durante su viaje al sur. Tras sopesar la situación, el doctor Anderson había prescrito otro día de descanso para su paciente.

—No querrá que su hombre sufra una inflamación cerebral, ¿verdad?

Grant, que se moría de ganas de tener la declaración completa y transcrita en papel, le explicó que el detenido estaba ansioso por contar su versión de los hechos, y sin duda hacerlo le perjudicaría menos que seguir reteniéndola en su cerebro.

—Al principio se sentirá bien —respondió Anderson—, pero cuando llegue al final necesitará un día más en la cama. Siga mi consejo y déjelo estar por el momento.

De modo que Grant cedió y permitió que su prisionero siguiera recuperándose para poder pulir aún más la historia que sin duda estaría inventando. No obstante, pensó Grant agradecido, por mucho que lo hiciera las pruebas no iban a desaparecer. Permanecerían inalterables, y nada que el hombre pudiera decir cambiaría los hechos. En su avidez por escuchar lo que Lamont tenía que contar había tanta curiosidad

como miedo por que el caso se viniera abajo. De modo que apretó los dientes y trató de reunir un poco más de paciencia. Salió al mar a pescar con Drysdale a bordo del *Amo Robert*, y cada zumbido del motor le recordaba al pez que habían capturado dos noches antes. Fue a tomar el té a casa del párroco, y entre el rostro imperturbable de la señorita Dinmont y el nuevo pimentero que reposaba sobre la mesa junto a la sal apenas pudo pensar en otra cosa que no fuera Lamont. Después fue a la iglesia, en parte por complacer a su anfitrión, pero sobre todo para evitar lo que probablemente se convertiría en un incómodo *tête-à-tête* con la señorita Dinmont si permanecía en la casa, y escuchó de principio a fin un sermón con el que el señor Logan demostró —para su propia satisfacción y la de toda su congregación— que el rey de reyes no tenía el menor interés en el foxtrot. Pero ni por esas consiguió dejar de pensar un momento en la declaración de Lamont. Cuando concluyó la última y terriblemente ruidosa alabanza de las Highlands y el señor Logan dio por concluida la misa con una afectada bendición, su único pensamiento era que al fin podía regresar a casa de Drysdale para estar junto a Lamont. Aquello se estaba convirtiendo en una obsesión, aunque era consciente de lo que sucedía y trataba de controlarlo. Después la señora Dinmont, que no había ido a la iglesia, le recordó al darle las buenas noches que a la mañana siguiente su coche debía detenerse ante la casa parroquial para que pudieran despedirse del señor Lowe, y Grant se dio cuenta de que aún le quedaba por sufrir un acto más de aquella interminable representación antes de abandonar Carninnish.

Sin embargo, todo resultó más fácil de lo previsto. Lamont interpretó su papel igual de bien que durante el fatídico té y ninguno de sus anfitriones sospechó que sucediera nada más serio que lo concerniente a su estado de salud. La señorita Dinmont no estaba presente.

—Dandie dijo que ya se había despedido de usted y que trae mala suerte hacerlo dos veces —explicó la madre—. Y que por esta vez ya había tenido bastante mala suerte. ¿Se considera desgraciado?

—Mucho —respondió Lamont, con una admirable sonrisa. En cuanto el coche se puso en marcha, Grant sacó las esposas.

—Lo siento —dijo bruscamente—. Solo será hasta que estemos en el tren.

Pero Lamont se limitó a repetir la palabra «¡Desgraciado!», como si de repente le gustara su sonido. Al llegar a la estación se les unió un agente vestido de paisano y en Inverness se instalaron en un compartimento reservado exclusivamente para ellos. Esa noche, después de la cena, cuando las últimas luces morían en las colinas, Lamont, pálido y enfermizo, se ofreció de nuevo a contar todo lo que sabía.

—No es gran cosa —dijo—, pero quiero que lo sepa por mí.

—¿Se da cuenta de que lo que diga puede ser utilizado en su contra? —preguntó Grant—. Su abogado probablemente le recomendaría no decir nada. Quiero que entienda que está poniendo su defensa en nuestras manos.

E incluso mientras lo decía Grant se estaba preguntando «¿Por qué me muestro ahora tan escrupuloso? Ya le he dicho que todo lo que diga puede ser utilizado en su contra».

Pero Lamont quería hablar, de modo que el alguacil sacó su cuaderno.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Lamont—. Es difícil saber por dónde comenzar.

—¿Qué tal si nos cuenta qué hizo el día en que Sorrell fue asesinado? Hace una semana, el martes pasado... el trece.

—Bien, Bert se marchaba a Estados Unidos esa noche... Por la mañana recogí mis cosas y las llevé a mi nuevo apartamento en Brixton, y él a Waterloo.

En ese momento el inspector casi pega un brinco. ¡Qué idiota! Había olvidado por completo el equipaje de Sorrell. Se había dejado arrastrar de tal modo por la falsa pista de los Ratcliffe y después siguiendo el rastro de Lamont que no se había parado a mirar lo que tenía ante sus propias narices. No obstante, tampoco era algo excesivamente importante.

—Eso nos lleva hasta la hora de comer, en el Lyons de la calle Coventry...

—¿Dónde se sentaron?

—En un rincón del primer piso.

—Bien. Continúe.

—Durante la comida discutimos todo el rato sobre si iba a despedirlo o no. Yo quería ir a Southampton para verlo partir, pero él ni siquiera quería que lo acompañara a Waterloo a coger el tren portuario. Dijo que lo que más odiaba en el mundo eran las despedidas, especialmente cuando se trataba de un viaje largo. Recuerdo que dijo «Si uno no se va lejos no es necesario, y si se va al otro lado del mundo entonces es inútil. ¿Qué importan unos minutos más o menos?». Después, por la tarde, fuimos al Woffington a ver *¿No lo sabíais?*

—¡Cómo! —exclamó Grant—. ¿Fueron juntos a la matiné en el Woffington?

—Sí. Hacía tiempo que lo habíamos planeado. Bert tenía asientos reservados. Era una especie de celebración... final. En el descanso me dijo que en cuanto saliéramos se pondría en la cola de platea para la representación nocturna (había visto muchísimas veces *¿No lo sabíais?*, era una especie de obsesión. De hecho, los dos habíamos ido muchas veces) y allí nos despediríamos. Me pareció una manera muy triste de despedirse de un amigo al que conoces tan bien como yo conocía a Bert, pero él siempre hacía esa clase de cosas sin motivo aparente. Y de todas formas, si no quería que lo acompañara yo no iba a insistir. De modo que nos dijimos adiós en la en-

trada del teatro y volví a Brixton para desembalar mis cosas. Yo estaba muy disgustado porque Bert era mi mejor amigo y no tenía tanta confianza con nadie más, y además me había quedado completamente solo en Brixton después de marcharme de casa de la señora Everett.

—¿No valoró la posibilidad de irse con Sorrell?

—Me habría gustado hacerlo, pero no tenía dinero para el viaje. Durante un tiempo tuve la esperanza de que se ofreciera a prestármelo. Él sabía que yo haría todo lo posible por devolvérselo. Pero no lo hizo. También estaba un poco dolido por eso. Lo cierto es que en aquel momento estaba un poco harto de todo. Y tampoco él parecía contento. Me estrechó la mano como si nada cuando nos despedimos. Y después me entregó un pequeño paquete y me hizo prometerle que no lo abriría hasta pasado mañana... es decir, el día después de su partida. Pensé que sería una especie de regalo de despedida y no volví a pensar en ello. Era un paquetito envuelto en papel como el que usan los joyeros, y lo cierto es que en aquel momento pensé que podía ser un reloj. Mi reloj siempre daba mal la hora y Bert solía decir «Si no te compras un reloj nuevo, Jerry, no llegarás a tiempo ni al día del juicio».

Lamont se atragantó de repente y dejó de hablar. Limpió cuidadosamente el vaho de la ventanilla y continuó:

—Bien, mientras deshacía el equipaje en Brixton eché en falta mi revólver. Por supuesto, nunca lo he usado. Era más bien un recuerdo de guerra. Estuve en varias misiones, aunque no lo crea... y lo cierto es que preferiría mil veces estar en el frente cortando alambradas, cualquier cosa, antes que ser perseguido por la policía por todo Londres. No se está tan mal a la intemperie. De algún modo se parece más a un juego. Pero en Londres era como estar en una trampa. ¿No le parece que, por algún motivo, en campo abierto no resulta tan terrible?

—Sí —admitió el inspector—, así es. Pero no esperaba lo mismo de usted. Creí que estaría más feliz en la ciudad.

—¡Feliz! ¡Dios mío! —dijo Lamont.

Y guardó silencio, reviviendo evidentemente lo sucedido.

—Bien —dijo de repente el inspector—, echó en falta su revólver.

—Sí, no estaba entre mis cosas. Y aunque no lo utilizaba... solía estar en un cajón en casa de la señora Everett... sabía exactamente dónde lo había puesto al hacer el equipaje. En qué lugar del baúl, quiero decir. Y puesto que esa misma mañana lo había guardado todo, lo único que tenía que hacer era exactamente lo mismo, pero a la inversa. Por eso me di cuenta al instante. Entonces, por alguna razón, me asusté... aunque ni siquiera ahora podría explicarle por qué. Empecé a recordar lo silencioso que había estado Bert últimamente. Siempre lo era, pero durante las últimas semanas lo había sido incluso más. Luego me dije que quizá solo había querido llevarse un arma a un país extraño. Pero acto seguido pensé que también podría habérmelo pedido. Él sabía que se lo habría dado sin dudar. En cualquier caso, me asusté, aunque no puedo precisar el motivo, y regresé enseguida al Woffington. Y allí seguía. Ya estaba muy cerca de la entrada, de modo que supuse que le habría pedido a algún chiquillo que hiciera cola por él. Supongo que había decidido hacía tiempo que quería ver la obra una vez más esa última noche. Bert era un sentimental. Le pregunté si había cogido mi revólver y él reconoció haberlo hecho. No sé por qué me asusté tanto de repente en aquel momento. Al recordarlo ahora no me parece para tanto... que un amigo coja prestado tu revólver. Pero el caso es que estaba tan preocupado que perdí la cabeza. «Bueno, pues vas a devolvérmelo ahora mismo», le dije. Y él respondió «¿Por qué?». Y yo le espeté «Porque es de mi propiedad y lo quiero». «Eres un canalla, Jerry», dijo él. «¿Es que no puedo tomar prestado

algo tuyo ni siquiera cuando estoy a punto de recorrer medio mundo, mientras tú te quedas cómodamente en Londres?». Pero yo insistí en que me lo devolviera. Y él dijo «De acuerdo, espero que disfrutes abriendo mi equipaje. Toma la llave y el resguardo». Fue entonces cuando me di cuenta de que había dado por hecho que llevaría el revólver encima. Me sentí tan estúpido y mezquino... Siempre actúo antes de pensar, y Bert en cambio pensaba y pensaba las cosas y después actuaba exactamente según lo planeado. En muchos sentidos éramos polos opuestos. De modo que le dije que se guardara la llave y el resguardo y me marché.

Sin embargo, Sorrell no llevaba encima ningún resguardo de consigna.

—¿Llegó usted a ver el resguardo?

—No, solo se ofreció a dármelo.

—A la mañana siguiente salí tarde porque no estaba acostumbrado a hacer todas las cosas de casa, y tuve que prepararme el desayuno y recoger un poco. Aunque lo cierto es que no tenía ninguna prisa porque tampoco tenía trabajo. Esperaba encontrar un puesto de ayudante antes de que die-ran comienzo las carreras. Eran casi las doce cuando salí de casa y no dejaba de pensar en Bert. Estaba tan disgustado por el modo en que nos habíamos despedido y por cómo había hecho el ridículo que fui directo a una oficina de correos y envié un telegrama a Bert al *Reina de Arabia* que decía: «Lo siento. JERRY».

—¿Desde qué oficina lo envió?

—La de la calle High en Brixton.

—Está bien. Continúe.

—Compré el periódico antes de regresar al apartamento y fue entonces cuando vi lo del asesinato de la cola. En aquel momento no había ninguna descripción de la víctima; solo decía que era un hombre joven y atractivo, y obviamente no

lo relacioné con Bert. Cada vez que pensaba en él, a esas horas ya lo imaginaba navegando en alta mar, ¿comprende? Si el hombre al que se refería la noticia hubiera muerto de un disparo me habría asustado. Pero al ser un apuñalamiento no le di tanta importancia.

Llegados a ese punto, Grant miró a Lamont con incrédulo asombro. ¿Era remotamente posible que estuviera diciendo la verdad? De lo contrario se trataba sin duda del tipo más despiadado y calculador que había tenido la desgracia de conocer. Pero el hombre, completamente absorto en su historia, parecía no percatarse del escrutinio al que estaba siendo sometido. Si estaba actuando, desde luego era el mejor actor que Grant había visto nunca, y lo cierto es que se le podía considerar un experto en la materia.

—El jueves por la mañana, mientras ordenaba un poco, recordé el paquete que me había dado Bert y lo abrí. En su interior estaba todo su dinero. Me quedé atónito y de nuevo me asusté. Si le había pasado algo a Bert me habría enterado, o al menos eso di por hecho. En cualquier caso, aquello no me olió bien. No había ninguna nota. Al dármele había dicho «Esto es para ti», y me había hecho prometerle que no lo abriría hasta ese día. No supe qué hacer, entre otras cosas porque imaginaba que Bert aún se encontraba en mitad del océano de camino a Nueva York. Salí a comprar el periódico. Los grandes titulares se referían al asesinato en la cola del Woffington, y esta vez había una descripción completa del hombre, de su ropa y del contenido de sus bolsillos. Todo estaba impreso en negrita, y enseguida supe que era Bert. Subí a un autobús, aunque sentía que estaba a punto de vomitar, pero decidido a ir inmediatamente a Scotland Yard para contar todo lo que sabía. Durante el trayecto leí el resto del artículo. Decía que había sido asesinado por una persona zurda y que las autoridades estaban interesadas en saber quién era el desconocido que

había abandonado la cola poco antes del crimen. Entonces recordé que habíamos mantenido una discusión que podría haber escuchado cualquiera, y por si eso fuera poco yo tenía todo el dinero de Bert y nada que pudiera justificar cómo había llegado a mis manos. Bajé enseguida del autobús empapado en sudor y continué a pie tratando de decidir qué hacer. Cuanto más pensaba en ello más convencido estaba de que no podía acudir a Scotland Yard para contar semejante historia. No sabía si seguir adelante o dejar las cosas como estaban... mientras el canalla que lo había asesinado seguía libre. Aquel día pensé que iba a perder la razón. Me dije que, si no acudía a comisaría, quizá encontrarán la pista del verdadero culpable. Pero entonces pensé que aquello no era más que una excusa para cambiar de idea... para echarme atrás, ¿me entiende? No dejaba de darle vueltas y más vueltas, incapaz de decidir.

«El viernes dijeron que ese mismo día se iba a celebrar la vista judicial y que al parecer nadie había reclamado el cadáver de Bert. Durante horas pensé nuevamente en ir a la comisaría, y entonces, justo cuando pensar en Bert me había permitido reunir el valor necesario, recordé todas las pruebas que había en mi contra. De modo que en lugar de presentarme ante las autoridades envié una parte del dinero de Bert para su entierro. Me habría gustado decir también quién era, pero estaba seguro de que tarde o temprano eso les conduciría hasta mí. A la mañana siguiente supe que tenían mi descripción. Me estaban buscando. Iría voluntariamente, me dije, decidido. Pero entonces leí en la descripción que el sospechoso tenía una herida en el dedo pulgar. De nuevo me acobardé, pues yo tengo una... ya se lo dije. Me la hice al subir el baúl por las escaleras de mi apartamento. Me arañé con el cierre al dejarlo en el suelo. En cualquier caso, me eché atrás. ¿Quién iba a creerme ahora? Esperé hasta última hora de la tarde y después fui a ver a la señora Everett. Era la única amiga de verdad que me

quedaba, y además me conocía bien. Le conté toda la historia de principio a fin y me creyó porque me conocía, ¿comprende? Pero incluso ella se dio cuenta de que nadie más lo haría. Me llamó idiota por no haber ido directamente a la policía para contarle todo. Ella lo habría hecho. Nos marcaba el paso a los dos. Bert solía llamarla lady Macbeth porque es escocesa y siempre lograba convencernos para actuar cuando nos veía vacilar a la hora de hacer cualquier cosa. Dijo que lo único que podía hacer era esconderme. Si no me encontraban inmediatamente quizá acabarían encontrando al verdadero culpable, y entonces ella me daría dinero para irme al extranjero. Sentía que no podía utilizar el de Bert. Cuando salí de su casa me dirigí a la ciudad porque no podía soportar la idea de regresar a mi piso sin nada que hacer salvo escuchar si alguien subía las escaleras. Pensé que el lugar más seguro para esconderme sería un cine, y tenía intención de ir hasta Haymarket. Fue entonces cuando lo vi a usted al darme la vuelta en el Strand. Ya sabe lo que sucedió. Regresé a mi apartamento en cuanto pude y no salí de allí hasta que la señora Everett vino a verme el domingo y me contó que usted había ido a visitarla. Vino conmigo hasta King's Cross y me entregó una nota de presentación para sus parientes en Carninnish. El resto ya lo sabe. Tras un día en el pueblo empecé a pensar que tenía alguna oportunidad, hasta que lo vi aparecer en el salón a la hora del té.

De repente guardó silencio. Grant vio que sus manos temblaban.

—¿Qué le hizo pensar que el dinero que dice que Sorrell le dio era todo lo que tenía?

—Era la cantidad que había en su cuenta privada del banco. Fui yo quien lo sacó en su nombre más de una semana antes de que tuviera que partir. Me pidió que lo sacara todo salvo una libra.

—¿Era frecuente que usted sacara dinero para él?

—No, casi nunca. Pero aquella semana estaba terriblemente ocupado apurando asuntos pendientes y liquidando todo lo relacionado con la oficina de apuestas.

—¿Por qué sacarlo tan pronto si no lo necesitaba para pagar el pasaje? Y es evidente que no lo necesitaba.

—No lo sé. A menos que temiera no tener suficiente dinero en la cuenta del negocio. Pero lo tenía. No dejó a deber un solo penique.

—¿El negocio iba bien?

—Sí. No iba mal. Todo lo bien que suele ir en invierno. Apenas hacemos apuestas en el National Hunt, las carreras de saltos... hacíamos, quiero decir. Con las carreras convencionales nos iba bastante bien.

—Entonces, el final del invierno era una temporada floja para Sorrell.

—Sí.

—¿Y cuándo le entregó el dinero?

—Fui a dárselo en cuanto salí del banco.

—Dice que discutió con Sorrell por el revólver. ¿Puede demostrar que el arma era suya?

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? Nadie sabía que lo tenía porque lo mantenía bajo llave. Nadie excepto Bert, quiero decir. Seguía cargada, tal como estaba cuando llegó del armisticio. No era algo que se pueda dejar en cualquier lado.

—¿Y para qué cree usted que la quería Sorrell?

—No lo sé. No tengo ni la más remota idea. Al principio pensé que quería suicidarse. Eso fue lo que se me ocurrió en un primer momento. Pero después llegué a la conclusión de que no tenía motivos para hacerlo.

—Cuando me dijo usted en Carninnish que en su opinión una mujer había matado a Sorrell, ¿a qué se refería?

—Bueno, verá, conocía a todos los mejores amigos de Bert y entre ellos no había mujeres. Me refiero a mujeres que pu-

dieran ser algo más que meras conocidas. Pero siempre pensé que antes de que nos conociéramos había habido una mujer. Era muy discreto con las cosas que de verdad le importaban y estoy seguro de que tampoco me lo habría contado. En algunas ocasiones lo vi leer cartas con caligrafía femenina, pero nunca comentó nada sobre ellas. Y Bert no era la clase de persona a la que a uno se le ocurre pinchar con esas cosas.

—¿Había recibido últimamente alguna carta de ese tipo? ¿Digamos, en los últimos seis meses?

Lamont reflexionó unos instantes y dijo que sí. Creía que sí.

—¿Cómo era la letra?

—Letra grande y muy redondeada.

—¿Leyó usted la descripción de la daga utilizada para matar a Sorrell? ¿Alguna vez ha tenido una en la mano?

—Ni la he tenido en la mano ni he visto nunca una daga semejante.

—¿Tiene alguna idea de quién era esa hipotética mujer o qué podía significar para él?

—No.

—¿Quiere decir que fue usted amigo íntimo de ese hombre tanto tiempo, incluso vivió con él durante cuatro años, y aun así no sabe nada acerca de su pasado?

—Sé muchas cosas sobre su pasado, pero no eso. Si hubiera conocido a Bert sabría que no hablaba de esos asuntos. No era reservado con las cosas cotidianas, pero sí con temas más personales.

—¿Por qué había decidido marcharse a Norteamérica?

—No lo sé. Ya le he dicho que últimamente no era feliz. No es que fuera una de esas personas que rebosan alegría, pero estos últimos meses... en fin, era más algo en el ambiente que nada concreto que se pueda precisar.

—¿Iba a viajar solo?

—Sí.

—¿No iba con una mujer?

—Desde luego que no —respondió Lamont con acritud, como si Grant acabara de insultarlo a él o a su amigo.

Lamont rebuscó en su mente, evidentemente perdido. Sin duda se enfrentaba por primera vez a la posibilidad de que su amigo hubiera planeado irse al extranjero con una mujer sin decirle nada. Grant pudo ver cómo consideraba dicha posibilidad y la rechazaba.

—No sé cómo lo sé, pero lo sé. Él me lo habría contado.

—Entonces, ¿niega todo conocimiento sobre cómo murió Sorrell?

—Así es. ¿No cree que si supiera algo se lo contaría?

—¡Eso espero! —respondió Grant—. La mera vaguedad de sus sospechas es un mal punto de apoyo para su defensa.

Pidió al alguacil que leyera en voz alta todo lo que había escrito y Lamont estuvo de acuerdo en que se correspondía con lo dicho por él antes de firmar la declaración página por página con mano temblorosa. Al firmar la última dijo:

—Estoy exhausto. ¿Puedo acostarme?

Grant le dio una dosis de un preparado del doctor y quince minutos después el prisionero dormía profundamente de puro agotamiento, mientras su captor permanecía despierto y reflexionaba acerca de la historia que había contado.

Sin duda era extraordinariamente plausible. Todo encajaba a la perfección. Dejando a un lado que nada se podía demostrar, resultaba difícil encontrar algún fallo. El hombre tenía una explicación para todo. Horas, lugares... incluso los motivos encajaban. El relato de sus supuestas emociones, desde el momento en que descubrió la desaparición del revólver, era un ejemplo modélico de verosimilitud. ¿Era posible, incluso remotamente posible, que la declaración de Lamont fuera veraz? ¿Era este el enésimo caso en el que todas las pruebas

circunstanciales no eran más que una serie de accidentes sin la menor relación y, por tanto, constituían en conjunto una mentira colosal? Y sin embargo ahí estaba la historia de Lamont, ¡fundamentalmente inconsistente e improbable! Después de todo, había tenido casi quince días para darle forma, organizarla, pulirla y lograr que encajara hasta el último detalle. Sería de tontos no intentarlo siquiera cuando estaba en juego nada menos que su vida. Que nadie pudiera certificar la veracidad o falsedad de los puntos esenciales de su relato era al mismo tiempo su desgracia y su mayor ventaja. Grant se dijo que el único modo de comprobar la versión de Lamont era desenterrar la historia de Sorrell, pues indudablemente la tenía. El detalle de la desaparición del revólver y el regalo del dinero ganarían credibilidad si pudiera descubrir que Sorrell pretendía suicidarse... Y en ese momento Grant recuperó la compostura. ¿Dar credibilidad a la historia de Lamont? ¿Era posible tal cosa? Si eso sucediera, su caso se vendría abajo por completo, pues Lamont no sería culpable y habría detenido al hombre equivocado. ¿Era posible que el azar arrastrara al mismo tiempo a la cola de un teatro a dos hombres, ambos zurdos, ambos heridos en el pulgar de la mano izquierda y ambos conocidos de la víctima, y, por tanto, potenciales asesinos? Se negó a creerlo. No era la posible veracidad de la historia de Lamont lo que lo había cegado momentáneamente, sino la extraordinaria verosimilitud con que la había contado. ¿Y acaso no era eso sinónimo de plausibilidad?

Continuó dándole vueltas al asunto. A favor de su prisionero —¡ahí volvía otra vez! — estaba el hecho de que las huellas dactilares del revólver y las del papel que habían usado para envolver el dinero eran las mismas. Si las huellas que había enviado desde Carninnish resultaban ser iguales que aquellas, entonces esa parte de la historia de Lamont quedaría confirmada. El detalle de las cartas escritas por una mujer podría compro-

barlo recurriendo una vez más a la señora Everett. Era evidente que la mujer creía en la inocencia de Lamont y había ido más allá de lo legalmente permisible para ayudarlo. Sin embargo, su punto de vista era subjetivo y, por tanto, poco fiable.

Suponiendo, pues, que el relato de Lamont fuera pura invención, ¿qué serie de circunstancias podían explicar que llegara a asesinar a Sorrell? ¿Era posible que estuviera resentido porque su amigo había decidido marcharse sin ofrecerle ninguna clase de ayuda? ¿Tanto como para empujarlo a cometer un asesinato? No obstante, el dinero de Sorrell estaba en su poder. Si lo había obtenido antes de la muerte de su amigo, el móvil del asesinato desaparecía. Y de no ser así, el dinero aún seguiría a estas alturas en la cuenta bancaria de Sorrell. O supongamos que Lamont hubiera obtenido el dinero robándole la cartera a su amigo esa misma tarde; en ese caso tampoco habría tenido necesidad de matarlo, por lo que se habría mantenido apartado de la cola después del hurto. Cuanto más pensaba en ello más difícil le parecía a Grant dar forma a una historia sólida para explicar por qué Lamont podría haber querido asesinar a Sorrell. Y si su intención era matarlo, lo más absurdo de todo es que eligiera un lugar público y tan expuesto como la cola de un teatro para discutir con su amigo justo antes de asestarle una puñalada. Desde luego no es el prelude más indicado para un asesinato premeditado. Pero quizá no tenía intención de asesinarlo. Lamont no parecía un hombre capaz de albergar tales intenciones durante mucho tiempo. ¿Y si la disputa no había sido acerca del revólver sino por algo más complicado? ¿Quizá, después de todo, había una mujer implicada en el asunto?

Sin razón aparente, Grant recordó de pronto la expresión de Lamont cuando la señorita Dinmont había salido de la habitación como si él no estuviera y el tono de su voz mientras hablaba del supuesto romance de Sorrell, y desechó la teoría.

¿Y el dinero? Era evidente que Lamont se consideraba pobre en comparación con su amigo y que no se había tomado bien su falta de empatía. ¿Acaso su «disgusto» no era más que un eufemismo para referirse a un amargo resentimiento que había llegado a convertirse en odio? Sin embargo, después de haber recibido las doscientas veintitrés libras... pero no, claro, eso solo lo supo después. Quizá la historia del paquete era cierta y había dado por supuesto que se trataba de un reloj. Después de todo, nadie espera recibir doscientas veintitrés libras de un amigo que está a punto de irse al extranjero, cuando se supone que esa cantidad es todo lo que tiene. Por tanto, esa parte de la historia de Lamont era posible, incluso probable. Se habían despedido, y después... pero ¿sobre qué discutieron? Si Lamont había regresado para apuñalar a Sorrell, lo más razonable era pensar que haría lo posible por no llamar la atención. ¿Y qué pretendía hacer realmente Sorrell? Si la historia de Lamont era cierta, entonces la única explicación plausible para la conducta de su amigo era que pretendía suicidarse. Cuanto más lo pensaba más seguro estaba Grant de que aclarar la historia de Sorrell era el único modo de dilucidar el problema de una vez por todas y demostrar la culpabilidad de Lamont o —¡algo más difícil de creer!— su inocencia. Lo primero que haría al llegar a la ciudad sería ocuparse de lo que había ignorado a causa de su propia impaciencia por atrapar a Lamont, es decir, encontrar el equipaje de Sorrell y registrarlo a conciencia. Y si tampoco de ese modo hallaba nada concluyente, entonces volvería a visitar a la señora Everett. ¡Ah, vaya si le gustaría ver una vez más a la señora Everett!

Miró de nuevo a Lamont mientras dormía apaciblemente, y después de hablar unos instantes con el alguacil que vigilaba impertérrito y sin el menor indicio de sueño, se dispuso a dormir, preocupado pero decidido a seguir adelante. De ningún modo iba a dejar las cosas como estaban.

CAPÍTULO 15

EL BROCHE

Después de un baño caliente, durante el cual aprovechó para estirar ociosamente los dedos de los pies bajo el agua tratando de relajarse y de alcanzar ese confortable estado de ánimo esperable en un detective que ha atrapado a su presa, Grant se dirigió a Scotland Yard y fue directo al despacho de su jefe. Cuando estuvo delante del gran hombre, Barker se mostró elogioso.

—¡Enhorabuena, Grant! —exclamó—. Ha hecho un trabajo excelente.

Por supuesto, no tardó en pedirle los detalles de la captura que no había incluido en su informe oficial, de modo que el inspector dibujó para él un vívido cuadro de sus tres días en Carninnish. El superintendente estaba entusiasmado.

—¡Bien hecho! —dijo—. Mejor usted que yo. Caminar por pantanos nunca ha sido lo mío. Grant, parece que esta vez era usted el hombre adecuado en el momento y lugar oportunos.

—Sí —respondió el otro, con mucho menos fervor que su superior.

—No parece usted muy emocionado —dijo Barker, haciendo una mueca sin dejar de observar su rostro serio.

—Bueno, ha sido cuestión de suerte. Además, cometí un grave error.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué se trata?

—Descubrí que Sorrell tenía intención de irse a América... al menos había reservado un pasaje... Pero olvidé que sus pertenencias estarían abandonadas en la consigna de la estación a la espera de que alguien las registrara.

—No me parece algo tan importante. Ya conocía usted a nuestro hombre y sabía quiénes eran sus amigos. ¿Qué más espera encontrar que pueda serle útil con Lamont?

—Esto no tiene nada que ver con Lamont. Precisamente por mi obsesión con atraparlo olvidé por competo el equipaje. Pero necesito saber más cosas sobre Sorrell. Si le digo la verdad —añadió de repente—, no estoy muy satisfecho con el caso.

Barker se sorprendió visiblemente.

—¿Y qué es lo que ocurre? —preguntó—. Es el caso más claro que ha caído en manos de Scotland Yard en mucho tiempo.

—Sí, en la superficie. Pero en cuanto uno excava un poco aparecen detalles que han pasado inadvertidos.

—¿A qué se refiere? ¿Cree que puede haber alguien más implicado?

—No. Lo que quiero decir es que existe una remota posibilidad de que tengamos al hombre equivocado.

Durante un instante ambos permanecieron en silencio.

—Grant —dijo Barker al fin—, nunca le había visto perder el temple de esta manera. Necesita unas vacaciones, ya se lo había dicho. No creo que le haya hecho ningún bien patearse aquellos páramos. Quizá el ejercicio sea perjudicial para el cerebro. Desde luego a usted le ha hecho perder su capacidad crítica.

—Bien, esta es su declaración de ayer por la noche —respondió Grant, sin saber del todo qué decir.

Y se la entregó.

Mientras Barker leía, él se acercó a la ventana y contempló el verdor del césped y el río que resplandecía bajo la luz del sol, y no pudo evitar preguntarse si no estaba siendo un completo estúpido al preocuparse de ese modo cuando tenía un caso totalmente sólido. Bueno, estúpido o no, iría a Waterloo en cuanto su jefe le dejara marchar y ya vería qué encontraba.

Cuando Barker dejó la declaración sobre la mesa, Grant se volvió bruscamente, ansioso por ver su reacción.

—Bien —dijo el superintendente—, ahora sí que tengo ganas de conocer al señor Lamont.

—¿Por qué? —preguntó Grant.

—Porque me gustaría ver en persona al hombre que intentó engatusar al inspector Grant y se salió con la suya. ¡Grant, el hombre que nunca se deja impresionar!

—¿Eso le parece? —dijo Grant algo abatido—. ¿No ha creído nada de lo que dice?

—Ni una palabra —respondió Barker alegremente—. Es la historia más endeble que he leído en mucho tiempo. Aunque he de reconocer que el tipo ha puesto toda la carne en el asador para tratar de escurrir el bulto... ¡con lo que tiene encima!

—Bueno, mírelo desde otro punto de vista. ¿Se le ocurre un solo motivo razonable para que Lamont asesinara a Sorrell?

—Por favor, Grant. ¿Cuánto tiempo lleva en Scotland Yard? Sin duda más de lo que puedo recordar. ¿Y a estas alturas todavía espera encontrar algo de racionalidad en el asesinato? Lo que necesita es tomarse unas vacaciones, hombre. Lamont posiblemente mató a Sorrell porque se había hartado hasta de verlo comer. Además, no es responsabilidad nuestra explicar la psicología de la gente ni proporcionarles motivos o cualquier otra cosa. Así que no se haga cruces. Límitese a encontrar pruebas sólidas y ya nos encargaremos de preparar una celda cuando llegue el momento. Eso es todo.

Hubo un breve silencio y Grant comenzó a recoger sus documentos dispuesto a salir del despacho en dirección a Waterloo.

—Escuche, Grant —dijo Barker, rompiendo el silencio—. Bromas aparte, ¿de veras cree que el tipo no lo hizo?

—No me explico cómo no podría haberlo hecho —respondió Grant—. No faltan pruebas en su contra. No sabría decirle por qué estoy preocupado, pero eso tampoco me impide estarlo.

—¿Es este un ejemplo de su famoso instinto? —preguntó Barker, volviendo a la ironía.

Pero Grant no tenía ánimos esa mañana para renunciar a su seriedad.

—No. Creo que se debe únicamente a que yo he visto a Lamont y he hablado con él mientras contaba su historia y usted no.

—Justo eso es a lo que me refería antes —le recordó Barker—. Lamont ha intentado engatusarlo con ese cuento sentimental y le ha... En fin, sáqueselo de la cabeza, Grant. Al menos hasta que haya encontrado algún indicio de veracidad en todo lo que le ha contado. El instinto está muy bien, y no niego que en un par de ocasiones le ha dado extraordinarios resultados, pero hasta ahora siempre se había apoyado básicamente en las pruebas antes de actuar, algo que no sucede ahora.

—Eso es lo que más me preocupa. No hay motivos para estar descontento con el caso. Entonces, ¿qué es lo que no me convence? No dejo de pensar que falta algo. Necesito encontrar la prueba que incline definitivamente la balanza contra Lamont, o a su favor.

—Bueno, bueno —dijo Barker sin perder el buen humor—. Lo ha hecho tan bien hasta ahora que puede permitirse seguir su instinto durante algún día más. Tenemos pruebas suficien-

tes para presentarnos ante el juez de primera instancia, o ante cualquier otro, cuando llegue el momento.

De modo que Grant salió de nuevo a la soleada y bulliciosa mañana en dirección a Waterloo, dejando a su paso un pequeño rastro de disgusto y mal humor. Al abandonar el cálido pavimento para adentrarse en la fresca bóveda de la más bonita y también más triste de todas las estaciones londinenses —solo su nombre ya apesta a finales y a despedidas—, una lúgubre expresión se apoderó de su rostro como un mal presagio. Habiendo acreditado la autoridad necesaria para abrir el equipaje que Sorrell hubiera dejado, entró en el almacén de objetos perdidos, donde fue recibido por un empleado visiblemente interesado en el asunto.

—Sí, señor, sé a cuáles se refiere —dijo—. Llevan aquí unos quince días.

Y lo acompañó hasta el equipaje en cuestión. Eran dos maletas muy usadas y Grant reparó enseguida en que ninguna de las dos había sido marcada con las etiquetas de la compañía Rotterdam-Manhattan, como habría sido de esperar si Sorrell hubiera tenido intención de embarcar en Southampton. Ni siquiera llevaban una dirección de retorno en caso de pérdida. Las dos estaban identificadas con sendas etiquetas donde se podía leer «A. Sorrell», sin duda escrito a mano por él. Con sus propias llaves y el corazón ligeramente acelerado, Grant se dispuso a abrirlas. En la primera, bajo una tela protectora, estaba el pasaporte de Sorrell y los billetes para el viaje. ¿Por qué los había dejado allí? ¿Por qué no los llevaba en su billetera? Justo al lado, sin embargo, estaban las etiquetas facilitadas por la compañía para identificar el equipaje de los pasajeros. Puede que Sorrell tuviera intención de abrir la maleta antes de subir al tren portuario y por eso había pospuesto el etiquetado hasta entonces. Quizá había dejado los billetes y el pasaporte allí pensando que estarían más seguros que en su cartera mientras él hacía cola a las puertas del teatro.

Grant continuó el registro. No había más indicios de que Sorrell tuviera intención de abandonar el país como había dicho. La ropa estaba colocada con un cuidado y meticulosidad que evidenciaban que pretendía volver a utilizarla. Además, las prendas habían sido dispuestas de manera metódica; dejando más a mano los artículos que presumiblemente tenía intención de usar primero y los menos necesarios debajo. Al observar el modo en que Sorrell había hecho el equipaje, resultaba difícil creer que no pretendiera volver a usar esa ropa en un futuro próximo. Por otro lado, no había ninguna otra información acerca del propietario. Tampoco cartas ni fotografías. Este último detalle fue el que verdaderamente despertó la curiosidad de Grant mientras examinaba el contenido de las maletas; que un hombre que estaba a punto de viajar al extranjero por un periodo indefinido no llevara consigo ninguna clase de recuerdo. Fue entonces cuando encontró en el fondo un paquetito de fotos encajadas entre un par de zapatos. Desató hábilmente el trozo de hilo con que estaban sujetas y las examinó. Al menos la mitad eran instantáneas de Gerald Lamont, solo o con Sorrell, y el resto eran antiguas fotos de grupo del ejército. Las únicas mujeres de la colección eran la señora Everett y algunas enfermeras del Destacamento de Ayuda Voluntaria, que parecían figurar en las imágenes de grupo de forma casual. Grant casi soltó un gruñido de exasperación —mientras deshacía el nudo que las sujetaba se había dejado llevar por una vaga, aunque intensa esperanza—, pero después de volver a atarlas las guardó en su bolsillo. Puede que las enfermeras aparecieran de forma casual en las fotos de grupo, pero seguían siendo mujeres, y por tanto no podía pasarlas por alto sin más.

¡Y eso era todo! Eso era todo lo que iba a encontrar en el equipaje en el que tantas esperanzas había depositado mientras iba de camino a la estación. Inquieto y decepcionado, co-

menzó a colocar las cosas tal como las había encontrado. Al levantar una chaqueta para doblarla algo cayó de un bolsillo y rodó por el suelo del almacén de objetos perdidos. Era un pequeño estuche forrado en terciopelo azul como los que utilizan los joyeros para sus artículos. Ni un terrier cazaría una rata tan rápido como Grant recogió el estuche cuando aún no había dejado de rodar, y el corazón de una muchacha no habría latido con más rapidez que el de Grant cuando se dispuso a abrirlo. Con una ligera presión de su dedo pulgar la tapa se abrió bruscamente. Sobre la superficie azul oscuro reposaba un broche de sombrero como los que suelen lucir las mujeres. Estaba hecho con pequeñas perlas engarzadas formando un anagrama con dos iniciales. Era una pieza muy simple y hermosa. «M. R.», dijo Grant en voz alta. Margaret Ratcliffe.

Su boca pronunció esas palabras antes de que su pensamiento tuviera tiempo de asimilarlas. Contempló la joya unos instantes, la levantó de su diminuto lecho de terciopelo, le dio la vuelta en la palma de la mano y volvió a dejarla en su sitio. ¿Era esta la prueba que buscaba, después de todo? Y aquellas iniciales, por otra parte, tan comunes, ¿eran las de la mujer que tan insistentemente seguía irrumpiendo en el caso? Era ella la que estaba detrás de Sorrell cuando fue asesinado; era ella quien había reservado un camarote el mismo día, en el mismo barco y con el mismo destino que Sorrell; y ahora el único objeto de valor que había encontrado entre sus pertenencias era un broche con sus iniciales. Volvió a examinarlo. No parecía una joya de esas que se venden por docenas, y el nombre que aparecía en el estuche no era el de un negocio accesible para jóvenes corredores de apuestas poco solventes. Se trataba de una joyería con muy buena reputación de la calle Bond, cuyos precios hacían honor a la excelente mercancía. Pensó que lo mejor sería visitar sin dilación a los señores Gallio & Stein. Cerró las maletas, guardó el broche en el bol-

sillo junto a las fotografías y salió de Waterloo. Al subir las escaleras del autobús recordó que Lamont había dicho que los billetes que Sorrell le había dado estaban envueltos en papel blanco como el que utilizan los joyeros. Otro tanto a favor de Lamont. Pero si Sorrell había decidido marcharse al extranjero en compañía (o a causa) de Margaret Ratcliffe, ¿por qué iba a darle a Lamont semejante suma? Según el informe de Simpson, la señora Ratcliffe tenía su propio dinero, pero ningún hombre que se precie estaría dispuesto a vivir a costa de una mujer nada más fugarse con ella, aunque tal cosa implicara dejar a su mejor amigo prácticamente sumido en la pobreza.

Los señores Gallio & Stein atendían su negocio en un local pequeño y bastante oscuro de la calle Old Bond y, al entrar, Grant solo pudo ver a un dependiente disponible. En cuanto el inspector abrió el pequeño estuche azul el hombre reconoció el broche. Él mismo había atendido al cliente que lo compró, aclaró enseguida. No, no lo tenían en existencias. Había sido hecho por encargo para un tal señor Sorrell, un joven bastante agradable, y vendido a un precio de treinta guineas. Tras consultar un cuaderno que reposaba sobre el mostrador dijo que lo habían terminado en el taller el seis de marzo, un martes. Y ese mismo día el señor Sorrell se había presentado para pagarlo y recogerlo. Había descrito con precisión lo que quería y no había puesto pegas al precio.

Grant se marchó pensando muy concentrado, pero sin estar más cerca de la solución. Que un hombre de la posición de Sorrell estuviera dispuesto a desprenderse de treinta guineas por un simple adorno de sombrero dejaba en evidencia un encaprichamiento más allá de lo razonable. Y era evidente que había decidido no entregárselo al objeto de su devoción hasta el momento de partir. Lo que implicaba que solo podría hacerlo después de abandonar Inglaterra. Estaba guardado en una de sus maletas. No tenía ningún amigo conocido en Esta-

dos Unidos. Pero... Margaret Ratcliffe iba a viajar en el mismo barco. ¡Esa mujer! ¡Cómo seguía reapareciendo en el caso! Y su entrada, en lugar de aclarar las cosas, solo conseguía enredarlas más. Pues a estas alturas Grant estaba convencido de que todo aquello era un terrible enredo que le costaría Dios y ayuda desenmarañar.

Era casi la hora de comer, pero regresó a Scotland Yard porque estaba esperando un mensaje de la oficina de correos. Al llegar lo vio sobre su mesa. La mañana del catorce (miércoles) un telegrama había sido enviado desde la oficina de la calle High de Brixton a la atención de Albert Sorrell, a bordo del *Reina de Arabia*, que decía: «Lo siento. JERRY». Teóricamente había sido entregado, puesto que nada indicaba lo contrario; aunque teniendo en cuenta la gran cantidad de telegramas dirigidos al crucero tampoco era improbable que se hubiera perdido si nadie lo había reclamado.

—¡Así que esto es todo! —dijo Grant en voz alta.

Y Williams, que estaba en el despacho, respondió en tono complaciente:

—Sí, señor.

¿Y ahora, qué? Necesitaba ver a la señora Ratcliffe, pero no sabía si ya habría regresado a casa. Si llamaba para preguntar, la advertiría de su renovado interés por ella. Debía enviar otra vez a Simpson. La señora Ratcliffe tendría que esperar por el momento. Entretanto, iría a visitar a la señora Everett. Dio instrucciones a Simpson y después de comer se dirigió a Fulham.

La señora Everett le abrió la puerta sin el menor indicio de temor o vergüenza. A juzgar por la expresión de su mirada, su hostilidad era tan grande como para impedirle expresar cualquier emoción. ¿Cómo debía abordarla? El policía severo e intransigente no conseguiría impresionarla ni sacarle información. El fallecido había acertado de pleno al llamarla lady

Macbeth. Y una actitud magnánima ignorando el papel que había desempeñado en la fuga de Lamont tampoco surtiría efecto. Cualquier halago suscitaría únicamente su desprecio. De modo que no tuvo más remedio que aceptar que solo había una opción válida con aquella mujer: decir la verdad.

—Señora Everett —dijo en cuanto ella lo invitó a pasar—, tenemos pruebas suficientes para llevar al cadalso a Gerald Lamont, pero en mi opinión eso no es suficiente. Hasta el momento no he encontrado nada que desdiga su declaración, y creo que hay una remota posibilidad de que sea cierta. El problema es que ningún jurado la creerá. Es una historia muy poco sólida y contada ante un tribunal se vendría abajo por sí sola. Sin embargo, estoy convencido de que algo más de información inclinará la balanza en una u otra dirección; demostrando sin lugar a duda la culpabilidad de Lamont o exonerándolo. Por eso he venido a verla. Si es inocente, cuanta más información tengamos más probabilidades habrá de demostrar que él no mató a Sorrell. Esa es la razón de que haya vuelto, necesito más información.

Ella escrutó en silencio al detective, intentado desvelar sus verdaderos motivos tras aquel velo de palabrería.

—Le he dicho la verdad —dijo Grant—, así que puede tomarla o dejarla. No siento ninguna debilidad por Gerard Lamont, se lo aseguro. No es eso lo que me ha traído hasta aquí. Es una mera cuestión de orgullo profesional. Si existe alguna posibilidad de haber cometido un error, entonces no abandonaré el caso hasta estar seguro de haber atrapado al verdadero culpable.

—¿Qué quiere saber? —preguntó ella.

Y sus palabras sonaron a capitulación. Al menos era una concesión.

—En primer lugar, ¿qué cartas recibía Sorrell habitualmente y de dónde venían?

—Por lo general, recibía poco correo. No tenía muchos amigos.

—¿Alguna vez vio cartas a su nombre cuyo remite pareciera haber sido escrito por una mujer? Me refiero al tipo de caligrafía...

—Sí, de vez en cuando.

—¿Desde dónde habían sido enviadas?

—Desde Londres, creo.

—¿Cómo era la letra?

—Muy redondeada y regular, y bastante grande.

—¿Sabe quién era la mujer?

—No.

—¿Recibía esas cartas desde hace mucho tiempo?

—¡Oh, desde hace años!

—Y en todos esos años, ¿nunca descubrió quién era la remitente?

—No.

—¿Nunca vino a visitarlo una mujer aquí?

—No.

—¿Las cartas llegaban con mucha frecuencia?

—¡Oh, no muy a menudo! Una vez cada seis semanas, o quizá algo más.

—Lamont ha dicho que Sorrell era reservado. ¿Es cierto?

—No, yo no diría tanto. Pero era celoso... quiero decir, celoso de su intimidad, de las cosas que le gustaban. Cuando algo le importaba mucho... lo ocultaba, se lo guardaba para sí mismo. No sé si me explico.

—¿Se comportaba de un modo distinto cuando llegaban las cartas? ¿Estaba más alegre, o al contrario?

—No, yo no percibí ninguna diferencia. Era un joven muy silencioso, ¿sabe?

—Dígame —continuó Grant, y sacó el estuche de terciopelo—, ¿ha visto esto antes?

Lo abrió para enseñárselo.

—M. R. —dijo ella lentamente, igual que había hecho Grant—. No, no lo había visto nunca. ¿Qué tiene que ver con Bertie?

—Fue encontrado dentro del bolsillo de una chaqueta en el equipaje de Sorrell.

Extendió su envejecida mano para coger el broche, lo observó con curiosidad y se lo devolvió a Grant.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que Sorrell quisiera suicidarse?

—No, ninguno. Pero puedo decirle que una semana antes de marcharse... quiero decir, antes de marcharse de mi casa... el cartero entregó un paquetito para él. Lo vio al llegar por la noche. En esa ocasión llegó antes que Jerry... el señor Lamont.

—¿Quiere decir un paquete de este tamaño?

—No tan pequeño, pero podría haber sido ese mismo estuche dentro de un envoltorio.

Sin embargo, el dependiente de Gallio & Stein había dicho que Sorrell se había llevado el broche personalmente.

—¿Recuerda qué día llegó?

—No estoy del todo segura, pero creo que fue el jueves antes de irse.

El martes Sorrell había cogido su encargo en la joyería, y el jueves un pequeño paquete había sido entregado en la dirección de Sorrell. La inferencia era obvia. La mujer había rechazado su regalo.

—¿Cómo era la caligrafía que había en el paquete?

—Yo no estaba presente cuando lo abrió.

—¿Y después?

—No, creo que no. Estuvo muy silencioso, eso sí. Pero él siempre lo era.

—Entiendo. ¿Cuándo vino Lamont para contarle lo sucedido?

—El sábado.

—¿Sabía usted que el hombre de la cola era Sorrell antes de que Lamont viniera?

—No. La descripción completa del hombre no se publicó hasta el jueves, y naturalmente yo pensaba que Bert había partido hacia América el miércoles. Sabía que Jerry habría estado con él hasta el último momento, de modo que no estaba preocupada. Solo al ver la semblanza del hombre buscado por la policía relacioné ambas descripciones y empecé a preguntarme qué había sucedido. Eso fue el sábado.

—¿Y qué pensó entonces?

—Pensé, igual que ahora, que alguien había cometido un terrible error.

—¿Le importaría contarme lo que le dijo Lamont? Ya nos ha facilitado su declaración.

Ella dudó un momento antes de hablar.

—Bueno, no creo que las cosas puedan ponerse peor de lo que están.

Y relató la historia que Lamont le había contado. Coincidió hasta el más mínimo detalle con la declaración que había hecho durante el trayecto en tren de regreso al sur.

—¿Y no encontró nada sospechoso en su historia?

—Dudo que la hubiera creído de habérmela contado un desconocido —en aquel momento se parecía extraordinariamente a su sobrina, pensó Grant—, pero conozco a Jerry Lamont.

—También conocía a Sorrell desde hace mucho más tiempo y no sabía nada sobre las cosas que más le importaban en la vida.

—Es cierto, pero así era Bertie. El tiempo no tiene nada que ver con eso. Jerry hablaba de todo conmigo, incluso de chicas.

—Bien, muchas gracias por contarme todo esto —dijo Grant, levantándose de la silla—. Si nada de lo que ha dicho

sirve para ayudar a Lamont, al menos no creo que vaya a incriminarlo más. ¿Alguna vez pensó que, en el fondo, Sorrell no tenía intención de marcharse a Estados Unidos?

—¿Quiere decir que pensaba viajar a otro sitio?

—No, quiero decir que, si hubiera pensado en suicidarse, el plan de ir a Norteamérica no habría sido más que una elaborada tapadera.

—La verdad es que no lo creo. Estoy convencida de que tenía intención de ir a Estados Unidos.

Grant le dio las gracias de nuevo y regresó a Scotland Yard. Una vez allí, Simpson le explicó que la señora Ratcliffe y su hermana seguían en Eastbourne, y no se sabía cuándo iban a volver.

No, el señor Ratcliffe solo había ido a verlas una vez desde que se marcharon, y ni siquiera se había quedado a pasar la noche.

—¿Pudo usted averiguar cuál había sido el motivo de la discusión?

No, al parecer la doncella no lo sabía. A juzgar por el mal disimulado regocijo en el pecoso rostro de Simpson, a Grant no le costó deducir que la entrevista con la doncella de Ratcliffe había sido más divertida que informativa, de modo que lo dejó marchar con una mezcla de abatimiento y resignación. No tendría más remedio que ir personalmente a Eastbourne para ver a la señora Ratcliffe... como quien no quiere la cosa. Sin embargo, al día siguiente debía asistir a la vista del caso Lamont en el juzgado de primera instancia. Sería un mero trámite, pero no podía ausentarse. No tenía tiempo suficiente para ir a Eastbourne y regresar esa misma noche con la esperanza de encontrarse de forma casual con la señora Ratcliffe sin despertar inmediatamente sus sospechas. No obstante, si la vista del día siguiente no se prolongaba demasiado, iría justo después. Esperaba no tener que intervenir en ningún

momento de la sesión. Era pura rutina, al contrario que la ansiada entrevista con la señora Ratcliffe... que era más bien una cacería, una jugada de riesgo, una manera de provocar a la suerte. Se moría de ganas de ver la cara de aquella mujer cuando le enseñara el broche con las iniciales.

CAPÍTULO 16

LA SEÑORITA DINMONT COLABORA

El juzgado de primera instancia de Gowbridge era de todo menos alegre. Tenía la atmósfera decadente de un mau-soleo combinada con la aséptica y artificial algazara de los hospitales, la desolación de un aula escolar, la escasa ventilación de un vagón de metro y la fealdad de algunas iglesias. Grant lo conocía bien y nunca entraba en él sin dejar escapar un inconsciente gruñido, no por el aire de desgracia que allí flotaba atrapado en invisibles telas de araña, sino a causa de su propia aflicción por tener que pasar la mitad de su jornada en semejante escenario. Era en mañanas como esa, en las que se veía obligado a meterse en el juzgado de primera instancia de Gowbridge, cuando no podía evitar pensar que los policías tenían una vida de perros. Y en esta ocasión estaba de especial mal humor. Nada más entrar observó con una mezcla de amargura y resentimiento a los representantes del cuerpo que estaban de servicio en el juzgado; al apasionado magistrado, siempre tan seguro de sí mismo; y a los mirones que ocupaban los bancos de la sala. Consciente de su pésimo estado de ánimo, miró como de costumbre a su alrededor tratando de encontrar un motivo para sentirse mejor. Y poco después lo

encontró. ¡No quería que se presentaran sus pruebas! En el fondo de su corazón le apetecía decir «¡Esperad un poco! Hay algo en todo esto que aún no entiendo. ¡Esperad solo hasta que lo aclare!». Pero un inspector de policía con un caso perfectamente sólido basado en pruebas, que contaba además con el beneplácito de sus superiores, no podía hacer nada semejante. Y nada podía decir. Miró al otro lado de la sala, donde estaba sentado el abogado defensor del acusado. Lamont iba a necesitar mejores armas cuando el juicio llegara ante el gran tribunal penal de Old Bailey, o de lo contrario no iba a tener la menor oportunidad. Pero las buenas armas costaban dinero y los abogados eran profesionales, no filántropos.

Los dos casos anteriores en el orden del día se cerraron rápidamente, y a continuación dos agentes escoltaron a Lamont al interior de la sala. Parecía enfermo pero tranquilo. Al ver a Grant esbozó una leve sonrisa. Su aparición causó cierto revuelo entre el público que llenaba la sala. La prensa no había difundido que el caso se presentaba hoy, y la mayoría de los presentes eran simples mirones y curiosos o amigos de los implicados en otros casos. Grant había buscado a la señora Everett, pero no estaba. El único amigo de Lamont en aquella sala parecía ser el hombre que debía velar por sus intereses a cambio de la correspondiente tarifa. No obstante, Grant volvió a mirar a su alrededor en busca de algún rostro que reflejara un mínimo de interés personal. En el pasado había descubierto que era posible obtener información útil examinando la expresión de supuestos desconocidos desperdigados entre el público presente en la sala de un juzgado. Pero, en esta ocasión, un cuidadoso escrutinio no le reveló nada; entre los rostros de la audiencia no encontró más que mera curiosidad. Sin embargo, al abandonar el estrado después de prestar declaración, vio al fondo de la sala a una persona que acababa de entrar; era la señorita Dinmont. La joven aún tenía por delante una semana

de vacaciones y, sin embargo, allí estaba; a pesar de que durante aquel fatídico té en la casa del párroco había comentado que, ya que solo podía disfrutar de vacaciones una vez al año, quería hacerlo íntegramente en casa. Y mientras se sentaba, el inspector Grant volvió a sorprenderse al comprobar que la joven no solo no se había ablandado ante un hombre al que creía culpable de un terrible crimen, sino que además había renunciado a sus vacaciones y había viajado ochocientos kilómetros para escuchar personalmente su declaración ante un tribunal. Lamont estaba de espaldas a ella, y a menos que decidiera escrutar deliberadamente la sala al salir, era improbable que llegara a percatarse de su presencia. Ella, por el contrario, se dio cuenta enseguida de que el inspector la estaba observando y le dedicó una leve inclinación de cabeza con actitud imperturbable. Con su elegante traje a medida en tonos oscuros y su pequeño sombrero parecía completa, una encantadora y serena mujer de mundo. Por toda la emoción que demostraba, bien podría haber sido una escritora documentándose para su siguiente novela. Y su atractivo rostro ni siquiera se alteró al observar a Lamont cuando abandonó la sala. Tía y sobrina se parecían mucho, pensó Grant. Probablemente era ese el motivo por el que no se gustaban. Se acercó a ella al salir y la saludó.

—¿Tiene usted algún compromiso, señorita Dinmont? Venga a comer conmigo, ¿qué le parece?

—Pensaba que durante el día los inspectores de Scotland Yard se alimentaban a base de píldoras de extracto de carne o cosas por el estilo. ¿De veras tienen tiempo para sentarse a comer?

—No solo eso, cuando lo hacemos lo hacemos en condiciones. ¡Venga y lo verá!

Ella sonrió y lo acompañó sin decir nada.

La llevó a Laurent's, y mientras comían ella le habló con franqueza sobre los motivos de su cambio de planes.

—No podía seguir en Carninnish después de lo sucedido —dijo—. Y necesitaba ver en persona el procedimiento judicial, de modo que decidí venir. Nunca había estado en un juzgado. No es un espectáculo demasiado impresionante.

—Los de primera instancia quizá no —admitió él—, pero espere a ver el gran juicio.

—Espero no tener que hacerlo... aunque todo parece indicar que sí. ¿Tiene usted un espléndido caso cerrado, ¿no es cierto?

—Ese es precisamente el adjetivo que usa mi jefe.

—¿Y no está de acuerdo? —preguntó ella rápidamente.

—Oh, sí. Por supuesto.

Admitir ante la señora Everett que no estaba satisfecho era una cosa, pero tampoco tenía intención de pregonarlo a los cuatro vientos. Y desde luego reconocerlo ante aquella independiente muchacha habría sido demasiado.

Por fin ella aludió directamente a Lamont.

—No parece estar bien —dijo con seriedad, utilizando el «bien» en un sentido profesional—. ¿Cuidarán de él en la cárcel?

—Oh, sí —dijo Grant—. Cuidarán muy bien de él.

—¿Es posible que lo acosen de algún modo? Porque le advierto que en semejante estado no lo soportaría. Se pondrá seriamente enfermo o incluso es posible que llegue a confesar algo que no hizo.

—Entonces, usted no cree que lo hiciera.

—Me parece improbable, aunque soy consciente de que no tiene por qué ser inocente solo porque yo lo crea. Lo único que quiero es que reciba un trato justo.

Grant comentó que en Carninnish parecía haber aceptado la culpabilidad de Lamont.

—Bueno —respondió ella—, usted sabía mucho más que yo sobre el asunto. Solo hacía tres días que lo conocía y me

cayó bien... lo que no lo hacía culpable ni inocente. Además, prefiero pecar de bruta que de idiota.

Grant reflexionó en silencio sobre aquella afirmación tan poco femenina y ella repitió su pregunta.

—Oh, no —dijo Grant—. Puede estar tranquila, esto no es América. Y en cualquier caso, como ha oído, él ya ha hecho su declaración y no es probable que cambie de idea o que haga otra.

—¿Tiene algún amigo?

—Solo su tía, la señora Everett.

—¿Y quién pagará su defensa?

Grant se lo explicó.

—Entonces él no podrá permitirse a uno de los buenos. Eso no me parece especialmente justo... que la ley pueda contar con abogados famosos para la acusación mientras los criminales pobres son defendidos por abogados desconocidos.

Grant hizo una mueca.

—Oh, tendrá un trato justo, no se preocupe. Generalmente es la policía la que se siente más hostigada en los casos de asesinato.

—¿No se ha topado con ningún caso en el que la ley haya cometido alguna equivocación?

—Sí, varios —admitió Grant alegremente—. Pero todas fueron propiciadas por errores de identidad. Y eso no tiene nada que ver con el que nos ocupa.

—No, pero debe haber casos donde las pruebas no sean más que un cúmulo de elementos inconexos que se van ordenando hasta que alguien les encuentra algún sentido. Como los parches de una colcha de *patchwork*.

La joven empezaba a acalorarse demasiado en su búsqueda de aclaraciones. Grant la tranquilizó y trató de cambiar de tema discretamente, hasta que de repente guardó silencio. Se le había ocurrido una idea. Si iba solo a Eastbourne, la seño-

ra Ratcliffe desconfiaría de su buena fe, por más que tratara de disfrazar el motivo de su súbita aparición. Pero si lo hacía acompañado por una mujer posiblemente aceptaría sin reparos que no estaba de servicio; acallando de ese modo, aunque fuera de forma momentánea, cualquier sospecha que su presencia pudiera suscitar hasta que se presentara la oportunidad de pillarla con la guardia baja. Y el éxito de la expedición dependía precisamente de eso... de que ella estuviera desprevenida cuando Grant decidiera actuar.

—Escuche una cosa —dijo él—. ¿Tiene algo que hacer esta tarde?

—No. ¿Por qué?

—¿Ha hecho ya la buena obra del día?

—No, creo que hoy he sido absolutamente egoísta.

—Bueno, pues se quitará un peso de encima si viene conmigo esta tarde a Eastbourne para hacerse pasar por mi prima... hasta la hora de la cena. ¿Lo hará?

Ella lo miró con seriedad.

—No lo veo claro. ¿Está usted siguiendo la pista de algún otro desgraciado?

—No exactamente. Más bien creo que estoy buscando algo.

—Me parece que no —respondió ella con lentitud—. Si fuera mera diversión iría sin pensarlo. Pero si no sé de qué se trata y tampoco conozco a la persona... ¿entiende a lo que me refiero?

—No puedo explicárselo, pero si le doy mi palabra de que no se arrepentirá, ¿me creerá y vendrá conmigo?

—¿Y por qué debería creerlo, inspector? —dijo ella con dulzura.

Grant quedó visiblemente desconcertado. Ella había manifestado ya su falta de fe en Lamont, pero que aplicara la misma lógica para referirse a él le resultó cuando menos inesperado.

—No lo sé —admitió—. Supongo que también los detectives somos tan capaces de mentir como cualquiera...

—Y considerablemente menos escrupulosos que la mayoría —añadió ella con sequedad.

—Bueno, entonces debe decidirlo usted. En cualquier caso, si viene no se arrepentirá. Eso puedo prometérselo, si quiere... Y los agentes de policía no tienen costumbre de cometer perjurio, por faltos de escrúpulos que puedan ser.

Ella se rio.

—Eso no se lo esperaba, ¿verdad? —dijo ella encantada. Y tras una pausa añadió—: De acuerdo, lo acompañaré y seré su prima con mucho gusto. Ninguno de mis primos es la mitad de atractivo.

Pero el tono burlón en que lo dijo fue demasiado evidente para que Grant pudiera disfrutar del cumplido.

Atravesaron la verde campiña en dirección al mar muy amigablemente, y cuando Grant levantó la vista de repente se sorprendió al ver las suaves colinas. Ahí estaban dominando el paisaje, como alguien que ha entrado de puntillas en una habitación sin que nadie lo oiga y sobresalta a sus ocupantes al aparecer inesperadamente en mitad de la estancia. Nunca un viaje a la costa se le había hecho tan corto. Estaban solos en el compartimento y él comenzó a explicarle el papel que debía representar.

—Yo me alojo en Eastbourne durante unos días... no, eso no puede ser, no voy vestido para eso... los dos hemos venido a pasar la tarde, entonces. Pretendo entablar conversación con dos mujeres que ya me conocen en mi faceta profesional. Cuando la conversación se desvíe hacia los broches de sombrero quiero que saque usted esto de su bolsillo y diga que acaba de comprarlo para su hermana. Por cierto, se llama usted Eleanor Raymond y su hermana es Mary. Eso es todo. Límitese a dejar el broche a la vista hasta que yo me arregle la corbata. Esa será la señal de que ya tengo todo lo que necesito.

—Muy bien. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Alan.

—De acuerdo, Alan. Casi olvido preguntárselo. ¡Menuda gracia habría tenido empezar la comedia sin saber el nombre de pila de mi primo! Es curioso este mundo, ¿no le parece? Al mirar ahora esas primaveras bajo la luz del sol nadie diría que hay miles de personas por ahí en situaciones horribles.

—Prefiero no pensarlo. Por esa senda acecha la locura. Piense mejor en la playa deliciosamente desierta que vamos a ver dentro de unos minutos.

—¿Suele ir usted al Old Vic?⁷ —preguntó ella.

Y aún estaban comentando lo maravillosa que era miss Baylis, la directora teatral, cuando llegaron a la estación y Grant dijo de repente:

—Vamos, Eleanor.

Y cogiéndola del brazo la ayudó a bajar del vagón como un chiquillo ansioso por salir corriendo para probar su nueva pala en la arena.

Tal como Grant había profetizado, la playa estaba deliciosamente desierta, una cualidad que hace que las ciudades de vacaciones de la costa sur sean tan apreciadas durante la temporada baja. Hacía un día cálido y soleado y varios grupos pequeños languidecían desperdigados al sol sobre los guijarros en una aristocrática soledad totalmente desconocida para los turistas veraniegos.

—Iremos por el paseo y volveremos por la playa —explicó Grant—. Estoy seguro de que estarán por aquí con este tiempo.

—Pues gracias a Dios que no están en las colinas —dijo ella—. No me importa caminar, pero tardaríamos un día en llegar hasta allí.

⁷ Famoso teatro londinense fundado en 1818.

—Creo que podemos descartar las colinas. La dama que me interesa no parece muy aficionada a las excursiones.

—¿Cómo se llama?

—No, no se lo diré hasta que se la presente. Se supone que no ha oído hablar de ella y cuanto más auténtico parezca mejor.

Caminaron en silencio por el elegante paseo en dirección a Holywell. Todo a su alrededor era pulcro y ordenado, dotado de esa elegancia tan típica de Eastbourne. Incluso el mar tenía un aspecto impecable... y ligeramente exclusivo. Más adelante, el cabo Beachy parecía haber sido colocado allí para rematar el escenario y ser además perfectamente consciente de ello. No llevaban ni diez minutos caminando cuando Grant dijo:

—Ahora regresaremos por la playa. Estoy casi seguro de que acabamos de pasar junto a la pareja que busco. Están abajo, en la arena.

Dejaron el pavimento y comenzaron el lento y resbaladizo paseo de regreso en dirección a los muelles. Poco después vieron en la distancia a dos mujeres reclinadas en sillas plegables mirando al mar. Una de ellas, la más delgada, estaba acurrucada de espaldas a la señorita Dinmont y el inspector, y aparentemente leía. La otra tenía una sombrilla y varias revistas a su alrededor, un cuaderno de notas y toda la parafernalia necesaria para pasar la tarde en la playa, pero no estaba haciendo nada y parecía medio dormida. Cuando se encontraban a un metro de las sillas, el inspector miró casualmente hacia ellas y se detuvo.

—¡Vaya, señora Ratcliffe! —exclamó—. ¿Cómo está? ¿Recuperándose? ¡Qué tiempo tan maravilloso!

Tras una mirada de asombro, la señora Ratcliffe le dio la bienvenida.

—¿Recuerda usted a mi hermana, la señorita Lethbridge? Grant saludó a ambas estrechándoles la mano y dijo:

—Creo que no conocen a mi prima...

Pero los dioses le fueron favorables a Grant en aquella ocasión. Antes de que su pequeño plan se viera comprometido, la señorita Lethbridge dijo lentamente con su agradable tono de voz:

—¡Por todos los santos, pero si es Dandie Dinmont! ¿Cómo está usted, querida?

—¿Se conocen? —preguntó Grant, sintiéndose como un hombre que acaba de abrir los ojos y descubre que, de haber dado un paso más, habría caído por un precipicio.

—¡Bastante! —respondió la señorita Lethbridge—. Me operaron de apendicitis en el St. Michael y Dandie Dinmont fue quien me sostuvo la mano durante el mal trago. Y lo hizo la mar de bien, he de reconocerlo. Saluda a la señorita Dinmont, Meg. Mi hermana, la señora Ratcliffe. ¡Quién iba a pensar que tenía primos en la policía!

—Supongo que también usted se estará recuperando, inspector —dijo la señora Ratcliffe.

—Podríamos llamarlo así —respondió Grant—. Mi prima tiene vacaciones en el St. Michael y yo he dado por terminado mi caso, así que decidimos venir a pasar el día.

—Bueno, todavía no es la hora del té —dijo la señorita Lethbridge—. Siéntense a charlar un rato con nosotras. Hace muchísimo tiempo que no veía a Dandie.

—Se alegrará de haberse quitado de encima ese horrible caso, inspector —dijo su hermana mientras los recién llegados se sentaban sobre los guijarros.

Hablaba como si el asesinato hubiera sido un evento de la vida de Grant igual que lo había sido de la suya, pero el inspector lo dejó pasar y pronto la conversación se desvió del asesinato a temas como la salud, restaurantes y hoteles, comida y ropa, o la escasez de ella.

—Me encanta el broche de su sombrero —dijo la señorita Dinmont a su amiga con aire distraído—. Esta tarde solo soy

capaz de pensar en broches, pues acabamos de comprar uno para una prima mutua que está a punto de casarse. Ya saben... es como ir a comprar un abrigo nuevo y no poder dejar de mirar los abrigos de la gente por la calle como si nunca hubiéramos visto uno. Creo que lo tengo por aquí —cogió el bolso sin abandonar su postura ligeramente reclinada y, tras rebuscar en su interior, sacó el pequeño estuche de terciopelo azul—. ¿Qué les parece?

Lo abrió y se lo ofreció para que lo miraran.

—¡Oh, precioso! —dijo la señorita Lethbridge, aunque la señora Ratcliffe no dijo nada inmediatamente.

—M. R. —dijo al fin—. Vaya, son mis iniciales. ¿Cómo se llama su prima?

—Mary Raymond.

—Suen a heroína santurrón de novela —comentó la señorita Lethbridge—. ¿Es de esas?

—No, no especialmente. Aunque se casa con un hombre de lo más pesado. Entonces, ¿les gusta?

—¡Mucho! —respondió la señorita Lethbridge.

—¡Muy bonito! —dijo su hermana—. ¿Puedo echarle un vistazo?

Cogió el estuche, examinó el broche atentamente y lo devolvió.

—Muy bonito —repitió—. Y tiene un diseño bastante inusual. ¿Los hacen exclusivamente por encargo?

Con un casi inapreciable movimiento de cabeza, Grant respondió al grito de ayuda de la señorita Dinmont.

—Así es, tuvimos que encargarlo —respondió.

—Vaya, pues Mary Raymond es una mujer afortunada, y si no le entusiasma es que tiene muy mal gusto.

—¡Oh! Si no le gusta —intervino Grant— siempre puede mentir y decir que sí, y ni nos daríamos cuenta. Todas las mujeres son expertas mentirosas.

—¡Pero, escúchenle! —exclamó la señorita Lethbridge—. ¡Pobre criatura desilusionada!

—Bueno, ¿acaso no es verdad? Su vida social no es más que una larga serie de pequeños embustes. Lo siento mucho; no estoy en casa; me habría gustado quedarme más; habría ido, pero... Y cuando no están mintiendo a sus amigas mienten a sus doncellas.

—Es posible que mienta a mis amigas —respondió la señora Ratcliffe—, ¡pero desde luego lo que no hago es mentir a mis doncellas!

—¿No lo hace? —dijo Grant, volviéndose indolentemente hacia ella.

Al verlo allí tumbado con el sombrero inclinado sobre los ojos nadie habría pensado que estaba de servicio.

—¿No se marchaba usted a Estados Unidos el día después del asesinato? —ella asintió tranquilamente—. Bien, ¿entonces por qué le dijo a su doncella que iba a Yorkshire?

La señora Ratcliffe hizo un brusco amago de levantarse y volvió a hundirse en la silla.

—No sé de qué está hablando. Estoy completamente segura de no haberle dicho a mi doncella que me iba a Yorkshire. Dije a Nueva York.

Aquello le pareció bastante factible, de modo que Grant se apresuró a añadir:

—Bueno, ella pensó que había dicho Yorkshire.

Antes de que inevitablemente ella preguntara:

—¿Y cómo lo sabe usted?

—No hay nada que no sepa un inspector de policía —respondió.

—Querrá decir que no hay nada que no esté dispuesto a hacer —replicó ella enfadada—. ¿Ha estado hablando con Annie? No me sorprendería que me considerara sospechosa de haber cometido el asesinato.

—No sería tan raro —dijo Grant—. Los inspectores sospechan de todo el mundo.

—Bueno, supongo que debo dar gracias por que sus sospechas no le llevaran más allá de interrogar a mi doncella.

Grant vio cómo lo miraba la señorita Dinmont bajo el ala de su sombrero, y su expresión había cambiado. La conversación había dejado en evidencia que la señora Ratcliffe estaba relacionada de algún modo con el asesinato del Woffington, lo que por supuesto le había dado que pensar. Grant sonrió tratando de apaciguarla.

—No necesito gustarles —dijo—. Pero al menos espero que me comprendan. Vivo para hacer justicia.

Si se paraba a pensarlo, sin duda ella comprendería que investigar a aquella mujer no podía incriminar más a Lamont, sino todo lo contrario.

—Vamos a tomar el té —dijo la señorita Lethbridge—. Vengan a nuestro hotel. ¿O prefieres ir a otro sitio, Meg? La verdad es que ya estoy harta de anchoas y pastel de grosellas.

Grant sugirió un salón de té cuyos pasteles tenían muy buena fama y comenzó a recoger las pertenencias desperdigadas de la señora Ratcliffe. Mientras lo hacía dejó caer el cuaderno de notas, que quedó abierto sobre los guijarros dejando a la vista una carta a medio escribir, lo que le permitió ver claramente la caligrafía de la señora Ratcliffe, de amplios y redondeados trazos.

—¡Lo siento! —exclamó, y volvió a dejar el bloc sobre la pila de papeles y revistas.

Desde un punto de vista gastronómico el té fue un gran éxito, pero Grant tuvo la sensación de que socialmente fracasó de forma miserable. Dos de sus tres acompañantes lo miraban con una desconfianza que no le pasó desapercibida en ningún momento, y la tercera —la señorita Lethbridge— parecía tan jovialmente decidida a fingir que no se percataba del mal hu-

mor de su hermana que no tardó en reconocer tácitamente que era consciente de la tensión que imperaba en el ambiente. Después de despedirse, Grant y su cómplice caminaron de regreso a la estación a la luz del crepúsculo.

—Me ha ayudado mucho, señorita Dinmont —dijo Grant—. Nunca lo olvidaré.

Pero ella no respondió. Y estuvo tan callada durante el viaje de vuelta que casi consiguió que Grant olvidara por completo sus propias preocupaciones. ¿Por qué aquella joven no podía confiar en él? ¿Acaso lo consideraba un ogro porque estaba convencida de que la había utilizado de forma descarada? Y, sin embargo, en todo momento su yo observador sonreía sardónicamente al tiempo que decía: «¿Un inspector de policía como tú pidiendo confianza? ¿Pero si Maquiavelo era un cachorrillo en comparación con los agentes del DIC!».

Cada vez que Grant mantenía esta clase de pugna consigo mismo, su boca se torcía ligeramente, y esa noche la mueca era más pronunciada de lo habitual. No había obtenido respuesta definitiva para ninguno de los problemas que le preocupaban. No sabía si la señora Ratcliffe había reconocido el broche o no. No sabía si había hablado con su doncella de irse a Nueva York o no. Y aunque había tenido ocasión de ver su caligrafía, tampoco había podido llegar a ninguna conclusión definitiva, pues un gran porcentaje de mujeres escribe con esa clase de letra grande y redondeada. Su pausa al ver el broche podría haber sido únicamente para observar con cierto detenimiento las dos iniciales. Y es posible que las veladas preguntas que hizo acerca de su origen fueran del todo inocentes. Aunque también pudiera ser que no. Si estaba relacionada de algún modo con el asesinato había que reconocer que era inteligente, por lo que no sería fácil conseguir que cometiera un desliz. Ella ya lo había engañado una vez, logrando que la apartara de su mente con la mayor despreo-

cupación el mismo día que dio comienzo la investigación. Y nada le impediría volver a hacerlo a menos que él encontrara una prueba irrefutable.

—¿Qué opina de la señora Ratcliffe? —dijo Grant mirando a la señorita Dinmont.

En el compartimento solo estaban ellos dos, además de un pueblerino y su novia.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Es por conversar o la investigación sigue en marcha?

—¿Está enfadada conmigo, señorita Dinmont?

—No creo que esa sea la manera correcta de expresar lo que siento —respondió—. No es fácil hacerme quedar como una idiota, pero esta noche lo ha logrado usted.

Y él no pudo reprimir una punzada de abatimiento ante la acritud de su tono de voz.

—Pero no hay ninguna razón para ello —dijo él, sinceramente consternado—. Representó usted su papel como una profesional, y no hay ningún motivo para que se sienta de ese modo. Me enfrento a algo que no termino de comprender y solo quería que usted me ayudara. Eso es todo. Por eso le he preguntado ahora por la señora Ratcliffe. Me vendría bien la opinión de una mujer... la opinión objetiva de una mujer.

—Bien, si lo que quiere es mi ingenua opinión, creo que esa mujer es idiota.

—¡Oh! ¿No cree que en el fondo sea inteligente?

—No creo que tenga ningún fondo.

—Entonces, en su opinión, es sencillamente superficial. Pero seguro que...

Dejó la frase sin terminar y se quedó pensativo.

—Bueno, usted me ha pedido mi opinión y se la he dado. Creo que es una idiota superficial.

—¿Y su hermana? —preguntó Grant, a pesar de que *a priori* nada tenía que ver con la investigación.

—Oh, ella es distinta. Tiene cerebro y también personalidad, aunque a usted no se lo haya parecido.

—¿Diría usted que la señora Ratcliffe es capaz de cometer un asesinato?

—¡No, por supuesto que no!

—¿Por qué no?

—Porque no tiene las agallas necesarias —respondió la señorita Dinmont con elegancia—. Quizá podría hacerlo en un arrebato, pero al minuto siguiente todo el mundo lo sabría, y ella seguiría contándolo durante el resto de su vida.

—¿Cree que podría guardar semejante secreto de otra persona?

—¿Quiere decir si supiera quién es el culpable?

—Sí.

La señorita Dinmont escrutó el impasible rostro del inspector. Las luces de las farolas de la estación se movían cada vez más lentamente sobre ellos a medida que el tren se detenía.

—¡Eridge! ¡Eridge! —gritó un mozo caminando por el andén desierto.

La inesperada voz murió en la distancia y el tren había ganado velocidad nuevamente antes de que ella volviera a hablar.

—Ojalá pudiera adivinar qué está pensando ahora mismo —dijo ella con desesperación—. ¿Estoy quedando como una idiota por segunda vez hoy?

—Créame, señorita Dinmont, no la he visto hacer nada ni remotamente idiota desde que la conozco, y estoy dispuesto a apostar a que jamás tendré ocasión de verla.

—Puede que eso le sirviera con la señora Ratcliffe... —replicó ella—. Pero a lo que íbamos. Creo que sería capaz de ocultar un asesinato, pero tendría que haber una razón realmente poderosa para ella. Eso es todo.

Grant no supo con seguridad si las tres últimas palabras significaban que eso era todo lo que tenía que decir o que deja-

ra ya de hacerle preguntas. En cualquier caso, la joven le había proporcionado material sobre el cual reflexionar y permaneció en silencio hasta que llegaron a la estación de Victoria.

—¿Dónde se aloja? —preguntó—. No vive en el hospital, ¿verdad?

—No, me alojo en mi club, en la plaza Cavendish.

Él la acompañó contra su voluntad y le dio las buenas noches en el quicio de la puerta, ya que no había podido convencerla para ir a cenar.

—Todavía le quedan días de vacaciones, ¿no es cierto? —dijo él en un último intento por mostrarse amable—. ¿Cómo piensa aprovecharlos?

—En primer lugar, voy a ver a mi tía —respondió—. He llegado a la conclusión de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Sin embargo, antes de dar media vuelta, el inspector tuvo ocasión de ver fugazmente el reflejo de la luz del vestíbulo en la sonrisa de la joven, y se marchó sintiéndose un poco menos mártir de una injusticia que durante las pasadas horas.

CAPÍTULO 17

SOLUCIÓN

Grant estaba desconsolado. Había perdido el brillo como nunca le había sucedido en Scotland Yard. Incluso descargó su mal humor con el fiel Williams, y únicamente la dolida sorpresa en el rostro afable y sonrosado de su subordinado le hizo recuperar momentáneamente la compostura. La señora Field culpó con contundencia a los escoceses: su comida, su comportamiento, su clima y su tierra. Y como si se tratara de algo tan sencillo como del resultado de la suma de un chiquillo de primaria, comentó con su marido en tono dramático: «Si cuatro días en Escocia pueden hacerle esto, ¿qué le haría un mes?». Eso fue mientras le enseñaba a su otra mitad el traje de *tweed* desgarrado y manchado de barro que Grant había traído consigo después de sus correrías por las colinas. Pero ella no era de las que intentaban disimular sus creencias y prejuicios, y Grant la soportó haciendo acopio de paciencia a pesar de su exasperación. De vuelta a la rutina, mientras liquidaba el trabajo atrasado, se preguntó: ¿qué había pasado por alto? ¿había dejado sin explorar alguna posible vía de investigación? Intentó no pensar más en el asunto, aceptar que la teoría de la policía era perfectamente válida y

por tanto la adecuada, y también lo que le había dicho Barker, que estaba agotado y necesitaba unas vacaciones. Pero fue inútil. En cuanto dejaba de flagelarse volvía a pensar que en algún momento había ignorado algo importante. En cualquier caso, dicha convicción crecía a medida que transcurrían los lentos, tediosos e improductivos días y recordaba una y otra vez aquella primera jornada, hacía poco más de una quincena, en que vio por primera vez el cuerpo de aquel desconocido y dio comienzo a sus pesquisas. ¿Qué se le había escapado y en qué momento? La daga había resultado ser una pista inútil. Y hasta el momento nadie había declarado haberla visto o que le perteneciera. Únicamente había servido para herir la mano izquierda del asesino; una prueba que solo sería concluyente si lograban relacionarla con muchas otras.

Tenía a su alcance todas las piezas del puzle, pero estas se resistían a encajar formando un todo coherente y definitivo. Y entretanto, con una intensidad e insensatez rayanas en la superstición, Grant seguía aferrándose a la convicción de que el broche con las iniciales engarzadas hallado en el bolsillo de Sorrell era la clave del misterio, que trataba de contarles su historia a gritos sin que ellos oyeran nada. En esos momentos reposaba sobre su escritorio junto a la daga, y Grant era incapaz de pensar en otra cosa. Cuando no tenía nada entre manos sacaba ambos objetos del cajón y los contemplaba «hipnotizado», como el comprensivo Williams le contó a un compañero. Se estaban convirtiendo en un fetiche para él. Tenía que existir alguna conexión entre ambos; entre el regalo que Sorrell había hecho a una mujer y el cuchillo que lo había matado. Eso lo sentía tan intensa y claramente como la luz del sol que calentaba sus manos y jugueteaba con los objetos que había sobre su mesa. Y a pesar de todo, su propia lógica y la de cuantos lo rodeaban consideraban risible semejante idea. ¡Qué pintaba el broche en todo aquel asunto! Gerald Lamont había apuñalado

a Sorrell con una pequeña daga de origen italiano; su abuela era italiana, y probablemente él la había heredado, igual que había heredado el instinto de utilizarla (por ejemplo, tras una discusión en la cola de un teatro). Sin duda estaría resentido porque Sorrell iba a abandonar Inglaterra dejándolo sin trabajo y prácticamente sin un penique. Sorrell tenía dinero suficiente para ofrecerse a pagar su pasaje, pero no lo había hecho. Y, en palabras del propio Lamont, él no sabía que su amigo le había dejado ningún dinero hasta dos días después del asesinato. ¿Cómo encajaba en todo eso el broche con las iniciales? El pequeño puñal de plata esmaltado era sin duda la *pièce de resistance*, el príncipe de las pruebas. Había sido fotografiado y analizado por la policía y comentado en todos los hogares de Inglaterra gracias a la prensa, y la pequeña muesca de su empuñadura terminaría por arrastrar a un hombre hasta el cadalso. Y, entretanto, el broche de perlas, que quizá ni siquiera llegara a formar parte del caso de manera oficial, relucía en silencio al tiempo que negaba categóricamente todas sus débiles teorías.

Era ridículo. Grant aborrecía incluso mirarlo, y aun así volvía una y otra vez a él como un hombre a una amante que lo escarnece. Cada vez que sucedía, intentaba «cerrar los ojos» —su principal recurso ante las dificultades— y, o bien distraerse con algún pasatiempo, o refugiarse durante largos periodos en otras tareas; pero tarde o temprano siempre volvía a abrirlos y ahí seguía el broche. Esto nunca le había sucedido, volver a abrir los ojos y no ser capaz de encontrar un nuevo ángulo, un nuevo enfoque en un caso. Empezaba a pensar que estaba obsesionado o que había llegado a un callejón sin salida del caso —en la última y más importante vía posible de investigación— en el que tampoco había encontrado nada. O quizá la solución estaba allí, pero no era capaz de verla.

Supongamos, pensaba, solo supongamos que fue un asesinato por encargo, y no el resultado de una acalorada discusión

en la cola del teatro. ¿Qué clase de persona sería el ejecutor? Indudablemente ninguna de las personas que estaban junto a la víctima. Aparte del policía, el portero y Lamont, nadie más había abandonado su lugar en la cola. ¿O quizá había otra persona que desapareció sin ser vista? Raoul Legarde se había marchado y también Lamont; el primero porque la gente de la cola estaba a lo suyo y el segundo porque quería huir después del asesinato. ¿Era posible que hubiera estado allí alguien más? Se recordó a sí mismo lo indiferentes que habían demostrado ser la mayoría de los testigos a cuanto pasaba a su alrededor. Ni uno solo había sido capaz de describir debidamente a las personas que estaban a su lado, con excepción de Raoul Legarde, sin duda más analítico siendo un extranjero en Inglaterra, motivo por el que la multitud que lo rodeaba le resultaba cuando menos entretenida. Para los demás, allí no había entretenimiento alguno y ni se molestaron en mirar a su lado. Eran los típicos londinenses absortos en sus preocupaciones haciendo cola para asistir a un espectáculo excepcionalmente concurrido. Por tanto, era muy posible que alguien más se marchara de allí sin ser visto. Si esto era cierto, ¿qué posibilidades de capturarlo había ahora? ¿Tenían alguna pista que les permitiera hacerlo?

¡El broche!, respondió su otro yo. ¡El broche!

El viernes Lamont tuvo que presentarse nuevamente en el tribunal de primera instancia de la comisaría de Gowbridge y, tal como Grant había previsto, su abogado protestó por la forma en que le habían tomado declaración a su cliente. Grant esperaba que protestara por mero formulismo, pero era evidente que lo hacía por convicción. Se había dado cuenta del uso que la Corona podía hacer del hecho de que Lamont admitiera estar disgustado por la partida de Sorrell. El juez respondió que no veía ningún indicio de coerción por parte de la policía; el acusado no solo se había mostrado dispues-

to sino incluso ansioso por declarar. Pero el abogado de Lamont recalcó que su cliente no estaba en aquellos momentos en condiciones físicas ni mentales adecuadas para hacer tan importante declaración. Apenas se había recuperado de una fuerte conmoción. Por tanto, su estado no era el indicado...

Y así continuó la farragosa y fútil discusión, mientras las dos personas más interesadas que había en la sala —Grant y Lamont—, hastiadas y aburridas, esperaban el final de aquel torrente de palabras para poder marcharse; uno de regreso a su celda y el otro a su trabajo para volver a enfrentarse a su omnipresente e inacabable problema. La señorita Dinmont también había vuelto a la sala, ahora atestada de espectadores, y en esta ocasión era evidente que Grant contaba con sus simpatías. El encuentro con su tía parecía haber dulcificado su actitud en todos los aspectos, lo que, al recordar a la señora Everett, a Grant le resultó poco menos que asombroso. Solo durante su regreso a Scotland Yard se le ocurrió pensar que la fe que su tía tenía en Lamont había conseguido alimentar en ella una esperanza que nada tenía que ver con la lógica y la racionalidad, y que era precisamente esa esperanza lo que ahora le confería ese extraño e inusual encanto que la hacía parecer casi radiante. Y Grant soltó un juramento. Quizá también ella albergaba ahora el anhelo de que Lamont fuera inocente, pero ¿de qué le iba a servir si finalmente lo condenaban?

¡Ese broche de perlas! ¿Qué intentaba decirle? ¿Quién había estado en la cola? Entró apresuradamente en su despacho y miró por la ventana. Abandonaría Scotland Yard, lo haría. No era digno de su puesto. Seguía encontrando dificultades donde otros ni siquiera las veían. Aquello era una innegable prueba de incompetencia. ¡Cómo se estaría riendo Barker de él! En fin, ¿qué se le iba a hacer? Barker tenía tanta imaginación como un adoquín. Sin embargo, quizá Grant tuviera demasiada para seguir formando parte del cuerpo de policía. Dimiti-

ría. Conocía al menos a dos personas que se alegrarían; los dos colegas que más ansiaban su puesto. En cuanto a este caso, ya no pensaría más en él.

E incluso mientras tomaba la decisión dio la espalda a la ventana dispuesto a abrir el cajón para sacar el broche una vez más, cuando entró Barker y lo interrumpió.

—Bueno —dijo su jefe—, he oído que han puesto objeciones a la declaración.

—Así es.

—¿De veras creen que les va a servir de algo?

—No lo sé. Supongo que es su deber. Y creo que hay algunos detalles a los que se pueden aferrar.

—Ah, bueno, allá ellos —replicó Barker—. Por mucho que pataleen no desaparecerán las pruebas. Con o sin declaración, los tenemos cogidos por las solapas. ¿Qué le ocurre? ¿Sigue preocupado?

—No, me he rendido. A partir de ahora me limitaré a creer lo que veo y lo que sé, sin dejarme llevar por lo que siento.

—¡Espléndido! —exclamó Barker—. Grant, si es usted capaz de controlar su imaginación, algún día será un gran hombre. Dejarse llevar por el instinto una vez cada cinco años es más que suficiente. Si se limita a eso incluso puede llegar a convertirse en un buen activo.

Y sonrió mirando afablemente a su subordinado.

En ese momento un agente se asomó a la puerta.

—Una señora quiere verlo, señor —dijo mirando a Grant.

—¿Quién es?

—No ha dicho cómo se llama, pero sí que era muy importante.

—Está bien. Hágala pasar.

Barker hizo ademán de salir, pero de repente se detuvo y los dos hombres guardaron silencio mientras esperaban. Barker estaba parcialmente apoyado en la parte delantera del

escritorio de Grant, y este sentado en su silla acariciando con la mano izquierda el tirador del cajón donde guardaba el broche. Entonces se abrió la puerta y un agente invitó a entrar a la mujer al tiempo que repetía oficialmente su anuncio de minutos antes:

—Una señora quiere verlo, señor.

Era la mujer oronda de la cola.

—Buenas tardes, señora Wallis —dijo Grant, recordando su nombre tras un esfuerzo. No había vuelto a verla desde la vista preliminar—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Buenas tardes, inspector —respondió ella con un marcado acento del este de Londres—. He venido a verlo porque creo que este asunto ya ha ido demasiado lejos. Yo maté a Bert Sorrell y no permitiré que nadie más sufra por ello si puedo evitarlo.

—Usted... —consiguió decir Grant.

Y guardó silencio mientras observaba la rolliza y sudorosa cara de ojos pequeños y brillantes, la ajustada chaqueta negra de satén que ceñía su gruesa figura y el sombrerito a juego.

Barker miró a su subordinado y, al reparar en su absoluto desconcierto, tomó el mando de la situación. Sin duda Grant necesitaba unas vacaciones, pensó.

—Siéntese, señora Wallis —dijo amablemente—. Ha estado pensado mucho en este asunto, ¿no es así?

Le acercó una silla y la invitó a tomar asiento como si ella hubiera ido a consultarle sobre su ardor de estómago.

—No es conveniente rumiar de ese modo asuntos tan desagradables como el asesinato. ¿Por qué dice que mató a Sorrell?

—No es que lo diga —respondió ella con evidente acritud—. No creo haber manifestado ninguna duda al respecto, ¿verdad? Y lo cierto es que lo hice muy bien.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Barker en tono indulgente—. Pero ¿cómo podemos saber nosotros que lo hizo usted?

—¿Que cómo lo pueden saber? —repitió ella—. ¿Qué quiere decir? No lo sabían hasta ahora, y ahora se lo he dicho y lo saben.

—Sin embargo, señora, que usted lo diga no es motivo suficiente para creer que lo hizo —insistió Barker.

—¡Que no me creen! —replicó ella alzando la voz—. ¿Viene a verles mucha gente para confesar asesinatos que no han cometido?

—Oh, no crea que es tan raro —respondió Barker.

Ella se apoyó en el respaldo, sorprendida, mientras sus ojos brillantes e inexpresivos saltaban rápidamente de un policía al otro. Barker levantó las cejas con gesto cómico mirando a Grant, pero este apenas reaccionó. Después salió de detrás del escritorio, como si se hubiera librado de repente de un hechizo que lo mantenía inmóvil, y se acercó a la mujer.

—Señora Wallis —dijo—, ¿sería tan amable de quitarse los guantes un momento?

—Oh, eso sí es un poco más sensato —respondió ella, quitándose los guantes negros de algodón—. Sé lo que está buscando, aunque casi ha desaparecido ya.

Extendió la mano izquierda descubierta hacia Grant. En un lado del dedo pulgar, todavía visible en la ajada piel de su mano sin duda habituada al trabajo, estaba la marca de una herida con forma dentada. Grant dejó escapar un largo suspiro y Barker se acercó a su vez para examinarla.

—Pero, señora Wallis —dijo—, ¿por qué iba a querer usted matar a Sorrell?

—Eso no le importa —replicó—. Lo maté y eso es todo.

—Me temo que las cosas no funcionan así —insistió Barker—. Que tenga una pequeña cicatriz en el dedo no demuestra en absoluto que usted tuviera nada que ver con la muerte de Sorrell.

—¡Pero les estoy diciendo que yo lo maté! —exclamó—. ¿Por qué no me creen? Lo asesiné con la pequeña daga que mi marido me trajo de España.

—Eso es lo que usted dice, pero no tenemos ninguna prueba de que lo que dice sea cierto.

Ella miró a los dos hombres con abierta hostilidad.

—Cualquiera diría que son ustedes policías —sentenció—. De no ser por ese joven al que han detenido, ahora mismo me iría de vuelta a casa. Jamás he visto tanta idiotez. ¿Qué más necesitan, si ya he confesado?

—Oh, mucho más —dijo Barker, mientras Grant permanecía en silencio—. Por ejemplo, ¿cómo pudo ser usted quien mató a Sorrell si estaba delante de él en la cola?

—No estaba delante de él. Estuve justo detrás hasta que la gente empezó a apretujarse. Entonces le clavé el puñal y un poco después me puse delante, manteniéndome pegada a él en todo momento para que no se desplomara.

Entonces Barker abandonó su actitud complaciente y la miró con interés.

—¿Y de qué lo conocía? ¿Qué significaba Sorrell para usted... que la indujo a apuñalarlo? —preguntó.

—Bert Sorrell no significaba nada para mí, pero tenía que morir y yo lo maté. Eso es todo.

—Entonces, ¿lo conocía?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Algo en la pregunta la hizo dudar.

—Desde hace tiempo —respondió.

—¿La había importunado o agraviado de algún modo?

Pero su boca permaneció cerrada, con los labios aún más apretados. Barker la miró con cierta impotencia, y entonces Grant pudo ver que el superintendente había decidido cambiar de estrategia.

—Bien, lo siento mucho, señora Wallis —dijo, como si diera por concluida la entrevista—, pero no podemos creer su historia. Tiene toda la pinta de ser un cuento chino. Le ha dado usted demasiadas vueltas a este asunto. La gente lo hace con demasiada frecuencia, ¿sabe? Y entonces empiezan a imaginar que lo han hecho ellos. Lo mejor que puede hacer es volver a casa y olvidarse de todo.

Tal como Barker esperaba, la mujer cayó en su red. Su rostro empezó a enrojecer y después clavó sus suspicaces ojos negros en Grant, examinándolo.

—No sé quién es usted —dijo dirigiéndose a Barker—, pero estoy segura de que el inspector me cree.

—Este es el superintendente Barker —dijo Grant—. Mi jefe. Señora Wallis, tendrá que contarle mucho más que eso al superintendente si quiere que la crea.

La mujer acusó el golpe y, antes de que pudiera recuperarse, Barker volvió a decir:

—¿Por qué mató a Sorrell? A menos que nos dé una razón cuando menos verosímil me temo que no podremos creer lo que dice. No hay absolutamente nada que la relacione con el asesinato excepto esa pequeña cicatriz. Imagino que fue esa herida lo que la predispuso a pensar en lo sucedido desde ese punto de vista, ¿no es así?

—¡No, no fue eso! —exclamó la mujer—. ¿Acaso me toman por loca? Pues no lo estoy. Lo hice yo y acabo de contarles exactamente cómo. ¿No basta con eso?

—Oh, no. Podría haber inventado esa historia con facilidad. Necesitamos pruebas.

—Bien, tengo en casa la vaina de la daga —dijo de repente con actitud triunfal—. Ahí tienen una prueba.

—Me temo que con eso tampoco será suficiente —respondió Barker, fingiendo realmente bien que lamentaba tener que decirlo—. Cualquiera podría tener la vaina de la daga. Para

que empecemos a creerla debe darnos una razón para haber matado a Sorrell.

—Está bien —dijo ella hoscamente tras un largo silencio—. Si es lo que quieren... Lo maté porque iba a disparar a mi Rosie.

—¿Quién es Rosie?

—Mi hija.

—¿Por qué motivo querría disparar a su hija?

—Porque ella no quería tener nada que ver con gente como él.

—¿Su hija vive con usted?

—No.

—Entonces, quizá quiera facilitarnos su dirección.

—No, no puedo darles su dirección. Está en el extranjero.

—Pero si vive en el extranjero, ¿cómo iba a poder hacerle daño Sorrell?

—Aún no se había marchado cuando maté a Bert Sorrell.

—Entonces... —empezó a decir Barker.

Pero Grant lo interrumpió.

—Señora Wallis —dijo lentamente—, ¿su hija es Ray Mar-
cable?

La mujer se levantó súbitamente de la silla, con sorprendente rapidez para una persona de sus dimensiones. Tenía la boca abierta y emitía sonidos ininteligibles.

—Siéntese —dijo Grant con amabilidad, e hizo que volviera a sentarse apoyando la mano en su hombro—. Siéntese y cuéntenoslo todo. Tómese su tiempo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella—. ¿Cómo ha podido saberlo?

Grant ignoró la pregunta.

—¿Qué le hizo pensar que Sorrell tenía intención de matar a su hija?

—Porque un día lo encontré en la calle y... hacía muchos años que no lo veía y comentó que Rosie se marchaba a Es-

tados Unidos. Y después dijo «Y yo también». Y eso no me gustó porque yo sabía que él había llegado a convertirse en una molestia para mi niña. Y después sonrió de esa manera tan rara y me dijo «Bueno, no es eso exactamente. Me refiero a que, o nos vamos los dos, o no va ninguno». Y yo le pregunté «¿Qué quieres decir con eso? Rosie se marcha seguro. Tiene un contrato y no puede romperlo». Y él me dice «Tiene un contrato anterior conmigo. ¿Cree que ese también lo cumplirá?». Y yo le dije que no fuera tonto. Eso fue hace mucho tiempo, le dije, las cosas de chiquillos se olvidan pronto. Y él volvió a sonreír de esa manera tan rara y espantosa y va y dice «Bueno, adondequiera que vaya, iremos juntos». Y se marchó.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Grant.

—Hoy hace tres semanas... fue el viernes antes de que lo matara.

El día después de que Sorrell recibiera el paquetito en casa de la señora Everett.

—Adelante, continúe.

—Bien, pues cuando llegué a casa me puse a pensar. Seguía viendo su cara. Tenía algo desagradable y oscuro a pesar de ser atractivo y demás. Así que no tardé en convencerme.

—¿Su hija había estado comprometida con él?

—Bueno, eso decía él. Fue una cosa de chiquillos. Se conocían desde niños. Por supuesto, a Rosie ni se le habría pasado por la cabeza casarse con él ahora.

—De acuerdo. Continúe.

—Bueno, pensé que el único sitio donde él tendría ocasión de verla era el teatro. Fui a ver especialmente a Rosie para conárselo... no la veo a menudo... pero ella no pareció preocuparse. Se limitó a decir «Ah, Bert siempre decía esa clase de cosas absurdas, y de todas formas hace mucho que no sé nada de él». Tenía tantas otras cosas en qué pensar que no se preocupó lo más mínimo. Pero yo sí lo estaba, yo sí. Volví esa misma noche

y esperé al otro lado de la calle, frente al teatro, observando a la gente que llegaba a las colas. Pero él no apareció. De modo que el sábado fui a la matiné y otra vez a la sesión nocturna, pero tampoco lo vi. El lunes por la noche regresé y luego el martes por la tarde. Pero fue el martes por la noche cuando lo vi aparecer solo. Entonces crucé la calle rápidamente y me puse justo detrás de él en la cola para la platea. Después de un rato noté un bulto en el bolsillo derecho de su abrigo, lo toqué y era duro. Entonces tuve la certeza de que era un revólver para matar a Rosie. Así que esperé hasta que la gente empezó a apretujarse a esa altura de la cola, como ya les dije, y le clavé la daga. No emitió un solo sonido. Creo que ni siquiera se enteró de lo que pasaba. Y después, como les he dicho, me colé delante.

—¿Sorrell estaba solo?

—Sí.

—¿Quién estaba a su lado?

—Un rato antes apareció un joven moreno, muy atractivo. Y luego se acercó otro hombre a hablar con Bert, y empujó al joven moreno hacia atrás, junto a mí.

—¿Quién estaba detrás de usted?

—La dama y el caballero que prestaron declaración en el juzgado.

—¿Cómo es posible que Rosie Markham sea su hija?

—Bueno, verás, mi marido era marinero... por eso trajo la daga de España... Me regalaba muchas cosas, sí. Pero cuando Rosie era pequeña él se ahogó, y su hermana, que estaba muy bien situada, casada con un hombre llamado Markham, se ofreció a hacerse cargo de ella y a criarla como si fuera suya, porque no tenían hijos. De modo que se la entregué. Y ellos la criaron bien, eso hay que reconocerlo. Mi Rosie es toda una dama. Yo seguí adelante mal que bien, como pude. Pero desde que Rosie empezó a ganar dinero me pasa una renta, y ahora vivo básicamente de eso.

—¿Cómo conoció su hija a Sorrell?

—La tía que crio a Bert vivía en la casa de al lado de los Markham, y Bert y Rosie fueron a la misma escuela. Por supuesto, en aquella época se llevaban muy bien. Después la tía murió y Bert se fue a la guerra.

—Entonces sería después de la guerra cuando se comprometieron, ¿no es así?

—Nunca estuvieron, lo que se dice, comprometidos. Solo estaban interesados el uno en el otro. Por aquel entonces Rosie estaba de gira con *El parasol verde* y solían verse cuando ella se encontraba en la ciudad o cerca.

—Pero Sorrell daba por hecho que lo estaban.

—Es posible. A muchos hombres les gustaría estar comprometidos con Rosie. ¡Como si Rosie fuera a pensar en tipos como él!

—No obstante, siguieron tratándose.

—Oh, sí. Ella le dejaba visitarla en su apartamento de vez en cuando, pero no salía con él ni nada parecido. Y las visitas no eran frecuentes. En cualquier caso, era ella quien decidía. Creo que no era capaz de echarlo de su vida abruptamente, ¿me entiende? Supongo que había decidido hacerlo poco a poco. Pero de eso tampoco estoy segura. Ni siquiera yo iba a verla a menudo. No es que no me tratara bien, pero para ella no era fácil. Tener a su alrededor a una mujer corriente como yo mientras se codeaba con lores y esa clase de gente...

—¿Por qué no contó inmediatamente a la policía que Sorrell estaba amenazando a su hija?

—Lo pensé, claro. Pero después me dije: para empezar, no tienes ninguna prueba. Y a juzgar por el modo en que me han tratado hoy, creo que estaba en lo cierto. Y, en segundo lugar, incluso suponiendo que la policía lo encerrara, no podría hacerlo para siempre. Él la mataría nada más salir. Y yo no podría estar vigilándolo eternamente. De modo que pensé

que era lo mejor que podía hacer. Tenía ese pequeño cuchillo e imaginé que sería una buena manera de hacerlo. No sé nada sobre pistolas y armas de fuego.

—Dígame, señora Wallis, ¿su hija vio la daga alguna vez?

—No.

—¿Está usted completamente segura? Piénselo un momento.

—Sí, la vio. Es cierto. Siendo ya bastante mayor, antes de acabar la escuela, hicieron una representación de Shakespeare y necesitaban una daga. No recuerdo el nombre de la obra.

—¿*Macbeth*? —sugirió Grant.

—Sí, esa misma. Y ella era la heroína. Siempre fue maravillosa actuando, ¿sabe usted? Incluso cuando era pequeña hizo de hada en una pantomima. Yo siempre iba a verla. Y cuando representaron esa de *Macbeth* le presté la daga que su padre me había traído desde España. Solo para darle suerte, ¿sabe? Me la devolvió al terminar la obra, pero conservó la suerte, ya ve. Toda su vida ha tenido suerte. Fue una suerte que Ladds la viera mientras estaba de gira y que hablara de ella con Barron... gracias a él, Barron llegó a entrevistarla. Y así surgió la idea de su nombre, Ray Marcable. Siempre que Rosie cantaba, bailaba o lo que fuera para él, no dejaba de decir: «*Re-marquable! Re-marquable!*» en francés. Así que ella terminó por usarlo como nombre artístico. Después de todo son sus mismas iniciales. Al menos las de su nombre de adopción, quiero decir.

De repente, se impuso el silencio. Barker ya llevaba un rato callado y Grant parecía momentáneamente perplejo. Solo la oronda mujer de rostro enrojecido parecía del todo tranquila.

—Deben recordar una cosa —dijo ella—. El nombre de Rosie ha de quedar fuera de esto. Ni una palabra sobre Rosie. Pueden decir que yo lo maté por amenazar a mi hija, que vive actualmente en el extranjero.

—Lo siento, señora Wallis, pero no puedo prometerle nada a ese respecto. Es inevitable que el nombre de la señorita Marcable salga a la luz.

—¡Pero no es posible! —exclamó—. ¡No puede ser! Lo echará todo a perder y ella se verá arrastrada... Piense en el escándalo y las habladurías. Estoy segura de que son ustedes lo bastante inteligentes para evitarlo.

—Me temo que no, señora Wallis. Lo haríamos si pudiéramos, créame, pero no será posible si su historia es cierta.

—Oh, bien —respondió ella, con sorprendente ecuanimidad, considerando su anterior vehemencia—. Pensándolo bien, no creo que suponga una gran diferencia para Rosie. Rosie es actualmente la actriz más grande de Inglaterra y su posición es demasiado buena para que algo así llegue a perjudicarla. Eso sí, deben colgarme antes de que ella regrese de América.

—Es algo pronto para hablar de la horca —dijo Barker, esbozando una leve sonrisa—. ¿Tiene aquí la llave de su casa?

—Sí. ¿Por qué?

—Si me la deja enviaré a uno de mis hombres para verificar su historia sobre la vaina de la daga. ¿Dónde la guarda?

—Está en el fondo del cajón superior izquierdo de la cómoda, en una caja donde guardaba una botellita de perfume.

Barker llamó a un agente y le dio la llave y las indicaciones.

—Y asegúrese de dejarlo todo igual que está —dijo la señora Wallis hoscamente, dirigiéndose al emisario.

En cuanto el hombre se marchó, Grant colocó una cuartilla de papel sobre su escritorio y le ofreció una pluma a la mujer.

—¿Es tan amable de escribir aquí su nombre y dirección? —dijo.

Ella cogió la pluma con la mano izquierda y escribió laboriosamente lo que le había pedido.

—¿Recuerda cuando fui a entrevistarla antes de la vista judicial?

—Sí.

—Entonces no era usted zurda.

—Puedo usar ambas manos para la mayoría de las cosas. Hay un nombre para eso, aunque lo he olvidado. Pero cuando he de hacer algo especial uso la izquierda. Rosie también es zurda. Igual que lo era su padre.

—¿Por qué no vino antes a contárnoslo todo? —preguntó Barker.

—Supuse que si no daban conmigo tampoco conseguirían culpar a ninguna otra persona. Pero cuando vi en el periódico que la policía empezaba a tener un caso sólido y todo eso, pensé que debía hacer algo. Y cuando hoy pude ver con mis propios ojos a ese joven del juzgado... —de modo que también ella estaba por la mañana en la sala entre la multitud, ¡y Grant no la había visto!—. No parecía malo, aunque tenía pinta de extranjero. Y parecía bastante enfermo. De modo que volví a casa, recogí un poco y vine para aquí.

—Comprendo —respondió Grant, y levantó las cejas mirando a su jefe.

El superintendente llamó a un agente.

—La señora Wallis esperará en la habitación contigua por el momento —dijo—. Usted le hará compañía. Si necesita alguna cosa pídasela a Simpson, señora Wallis.

Y la puerta se cerró tras la figura vestida de negro satén.

CAPÍTULO 18

CONCLUSIÓN

—Bueno —dijo Barker, tras un instante en silencio—, no volveré a decir nada acerca de ese instinto suyo, Grant. ¿Cree que está loca?

—Si el exceso de lógica puede conducir a la locura, entonces lo está —respondió Grant.

—Pero parece no albergar el menor sentimiento por lo ocurrido... ni por ella misma ni por Sorrell.

—Cierto. Es posible que esté loca.

—No hay ninguna posibilidad de que mienta, ¿verdad? En mi opinión, su historia es aún menos creíble que la de Lamont.

—Oh, es cierta —respondió Grant—. No me cabe la menor duda. Solo le resulta extraño porque usted no ha vivido el caso como yo lo he hecho. Ahora todo encaja por fin. El plan de suicidarse de Sorrell, el dinero que dejó para Lamont, la reserva del pasaje, el broche... Fui un idiota al no fijarme en que las iniciales también podían ser «R. M.». Pero en aquellos momentos estaba obsesionado con esa mujer, la señora Ratcliffe. No es que leer las iniciales al revés desde el principio me hubiera ayudado demasiado igualmente, de no haber aparecido la señora Wallis con su confesión. De todos modos,

debí haberlo relacionado con Ray Marcable. El primer día de la investigación fui al Woffington para hablar con el portero pero también me encontré con ella y me invitó a tomar el té. Mientras conversábamos le hablé de la daga... la descripción iba a publicarse en la prensa esa misma tarde... y pareció tan sorprendida que en aquel momento casi tuve la certeza de que había visto antes una igual. Obviamente no podía obligarla a decir algo que no quería. De modo que me marché, y desde el principio hasta el final no ha habido nada que me permitiera relacionarla con el arma del crimen hasta ahora. Sorrell debió planear el viaje a Estados Unidos cuando supo que ella se marchaba. ¡Pobre diablo! Ella sería Ray Marcable para el resto del mundo, una gran estrella, pero él nunca pudo dejar de verla como Rosie Markham. Esa fue su tragedia. Por supuesto, ella ya no es la que fue, pues hace mucho tiempo que dejó de verse a sí misma como Rosie Markham. Imagino que todo se precipitó cuando rechazó el broche que Sorrell encargó para regalarle. Un broche que no significaba nada para Ray Marcable. Él estaba decidido a viajar a Estados Unidos hasta el jueves por la tarde, cuando recibió el paquete del que me habló la señora Everett. Sin duda lo que contenía era el broche, y ese fue el golpe de gracia. Por lo que sé, quizá ella le dijo que iba a casarse con Lacing. ¿Sabe que había reservado un pasaje en el mismo barco que ella? Sorrell debía haber decidido dispararle y suicidarse después. La platea del Woffington no es el lugar ideal para ponerse a disparar al escenario con un revólver. No hace mucho que estuve en el Arena y la mitad de los espectadores de la platea se lanzaron al foso de la orquesta al finalizar el espectáculo. Quizá había planeado hacerlo cuando ella saliera del teatro después de la representación. No lo sé. Podría haberlo hecho fácilmente por la tarde, cuando él y Lamont estuvieron sentados casi en primera línea del patio de butacas. Pero no lo hizo. No creo que quisiera que sus ami-

gos supieran lo que pretendía hacer si existía la más mínima posibilidad de evitarlo. Trató de organizarlo todo para que pareciera que iba rumbo a Estados Unidos. Eso explica la ausencia de pistas. Ni la señora Everett ni Lamont relacionarían el suicidio de un hombre desconocido que había asesinado a Ray Marcable con el hombre que ellos suponían a bordo del *Reina de Arabia*. Posiblemente él había olvidado por completo aquel encuentro en la calle con la señora Wallis, o no pensó que sus secretas intenciones pudieran ser tan obvias para ella. Si uno se para a pensarlo, no era tan fácil adivinar lo que había decidido hacer. Por supuesto, al contrario que nosotros, ella jugaba con ventaja. Sabía lo de Ray. Y era la única capaz de relacionar a Sorrell con Ray Marcable. Evidentemente, Ray Marcable no iba a ir a ninguna parte con él; y entretanto hizo todo lo que pudo por su amigo dejándole un paquete con todo el dinero que tenía, con instrucciones, según dijo Lamont, de no abrirlo hasta el jueves. ¿Cree usted que Sorrell pensó que había alguna posibilidad de que su amigo nunca supiera lo que le había sucedido realmente, o cree que no le importaba siempre y cuando pudiera llevar a cabo su plan antes de que le descubrieran?

—A mí que me registren —dijo Barker—. Tampoco creo que él estuviera cuerdo.

—No —respondió Grant—. Yo no creo que Sorrell estuviera loco. Es justo lo que Lamont me contó de él. Pensaba en algo durante mucho tiempo y después hacía exactamente lo que había decidido. El único problema con el que no contaba era la señora Wallis... y admitirá que no parece la clase de persona capaz de concebir algo así. Por otra parte, no creo que Sorrell fuera un mal bicho. Hasta el final esperaba encontrar un motivo para marcharse a Norteamérica. Había hecho el equipaje a la perfección. Y eso que Lamont estaba preparando su mudanza al mismo tiempo, seguramente entrando y

saliendo de la habitación cada dos por tres. No había una sola carta ni fotografías de Ray Marcable entre sus pertenencias. Debió llevar a cabo una limpieza a fondo después de decidir lo que iba a hacer. Solo se olvidó del broche. Como le conté, se cayó de un bolsillo de su chaqueta.

—¿Cree usted que Ray Marcable sospechaba la verdad?

—No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque Ray Marcable es sin duda una de las personas más egocéntricas de esta era. No obstante, recordó la daga cuando se la describí, pero no tenía ningún motivo para asociarla con el hombre que había asesinado a Sorrell, por lo que tampoco podía relacionar en modo alguno a su madre con lo sucedido. Scotland Yard no pudo identificar a Sorrell hasta el domingo, y ese fue el día en que ella embarcó hacia Estados Unidos. Me sorprendería mucho que supiera, incluso ahora, que el fallecido era su amigo de infancia. Dudo que suela abrir un periódico salvo para leer las columnas de cotilleos. Y en Estados Unidos no creo que a nadie le interese un asesinato cometido en la cola de un teatro londinense.

—Entonces le aguarda un buen disgusto —dijo Barker, apesadumbrado.

—Así es —respondió Grant con expresión sombría—. Al menos a Lamont le aguarda una grata sorpresa. He sido un completo idiota en este caso, pero ahora estoy más contento que cuando logré sacarlo de las aguas del lago y lo subimos a la lancha.

—Es usted asombroso, Grant. Con un caso como el que tenía, yo habría estado más contento que unas castañuelas y totalmente satisfecho de mí mismo. Si alguna vez lo despiden del cuerpo puede trabajar como adivino por cinco chelines la sesión.

—Claro, para que usted pueda echárseme encima y hacerme chantaje. «¡Denos una libra o le denunciaremos a la policía!». No, no hay nada inexplicable en esto. Después de todo, en cualquier interacción humana uno ha decidir por sí mismo, evidencias aparte, cómo es un hombre. Y aunque me cueste reconocerlo, creo que sabía que Lamont decía la verdad aquella noche cuando hizo su declaración en el tren.

—Bueno, de cualquier manera es raro —insistió Barker, despegando sus posaderas del borde del escritorio donde había estado apoyado—, el caso más raro con que me he topado en muchos años. Avíseme cuando regrese Mullins, ¿quiere? Si tiene la vaina, habrá que decidir si aceptamos la historia de la señora Wallis. Lamont vuelve a declarar mañana, ¿verdad? Entonces, podemos llevarla a la sala.

Salió del despacho dejando solo a Grant.

Y Grant hizo mecánicamente lo que estaba a punto de hacer cuando la entrada de Barker lo interrumpió. Abrió el cajón del escritorio cerrado con llave y sacó la daga y el broche. ¡Qué línea tan fina mediaba entre la intención y el acto, y qué gran diferencia! Había estado a punto de desechar ambos objetos como emblemas de su desesperación, misterios que quizá habrían podido enloquecerlo, y ahora lo sabía todo acerca de ellos. ¡Y parecía tan simple! Sin embargo, de no ser por la aparición de la señora Wallis... Apartó de su mente ese pensamiento. De no ser porque el azar había logrado que aquella mujer conservara el sentido de la justicia, incluso en su locura, él se habría visto obligado a dejar a un lado sus recelos para seguir adelante con el caso, ateniéndose a las pruebas tal y como corresponde a un respetado inspector del DIC. Pero al final se había salvado, lo habían salvado.

El caso había sido tan claro desde el principio en lo referente a las pruebas... la discusión, el asesino zurdo, la cicatriz. Habían buscado al hombre que discutió con Sorrell, que re-

sultó ser zurdo y tenía una herida en el pulgar. ¿No bastaba con eso? Visto ahora, sin embargo, todo parecía un disparate... como la colcha de *patchwork* de la señorita Dinmont. El asesino era una mujer, ambidiestra y con una cicatriz en el dedo. Se había salvado en el último momento. Y todo precisamente gracias a la ecuanimidad de esa misma mujer.

Sus pensamientos retrocedieron por la misma senda que tanto lo había alejado de la dirección correcta. La búsqueda de la identidad de Sorrell; Nottingham, el muchacho de Faith Brothers, el señor Yeudall y la camarera del hotel... todos ellos habían recordado únicamente lo que más les interesaba, antes de conectarlo con lo sucedido. Raoul Legarde, con su belleza e inteligencia y su precisa descripción de Lamont. Danny Miller. La última noche de representación de *¿No lo sabíais?* Pedro Melenas y el registro de la oficina de Sorrell. Lacey, el *jockey*, y aquel húmedo día en Lingfield. La señora Everett. El viaje relámpago al norte. Carninnish. El silencioso Drysdale y el té en la casa del párroco. La señorita Dinmont con su aplastante lógica y su carácter independiente. Y después el comienzo de sus dudas, cada vez más fuertes, tras escuchar la declaración de Lamont. El broche. Y ahora...

Ahí estaban sobre su escritorio aquellos dos objetos brillantes. La daga le hizo un guiño de complicidad a la luz del atardecer, y las perlas brillaron suavemente esbozando una levísima sonrisa como la que había hecho famosa a Ray Mar-cable. Gallio & Stein no habían hecho su mejor trabajo con aquel anagrama. Incluso ahora, al observarlo sin demasiada atención, era fácil leer M.R. La señora Ratcliffe y la señora Everett habían leído lo mismo que él. No lo había olvidado.

Volvió a pensar en la señora Wallis. ¿Estaba cuerda, clínicamente hablando? Él habría respondido que no, pero la cordura, desde un punto de vista médico, depende de muchos y extraños factores. Era imposible prever el diagnóstico de un

especialista. Y de todos modos, eso no era de su incumbencia. Su trabajo había terminado. Por supuesto, la prensa sería cruel al criticar la prisa de la policía por llevar a cabo un arresto. Pero él se había dejado la piel en aquel caso. Scotland Yard lo comprendería y su estatus profesional permanecería intacto a pesar de lo ocurrido. Y en breve podría disfrutar al fin de unas vacaciones. Esta vez iría un poco más al sur, a pescar a Stockbridge, en el condado de Hampshire. ¿O quizá podía regresar a Carninnish? Drysdale lo había invitado encarecidamente a hacerlo, y ahora mismo el Finley estaría repleto de salmones. Sin embargo, por alguna razón, la visión de aquellas procelosas y oscuras aguas y la campiña de tonos pardos no le resultó excesivamente grata en esos momentos. Al instante le hicieron pensar en desorden, tristeza y frustración, y eso era lo último que necesitaba. Lo que anhelaba era una placidez bovina, tranquilidad y cielos apacibles. Sí, debía ir a Hampshire. Ahora los pastos estarían verdes, y cuando se hartara de las reposadas aguas del río Test podía montar a caballo por la colina de Danebury.

Mullins llamó a la puerta, entró y depositó la vaina del puñal sobre el escritorio de Grant.

—Estaba justo donde dijo la mujer, señor. Aquí le dejo la llave de la casa.

—Gracias, Mullins —respondió Grant.

Introdujo la daga en su vaina y se levantó para llevársela a Barker. Sí, iría a Hampshire muy pronto. Pero, por supuesto, también haría lo posible por regresar a Carninnish en algún momento.

Los médicos han declarado que la señora Wallis está completamente cuerda y en condiciones de ser juzgada. Su juicio será este mes en Old Bailey. Grant está convencido de que saldrá

libre, y por el momento me inclino a pensar que su presentimiento no va desencaminado. Como dice él, se supone que las leyes no escritas no son válidas en este país, pero a la hora de la verdad un jurado británico es tan sentimental como uno francés. Y en cuanto esos hombres y mujeres hayan escuchado la historia de la señora Wallis expuesta por su abogado —uno de los más famosos defensores en la actualidad— llorarán a moco tendido y no serán capaces de condenarla.

—Bien —le he dicho yo—, en efecto ha sido un caso extraño. Pero lo más extraño de todo es que no ha habido ningún villano.

—¡Ah! ¡Cierto, no lo ha habido! —ha respondido Grant, torciendo la boca con ese gesto tan suyo.

¿Verdad que no?



TERMINÓSE DE
IMPRIMIR ESTA EDICIÓN
DE *EL HOMBRE EN LA COLA* EN
LOS TALLERES DE SGRAF EL 25 DE
MAYO DEL 2022, DOS AÑOS DESPUÉS
DE QUE EL AFROAMERICANO GEOR-
GE FLOYD MURIERA ASFIXIADO POR
UN POLICÍA BLANCO. RECUERDE,
MR. GRANT, QUE LOS PRE-
JUICIOS ASESINAN.

TAMBIÉN EN LA COLECCIÓN SENSIBLES A LAS LETRAS:



EL CASO DE BETTY KANE

Traducción de Pablo González-Nuevo

ISBN 978-84-16537-21-1

380 páginas

22,90 €

Robert Blair, abogado en un apacible pueblo británico, da ya por terminada su tranquila jornada laboral en el despacho cuando suena el teléfono. Es Marion Sharpe, vecina de la localidad, una mujer de pocas palabras que vive con su madre en una decrepita hacienda a las afueras del pueblo. Las Sharpe acaban de ser acusadas de secuestrar a una recatada jovencita llamada Betty Kane.

«No solo es brillantemente entretenida; además, como ocurre también con las otras novelas de la Tey, proporciona abundantes temas de reflexión: el salvaje poder de la prensa amarilla, los prejuicios contra los desconocidos, el peligro de dejarse llevar por las primeras impresiones...»

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ PARDO, *Prótesis*



LA HIJA DEL TIEMPO

Traducción de Efrén del Valle

ISBN 978-84-16537-63-1

272 páginas

21,90 €

Postrado en una cama de hospital, el inspector Alan Grant se aburre mortalmente. Pero un día llega su amiga, la actriz Marta Hallard, con una vieja postal de Ricardo III, y Grant queda fascinado por su enigmático rostro. Ese no es el rostro de un monstruo jorobado, ni del supuesto asesino de niños que cuentan los libros de historia. Grant se zambulle en la Inglaterra de la guerra de las Dos Rosas para desentrañar uno de los grandes misterios de la monarquía británica: ¿mató Ricardo III a sus sobrinos para hacerse con el trono?

«Tey parece escribir para hacer surgir la tentativa de otros muchos relatos posibles sobre hechos que asumimos como verdades inapelables sin habernos preguntado nunca su carga de verdad.»

ESTHER LÓPEZ BARCELÓ, *La Marea*

También en la colección Sensibles a las Letras:

- *Amianto*, Alberto Prunetti
- *Los incendiarios*, Jan Carson
- *La hija del tiempo*, Josephine Tey
- *Kara y Yara en la tormenta de la historia*, Alek Popov
- *Pietro y Paolo*, Marcello Fois
- *La mujer borrador*, Amandine Dhée
- *Cluny Brown*, Margery Sharp
- *Agente presidencial*, Upton Sinclair
- *Hierba mora*, Teresa Moure
- *Hans Blær: elle*, Eiríkur Örn Norðdahl
- *108 metros. The new working class hero*, Alberto Prunetti
- *Marzahn, mon amour*, Katja Oskamp
- *Tokio Redux*, David Peace
- *Amar y ser sabio*, Josephine Tey
- *Memoria del frío*, Miguel Martínez del Arco
- *Heatherley*, Flora Thompson
- *Tokio año cero*, David Peace
- *Un reflejo velado en el cristal*, Helen McCloy
- *Betty*, Tiffany McDaniel
- *Ciudad ocupada*, David Peace
- *El árbol de la nuez moscada*, Margery Sharp
- *El círculo de los blasfemos*, Alberto Prunetti
- *No se necesita contraseña*, Yulián Semiónov

El hombre en la cola

Londres, años treinta. Una larga cola frente al teatro Woffington espera impaciente para ver la comedia musical del momento. De pronto, un hombre parece desmayarse en medio de la multitud. Es Bert Sorrell, un joven corredor de apuestas, y acaba de ser apuñalado por la espalda con una fina daga.

Ni el estado de *shock* de la señora Ratcliffe, testigo más próxima a la víctima, ni el té en el camerino de la encantadora Ray Marcable, estrella del musical, ni las alocadas teorías anarquistas de la señora Field, casera de Alan Grant, parecen arrojar luz al caso. Y sin embargo nuestro intuitivo inspector de Scotland Yard ya tiene a su culpable: se trata de Jerry Lamont, mejor amigo de Sorrell, un hombre de aspecto extranjero que huyó precipitadamente de la cola el día de autos y cuya pista se sitúa ahora en un pueblecito de las Highlands. Con su traje de pesca en la maleta a modo de camuflaje, Grant se sube al primer tren rumbo a Escocia dispuesto a cazar a su asesino y a disfrutar después de una placentera jornada de pesca. Pero no es oro todo lo que reluce, y puede que este caso tenga algún que otro cabo suelto que atar (y más de un prejuicio a desterrar).

El hombre en la cola es el primer caso del inspector Alan Grant, un misterio londinense lleno de ingenio, humor británico y velada crítica a los clichés de la época.

«Lejos de la mirada pública, aburrida de un mundo externo que solo quería ruido y reglas, esta mujer decidió

«La claridad mental de Josephine Tey, y su aversión por la falsedad y la propaganda, son como pura y fría agua de primavera en una tierra exhausta.»

PETER HITCHENS, *Daily Express*



www.hojadelata.net

IBIC: FF

